

De la autora *Best seller* de la «Serie Solo por ti»

~ ANGY SKAY ~

# MATAR

A LA

# REINA

*Serie Diamante Rojo vol.1*



Lyl  
EDITORIAL  
FicSeam

De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»

~ ANGY SKAY ~

# MATAR

A LA

# REINA

Serie Diamante Rojo vol.1



Lel  
EDICIONES  
FicSeam

Matar a la Reina

MATAR  
A LA  
~ANGY SKAY~  
REINA



Serie *Diamante Rojo* Vol.1

1.ª edición: Febrero 2018

Copyright

© Angy Skay 2018

© Editorial LxL 2018

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

[direccion@lxleditorial.com](mailto:direccion@lxleditorial.com)

ISBN: 978-84-17160-66-1

ISBN SERIE: 978-84-17160-65-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

Colmada de romance, pasión y erotismo, te tendrá atrapado desde la primera hasta la última página, consiguiendo que te enamores de su apasionante trama y personajes mientras mantienes el corazón en un puño.

\*\*\*

Espectacular.

\*\*\*

Demoladora a la vez que apasionante, única e indescriptible. Con el poder de recorrer fronteras y derrumbar muros infranqueables, salteando todo tipo de obstáculos en el camino. Una historia capaz de arrasar con el mismo infierno. Cargada de una lujuria incapaz de ser frenada hasta conseguir su único propósito.

\*\*\*

Una novela apoteósica.

LOS LECTORES OPINAN

*No le temas al enemigo  
que te ataca,  
sino al falso amigo  
que te abraza.*

*Aquí se bebe anís y 43, señores.*

*#Always*

*#UnicorniasPower*

Mi equipo churil #Consultorios F.J

Gracias mamá y Tatika, por darme las alas que necesitaba,  
por ser las primeras.

A todos mis lectores, mis provocadoras/es, los que  
me distéis la oportunidad de alcanzar lo que hoy  
en día soy, los que dejáis que mi imaginación siga  
volando descontrolada.

Por eso, por hacerme feliz, gracias de corazón.

ANGY SKAY



Si miles de puertas se cierran,  
una simple ventana  
puede darte el impulso.  
Lo importante es pensar a lo grande.  
ANGY SKAY

*I need a gangsta  
to love me better  
than all the others do  
To always forgive me  
rider or die with me  
that's just what gangsters do*  
Necesito un gangster  
para que me ame mejor  
más que los otros  
Que siempre me perdone  
viaja o muere conmigo  
Eso es lo que los *gansters* hacen  
Kehlani – Gangsta

# ÍNDICE

1. En el punto de mira 25
2. Descubriéndome 33
3. Visita inesperada 42
4. Kitty tiene hambre 50
5. ¿Qué haces aquí? 60
6. Dos de seis 72
7. La pasma 83
8. La trampa 94
9. Demasiados kilómetros 108
10. Espérame 117
1. Te pillé 126
12. ¿Ahora sabes lo que haces? 139
13. Primer asalto 149
14. Vigila tus espaldas 158
15. Mi incertidumbre, mi miedo, tú 168
16. ¿Dónde está tu jefa? 174
17. Cumplir con mi deber 183
18. El paquete va de camino 190
19. Eso no lo dicen tus ojos 201
20. Corre 212
21. Huyendo de mi demonio 224
22. Sin mirar atrás 235
23. El ruso 248
24. Un trato 260
25. Sorpresa 266
26. El cambio 281
27. No olvides quién es 292
28. De vuelta 302
29. Un plan 313
30. Enséñame lo que sabes 327
31. Adrenalina 337
32. Placer 347
33. Sentimientos que duelen 358
34. Quédate 371
35. Celos que dañan 383
36. Pesadillas 396
37. ¿Qué quieres de mí? 408
38. El ratón, cazó al gato 418
39. ¿Duele? 431
40. La verdad 443
41. Vete 452
42. ¿Bailas? 465

- 43. Hola, pequeña 477
- 44. Desesperación 488
- 45. Un hilo de luz 497
- 46. Adiós 508

# PRÓLOGO

El olor a tortitas de chocolate y fresa inundó mis fosas nasales haciendo que el estómago me diera un rugido tan feroz como el gruñido de un león. Aparté las sábanas de mi cuerpo, dejando libre mis piernas para poder estirarlas antes de levantarme de la cama. Observé con curiosidad todos y cada uno de los detalles de mi cuarto de princesas, el mismo que adornaba sus paredes con todo tipo de estrellas y planetas de diferentes tamaños. Porque a mis doce años, me preguntaba continuamente qué habría más allá del universo. Era un tema en el que me sumergía cada día con mi madre, quien me enseñaba los distintos nombres de todo lo que tenía referencia a ello.

Conseguí levantarme con gran esfuerzo y, al pisar el suelo, me clavé la pistola de juguete que mi hermano pequeño había dejado tirada el día anterior. Arrugué el entrecejo y salí de mi dormitorio gruñendo por lo bajo, me había hecho daño.

—¡Buenos días, mi pequeña princesa!

Alcé mi cabeza para dejar que mi padre depositara en mi frente ese beso mañanero que tanto me gustaba. Le miré con ojos brillantes y contemplé pensativa, como cada día, la suerte que tenía al tener una familia tan unida, que se procesaba tanto amor, aunque solo la formásemos cuatro personas.

Bajé los escalones seguida por él y, al llegar al último, me cogió en volandas y dio dos vueltas como si estuviéramos bailando, a la vez que un pequeño grito seguido de carcajadas inocentes salían de mi garganta.

Los enormes ojos azules de mi madre nos observaban con devoción desde la cocina, mientras mi hermano de seis años se intentaba limpiar los restos de mermelada de fresa de su pequeña boca, sin éxito. Llegué a su lado y cogí una servilleta de papel para ayudarle en su tarea, a la vez que mi madre ponía el plato de mi desayuno, y yo sonreía cuando el pequeño empezó a manotear porque le hacía cosquillas.

—Hoy vamos a darnos un paseo por el centro de Moscú, ¿qué me decís? —preguntó risueña.

Acentué el entrecejo, dejando claro que la idea no me parecía de lo más correcta.

—Hace mucho frío en la calle, mamá —renegué.

—Nos abrigaremos bien. Estamos en Navidad, y tenemos que comprar unos cuantos adornos para decorar el árbol. —Alzó un poco sus cejas rubias—. ¿No quieres ponerlo?

Era muy lista. Sabía que me encantaba la Navidad, y que con eso me tenía ganada. Asentí con determinación y, de nuevo, el brillo habitual que causaba mi familia en mí, apareció en mis profundos ojos azules.

Cogí el vaso de leche fría y lo puse en mis labios para dar un largo sorbo, viendo cómo mi padre se colocaba detrás de mi madre para depositar pequeños besos sobre su cuello. Algo que siempre hacían: darse cariño. Era el matrimonio ideal, dos almas gemelas que estaban destinadas a unirse, dos polos tan opuestos que, si alguna vez uno de los dos faltaba, el otro moriría al instante, ya que ambos se complementaban a la perfección.

Y ese día llegó.

Llegó tan rápido que no pude saborear todos los momentos que me quedaban en la vida, en el preciso instante en el que comenzaba a ver y a obtener los conocimientos de alguien que crece y sabe que las personas no son tan buenas como lo parecen. Y recordé en ese instante lo que una vez mi padre me dijo mirándome con atención a los ojos:

«No le temas al enemigo que te ataca, sino al falso amigo que te abraza».

Alcé el tenedor con el trozo de tortita de chocolate pinchado en sus largos dientes. Cuando estuve a punto de llevármelo a la boca, mi padre asomó su rostro por las cortinas de la ventana de la cocina. Su semblante se oscureció, a la misma vez que le echó un rápido vistazo a mi madre y, con un leve inclinamiento de cabeza, cogió a mi hermano en brazos y, seguidamente, mi mano.

—Vamos a subir a la habitación de arriba —anunció con tranquilidad.

—¿Vamos a jugar? —preguntó inocente mi hermano, Arcadiy.

—Sí. —Sonrió ella.

La miré con temor, cuando de reojo vi que mi padre descolgaba de debajo de la encimera de la cocina una pistola. Hizo un leve gesto mirando a mi madre y le indicó que se diera prisa en marcharse, o eso quise entender.

Oí que un coche cerraba la puerta en la misma entrada de mi casa y, después, unos golpes resonaron en la madera como si del cartero se tratase. Giré mi rostro hacia esa dirección, a la vez que mi padre nos empujaba escaleras arriba.

—¡Rápido! —apremió.

Noté mi pulso acelerarse, la respiración se elevó y unas ganas terribles de llorar resurgieron. Pequeñas gotas empezaron a caer por mi rostro, y mi padre, con la pistola en la mano, sin importarle que le viéramos, pasó su dedo pulgar por mis mejillas y sonrió.

—Te quiero, mi pequeña princesa, sé fuerte, lucha, y no te rindas hasta que des el último aliento a la vida.

Mi llanto fue mayor, y mi hermano me siguió.

Corrí escaleras arriba y, cuando me faltaban cuatros escalones para llegar a la planta, giré mi rostro hacia atrás al escuchar un terrible golpe, forcejeos y disparos.

—Micaela, ¡no te detengas!

Mi madre intentó subir otro escalón más, pero alguien la apresó desde atrás haciendo que cayera escaleras abajo con mi hermano en brazos.

—¡Mamá! —grité desgarrada.

—¡Corre! —ordenó desesperada.

Un hombre la abofeteo ante mis ojos y, segundos después, sacó un arma y disparó en su cabeza. Las rodillas me fallaron cuando encontré a mi hermano de pie, con su habitual peluche de elefante azul en la mano, llorando sin poder controlar ninguna de sus emociones. Su voz salía desgarrada, temblaba como una hoja, y el alma se me rompió en mil pedazos.

Decidí infundirme de valor, o por lo menos lo que podía. Me puse en pie y, al intentar bajar los escalones, un hombre alto y fornido se puso delante de mí. Vi que se llevaban a mi hermano en brazos, mientras gritaba llamando a sus padres.

—¡Arcadiy! ¡Arcadiy! —le llamé a voces.

El hombre avanzó hacia mí con una sonrisa que no supe descifrar, ya que solo podía verle la boca y los ojos. Me asusté y no pude evitar tropezar con el siguiente escalón, lo que hizo que cayera hacia atrás. Arrastré mi cuerpo por los pocos que me quedaban y, después, lo seguí haciendo incapaz de ponerme de pie. Mis uñas se clavaron en la madera blanca del suelo, arrancándose a trozos y consiguiendo que grandes heridas empezaran a crearse.

Él sonreía, yo no podía creer lo que mis ojos estaban viendo, pero más impactada me quedé cuando aquel hombre que casi me alcanzaba, se quitó el pasamontañas negro que cubría su rostro. Mis ojos se abrieron en su máxima expansión y solté una exclamación que él oyó.

—Hola, pequeña...

Su rasgada voz me hizo temblar, las lágrimas corrían como ríos sin poder controlarlas, y es que, con doce años, es imposible que sepas hacer mucho más en una situación como la que estaba viviendo.

Llegó hasta mí, cogió mi cabello y ejerciendo una gran presión tiró de él escaleras abajo. Sentí todos y cada uno de los golpes clavarse en lo más profundo de mi ser, pero lo que más me dolió fue ver a las dos personas a las que más amaba en mi vida, en el suelo, laxos y sin un ápice de vida. Me di cuenta de que la pequeña mano de mi madre estaba unida a la de mi padre y, es que, hasta en su último aliento, evitaron estar separados.

Un torrente de hipidos se apoderó de mí, sin permitirme dejar de llorar. Miré con verdadero miedo al hombre que me empujó contra el sofá, viendo cómo tres personas más se acercaban a mí con rostros divertidos.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó uno de los encapuchados.

En ese momento caí en la cuenta, Arcadiy no estaba en ningún rincón.

—Mucho me temo que ella no correrá la misma suerte. Es mayor, ya ha visto demasiado — anunció otro de los hombres.

Se acuclilló para ponerse frente a mí, haciendo que el miedo sacudiera todo mi cuerpo. Puso su dedo índice encima de mis muslos, ya que mi pijama estaba remangado hasta la cintura prácticamente.

—Aunque sí es cierto que —prosiguió tras una pausa—, nos vamos a divertir un buen rato.

Oí cómo todos se carcajaban a mi costa, yo, en mi caso, lloraba desconsolada y sin saber cuál sería mi final. Lo que estaba claro es que no iban a dejarme vivir.

Ese día, me dejaron muerta en vida.

Me robaron mi inocencia, me golpearon hasta la saciedad, me humillaron de mil maneras y, lo peor de todo, se llevaron lo que más quería.

Sentí cómo la vida se escapaba de mis manos cuando la puerta de la que era mi casa, quedaba de par en par abierta, mientras aquellos malditos demonios salían sin un ápice de compasión, pensando que ya estaba agonizando.

No conseguí moverme.

Notaba cómo los parpados me pesaban cada vez más, el frío comenzó a apoderarse de mi cuerpo y las pocas lágrimas que me quedaban resbalaron por mis pálidas mejillas hasta tocar la moqueta burdeos del suelo.

Contemplé a mis padres por última vez y, antes de cerrar los ojos, me juré una sola cosa: no moriría en aquel instante, lucharía. Tal y como mi padre me dijo minutos antes de su muerte. Y la lucha no sería en vano, no.

Sabía quiénes eran las personas que habían entrado en mi casa, y aunque las agujas del reloj fueran las únicas que pondrían a cada persona en su sitio, y a su debido tiempo, supe que todos y cada uno de ellos recordarán mi nombre hasta soltar su último aliento. Porque para poder seguir con sus miserables vidas, primero, tendrían que matar a la Reina.

## EN EL PUNTO DE MIRA

*Jack Williams*

Era increíble, la gente alardeaba de su vida sin ser consciente de quién o quiénes podrían estar vigilándolos en ese mismo instante.

Sentado en una terraza, me permití escuchar y ver cómo las personas éramos tan sumamente imbéciles de hablar de nuestra vida a todas horas. Por la calle, en redes sociales, mediante mensajes... Y que cierto era que nadie sabía quién se escondía detrás de aquellas enormes tecnologías, pues si nos poníamos a pensar, cualquiera con un poco de inteligencia podría meterse incluso en nuestra cabeza.

—¿Sí? —respondí cuando mi teléfono vibró sobre la mesa.

—¿Dónde estás?

—¿Dónde estás tú, Fox? —pregunté con chulería.

Riley Fox. La única persona a la que consideraba amiga después de catorce largos años a mi lado. El único que, hasta el momento, no me había fallado.

—En quince minutos saldrá por la 33, justo en el Empire State.

—Perfecto, estoy en el restaurante de enfrente. Hablamos.

Colgué el teléfono y me levanté de mi silla dejando una cuantiosa cantidad para pagar un simple café. Vi que varias miradas lascivas caían sobre mí, y me permití sonreír de medio lado al ser consciente del efecto que causaba desde hacía bastante tiempo en las féminas. Aunque bien era cierto que en mi mente no estaba el amor para siempre, ni de lejos, pero los buenos ratos no estaban prohibidos para nadie, o por aquel entonces, pensaba de esa forma. Llegué a mi coche y saqué todo lo necesario para lo que estaba por venir.

Minutos después, giré la esquina que separaba la puerta de acceso de la azotea, pegándome a la pared para ocultarme. Bajé mi rifle y lo cargué en un abrir y cerrar de ojos.

Dos minutos.

Me senté en una de las columnas de hormigón que había en la azotea, y a lo lejos pude divisar los grandes edificios que se alzaban presuntuosos en la ciudad de Nueva York. En ese momento, un pensamiento cruzó mi cabeza, saqué mi teléfono y marqué.

—Quiero el doble del dinero en mi cuenta, tienes dos minutos o me largo.

—¿¡Qué! —exclamó el aludido al otro lado de la línea.

Sin verlo supe que su gran cuerpo había pegado un bote del sillón de cuero de su despacho.

—Lo que has oído —contesté en tono serio.

—Tú te has vuelto loco, ¿de verdad piensas que voy a hacer semejante idiotez?

Vi cómo el coche que estaba esperando aparcaba en el callejón que tenía previsto.

—Objetivo bajándose del coche. En cuanto cruce la esquina, lo perderé.

—¡No acordamos eso! —Se puso nervioso.



—Soy un pájaro libre, no creo que tenga que recordártelo.  
Escuché cómo bufaba, así que decidí ponerlo más nervioso.

—Sesenta segundos.

—No pienso pagarte nada más.

—Cuarenta segundos —añadí sin inmutarme.

Resopló dos veces más y, a regañadientes, después de una breve pausa dijo:

—Ya lo tienes.

El teléfono me vibró, indicándome que había un mensaje. Lo abrí y, efectivamente, dos millones más se sumaban a mi cuenta. Dejé el aparato en el bolsillo de mi pantalón, posicioné el rifle encima del muro de la azotea y, apuntando a mi objetivo, disparé.

Sentí la bala salir a gran velocidad, a la misma vez que en mi hombro un fuerte golpe resonaba por el impacto. El tipo cayó a plomo, y sus hombres comenzaron a buscar sospechosos por los alrededores, mirando hacia todos los puntos posibles que podían. Agarré mi arma y salí de aquella azotea sigilosamente sin ser visto, mientras que por el camino la fui desarmando hasta ocultarla por completo en la bolsa negra que llevaba a mis espaldas.

Al llegar a la calle, el alboroto era increíble. La gente corría de un lado a otro chillando, y conté a veinte guardaespaldas intentando cubrir el cuerpo sin vida de uno de los principales cargos ejecutivos del Gobierno Federal de los Estados Unidos. No tardaron en llegar varios coches de la policía, acorralando la zona y, en ese mismo instante, entraron divididos por patrullas en cinco de los edificios que tenía alrededor. Sonreí al ver que nadie se percataba de mi presencia, subí a mi coche, que se encontraba a escasos metros, y me dirigí al aeropuerto, donde un avión me esperaba para volar a Atenas.

Al día siguiente, abrí los ojos al escuchar el estridente sonido de mi teléfono, que no dejaba de sonar una vez detrás de otra.

—Me cago en la puta... —Bufé.

A tientas comencé a dar manotazos encima de la mesita de noche, hasta que conseguí dar con él. Sin mirar la pantalla, descolgué gruñendo más que hablando como una persona normal, aunque eso, en realidad, yo no sabía lo que era. Ser una persona normal no entraba en el diccionario de mi vida.

—¿Quién cojones es?

Escuché una leve carcajada al otro lado que se me antojó molesta y me cabreó más de la cuenta. Arrugué los ojos un poco al sentarme en la cama y daba patadas para apartar la arrugada sábana de mi cuerpo.

—No sé por qué no me sorprende tu comportamiento tan temprano. Nunca te gustó madrugar.

—¿Anker?

Arrugué el entrecejo.

—El mismo, ¿cómo estás, muchacho?

—¿A qué viene tu llamada? —desconfié.

—¡Oh, vamos! Hace mucho tiempo que no sé nada de ti.

Tuve que soltar una carcajada, no me tragaba su estúpido juego de despiste. Anker Megalos fue mi instructor, casi como mi padre más bien, ya que me crió él cuando mi verdadero progenitor se largó dejando a mi madre embarazada y esta me abandonó en un orfanato. Y después de eso, ella prefirió seguir siendo prostituta, metiéndose de todo menos miedo. Lo cual hizo que una mañana se la encontraran en el prostíbulo muerta por una sobredosis de cocaína.

Cuando me escapé, encontré a la familia Megalos, algo rara y diferente, personas malignas que no buscaban nada en la vida excepto una cosa: el sufrimiento ajeno.

—No me vengas con juegos, Anker.

Rio al otro lado de la línea como el tirano que era y, aunque yo no fuese menos, me costaba compararme con él. Nunca llamaba para nada, y esta era una de esas llamadas en las que algo no me olía bien.

—Necesito que nos veamos en tres cuartos de hora. ¿Te viene bien que quedemos en la entrada de la Acrópolis?

—Sí.

Contesté escuetamente, ya que no sabía dónde vivía y, casualmente, estaba al lado.

—Bien. No llegues tarde.

—Nunca lo hago.

Pero esta última frase se quedó en aire al escuchar la línea al colgar.

Media hora después, y antes de marcharme, eché un leve vistazo a la habitación de Riley, pero no interrumpí su sueño y decidí contarle más tarde todos los acontecimientos.

Llegué al sitio donde había quedado con Anker, viéndolo conforme avanzaba. Como siempre, le gustaba llegar antes que nadie. Estaba más mayor de lo que lo recordaba. Sus entradas eran más profundas, y su pelo se teñía por completo de blanco. Desde la distancia pude ver que había adelgazado más de la cuenta, pero eso no afectaba a su semblante circunspecto, el mismo que tenía siempre, haciéndole parecer el hombre más respetable sobre la faz de la Tierra.

Giró sus pequeños ojos marrones en mi dirección, como si oliese desde la distancia que estaba a punto de alcanzarle. Sonrió con ironía, torciendo solo un poco sus finos y arrugados labios hacia la derecha.

—Qué bien te veo, muchacho.

Alcé la barbilla un poco y asentí mirándole con descaro. Me paré frente a él sin tomar asiento, y este hizo un leve gesto con la cabeza para indicarme que lo hiciera.

—Siéntate —ordenó al ver que no le obedecía.

—No cumplo órdenes, Anker. Dime qué quieres.

Agarró con fuerza su bastón negro con la cabeza de un águila cubierta de oro, apretando sus dos manos en ella. Elevó sus ojos hasta posarlos en los míos y, de nuevo, me indicó el asiento a su lado. Rodé los ojos con pesadez, pero finalmente terminé sentándome, viendo que contemplaba la Acrópolis en la distancia.

—Siempre has sido un desobediente. No sé cómo he aguantado tenerte tantos años a mi lado.

—Quizá fuera porque siempre fui bueno en la práctica —me burlé.

—El mejor —puntualizó girando su rostro de nuevo hacia mí.

Tras un extenso silencio que se me hizo pesado de más, incliné mi cuerpo hacia delante agarrando mis dos manos entre sí, observándole.

—Tengo cosas que hacer, ¿me vas a tener toda la mañana aquí?

—Estás perdiendo los modales por segundos. Todo tiene un tiempo, parece ser que lo olvidas. —Pareció molesto. A mí no me importó una mierda.

Era una persona mala. Y durante todos los años que estuve con él, a cada paso que daba más me cercioraba de que tendría que dejar lejos al hombre que estaba a mi lado si quería conservar mi vida.

—¿Y bien? —me desesperé.

Sonrió de nuevo.

—Tengo un trabajo para ti.

—Al fin hablamos en el mismo idioma, me parece —añadí—. ¿De qué se trata?

Metió la mano en su bolsillo, para después desdoblar un papel blanco en el que solo constaba un nombre. Lo extendió hacia mí y lo cogí confuso. Esa no era la manera de proceder.

—Manel Llobet —pronuncié en voz baja.

—Es uno de los comisarios más importantes de Barcelona. Te pasaré el resto de la información en unos días. Mientras tanto, ve preparando tu viaje.

Se levantó agarrando con fuerza su bastón, algo inútil a mis ojos, puesto que sabía que podía defenderse de cualquiera sin él, y antes de que diera un paso más, le pregunté:

—¿Por qué?

Se paró en seco, después giró su rostro lo necesario para verme de reojo, pero no llegó a contemplarme de manera directa. Sabía a la perfección por qué le hacía esa pregunta, ya que mucho tiempo atrás, cuando decidí separarme de aquella especie de secta que tenían, hice mi último trabajo a su lado y no lo terminé, y de eso ya habían pasado muchos años. Demasiados.

—Ganarás tanto dinero que podrás retirarte de esto. Eso es lo único que debe de importarte.

Su tono de voz era rudo e implacable, lo que me aseguraba que era distinto, y raro, muy raro a decir verdad, ya que Anker Megalos jamás demostraba sus emociones ante nadie, por lo tanto, supe en el instante que ese trabajo era más que personal. No añadí nada, me levanté, pero antes de marcharme en dirección opuesta, el que me habló fue él.

—Una cosa más, Williams.

Giré mi cuerpo para observarle. Él hizo lo mismo, y su mirada no me gustó.

—Serán seis.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería.

—Seis personas de las que irás teniendo información según termines cada cometido. —Me contempló con intensidad y, antes de irse, dijo en tono rudo—: No me falles.



## 2

### DESCUBRIÉNDOME

*Micaela Bravo*

Me senté en uno de los sillones de piel negros de la entrada a la consulta de Vanessa Lago, mi psicóloga. La misma que llevaba tratándome durante cinco largos años en los que no avanzábamos de ninguna de las maneras. Estaba situada en uno de los edificios de la Rambla, frente a la Casa Gaudí, me pillaba relativamente cerca del trabajo, dadas las distancias para ir a cualquier sitio en Barcelona.

Crucé mis piernas dejando ver bastante mis muslos, y pude comprobar que el secretario que tenía detrás del mostrador me miraba babeando. Menudo estúpido si se pensaba que podría conseguir algo conmigo, ya que ni él, ni nadie, estaba al alcance de eso si no podía pagarlo.

Oí mi nombre al escuchar que se abría la puerta de su despacho, con su habitual crujido cuando lo hacía. Lo que todavía no entendía era cómo una de las mejores consultas de psicología que había en toda Barcelona, tenía una puerta que chirriaba. Me levanté de mi asiento cuando Vanessa me indicó con la mano que me acercara, mientras intentaba dar por finalizada la conversación que mantenía por teléfono. El chico del mostrador, muy atractivo bajo mi punto de vista, me observó de manera lasciva de nuevo, lo que hizo que no pudiera evitar sacarle el dedo corazón de manera vulgar. Vanessa, al ver mi gesto, a la vez que le sonreía con descaro a su empleado, meneó la cabeza varias veces, negando con ella.

Al entrar, cerró la puerta tras de mí, terminó de apuntar lo que fuera que estuviera escribiendo en su agenda enorme de color marrón, y dejó el teléfono encima de su gran escritorio de roble.

—Tienes una forma muy particular de darle los buenos días a mis empleados.

—¿Has pensado en lijar esa puta puerta?

Señalé la entrada y esta sonrió.

—Como siempre cambiando de tema, Micaela.

Cogió unas hojas, posicionándolas encima de su habitual tapa dura de color negro para apoyarse, se sentó en su sillón y me instó con la mirada para que hiciera lo mismo en el lujoso sofá de los locos, como yo lo llamaba.

—Bien, ¿cómo te encuentras hoy?

—Igual que todos los días —contesté con desgana.

Apoyé mis brazos en mi frente de manera chulesca y miré al techo suspirando. Esto no servía para nada. Nunca lo había hecho.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? Háblame —me pidió en tono neutro.

—Sí, las mismas de todas las noches.

—Tienes que aceptar que ellos ya no están y dejar atrás el pasado. Ese será el primer paso para que puedas conseguir estabilizar tu mente y, de esa manera, disipar las pesadillas nocturnas.

La miré con desdén sin poder evitarlo. Qué fácil era decirlo.

—Es imposible que te pongas en mi pellejo —aseguré con rabia.

—Lo sé, pero recuerda que estoy aquí para ayudarte, no para machacarte, como bien piensas. Hice un gesto de disconformidad y dirigí de nuevo mis ojos al techo blanquecino.

—Pues para ser la que me ayuda, llevas cinco años intentándolo. Muy buena no serás.

Y mis comentarios ofensivos, como siempre, no hacían el efecto que deseaba. Lo que quería era que, de una vez por todas, Vanessa me echara de su consulta, ya que a mí me era imposible abandonar las charlas con ella, aunque fuese pagándole y a sabiendas de que no servían para nada.

—Cuando sigues viniendo será por algún motivo. —La miré con mala cara—. Y, ahora, cuéntame, ¿has hablado con tu abuela?

Negué.

—Quizá te vendría bien escapar unos días a Huelva. De esa manera podrías estar cerca de tu familia.

—De lo que me queda, querrás decir —añadí con arrogancia.

Y de nuevo volvíamos a la misma charla de cada semana: la muerte de mis padres y la desaparición de mi hermano, al que ya daba por muerto.

—¿Has recapacitado sobre tus planes a futuro? —preguntó después.

—No. Los tengo bien claros y en mente a todas horas, además —añadí con una sonrisa malévola—, cada vez estoy más cerca.

—Más cerca de morir, Micaela. Esa gente es peligrosa.

—No me iré sola —afirmé.

Después de treinta minutos, en los que ella intentaba de alguna manera convencerme de todo lo contrario a mis propósitos, volvimos a la pregunta no tan habitual.

—¿Has conocido a alguien?

—No. Ni quiero —soné tajante.

—Háblame de Jack.

Resoplé como un toro. ¿Por qué siempre se empecinaba en sacarle a él? No debería de habérselo contado nunca.

—Ya sabes todo lo referente a Jack. Hace meses que no sé nada de él, desde la última vez que le vi. ¿Quieres que me invente algo y hacemos más amena la consulta?

La encontré mirándome con mala cara, algo poco común en ella, pero recompuso su rostro en cuestión de segundos. Sabía que algunas de mis sesiones la sacaban de sus casillas, pero ella siempre llevaba la conversación a su terreno, se tratase del tema que fuera.

—Es un detalle que me contaste, y del cual quiero hablar en este momento —sentenció—. Cuéntame cómo os conocisteis.

Bufé de nuevo y me perdí en el pasado, en meses atrás, exactamente. Cuando el susodicho Jack se cruzó en mi camino. El mismo al que yo no le daba tanta importancia como lo hacía ella.

*Me encontraba en uno de los bares de Barcelona después de un plan fallido y una mala racha que pensaba resolver de cualquier manera. Estaba sentada en el taburete de una de las barras de aquel sitio, bebiéndome un buen cubata que ahogara mis pensamientos y mis inquietudes, por qué no decirlo. Pocos minutos después de mi llegada, un hombre de unos treinta y tantos años se sentó a mi lado y pidió a la camarera algo que no pude oír. Noté cómo me observaba, pero no le di importancia hasta que, de repente, escuché su tono de voz grave y rasgado.*

—¿Estás sola?

*Dejé de menear mi vaso haciendo que los cubitos de hielo se deshicieran en él y levanté la vista de manera intimidante hacia la persona que me hablaba. Me quedé un tanto impactada al ver su aspecto de chico malo, aunque me recompuse de inmediato. Era alto, demasiado, tenía el pelo castaño con destellos rubios, sus ojos eran dos inmensos prados verdes como los que lucía Escocia y su barbilla estaba poblada por un escaso vello del mismo color que su cabello. Comprobé que su cuerpo estaba duro y terso bajo esa camisa de lino blanco que hacía que se marcaran todos y cada uno de ellos, y sentí que se me resecaba la garganta ante su escrutadora mirada.*

*—¿Y a ti qué cojones te importa? —pregunté con despotismo.*

*Sonrió de medio lado, y esa perfilada línea que se curvó en sus labios me hizo sentir un pinchazo en mi bajo vientre. Me obligué a olvidarme del aspecto de aquel hombre, de su tono de voz y de todo lo que tuviera relación con él. Yo solo quería beberme mi copa en soledad, como estaba acostumbrada a hacerlo, y marcharme de allí, pero, de nuevo, aquel varonil tono salió de su garganta.*

*—¿Dónde tienes la banda?*

*Volví mis ojos hacia él, arrugando el entrecejo más de la cuenta.*

*—¿Qué banda? —pregunté siendo más borde de lo normal.*

*—La de miss antipática.*

*Alcé una ceja sin poder creerme lo que aquel desconocido me había llamado.*

*—¿Y dónde te has dejado la tuya? —le reté.*

*Sonrió con picardía, apoyó su brazo izquierdo en la pierna que tenía justo debajo, y su gesto se me antojó más chulesco todavía.*

*—¿La mía? —Se señaló.*

*Pude apreciar su sonrisa un poco más y, antes de poder seguir perdiéndome en sus encantos que destacaban sobre todo lo demás, atacó:*

*—Sí, la de miss subnormal —contesté tajante.*

*Vi cómo reía por mi comentario, sacándome de mis casillas. Dejé un billete encima de la barra, mientras lo fulminaba con la mirada, cogí mi pequeño bolso de mano y ajusté mi vestido para salir de allí. No estaba dispuesta a aguantar a un estúpido como aquel.*

*—Te invito a una copa —añadió antes de que empezara a andar.*

*—¡Que te den, imbécil!*

*Y con las mismas, ordené a mis pies para que se pusieran en dirección hacia la salida, pero antes de llegar a la puerta, noté una mano ciñéndose a mi muñeca. Al girar mi rostro, me lo encontré frente a mí. Su perfume impactó en mis fosas de tal manera que creí marearme y, al mirarle, me di cuenta de que era más alto de lo que creía.*

*—Si no quieres una copa, te invito a bailar.*

*Alcé una ceja con un cabreo monumental. ¿Quién cojones invitaba a alguien a bailar en el siglo veintiuno? ¡Y menos sin conocerse!*

*—O me sueltas —le amenacé—, o te parto la muñeca ahora mismo.*

*Su carcajada resonó en toda la sala, provocando que varios curiosos nos observaran. Intenté zafarme de su agarre, pero comprobé que me era imposible.*

*—Me has insultado dos veces, creo que merezco una disculpa.*

*Abrí los ojos de par en par ante su comentario y resoplé cuando comenzó a sacarme de mis casillas.*

*—Tú me has llamado antipática —le reproché, y realmente no sabía por qué lo hacía.*

—Es que lo eres —aseguró convencido.

—¡No soy antipática!

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo se le llama a eso?

*Se puso la mano que le quedaba libre en la barbilla y sonrió, se estaba divirtiendo.*

—Se le llama simpatía selectiva, y ahora, déjame tranquila.

*Apretó mi cintura contra su cuerpo sin que pudiera evitarlo, y a trompicones me llevó hasta la zona donde estaban bailando unas cuantas parejas más. La canción que sonaba era lenta, y este amplió su sonrisa.*

—¿Sabes bailar? —cuestionó con picardía.

—No voy a bailar contigo —contesté ceñuda.

*No hizo caso de mi comentario y comenzó a pegar su cuerpo al mío. Yo intenté quedarme quieta antes de darle un rodillazo en las pelotas que nunca llegó, ya que, cuando vio mis intenciones, metió una de sus piernas entre las mías para conducirme en el baile pausado y sensual.*

—Un baile por una disculpa y te dejo marcharte —añadió.

*Resoplé y por un momento pensé que tampoco sería tan grave. Después de ese primer baile, llegaron muchos más, hasta que prácticamente cerramos aquel bar.*

Contemplé a Vanessa que me observaba atónita, y por un momento creí que suspiraría en cualquier momento, y lo hizo, claro que lo hizo.

—¿Y después?

Alcé los ojos al cielo. Me desesperaba.

—Y después, nada. Al terminar de bailar todo el repertorio que sonaba, se fue.

Y era verdad. Se marchó sin más. Sin un «nos vemos pronto», o un simple adiós. Sus últimas palabras fueron: «gracias por esta noche», antes de desaparecer por la puerta envejecida de madera.

—Creo que ya es la hora —indiqué al verla empanada, observándome—. Hablamos la semana que viene.

Me levanté mientras ella seguía mis pasos hasta la puerta y, antes de salir, escuché que me decía:

—Si me necesitas, llámame.

Asentí y salí sin mirar atrás. Tenía que llegar al club en menos de una hora, y esperaba que eso fuera posible.

Cuarenta y cinco minutos después, aparqué en la puerta del club que regentaba desde hacía ocho años, el mismo que había tomado una fama y un prestigio considerable y, por supuesto, al alcance de poca gente.

Abrí la puerta de hierro trasera y entré cerrando con llave. Vi que Eli, mi secretaria y amiga, estaba en la barra con unos cuantos papeles, lo que supuse que eran algunas facturas para entregárselas a la administradora.

—Hola —la saludé dejando el bolso en la barra.

Me hizo un gesto con la cabeza y, seguidamente, lanzó un periódico encima del cristal. Estiré mi mano para cogerlo, y lo que vi en primera plana me impactó.

Manel Llobet asesinado en su casa esta madrugada.

La miré con cara de circunstancias, sin poder creerme lo que estaba leyendo.

—Ha salido en todas las noticias, periódicos, radios, etcétera. Su mujer y sus hijos están bien, pero a él... lo han matado en la misma cama en la que dormía.

—No me lo puedo creer...

Me senté de golpe en uno de los taburetes de cuero blanco que teníamos tras la barra.

—Se ve que ha sido un ajuste de cuentas. Ya sabes que Manel tenía muchos enemigos alrededor, y...

—Y ¿qué? —pregunté cuando dejó la cuestión en el aire.

—Esta mañana antes de cerrar ha estado aquí el inspector Barranco. Por lo visto quiere hacerte algunas preguntas, es de narcóticos, y está buenísimo.

Lo primero no me hizo tanta gracia, porque estaba claro que en mi club se consumía droga a patadas, y más cuando lo pedían los clientes, y lo segundo, bueno, podría ser una buena baza a mi favor si tenía que camelarme al tal Barranco.

—¿Qué te ha dicho?

—Es nuevo, ya sabes que antes no estaba él. Me ha dicho que te pases esta mañana por la comisaria, querían hacerte unas cuantas preguntas. Esta es su tarjeta.

Me la extendió y, en ese momento, me levanté para dirigirme a ver al interesado.





## VISITA INESPERADA

Un rato después abrí las puertas que daban a la comisaria que ponía en la tarjeta que Eli me había entregado. Con paso firme, me acerqué al primer policía que vi y esperé paciente a que soltara el maldito teléfono que tenía en las manos. Se levantó cuando terminó, quedando más alto de lo normal al estar en una especie de tarima.

—¿En qué puedo ayudarla?

Me observó con mala cara, y eso me importó bien poco.

—Busco al inspector Barranco.

—¿Quién le busca? —preguntó en tono mordaz.

—La señorita Micaela Bravo —respondí con desdén.

Torció su gesto y no volvió a mirarme hasta que habló con él al otro lado de la línea.

—Espere un momento. Enseguida saldrá.

Asentí sin apartar mi mirada intimidatoria de aquel barrigón con uniforme que me observaba como si fuese el mismísimo diablo. Y, en cierto modo, lo era. Mucha gente sabía de sobra que la fama que tenía mi club no era precisamente por la legalidad que allí había, y aunque me lo pasaba todo por el arco del triunfo, como bien decía mi abuela cada vez que hablaba con ella, era cierto que me molestaban las miradas y los cuchicheos que se creaban a mi alrededor de vez en cuando.

Al final de la estancia principal, entre todo el barrullo que había, vi salir a un hombre moreno, con buena estatura y un porte que, efectivamente, se quedaba corto con el comentario de Eli. Alzó su mirada hacia mí en el mismo instante en el que nuestros ojos se clavaron, y pude apreciar que aligeraba su paso hasta que se posicionó frente a mí con cara molesta, o eso me pareció.

—¿La señorita Bravo?

Asentí bajo su falta de educación al no darme ni los buenos días.

—Necesito que me acompañe a la sala de interrogatorios. Como bien sabrá, el comisario Manel Llobet ha sido asesinado esta misma noche en su domicilio, y nos consta que estuvo en su club hasta bien entrada la noche.

Carraspeé con soberbia antes de contestar:

—El señor Llobet fue asesinado en su cama, con su mujer a su lado. No conmigo ni en mi club, por lo tanto, dudo mucho que tenga que pasar a esa sala de interrogatorios de la que me habla.

Intenté darme la vuelta para salir de allí y dar por zanjada la conversación, cuando escuché su varonil tono rugir.

—Se equivoca. Está usted ante la ley y, por lo tanto, he reclamado su presencia para hacerle las preguntas necesarias. Si no entra en la sala, me verá obligado a detenerla por desobediencia a

la autoridad.

Volví mi cuerpo hasta situarme a escasos milímetros de él, teniendo que alzar mi rostro para poder observar directamente sus dos perlas de color miel que intentaban traspasarme a la vez que me analizaban. Elevé mis manos juntando mis muñecas y sonreí con picardía, mientras una de mis cejas se acentuaba.

—Y ¿va usted a detenerme, inspector Barranco?

Arrugó su entrecejo, pegando su rostro casi al mío. No me intimidó. Hacía muchos años que nadie causaba ese efecto en mí.

—Si es necesario, créame, lo haré.

Una sonrisa burlona se instaló en mi boca, a la vez que mis manos bajaban y rebuscaban en mi bolso el teléfono móvil. Sin apartar la mirada de él, desbloqueé el aparato y me permití mirar por un segundo mi agenda para marcar el número.

—No hablaré hasta que mi abogado llegue —le di al botón de llamar y al instante, Jan respondió—. Hola, necesito que vengas a la comisaria, aquí el amable y educado inspector Barranco quiere meterme en una sala de interrogatorios a la que no pienso entrar hasta que llegues, se ponga como se ponga. —Le miré de manera retadora. Aunque en realidad, nuestra conexión permaneció fija—. Está bien, te espero sentada en las cómodas sillas de la que supongo será la sala de espera.

Colgué sin decir nada más y chasqué la lengua a la vez que sentaba mi cuerpo en la silla que tenía detrás de mí. Puso los brazos en jarras, para después pasarse la mano con desespero por su incipiente barba que rozaba lo sensual en un hombre. No me dijo nada, pero permaneció inmerso en sus pensamientos, a la espera de que Jan apareciera por la puerta de un momento a otro.

Contemplé que se dirigía hacia el mostrador en el que antes pregunté por él, y oí que le decía al hombre barrigón:

—No dejes que salga de la comisaria.

No pude evitar mostrarme orgullosa ante tal comentario. Estaba claro que tenía ganas de cazar alguna fortuna y, en este caso, la fortuna era nada más y nada menos que yo.

Tenía a mucha gente importante a mi favor, y sabía de sobra que no tendría problemas con la policía. Que Manel hubiese sido asesinado había sido una gran putada, ya que era él, el que manejaba los hilos a la perfección para que nadie metiese las narices en mis asuntos, y mucho menos en mi club. Pero ese detalle intentaría resolverlo a cualquier precio, aunque si lo pensaba bien, si seguía con el mismo comportamiento hacia el inspector de narcóticos, no iba a poder ganarme su confianza para sobornarle.

—Ya estoy aquí.

El ajetreo constante que Jan traía siempre apareció ante mis ojos. Le inspeccioné mientras se colocaba el traje chaqueta como buenamente podía y dejaba su maletín encima de la silla que tenía a mi lado.

—¿Qué cojones quieren ahora?

—No lo sé. Solo me ha dicho que quieren hacerme unas preguntas porque Manel estuvo ayer en el club. —Puse los ojos en blanco.

—No es bueno que estés aquí. Si alguien que no debe te ve, pensará que estas tramando algo y puedes tener problemas. Dime quién es el inspector tocapelotas, cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Y tenía razón. En el club había todo tipo de personas y, aunque era un lugar difícil de acceder ya que nos codeábamos con gente muy importante como herederos de grandes fortunas, artistas

consagrados, elegantes banqueros o políticos de renombre, si la policía se empeñaba, podíamos tener problemas. Uno de estos últimos personajes era Óscar, el hombre que seleccionaba a mis chicas para poder trabajar en el club. Alguien que, según él, tenía buen ojo y buen bolsillo para que las mejores mujeres atrajeran a los hombres que precisaban de sus servicios. Todo esto por una cuantiosa cantidad de dinero que a mí no me importaba darle, ya que, de esa manera, era él quién se encargaba de traerlas y, aunque sabía que no usaba buenas mañas para hacerlo, seguía protegida, y lo más importante de todo, mi venganza estaba tan cerca que podía tocarla con la palma de la mano.

En el caso de que alguien me viese salir de la comisaria, perfectamente podría pensar que estaba traicionando a algunos de mis habituales clientes, y eso no era nada bueno, la voz se correría de inmediato y lo que en ese momento tenía como la torre más alta, podría caer de un solo golpe.

—El inspector Barranco, me imagino.

Jan soltó con tono agrio una afirmación cuando el chico guapo se acercó a nosotros. Antes de que Barranco pudiera abrir la boca, mi abogado prosiguió:

—No tiene ningún derecho a retener a mi cliente aquí, por lo tanto, si va a realizarle alguna pregunta, hágalo de inmediato, no tiene todo el tiempo del mundo para permanecer en esta comisaria cuando no está acusada de nada.

—En ese caso, acompáñenme.

Unos segundos después, tras echarnos una mirada de victoria entre Jan y yo por haber dejado al inspector mudo, entramos en la dichosa sala. Me senté en una de las sillas, mientras mi abogado hacia lo mismo a mi lado.

—Bien, ¿dónde estuvo anoche?

—En mi club —respondí tajante.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Llobet?

—No lo vi, en realidad.

—Miente —aseguró.

Jan se incorporó un poco en su asiento arrugando su entrecejo y, antes de que pudiera mencionar palabra, soltó:

—Está usted acusando a mi cliente, por lo tanto, no permitiré que conteste una sola pregunta más a no ser que interponga una demanda contra ella. No tiene pruebas de nada, y no puede retenerla aquí. Si está contestando a este interrogatorio es por propia voluntad.

El inspector suspiró con arrogancia, a la vez que la comisura de sus labios se arqueó de forma predecible, para, después, fijar sus ojos en mi rostro, que no mostraba ningún signo de emoción.

—¿Se cree que no sé de qué tipo de calaña es su club? Pienso desmontar toda la tapadera que tiene y, por supuesto, a toda la gente que compra con dinero para estar resguardada de la ley. Lo que usted hace es ilegal, y voy a encontrar la manera de que pague por todo lo que está haciendo.

Sonreí. Jan, por su parte, dio un fuerte golpe en la mesa a la vez que su imponente cuerpo machacado por el gimnasio se levantaba de la silla de manera temeraria. No solo me asombraba su forma de ser, tan agresiva, tan directa, sino que era el mejor abogado que había en toda España, de eso no me cabía la menor duda.

—¡Está culpando a mi cliente de otra cosa completamente distinta a la que nos ha dicho! Hemos terminado este interrogatorio, Micaela, nos vamos —sentenció en tono rudo.

El inspector se levantó, mostrando así su carácter, fulminando a mi abogado con la mirada, para después posar sus ojos en mí, mientras abandonaba mi asiento.

—Estoy seguro de que contrató a alguien de su entorno para que acabara con la vida del señor Llobet, pero esto no va a quedar así, se lo puedo asegurar, señorita Bravo.

Sus últimas palabras salieron con rabia, y yo sonreí de nuevo, mostrándome superior a él.

—Si vuelve a amenazar a mi cliente, interpondré una denuncia contra usted —amenazó Jan.

Cerró la boca mientras me observaba con descaro, traspasándome con sus ojos. Antes de salir por la puerta, me permití el lujo de girarme para mirarle y con una chulería habitual en mí, le dije:

—Adiós, inspector Barranco. Espero no verle nunca más.

No se quedó con ganas de soltar la última palabra.

—Me temo que hoy no es su día de suerte.

Un rato después, entraba de nuevo en el club junto a Jan. Aflojó su corbata y se quitó la chaqueta para dejarla en uno de los taburetes, mientras él solo se servía una copa.

—¿Quieres algo?

Negué, mirando a un punto fijo de la barra mientras tamborileaba mis uñas contra ella.

—¿En qué estás pensando? —volvió a preguntar.

Hice una mueca con los labios en señal de no saberlo ni yo.

—¿Quién podría querer asesinar a Manel? Con la cantidad de contactos que tenía... —Dejé las palabras en el aire.

—Ya sabes que también tenía de la misma forma, muchos enemigos.

Negué con la cabeza, escuchando el líquido de la botella que acaba de abrir chocando contra los dos hielos. Podría tener mucha gente que le deseara todo lo malo y peor, pero, aun así, nadie tenía tantos motivos como para ser tan frío a la hora de acabar con su vida, y mucho menos en su misma cama mientras dormía.

—Tendré que buscarme otra baza con la policía.

—Me pondré a ello esta misma tarde con Anabel, no te preocupes. Porque al inspector idiota lo descartamos, ¿no?

Asentí.

—No obstante —prosiguió—, debes de andarte con cuidado. Es de narcos, no de homicidios, no sé por qué demonios ha metido las narices en este asunto, y eso quiere decir una sola cosa: que tiene un interés primordial en ti.

—No hace falta que me lo jures, solo había que ver su manera de mirarme.

—Si estuviera entre tus piernas, quizá no te miraría de la misma forma —ironizó.

—Si es necesario llegar hasta tal punto, no pondré objeción. Pero no lo veo tan sencillo, no con él. No tiene pinta de ser el típico policía corrupto que se deja comprar por unos cuantos euros, ni siquiera por miles.

Esta vez, fue él quien negó mientras el líquido entraba en su garganta. Antes de que pudiéramos retomar la conversación, vi que Óscar salía de una de las habitaciones privadas del club, con Eli a su lado.

—Estaba esperándote —anunció.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extraña al verle en un día de diario.

—Tengo una sorpresa para ti, pero te diré que la sorpresa está siendo difícil de sonsacar.

Arrugué el entrecejo expectante de que continuara.

—Tengo a Carter.

Sonrió, y yo vi más cerca mi triunfo.



## KITTY TIENE HAMBRE

Entré en la habitación con el corazón latiéndome a dos mil por hora. Miré al tipejo que estaba atado a una de las sillas de madera y mi sonrisa fue triunfal. Tenía ante mí a uno de los miembros de mi mayor pesadilla, al hombre que le llevaba prácticamente todos los negocios que poseía, en el que confiaba plenamente y al que yo andaba buscando desde hacía casi un año, sin éxito.

—No me lo puedo creer... —murmuré recalcando cada letra con lentitud.

Miré a Jan que entraba el último y cerraba la puerta tras de sí. Eli se posicionó a un lado de la estancia, ajena a todo, mientras Óscar permanecía mi lado como si acabara de traerme el mayor regalo de reyes, y lo era.

—¿Qué haces en España, Carter?

—A ti te lo voy a decir, ¡zorra!

De su boca salió un escupitajo que llegó hasta mis piernas, manchándome parte del muslo. Arrugué el entrecejo con desagrado, a la vez que Eli se apresuraba para darme un pañuelo, el mismo que usé para quitarme su asquerosa baba, con calma.

—No estás receptivo —añadí con ironía.

Di dos pasos hasta que llegué a su altura, cogí su mentón con fuerza e hice que clavase sus oscuros ojos en mí. Lo hizo con desprecio, pero en el fondo y, aunque estuviese bien adiestrado, sabía que tenía miedo. Me permití lanzar un farol, pensando que, si Óscar le había traído hasta mí, tendría más cabos atados de los que pensaba.

—¿Qué tal está tu familia? —pregunté como si nada.

—Como se te ocurra ponerles una mano encima, te juro que...

—Eh, eh, eh —le interrumpí poniendo mis manos en alto—. No vayas tan rápido, Carter, así no nos vamos a entender.

—¿¡Qué demonios quieres!?

Miré a Óscar y este asintió, confirmándome con una sola mirada que mi farol no lo era tanto. Efectivamente, tenía más cosas atadas de las que me había podido decir. Si mi impaciencia no me hubiera hecho llegar hasta la habitación antes de hablar con él, quizá lo hubiese sabido todo de antemano. Eché un simple vistazo a Jan, quien cogió la indirecta al momento.

—Estaré trabajando en lo que te comenté antes. Llámame si me necesitas.

Asentí sin apartar mis fríos ojos de aquel tipo que permanecía sin saber a qué punto debía mirar, lo que sí estaba claro era que le intimidaba, pero todavía no sabía cuánto podía llegar a hacerlo.

Agarré otra de las sillas que había en la sala y me senté frente a él, dejando el respaldo delante de mí, donde apoyé mis dos brazos. Sonreí con sarcasmo cuando me miró con el ceño fruncido, a la vez que chascaba la lengua en un simple gesto de superioridad.

—Bueno, y ¿dónde está tu jefe? ¿No piensa venir a salvarte?

—¡Vete a la mierda!

Puse los ojos en blanco, acompañándolos con un gesto de desagrado. Giré mi vista hacia Eli que permanecía quieta en la esquina, con las manos entrelazadas entre sí.

—¿Tenemos a Kitty?

Asintió con un gesto escueto.

—¡Oh, qué bien! —añadí como una demente—. ¿Por qué no me la traes? Quizá quiera conocer un poquito a Carter, seguro que le cae bien. Pero no te olvides de traer sus juguetes.

La sonrisa de Eli fue imposible de ocultar. Tenía un año menos que yo, pero era lista, mucho. Hacía ocho años que la conocía, de hecho, lo hice el primer día que mis pies pisaron el aeropuerto de Barcelona, cuando a los veinte años decidí marcharme de Huelva y dejar a mi abuela sola, para buscar mi propio futuro. Mi propia venganza.

Ella trabajaba de azafata, y nuestra relación empezó de la manera más simple. Yo andaba perdida buscando un sitio donde poder dormir, ella fumaba en la puerta y vio mi malestar al estar tan desubicada y, sin más, me ofreció su ayuda. Cuando me planteé el tema del club, después de conocer a un importante empresario de la ciudad de Barcelona, no dudé en que ella era el medio limón, como yo decía, que necesitaba para este negocio, y tuve claro que no me equivocaría.

Bajo aquel cuerpo de Barbie con unas curvas capaz de aniquilar a cualquier hombre o mujer que se acercase a ella, se escondía una cabeza brillante que solo sabía planear el mejor de los asaltos. La vi colocarse un mechón de su denso pelo rubio tras la oreja, para después salir de la habitación con un gesto de chulería tentador. Óscar arrugó el entrecejo sin saber muy bien cuál era el cometido que íbamos a llevar a cabo, pero poco le quedaba para descubrirlo, por lo tanto, no le di mayor importancia y permanecí en mi sitio inspeccionando al desgraciado que tenía atado.

—Sé que ha tenido una hija, y que sabes dónde se encuentra. No quiero más datos, no quiero buscarle, él vendrá a mí.

—Te matará —aseguró mordaz.

—O yo le mataré a él.

—No sabes con quién te estás metiendo, niñata —escupió con rabia.

Vi que de su boca salían pequeñas gotitas de saliva y, esta vez, no pude reprimir mi comentario.

—Si vuelves a escupirme de nuevo, te...

No me dio tiempo a terminar la frase cuando el impertinente de Carter soltó otro escupitajo, esta vez cayendo en mi hombro. Exhalé un fuerte suspiro, a la vez que vi a Óscar acercarse a mi lado para golpearle, pero le paré en el instante. Sin limpiarme, me fui directa a la barra, y de allí saqué una garrafa, un embudo y una goma transparente. Le hice un gesto con la cabeza a Óscar para que se acercase y agarré el pelo de Carter con saña, tirando de él hacia atrás.

—¿Tu madre no te enseñó modales? —pregunté sarcástica.

Introduje la goma en su garganta antes de que le diera tiempo a contestarme, y una enorme arcada se apoderó de él. No le di importancia, no se iba a morir por eso. Coloqué el embudo al principio de la goma y en un rápido movimiento de Óscar, de la boca del hombre comenzó a salir agua como un río. Cuando vi que moriría si no paraba, le hice un gesto a mi ayudante para que bajara la garrafa.

—Punto número uno, aquí las normas las pongo yo. Y que te quede claro, estas en desventaja.

Alcé mi rostro indicándole que continuara. Su garganta no tardó en llenarse de agua de

nuevo. La puerta se abrió y Eli entró con Kitty en su mano, un cubo de chapa en la otra y, lo mejor de todo, un soplete.

—Punto número dos, ahora, me vas a pagar el escupitajo de entrada, y el de salida. O sea, para que me entiendas, el último que has lanzado.

De nuevo vi su rostro tomar otro color, le hice un gesto a Óscar y este paró en el momento en el que la tos se apoderaba de Carter, que a punto estaba de ahogarse con tanta agua. Tosía sin parar, mientras el líquido transparente no dejaba de salir incluso por su nariz.

Tiré de la silla hacia atrás y, con la ayuda de los dos que estaban conmigo, conseguí tumbarlo en el suelo sin desatarlo. Me agaché para estar a su lado, a la vez que levantaba su camiseta sucia, dejando su barriga al aire. Eli apareció detrás de mí con Kitty en sus manos, colocándola encima de él. Su largo rabo tropezaba con el rostro de Carter al tener una distancia tan reducida, pero no estaba dispuesta a soltarle para que escapara.

—¿Eso es una rata? —preguntó Óscar con cara de asco.

—Sí —contesté—, y quita esa cara. A Kitty hay que tratarla bien, es muy obediente.

Carter abrió los ojos en su máxima expansión cuando Eli le colocó el cubo de chapa encima de su barriga, dejando así a nuestra mascota encerrada.

—¡Estás loca! ¡Suéltame!

—Quiero que experimentes una cosa —añadí con una sonrisa; él me miraba horrorizado mientras se revolvía intentando quitarse el cubo y la rata de encima. Pero los fuertes brazos de Óscar lo impidieron.

Eli se colocó detrás de él, agarrando su cabeza, y con un simple gesto en los labios le pidió silencio.

—¿Te gusta jugar? —preguntó como una loca.

—¿Qué hacéis? —Pegó un pequeño bote cuando encendí el soplete.

—Ay... —suspiré mirando la enorme llama que salía de él—, Carter, solo quiero que me lleves hasta donde está su hija, es muy sencillo. Si hubieses colaborado, te habrías evitado todo esto. —Moví mis hombros con indiferencia—. Pero no. A ti te gusta hacerte el duro cuando sabes que tu jefe no mira por ti y le importa una mierda lo que te pase.

Acerqué la llama al cubo, comenzando a calentarlo.

—¿Sabes lo que pasará cuando Kitty se empiece a agobiar ahí dentro?

Lancé una mirada hacia su barriga. Él no intentó evitar que el miedo asomara por sus ojos.

—Te lo diré. —Me puse un dedo en la barbilla con la mano que tenía libre—. Intentará salir, de la forma que sea. Y eso quiere decir que te hará un pequeño tatuaje a base de mordiscos, para después comerse hasta tus tripas si es necesario.

Empezó a negar con la cabeza cuando el primer bocado llegó a su carne. Soltó un chillido de dolor, mientras yo seguía calentando la chapa, disfrutando de su propio miedo, el mismo que él causó hacía mucho tiempo en mí.

—Ahora bien, me pregunto cómo se sentirá tu mujer cuando se lo haga a ella.

—¡No, no! —gritó desgarrado a la vez que las lágrimas brotaban de sus ojos al recibir un mordisco tras otro—. ¡Para, para, por favor! —suplicó como un niño.

—¿Me llevarás donde te he pedido?

—¡Sí! —Su garganta se desgarró.

—Si me tiendes una trampa, ¿sabes que te quedarás sin tu mujer? ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí... —Su voz se fue apagando debido al dolor.

Inmediatamente apagué el soplete y se lo entregué a Óscar, retiré el cubo con la punta de mi



zapato cuando me puse en pie, y Eli se encargó de coger a la rata para llevársela a su pequeña mansión.

Ahora, me tocaba preparar un viaje.

Salí a la zona principal del club y vi la cabeza rapada de Ryan, uno de mis hombres de confianza. Había llegado. Dejó un par de bolsas encima de la barra, haciendo que algo de cristal chocase contra la ella. Observé desde la distancia sus rudos brazos, asomando por una camiseta de tirantes que dejaba a la vista sus exagerados y enormes antebrazos cargados de tatuajes. Alzó su rostro cuando me vio salir, suspiré y me dirigí hacia su posición.

—¿Un mal día? —preguntó divertido.

Siempre intentaba sacarme una sonrisa, algo que no consiguió, pero era un hombre digno de temer, con su simple estatura ya te daban ganas de salir corriendo.

—Peor que eso, aunque en parte estoy bastante contenta. —Me puse un dedo en la barbilla.

—¿Y eso? —se interesó.

—Carter está en la sala de ahí. —La señalé con el dedo; él hizo el amago de ir hacia allí con cara de ogro, pero se lo impedí—. Creo que ha tenido bastante por hoy. Aunque necesitaré que me acompañes a Atenas. —Me miró sorprendido—. Óscar tiene a su mujer vigilada, si no cumple con el trato, tendremos que optar por la opción B.

—¿Lo ha traído el solo? —Pareció no poder creer lo que estaba oyendo.

—Eso dice.

—Mica...

Mi nombre en su boca fue lo mismo que pronunciar un aviso que no quieres oír. Le miré por encima de mis pestañas, esperando que prosiguiera con la frase, y así lo hizo.

—No sé hasta qué punto te estás dejando llevar por Óscar, pero ten cuidado —me señaló con el dedo—, ese hombre no es trigo limpio.

—Ese hombre no te cae bien, no hay más —le rebatí.

—No. No me cae bien y sé que esconde algo más —aseguró huraño.

—¡Vamos, Ryan! Lleva mucho tiempo seleccionando a las chicas del club y nos va bien, nos interesa que la relación siga así. No te hagas paranoias innecesarias en la cabeza. Por cierto, ¿has visto lo de Manel?

Asintió con una ceja levemente alzada. Oí el repiqueteo de unos tacones detrás de mí y, seguidamente, la impoluta de Eli aparecía limpiándose las manos con un trapo. Sonrió al ver Ryan, con quien se llevaba de maravilla. Conocimos a Ryan una noche en el club, se montó una pelea en mitad de la pista y él fue quien sacó a los dos hombres que se golpeaban como bestias. Desde ese día tuve claro que tenía que formar parte de mi seguridad, así que cuando se lo propuse, no dudó ni un instante.

—Hola, Ryan. —Le sonrió.

Este le devolvió un «hola» silencioso, a la vez que sus ojos se marcaban en profundidad por su sonrisa. Ryan estaba casado, su mujer vivía en Londres, pero todas las semanas venía para pasar con él unos tres o cuatro días, dependiendo del trabajo que tuviese. Era un alto cargo político, y nunca profundizamos en su vida sentimental, ya que en el tipo de negocios que llevábamos, cuanto menos se involucrara a la familia, mejor.

—¿Qué vas a hacer con el llorón?

Puse los ojos en blanco ante el comentario de Eli y la miré con mala cara.

—Si a ti te pusieran una rata, veríamos si ibas a llorar o no —aseguré—, por cierto, ¿la has devuelto a su alcantarilla?

Asintió.

—¿Una rata? ¿Qué cojones habéis hecho?

Ambas miramos a Ryan, y este achicó los ojos lo suficiente, hasta que dijo:

—Me voy a colocar esto, prefiero no saberlo. Juntas sois como una jodida bomba a punto de explotar.

Desapareció escaleras arriba, dejándonos solas. Miré a Eli y suspiré.

—¿Crees que lo estoy haciendo bien?

Apoyé las manos encima de la barra y contemplé todas las botellas sin un punto fijo.

—Si te refieres a lo de antes... Tampoco ha sido tan grave. —Intentó hacer una broma que tuvo efecto.

—Me importa una mierda si le hubiera comido la barriga entera. Esa gente hace cosas peores, esa gente mata a hombres, mujeres y niños inocentes sin que les tiemble el pulso. —Mi rabia se acrecentó—. Esa gente solo sabe lo que es la maldad, y hay que pagarles con la misma moneda o nos comerán.

—No era mi intención hacerte enfadar, Mica.

Giré mi rostro y la miré.

—Estoy un poco irritante con este tema, no me hagas mucho caso. Llevamos un año detrás de este tío y, como si nada, aparece con Óscar debajo del brazo.

Arrugué mi entrecejo, al igual que ella lo hizo con los ojos.

—¿Crees que es una trampa? —preguntó pensativa.

—No lo sé, Eli, no lo sé. Lo único que tengo claro es que su jefe no va a mover un dedo por él, por mucho que le haya prometido.

—Le diré a Desi que no pierda de vista a Óscar durante unos días. Él no sabe que ella es parte de tu equipo de seguridad.

Asentí varias veces, tomé un gran suspiro y decidí irme al sitio donde podía pensar con calma. Le dije adiós con la mano, no era necesario indicarle que, si sucedía algo, tenía que llamarme, pues todos sabían a la perfección cuáles eran sus cometidos, y era algo que valoraba de las personas que me rodeaban.

Cruzando la calle para llegar a mi pequeño estudio de pintura, pensé en mi abuela. Tenía que llamarla, tal y como me dijo Vanessa, y visitarla antes de marcharme a Atenas.

Sabía que tenía un billete de ida, pero no de vuelta.



## ¿QUÉ HACES AQUÍ?

El teléfono sonó varias veces antes de que descolgara con un «dígame» con poderío, con fuerza, como era ella. Sonreí al escuchar su voz, y no pude evitar echarla de menos al instante. Llevaba un año casi sin ir a verla, y eso, en ocasiones, me proporcionaba mucho dolor, pero tenía claro que no quería involucrarla en ninguna de las mierdas en las que andaba metida, a ella no.

—¿Abuela? —pregunté a sabiendas de su contestación.

—¡La madre que te va a parir! Llevas sin llamarme tres meses, ¡tres meses! —se escandalizó.

—Lo sé, abuela, pero es que...

—¡Ni es que ni mierdas! ¿Quién deja a su abuela de lado tres meses? Dime, niñata, ¿quién?

Estaba enfadada, cuando me llamaba de esa manera significaba que había perdido los pocos papeles que le quedaban. Era una mujer mayor, ya rondaba casi los ochenta años, pero se mantenía de una forma estupenda, tenía una vitalidad y un ánimo por la vida increíble, por no dejarse ningún pequeño detalle de este mundo y, algunas veces, me abrumaba su manera de ver las cosas. Nunca le mentí, pero tampoco le dije toda la verdad. No podía contarle que tenía un club en el que, las cosas más ilegales eran las que se movían.

Recordé el primer día que me vio después de la muerte de mis padres. Había que tener en cuenta que yo vivía en Moscú y ella en Huelva, por lo tanto, el cambio era considerable, pero no dudó ni un instante en trasladarse a Rusia si era necesario. Aunque al final, con ayuda de algunos amigos de mi padre, consiguió mi custodia y me trasladé a España, a su ciudad, concretamente. Tenía los mismos ojos que mi padre, azules como el cielo, era de complexión robusta, con grandes gestos marcados, y se notaba que había trabajado duro en el campo toda su vida.

—Lo siento —me disculpé por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —se interesó.

—Que lo siento. He tenido que cambiar de teléfono porque el otro se me ahogó en el fregadero de la cocina —mentí.

Lo tuve que tirar en mi última investigación buscando a Carter, para que nadie pudiera localizarme. Si su jefe se enteraba de que estaba viva, de que no morí aquel día, entonces mis bazas se reducirían de tal manera que necesitaría la seguridad de un ejército para que no acabara conmigo.

No le tenía miedo a la muerte, en ocasiones deseaba que llegara. Me importaba bien poco todos los años que tardé en construir algo mío y, aunque no fuese limpio, eran mis cosas, era mi futuro. Antes de irme a Atenas dejaría un escrito con Jan, ante un notario, en el que cedería todas mis posesiones a Eli, Ryan y a mi abuela. Las tres únicas personas del mundo con las que podía ser como quería, con la diferencia de que, con Lola Bravo, no podía ser sincera del todo.

—Y no me puedo creer que... —ella seguía con su reprimenda por mi falta de respeto a su persona—... Encima. ¿Es que no tienes mi número apuntado para llamarme con tu nuevo

teléfono?

Intenté cambiar de tema para que dejara de pegarme la bronca del siglo, pero fue imposible. Mi abuela entraba en un bucle y no había quien la sacara de allí. Me encaminé hacia el final de la planta baja, donde tenía un diminuto estudio en el que me permitía el lujo de dejar de ser quien era, para poder convertirme en la persona que siempre quise.

Me descalcé, lanzado mis tacones a la otra punta de la habitación, y me puse unos planos que me supieron a gloria. Cogí una de las batas blancas que colgaban detrás de un perchero de madera desgastado, y me la coloqué sobre mi vestido entallado. Tenía varias pintas de colores por toda la tela, no me importó, nunca lo hizo. Paseé mis dedos por todos los cuadros que había dibujado, notando la textura de los lienzos en las yemas y suspiré por la espléndida sensación de tranquilidad que me otorgaban.

Miré mi pared de la izquierda y comprobé con añoranza uno de los diez cuadros que tenía expuestos allí. Muy poca gente sabía que me dedicaba a dibujar en mis ratos libres, cuando los tenía. Noté cómo el nudo se creaba en mi garganta, momento en el que comenzaba a dejar de respirar, pero ahí estaba mi Lola Bravo, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

—¿Me estás escuchando? —preguntó tras cinco minutos sin dejar de hablar.

Y, aguantar diez minutos a tu abuela pegándote la mayor bronca del mundo, era demasiado para el día que llevaba.

—Abuela, tengo que dejarte...

No me dio tiempo a continuar.

—¡Como me cuelgues el teléfono me planto en Barcelona y te arranco la cabellera!

Tuve que reírme.

—Tengo trabajo, señora Bravo —me burlé de ella—. Solo te llamaba para decirte que quiero ir a Huelva a final de semana. Estaré el sábado y el domingo, si te parece bien. Tengo que hacer un viaje de negocios dentro de unos días, y no sé cuándo volveré.

Más bien, tenía casi claro que no regresaría si alguien que no debía interceptaba mis planes antes de lo previsto, y por lo que había podido comprobar, últimamente todo se me torcía de manera considerable.

—¿A qué viene esa pregunta tan absurda? ¿Cómo va a molestarme que mi nieta pase dos días conmigo después de llevar casi un año sin verla? —esto último lo dijo con retintín.

—De verdad que no he podido hacerlo antes, ya sabes...

—Sí el club, el maldito club —terminó por mí.

Resoplé cuando noté que la paciencia estaba llegando a su fin, hasta que ella, como siempre, intentó remediar el enfado de ambas.

—Venga, te espero en casa el sábado con la mesa puesta. Te pones a hacer croquetas conmigo y hacemos las paces mientras tanto.

Reí.

—Está bien, nos vemos el sábado. Cuídate.

—Cuídate tú, mi niña.

Colgué la llamada, a la vez que me sentaba ante el lienzo que tenía a medias desde hacía una semana. Cogí el carboncillo y comencé a dibujar pequeños trazos de la Catedral de San Basilio, en Moscú. Cómo echaba de menos mi país, sus gentes, las costumbres y todo lo que tuviera que ver con Rusia, pero, en cierto modo, me veía incapaz de volver allí, de revivir los momentos más duros de mi vida.

La casa donde viví hasta los doce años continuaba intacta, cerrada y cuidada por un hombre que contraté cuando me mudé a Barcelona y empecé a ganar dinero con los negocios. No quería borrar de mi memoria los buenos momentos, pero en ese aspecto no era lo suficientemente valiente como para poner un pie en el mismo suelo en el que mi familia fue asesinada.

Me concentré en el lienzo, dibujando con ansias la fotografía que descansaba en mis muslos. Coloqué las gafas sobre el puente de mi nariz y seguí con mi tarea. Solo las necesitaba para pintar, ya que la vista se me cansaba en exceso, y entre eso y los pensamientos que rondaban mi cabeza, los ojos se me nublaban.

Escuché el sonido del colgador que tenía encima de la puerta de entrada, lo compré en un mercadillo medieval en Barcelona, poco antes de adquirir este pequeño local. Sin mirar hacia la puerta que olvidé cerrar, dejé que pasaran pensando que sería Eli, ya que solo dos personas más aparte de ella, conocían la existencia de este lugar.

—¿Se te ha olvidado algo? —pregunté sin mirar.

No escuché nada por la parte de la persona que entraba, si era Eli, no tenía ganas de hablar, necesitaba estar sola y lo necesitaba de verdad. Oí los pasos más cercanos cada vez y elevé mi rostro hacia arriba, lo que hizo que mis ojos se quedaran fijos en la persona que tenía ante mí.

Iba con unos pantalones vaqueros ajustados que marcaban sus piernas más de lo normal, llevaba una camisa informal remangada hasta sus codos, en color crema, y su porte lucía firme y terso como hacía meses, quizá un poco más marcado. No pude pronunciar una sola palabra cuando mis ojos se clavaron en los suyos con tanta intensidad que noté cómo mi corazón galopaba con fuerza en mi pecho. Me perdí en la fusión de sus esmeraldas, y guie mi vista delineando cada línea de su mandíbula cuadrada, de su fuerte mentón y de ese maldito cuerpo que le hacía parecer rematadamente endiablado.

—Hola —murmuró.

No fui capaz de contestarle. Me levanté del asiento impulsada por mis propios pensamientos y, dando dos pasos, me coloqué delante del caballete con el lienzo. Él, por su parte, dio dos zancadas y llegó hasta mi altura. Su sonrisa se pronunció, dejando ver una clara y brillante dentadura blanca, bajo esa capa de barba incipiente que adornaba su rostro.

No entendí por qué sentía que el alma quería escaparse de mi cuerpo, pero sí que supe que la ira comenzaba a bullir en mi interior con fuerza. Intenté evadir todos los pensamientos pecaminosos que pasaban por mi mente sobre la última vez que nos vimos. Olvidé por un momento su cuerpo encima de mí, sus movimientos bestiales, su rudeza a la hora de besar y lo bien que sabía moverse en la pista de baile. También dejé a un lado nuestras charlas sobre temas distintos, en los que ambos no estábamos de acuerdo, las risas que conseguía que mi garganta pronunciara e inclusive que solo le conocía de unos días, en concreto, de seis, toda esta parte la había obviado con Vanessa dado el desagrado que me producían sus constantes preguntas sobre el tema.

Me observó queriendo traspasar mi alma, mi mente y todo mi cuerpo, sin embargo, notaba cómo mi mano derecha comenzaba a picarme, y antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, le propiné un bofetón que le dobló la cara al lado contrario.

—¿Así recibes a todas tus visitas? —Se tocó la zona afectada, soltando un comentario junto a una sonrisa vacilona en la boca.

Arrugue mi entrecejo tanto que creí que desaparecería. No podía verme en ningún espejo, pero estaba segura de que mis mejillas ardían de coraje, benditos cojones los que tenía este hombre, y santa paciencia la que tenía yo.

—¿A qué coño vienes después de tantos meses sin saber nada de ti?

Y cuando decía nada, me refería a «nada», literalmente. Nos conocimos en un bar, como le conté a Vanessa, a los pocos meses, apareció por arte de magia en Barcelona y, casualmente, me lo encontré en la acera del club dando un paseo, ya que su hotel estaba al lado. Por muy absurdo que parezca, decidí dejarle pasar a mi pequeño rincón y le mentí. Le mentí como una bellaca, diciéndole que me dedicaba a pintar cuadros y que sobrevivía de ello, pero no me atreví a contarle la verdad, a decirle que, frente a donde nos encontrábamos, tenía un club de los más prestigiosos de Cataluña en general.

La segunda vez que nos vimos, estuvimos cinco días juntos, lo que duró el tiempo de su estancia por vacaciones. Lo único que sabía de él era que se dedicaba a comprar empresas que estaban en quiebra, para después levantar y crear un imperio de ellas. Sabía que tenía treinta y cinco años y que no vivía aquí, lo demás era un misterio. Porque cada vez que nos encontrábamos, era imposible no tocarnos, como si una conexión superior a nuestras fuerzas lo impidiera. No hablábamos de nosotros, sino de nuestro entorno, y ese detalle nunca había llamado mi atención, hasta pocos días después de este.

—He venido a verte y me recibes pegándome una hostia. Todo muy bonito. ¿En qué estás trabajando?

Pasó por mi lado, rozando mi cadera. Se asomó para ver el cuadro, mientras yo permanecía paralizada en la misma posición de antes. Echó su cabeza hacia atrás, lo suficiente como para poder contemplarme y, en ese momento, tuve que desviar mis ojos presos de la furia para aniquilarlo con la mirada.

—Vete —sentencié.

—¿Me vas a echar?

Se colocó justo enfrente de mí, dejando su boca a escasos milímetros de la mía. Noté su aliento acariciar mis labios, a la vez que mi sexo me amenazaba, pidiéndome a gritos que le diera rienda suelta a la acción y me dejara de tanta gilipollez. No estaba enamorada de él, pero lo de los segundos platos me jodía en exceso.

—¿Vienes aquí para echar tu polvo español? —Mi tono salió cargado de reproche.

—¿Acaso eso es importante para ti?

—No soy el segundo plato de nadie, ya te lo dije en una ocasión.

—Y no he dicho que lo seas. He venido a España, y me ha parecido oportuno visitarte —murmuró roncamente.

Se aproximó más a mi cuerpo, de manera que ni el aire podía pasar entre nosotros. Sentí que mi pecho subía y bajaba a gran velocidad cuando puso una mano sobre mi cadera, empujándola hacia delante para que pudiera notar la extravagante dureza que tenía en medio de sus piernas. Retrocedí un poco por la incomodidad de mi cuerpo, y este se sorprendió.

—¿Es que tienes a alguien esperándote en casa?

Le lancé una mirada asesina.

No tenía nadie en ningún sitio, nunca lo tuve. De hecho, mi apartamento se encontraba en la planta de arriba del estudio, donde me conformaba con tener una habitación, un baño y un salón-cocina. Para mí sola tampoco necesitaba gran cosa, era fácil de limpiar y lo tenía frente a mi negocio, ¿qué más quería?

—Sí. Spyke me espera —respondí altanera.

—Mmmm... —Soltó una gran carcajada—. Me lo tendrás que presentar algún día. Dicen que los perros se parecen a los dueños. —Sonrió.

—Lárgate, Jack. Estoy trabajando.

Me di media vuelta e intenté sentarme de nuevo, pero sus grandes manos lo impidieron cuando me giró por completo. Me observó desde su imponente altura, atravesando mis ojos y mi mente, bajó con lentitud por mi mejilla, y escuché que aspiraba el olor de mi perfume hasta que llegó a mi cuello, donde mordisqueó con saña.

—Te debo un azote y de los buenos. Me has dejado la mejilla ardiendo —ronroneó.

Tiró de mis caderas con fuerza hacia delante, dejándome entre la mesa y él. Subió despacio y, con fuerza, agarró mi pelo con una sola mano, para después, impactar sus labios contra los míos en busca de un ardiente y salvaje beso que no tardó en llegar. Me pedí a mí misma ser lo suficientemente capaz de parar aquel estúpido beso, pero no me vi con fuerzas de hacerlo.

Su mano libre voló entre mis muslos para después colarse por mi corto vestido hasta llegar a mis bragas. Tocó por encima de la tela, siendo consciente de la terrible humedad que se apoderaba de mis partes más íntimas. Creí desfallecer cuando la apartó, para presionar con fervor el botón más sensible de todo mi cuerpo, y obligué a mis piernas a que se cerraran intentando evitar correrme allí mismo con ese simple roce. No contento con eso, bajó desesperado por mi cuello hasta que llegó a mi hombro, donde mordisqueó más de la cuenta, para seguir el reguero hasta mis pechos.

Su cuerpo se restregaba con frenesí, sus manos volaban como una mariposa suelta en medio de un campo y nuestras respiraciones empezaban a entrecortarse tanto, que por un momento pensé que moriríamos asfixiados si la ropa no empezaba a desaparecer. Notó mis labios hinchados, y vi su cabeza perdida en medio de mis dos montañas, devorándolas con delirio y saña. Agarré su pelo con fuerza cuando consiguió sacar uno de mis pezones, a la vez que tiraba de él como un bestia. Me escuché gemir y, aunque lo intenté en varias ocasiones, me fue imposible.

—Ahora, dime, ¿no me has echado de menos? —ironizó sin dejar su cometido.

Eché la cabeza hacia atrás cuando un gran jadeo salió de mis labios. No pude contestarle, pero tampoco fui consciente de que alguien entraba de nuevo en mi local, y esa no podría ser otra que Eli. Menos mal que las ventanas que daban al exterior estaban entabladas con grandes maderas, haciendo así que el local pareciera desde fuera una casa abandonada, pero si sabías cómo posicionarte veías el interior a la perfección. Era mi lugar, era mi escondite.

Asomé la cabeza por encima del cuerpo de Jack y vi desde mi posición, ya que me encontraba al final de este, a Eli mirar por la estancia. Puse mis dos manos encima de su duro pecho, dándole a entender que parara, y este elevó sus ojos brillantes hasta toparse con los míos. De nuevo, perdí la orientación, perdí el sentido porque había dejado de tocar mi cuerpo de esa manera.

—¿Mica?

La dulce voz de Eli me sacó de mi estado y recuperé la vista apartándola de inmediato de los prados verdes de él. Le empujé lo suficiente como para que dejara que mi cuerpo se apartase del suyo y pude apreciar cómo ponía los ojos en blanco, deseoso de que se marchara. Pero no fue así, ese día la suerte no estaba de mi lado en ese sentido, ni del suyo.

—Dime. —Le hice un movimiento con los ojos cuando salí de mi escondite, para indicarle que no estaba sola.

No me dio tiempo a pronunciar otra palabra más, cuando Jack salió de detrás de mí colocándose la camisa, con un enorme bulto entre las piernas que Eli no pudo evitar mirar, en el mismo momento en el que una sonrisa florecía de sus labios.

—Tengo que comentarte una cosa, es un poco urgente —soltó sin más.

Mi mente me martilleó al pensar que Carter podría haberse escapado, desbaratando todos mis planes. Comencé a ponerme nerviosa, y Eli lo notó. Le quitó importancia con un leve movimiento de ojos que solo ella y yo entendíamos, y pude soltar todo el aire contenido.

—Tenemos pasta para cenar. ¿Te espero fuera?

—No. Él ya se iba. —Le miré, Jack arrugó el entrecejo.

—No. No me iba —contestó con un notable enfado.

—Sí, sí te ibas —añadí segura de mis palabras.

Soltó un gran bufido y, acto seguido, se puso delante de mí para susurrarme al oído:

—Te debo un azote, y de esta noche no pasa. —Su voz sonó sensual, a la vez que sus ojos se colocaban encima de mi boca.

Dio media vuelta sin añadir nada más, ni siquiera miró a Eli, la cual le observaba con verdadera admiración y sin pudor alguno. En ciertas ocasiones, era más sinvergüenza que nadie. Cuando la puerta se cerró, y desde los tablones de madera vi que desaparecía por la calle de al lado subiéndose en un coche negro, pasé mis ojos a Eli.

—Siento haberte jodido el polvo.

Le hice un gesto con la mano para que no le diera importancia, aunque en realidad sí la tenía. ¿Cómo se suponía que íbamos a vernos después, si ninguno de los dos tenía el teléfono del otro?

—¿Era Jack? —preguntó de nuevo.

Asentí sin decir ni una palabra. Me acerqué a la pequeña nevera que tenía en una esquina del estudio y de ella saqué una botella de ron. Me eché en un vaso de cristal un buen chorro bajo la atenta mirada de mi amiga, y me lo bebí de golpe. Le hice un gesto con la mano y ella me imitó negándolo.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te he visto agobiada. Tenías que estar pintado.

Sonrió a la vez que se apoyaba en otro de los caballetes más pequeños que se encontraban a la entrada. Me conocía muy bien.

—¿Y bien? —pregunté de nuevo.

—Tiziano ha llegado de Italia. Está esperándote en el club, y tenemos que terminar de organizar la fiesta para mañana.

Asentí. Dejé la bata colgada en el mismo sitio que antes y me dirigí con pasos firmes a ver a mi italiano favorito, o por lo menos, al que todavía me mostraba una lealtad de las que ya no quedaban.





# 6

## DOS DE SEIS

*Jack Williams*

Comprobé en mi reloj la hora.

Las doce de la noche.

Mi teléfono móvil sonó y el nombre de Riley acaparó toda la pantalla.

—¿Qué se te ofrece?

—¡Maldito cabrón! Has dejado la nevera sin una puta cerveza.

—Se te está pegando mi vocabulario, y eso no es bueno. Vas a tener que irte a otro sitio a vivir o tu madre me matará.

Le oí suspirar.

—Mi madre te mataría si viera que te has largado y me has dejado con una botella de agua congelada, y un huevo.

—¿Y? —pregunté con una sonrisa bobalicona.

—¿Ahora qué cenó yo?

Parecía enfadado, pero su tono no hizo más que provocarme una enorme carcajada.

—¿No sabes hacerte un huevo frito con patatas?

—¡Ah! ¿Es que hay patatas, acaso? —ironizó—. A ti nunca te han dicho que hay que dejar a los que nos quedamos en casa apañados, ¿verdad?

—No, no he tenido el gusto.

—¿Cuándo vuelves?

—Espero que dentro de dos días como máximo.

—Más te vale, porque no pienso hacer la compra hasta que llegues. Y que sepas que voy a dejar las cajas de *pizza* amontonadas en tu cama, por capullo.

Y colgó sin más, mientras yo seguía riéndome por la situación tan absurda. Parecíamos un matrimonio.

La puerta del edificio que tenía delante de mí dejó de alumbrar. Supe que era el momento, así que bajé de mi coche para encaminarme al *parking* del edificio, donde el siguiente nombre de la lista de Anker estaba escrito.

No me costaba nada obtener la información, ya que cada vez que me pasaban uno de los dichos nombres de la lista que Anker me dijo, a los pocos minutos recibía una carpeta con toda la información necesaria y, en esta ocasión, eran tres las que tenía en el hotel. No sabía el motivo todavía de tan temible amenaza, sobre todo por acabar con gente como la que me había pedido, pero tenía claro que tarde o temprano me enteraría, y si no, ya buscaría mis medios para encontrar esa información que me quitaba el sueño algunas noches. Anker Megalos llevaba sin solicitar mis servicios desde hacía mucho tiempo y, en cierto modo, sabía que mi marcha le había supuesto un gran disgusto.

Abrí la puerta trasera del garaje de las oficinas y me colé escaleras abajo hasta llegar a la planta que se encontraba totalmente a oscuras. Fui directo al cajetín de la luz que estaba en esa misma salida y corté los cables dejando solo así las de emergencias encendidas. Busqué el coche de la susodicha, lo abrí con un ágil movimiento rompiendo con sumo cuidado el cristal de la ventanilla trasera, la cual no vería al salir por la puerta. Me sorprendí al comprobar que no disponía de alarma, y fue mejor, así me evitaba más trabajo. Me senté en el asiento, esperando el enigmático momento de quitarle la vida a una de las peores personas que había visto jamás.

Anabel Ferrer era una de las empresarias con más poder en el mundo de la banca. Ella era la que se encargaba, sin ningún pudor, de dejar a miles de familias en la calle, dada la crisis económica que España estaba pasando por aquel entonces. Además, pude verificar ciertos datos que me trasladaron dentro de la caja de Pandora, como yo llamaba a las carpetas que algún chico de los de Anker me traía, y me di cuenta de que, no solo se dedicaba a eso, sino que también estaba dentro de todo el meollo de la trata de blanca con menores. Algo que me repugnaba. En mi trabajo tenía claro que a mí me pagaban y yo asesinaba. No había más. Pero también sabía a qué límites no llegaría nunca.

Escuché unos tacones pisando con fuerza el suelo gris del garaje, me recosté en el asiento y esperé unos minutos, hasta que una mujer morena, con el cabello por los hombros y un cuerpo entrado en carnes, pulsó la llave de su coche. Se sentó en el asiento como si tal cosa y metió la llave dentro de la ranura. Me incorporé lo suficiente para que pudiese oírme, a la vez que colocaba con la otra mano mi pasamontañas para que no pudiera reconocirme, aunque eso tampoco importaba mucho.

—¿Qué tal lleva el tráfico de niñas?

Pegó un bote en el asiento, y comprobé por el espejo retrovisor que palidecía por segundos.

—¿Quién es usted? —preguntó aterrada—. ¿Por qué lleva un pasamontañas?

Intentó hacer el amago para coger su bolso, pero se lo impedí cuando mi brazo rodeó su delicado cuello.

—¿No le da vergüenza? Tiene usted dos hijas de seis años, ¿se imagina que las deportaran a otro país para prostituirlas?

—¡Su... Suél... te... me! —balbuceó, casi sin poder respirar.

—No tengo paciencia para estas cosas, señora Ferrer. El mundo se alegrará de su muerte, o por lo menos de no tener a semejante monstruo en él.

Y me encargaría de eso. De difundir hasta en la saciedad quién era ella. Ya tenía a Riley con todo preparado, y en cuanto su muerte se confirmara, los medios explotarían como una bomba con miles de noticias sobre Anabel Ferrer.

—Dulces sueños. Espero que se encuentre con todas las almas inocentes que ha arrebatado.

Apreté con fuerza su garganta, hasta tal punto que abrió los ojos en exceso debido a la presión y a que se estaba asfixiando. Sus manos dejaron de intentar apartar las mías y, finalmente, su cuerpo cayó laxo en el asiento.

Bajé del vehículo, abrí su puerta y pulse el botón de la ventanilla para terminar de rematar el trabajo. Saqué mi pistola con silenciador de la parte trasera de mi pantalón y disparé en su frente, concluyendo con mi misión ese día.

Contemplé mi reloj de nuevo y vi que solo había necesitado una hora para acabar, y decidí que quizá era lo suficientemente pronto como para poder darme una vuelta por Barcelona y pararme en el sitio que estaba deseando desde esta mañana.

El teléfono vibró en mi bolsillo y paré en el arcén de la carretera al darme cuenta de que era

él quién me llamaba.

—¿Has terminado de sacar la basura?

—Sí.

—¿Has abierto el próximo?

—No.

Se refería a la carpeta.

Nunca había tenido trabajos tan extensos, y no me gustaba ser impaciente ni obsesionarme con la siguiente persona. Por eso mismo, preferí esperar antes de echar ni un simple vistazo a la documentación que reposaba en mi habitación del hotel.

—Deberías de mirarla antes de estar paseando. En cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Pareció molesto al otro lado de la línea, y me atreví a ser tan impertinente como de costumbre.

—¿Por qué, Anker?

—¿Por qué, qué? —gruñó.

—Por qué tanta gente, ¿a quién estás buscando realmente?

—No alteres el proceso de las cosas. Antes de atrapar a la mandamás, tienes que acabar con todos sus secuaces, con todo su mundo y con todo lo que le rodea.

No le veía, pero sabía que estaba apretando los puños tanto que los tendría morados.

—Debe de ser algo muy personal —afirmé.

—Lo es. Fin de la conversación.

Colgó. Ahora solo me quedaba descubrir a quién tenía tanto cariño Anker Megalos, y por qué.

Llegué al hotel y me di una extensa ducha que me supo a gloria. Me senté en el pequeño sillón que había en la habitación y comencé a ponerme los calcetines cuando una idea apareció por mi cabeza.

La carpeta.

Me dirigí con rapidez a mi maleta, la abrí, y allí estaba, llamando mi atención.

Óscar Soler.

Ese era el nombre que aparecía en su inicio. Una foto lo acompañaba junto con todos los datos de su residencia, sus sitios más habituales, fotografías de él caminando, y pude descubrir que era un político de renombre en España, pero que también tenía trapicheos con el tráfico de mujeres y órganos. Los nombres de las diversas mafias con las que había trabajado aparecían escritos uno a uno en la ficha, y no me sorprendió ver a gente importante de ese mundo reflejados en aquellos folios.

Había vivido muchos años instruyéndome para ser lo que a día de hoy era, y conocía de sobra a los enemigos que me rodeaban, a los que querían acabar con mi vida y a los que pagarían cantidades millonarias para que trabajara con ellos. Pero a mí me gustaba estar solo, quería y necesitaba ir por libre. Sin nadie dándome ordenes, y aceptando, únicamente, los trabajos que yo quisiera. Entre todas las fotografías, una llamó en especial mi atención al recordar esa fachada negra con una simple joya gigantesca en rojo, donde debajo se podía leer: Diamante Rojo.

Era el club que se encontraba frente al estudio de Micaela. Lo había visto esa mañana, y la última vez que estuve en Barcelona hacía unos meses. No le preguntaría directamente a ella, ya que no pretendía involucrar a una persona normal dentro de la mierda de mundillo en el que vivía, y menos tratándose de gente tan importante como parecía que lo era el tal Óscar. Pero, a decir verdad, estar cerca de allí me beneficiaría un tanto para poder acercarme más a él.

Intentaría no demorarme más de lo debido, pues quería volver a Atenas dos días después, a mucho tardar. Había algo que no me gustaba, y ese algo tenía nombre y apellidos de tirano. Tenía que quitármelo de encima cuanto antes, ya que comenzaba a arrepentirme por haber aceptado el dichoso trabajo que tanto misterio se traía.

Cuarenta minutos después, estaba plantado en la acera de enfrente del local de Micaela. Miré la fachada de reojo y vi una cola extensa de gente, para ser jueves, esperando en la puerta del club. Dos porteros flaqueaban la entrada, ambos llevaban pinganillos en sus oídos, gafas de sol y trajes oscuros con una camisa blanca. Volví mi vista al local al que pretendía ir, y vi desde las rendijas de la madera una tenue luz encendida. Estaba despierta.

Miré el reloj viendo que eran casi las tres de la mañana, pero no me importó. La necesidad por estar cerca de ella me era más fuerte, y todavía no entendía el jodido motivo, y tampoco me gustaba. No podía enamorarme de una mujer, y menos de ella. De una frágil y buena persona como lo era, de alguien que, aunque conociera poco, no tenía problemas ni se rodeaba de sangre y asesinatos. No. Si ella lo supiese, jamás podría llegar a quererme, por no hablar de la enorme distancia que nos separaba que, aunque fuese lo de menos, el resto tenía demasiado peso como para obviarlo.

Dirigí mis pasos hacia los tablones que cerraban la vivienda asomándome por los huecos que había, y allí estaba. Concentrada en la misma esquina, ante un enorme caballete con un lienzo considerable de lo que parecía ser la Catedral de San Basilio de Moscú, pero no estaba seguro, ya que solo pude apreciar algunas formas de la misma. No sabía nada de ella, simplemente que se dedicaba a la pintura y que era su pasión.

Vi cómo se colocaba las gafas sobre el puente de su nariz cada vez que estas intentaban escapar y ese gesto tan tonto me hizo gracia, y por qué no decirlo, mi bragueta casi revienta al pensar en esas manos sobre mi polla.

Movía el pincel con una soltura desorbitante, a la vez que mezclaba los colores en la paleta que sostenía en su mano izquierda. Por un momento, observé sus ojos brillantes cuando se quedó fijamente mirando el lienzo. Sin duda le gustaba lo que acababa de conseguir.

Llegué hasta la puerta, sin poder estar durante más tiempo observándola como si fuese un jodido demente, giré el pomo, pero esta vez estaba cerrada. Toque dos veces con impaciencia por tenerla frente a mí y, para mi disgusto, el minuto que tardó en abrir se me hizo eterno.

Se asomó por la ventanilla que tenía justamente al lado y me vio. Sonreí como un imbécil, y cuando la puerta se abrió, noté que mi mundo se detenía y la mujer más hermosa que había visto en mis años aparecía ante mí.

Su pelo negro y largo estaba recogido en moño desordenado con varios cabellos sueltos sobre su cara. Me miraba con ojos de sorpresa, mientras pretendía mostrar un enfado que sabía que conseguiría que se le quitase de cualquier forma. Admiré su altura, su rostro ovalado, sus finos labios que pedían a gritos ser devorados y su piel tan blanquecina como la nieve.

No me hicieron falta palabras para expresar lo que necesitaba, lo que ambos necesitábamos. Di un paso al frente con firmeza, ella no se movió del sitio, y tampoco apartó sus océanos de mí, que en ese momento me parecieron más oscuros que de costumbre. Entreabrió los labios un poco, mientras que en su mano izquierda seguía sosteniendo la paleta, y en la derecha el pincel.

Di otro paso más y, esta vez, llegué a su altura donde la contemplé con devoción, era tan bonita... Tan... distinta. Elevé mi mano para tocar con suavidad su mejilla, y en el momento en el que cerró los ojos, creí desfallecer por la exorbitante belleza que me encandilaba.

Agarré con suavidad su nuca, hasta que nuestras frentes se tocaron, posándose la una en la

otra. Me miró a través de sus pestañas, no supe si con impaciencia o con ganas de arrancarme hasta el último trozo de tela que tenía mi cuerpo, como lo estaba deseando yo. Bajé mis labios por su nariz, únicamente deleitándola con mi tacto, me paseé juguetón por sus labios, el lóbulo de oreja y después... Le pegué una patada a la puerta que por poco no la tiré al suelo cuando se cerró.

Estampé mis labios sobre los suyos y, sin pedir permiso, los devoré. Lo hice hasta que me di cuenta de que mi hambre no menguaría ni un ápice hasta que no estuviera enterrado en lo más profundo de sus entrañas, hasta que no la acorralase en cualquiera de las paredes de su pequeño estudio y la hiciera mía como un auténtico salvaje, hasta que no oyese sus gemidos, mi nombre en su boca y sus orgasmos me mostrasen su cuerpo deshecho en mis brazos. No. Hasta ese momento, no podría enfriar lo que sentía.

Cogí con ambas manos su trasero y lo elevé con tal rapidez que enroscó las piernas en mi cintura. Pude escuchar el ruido del pincel por un lado y la paleta chocar contra el suelo, seguramente, creando una gran combinación de colores en el *parquet*. Con ella en brazos, di dos zancadas más y llegué a la mesa donde tenía varios botes de pintura esparcidos junto con la fotografía que, efectivamente, era la Catedral de San Basilio.

Colocó sus manos en el bajo de mi camiseta informal y tiró de ella hasta que tuve que hacer el esfuerzo de separarme para que me la sacase por la cabeza. En ese momento odié no haberme puesto una camisa con botones, para que, de esa manera, no hubiera tenido que interrumpir nuestra unión. Me miró a los ojos por un segundo, y pude apreciar la hinchazón de sus sonrosados labios. Se mordió la parte interior de la boca, con agilidad pegué un tirón de su labio inferior y lo solté para después volver a devorarlo con lujuria. Paseó sus manos con delirio por mi pecho, mientras yo me proponía a toda costa deshacerme de la puta bata que tapaba parte de su cuerpo. Seguidamente, lo hice de la misma forma con el vestido que llevaba en un abrir y cerrar de ojos, y recordé una cosa.

La levanté de su asiento, giré su cuerpo por completo y apoyé sus manos en la mesa que, previamente, limpié con un manotazo, tirando todo lo que había encima de ella. Sujeté sus caderas con fuerza, notando cómo mi polla reventaría de un momento a otro si no le daba una solución con rapidez.

Cogí ambos filos de la tela de sus braguitas y tiré de ellas hacia abajo, hasta que descansaron en sus tobillos. Me agaché para estar a la altura previa, toqué su gemelo y esta levantó la misma pierna, para después repetir el proceso en la otra. Subí mi mano desde su empeine hasta la cara interna de sus muslos con suma delicadeza y parsimonia, se merecía que la hiciera sufrir. Apreté sus nalgas con ganas, las mordí con saña y, seguidamente, cumplí con lo que horas antes le había dicho.

Alcé mi mano y le di un golpe lo suficiente eficaz como para dejar una pequeña marca en su cachete derecho. Ella pegó un respingo seguido de un gemido que me hizo perder la poca cordura que me quedaba en aquel momento.

—Espero que te acuerdes de esto la próxima vez que decidas darme una bofetada —murmuré roncamente.

Escuché su risa, y eso me volvió más loco de lo que estaba. Volví a bajar mis manos por sus largas piernas, hasta que llegué a sus tobillos, donde me detuve. Desabroché mi pantalón, a sabiendas de que, si seguía por el mismo camino, me correría sin haberla tocado. Aparté sus piernas con mis manos, cuando mi lengua comenzó a crear un camino desde abajo, hasta llegar a su trasero. Sin pensármelo, metí mi cabeza entre sus piernas y pasé mi lengua por su abertura, lo

que hizo que otro gemido aún mayor saliera de su garganta.

Necesitaba poseerla cuanto antes o moriría allí mismo, y lo que remató mi paciencia, fue oír de esa manera tan erótica mi nombre en sus labios.

—Jack...

Pasé mi lengua una última vez, degustando su humedad provocada por mí, en el mismo instante en el que unos atronadores golpes resonaban en la puerta del estudio y me hicieron pararme un segundo para mirarla.



## LA PASMA

*Micaela Bravo*

Observé la cabellera castaña con destellos rubios que tenía entre mis piernas. Podía verle poco, pero podía. Sentí que mi cuerpo ardía a la misma vez que golpeaban la puerta con una insistencia poco común. Suspirando, me separé de Jack, quien se levantó al momento con el ceño fruncido.

—¿De verdad que no esperas a nadie en tu casa?

Me giré antes de llegar a la puerta y negué con la cabeza en un simple gesto, mientras colocaba mi vestido lo mejor que podía. Miré por la ventana y me di cuenta de que era Eli. Eso significaba una sola cosa: problemas.

Me puse la bata blanca para que no se viera que estaba prácticamente desnuda, y me preparé mentalmente para que los ojos de mi amiga atravesaran toda la sala. Jack seguía sin camiseta, dejándome sin aliento más todavía, si es que eso era posible.

—Mica tienes...

Le lancé una mirada y enseguida vio que estaba allí. Abrió la boca y la volvió a cerrar sin saber qué decir, pero se recompuso de inmediato cuando se dio cuenta de la gravedad del asunto, o eso supuse por su rostro.

—No me puedo creer que te hayas olvidado de mi cumpleaños —añadió ofendida, cruzando los brazos.

—Ehh... —Me hice la tonta, siguiéndole el rollo.

Menuda excusa más absurda.

—¿De verdad? ¿Eso es una amiga? —Alzó las cejas.

Giré mi rostro para mirar a Jack, que permanecía de la misma forma que Eli, le pedí un segundo a mi amiga, juntando dos de mis dedos. Cerré la puerta y me apoyé en ella, maldiciéndome por momentos.

—Jack...

—Sí, ya lo he oído —comentó con disgusto mientras se ponía la camiseta.

—No me había acordado de ello. —Intenté excusarme.

—No te preocupes. —No me miró.

Se ató el botón de su pantalón, hasta que de dos zancadas llegó a mí. Me contempló desde su altura de gigante, a la vez que se pasó una mano por la barbilla en señal desesperada.

—Ya nos veremos.

Asentí y, antes de abrir la puerta, las palabras salieron de mi boca sin poder evitarlo:

—¿Dentro de unos cuantos meses o esta vez serán años?

Volvió su cara y sonrió de manera forzada. Yo, sin embargo, estaba más seria de lo normal.

—Espero que no sea tanto.

Y desapareció sin decir ni hacer nada más. De nuevo, tampoco me pidió el número de teléfono o algo por el estilo para poder comunicarse conmigo. Nada. Desde la puerta, lo vi desaparecer por la esquina y, segundos después, el mismo coche de esa mañana salió a todo gas de allí, dejándose las ruedas en el asfalto.

—Vaya... Creo que no le ha sentado muy bien.

Bufé, agarrando su brazo y metiéndola dentro. Antes de cerrar, me cercioré de que nadie del local se percatara de que era yo, además, con las gafas tampoco me habían visto nunca, por lo tanto, ni se lo plantearían, pero a Eli sí la conocían.

—¿Has visto cómo está la puerta de gente? —espeté con gesto hosco.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿¡Cómo se te ocurre venir!?

—No lo pensé. Vístete rápido, o vas a tener a la policía en menos que canta un gallo, como tú dices, en el local.

—¿Qué cojones pasa? —Me puse en alerta.

Mientras escuchaba lo que me decía, coloqué mi ropa sobre mi cuerpo y terminé de adecentarme para poder salir a la calle.

Llegué al club en menos de lo que esperaba y entré como un toro en uno de los privados del local, donde se encontraba Tiziano. Antes de abrir las cortinas rojas, observé que la pista de baile estaba a reventar y busqué con la mirada a Ryan o Desi, pero no tuve éxito.

—Busca a Ryan o Desi, no quiero tener problemas esta noche. Bastante tenemos ya con el asesinato de Manel, para que nos caiga un marrón innecesario.

—Tienes que empezar a controlar a ese italiano —aseguró.

—Lo haré —sentencié.

Arrastré con fuerza las cortinas y me encontré con una imagen un tanto asquerosa. Un muchacho joven se encontraba encima de la mesa baja que había delante de los sillones de terciopelo rojo y, alrededor de él, Tiziano y tres de sus hombres estaban torturando al chico.

—Veremos, *ragazzo*<sup>1</sup>, si hablas.

Tiziano elevó un cuchillo que llevaba en la derecha y cortó el dedo meñique de la misma mano del chaval, que soltó un grito desgarrador, helándome la sangre. Carraspeé al darme cuenta de que no se había percatado de mi presencia, y este elevó los ojos hasta inspeccionarme de forma descarada como de costumbre hacía.

—*Bella*<sup>2</sup>...

Alzó sus manos llenas de sangre, a la vez que se acercaba a mí, retrocedí un paso atrás, y él se miró.

—¡Oh!, perdóname, ahora mismo te abrazo.

Se dio la vuelta y, antes de que pudiera salir al aseo más cercano, agarré su hombro.

—Tiziano, no quiero escándalos en el club. ¿Has terminado? —pregunté con seriedad.

Me analizó con suma perspicacia, dándose cuenta de mi tono irritado. Miré sus exorbitantes ojos color miel, y pude contemplar que su pelo castaño había tomado unos reflejos rubios que le quedaban de maravilla rejuntados en una coleta que lo agarraba en la parte trasera de su cabeza. Estaba algo más rudo, y su tez lucía tan morena como de costumbre. Desde mi posición, elevé de nuevo los ojos y le miré, dándole gracias al mundo por hacerme lo suficientemente alta, o si no, en lo que llevaba de día ya habría tenido que ponerme un collarín.

—Este *caprone*<sup>3</sup> me debe mucho dinero, ¿dice que no lo tiene!

Su acento italiano me encantaba, y no podía evitar quedarme embobada contemplándolo



cuando sus carnosos labios se pronunciaban. Era tan atractivo que casi parecía imposible no deshacerse teniéndole cerca.

—Entiendo tu enfado, pero debes comprender que no puedes montar una carnicería aquí —añadí con tono firme pero relajado.

Asintió juntando sus labios en una mueca. Eli accedió al interior en el mismo momento que este me observaba con ojos cargados de promesas lascivas.

—¡Todavía estamos así! —renegó.

—¡Oh, *mamma mia*! Esta amiga tuya es muy quejica. —La señaló con el cuchillo.

—¡No me apuntes con eso! —Bufó con el mal humor que de vez en cuando sacaba.

Los hombres de Tiziano dieron un paso para acercase a su jefe, y este los paró con la mano para que no hicieran nada.

—Tranquilos, es una fiera indomable, pero no muerde. —Sonrió como un sinvergüenza a la vez que hacía como si le diese un mordisco.

Eli lo fulminó con la mirada, y decidí dar por zanjado el asunto.

—Tiziano, que tus hombres saquen al chico de este privado. Eli, llama al servicio de limpieza y que dejen esto impoluto.

—Y ¿dónde acabo mi trabajo? —preguntó con pesadez.

—Vete a tu casa a terminarlo, italiano —contestó Eli por mí.

La miré con mala cara, y él hizo lo mismo con ella.

—Vamos, te llevaré a mi particular sala para que puedas despellejarlo, si es lo que quieres.

Eli me contempló con sorpresa por mis palabras, ya que esperaba que lo hubiese sacado a patadas a la calle. Avanzamos por el local cuando Ryan llegó, sin que nadie reparara lo suficiente en nosotros, y a lo lejos vi que el inspector Barranco se encontraba en la barra.

—Joder... —murmuré.

—¿Pasa algo? —preguntó Ryan al ver mi cara.

—La pasma está en el local, avisa a los de seguridad y revisa todos los reservados. No quiero líos.

Tiziano escuchó lo que le dije a mi guardaespaldas, y este asintió, indicándole a uno de sus hombres una dirección que yo misma le entregaba en un papel.

—Es una nave abandonada en el extrarradio de Barcelona, nadie le buscará allí.

Con un simple movimiento de cabeza, los hombres del italiano desaparecieron, dejándome sola con él y Ryan.

—Encárgate de que no quede una puta marca en el reservado. ¡Vamos, vete! —apremié.

Contemplé a Tiziano retorcer la nariz, en señal de disconformidad por tener a la policía en el club. Se adelantó unos pasos cuando me quedé apoyada en la barandilla de la segunda planta, analizando todos los movimientos que el inspector hacía.

Observar.

Sin duda, ese era su cometido.

—Espero no causarte problemas, si no los solucionaré —prometió.

—No te preocupes, sé apañármelas.

Asintió sin decir nada más. Le indiqué dónde estaba mi despacho excusándome un momento. Tenía que bajar a ver qué cojones hacía ese cabrón en mi local. Contemplé el prieto trasero de Tiziano mientras se alejaba y noté que se me secaba la garganta.

—No sé por qué no te lo has follado ya.

La voz de Eli a mi lado, me hizo reír.

—Mi abuela dice que donde tengas la olla...

—No metas la polla. Sí, me lo has dicho varias veces. —Movi6 los hombros con indiferencia —. Pero es que est6 bueno de m6s. Si no fuera tan capullo...

—Es italiano, Eli. Lleva la chulería en la sangre.

—En la cama tiene que ser una máquina de matar —objetó llevándose la conversación a donde ella quería—. Con la de veces que te lo ha insinuado, no sé a qué esperas. ¡Mira! Después del calentón con el que te has quedado, es mejor follártelo a él que no a tu consolador.

La miré con mala cara. No quería ni recordar el rostro de Jack. En parte me daba pena tener que estar mintiéndole, porque me parecía una persona en la que se podía confiar, y con el que, seguramente, sería de lo más feliz. Pero no podía decirle a lo que me dedicaba de verdad, no podía ni imaginarme lo que pensaría de mí. Si lo supiese, se olvidaría de que Micaela vivía en Barcelona cada vez que viniese, con tal de no juntarse con gente como yo. Demasiados marrones, demasiado negro era el mundo en el que vivía.

Dejé el tema de conversación en el aire, viendo que Eli curvaba sus labios a mi no respuesta. No iba a acostarme con Tiziano, de eso estaba más que segura. No quería decir que no me gustase, ni mucho menos, era atractivo hasta decir basta, pero los negocios nunca había que mezclarlos con lo personal, ni siquiera con un simple polvo.

Bajé las escaleras de metal que separaban las dos plantas y sentí que alguien me observaba. En efecto, el inspector me miraba desde su posición sin ningún pudor. La gente, sin embargo, se divertía sin ser conscientes del percal que teníamos en el local, estando un poli tocando los cojones. No me asustaba que quisiera registrarlo todo, pero, de ser así, tendría que llevar una orden de un juez, y ya habrían entrado dando voces y haciendo ruido, algo a lo que tampoco estaba dispuesta. La reputación en este mundillo era de lo más importante, y si la cagabas, te hundías.

Me senté en el taburete; no me miró, pero era consciente de que estaba a su lado. Bebió un trago de su vaso y tuve que sonreír, ya que eso era sinónimo de que le ponía nervioso. Cogí su copa sin permiso y le di un sorbo, comprobando que lo que bebía no era un simple refresco. Me sorprendió.

—Se supone que la policía debe de mantener la compostura en su trabajo, y usted está dejando mucho que desear en ese aspecto.

Me pegué tanto a su oído que pude ver la incomodidad apoderarse de él. Olía muy bien, para qué nos íbamos a engañar. Se retiró lo suficiente para que entre nosotros hubiese un espacio antes de poder fijar sus ojos en los míos.

—A eso le contestaré que no estoy de servicio. Y tengo que decirle que es de muy mala educación y dicta mucho de la dueña del local, que se ponga a beber de todas las copas de sus clientes.

Sonreí.

—Pero usted no es un cliente habitual.

—No. Ni mucho menos pretendo serlo.

—En ese caso —levanté mi dedo para llamar a la camarera—, invita la casa.

Ella asintió; él torció el gesto. Volví a aproximarme a su cuerpo tanto, que su camisa rozaba con mi pecho.

—Intentaré ganar puntos para que venga lo menos posible. —Mojé mis labios antes de continuar—. Puede ser que la próxima vez tenga más ojo, y lo que le sirvan no sea una bebida normal.

Me contempló de reojo con los labios apretados en una fina línea. Sonreí como una víbora y me levanté de mi asiento.

—Que tenga una buena noche, inspector.

Antes de poder marcharme, escuché cómo me decía:

—¿Conoce usted a Anabel Ferrer?

Mis pies tomaron suelo firme y no se movieron al oír aquel nombre.

—Parece ser que le suena —ironizó e hizo una pausa—. La última llamada que tiene en su registro es con su abogado. ¿Sabe algo de él?

Torcí mi gesto hacia el lateral derecho, para mirarle de reojo. Pude ver su mano izquierda apoyada sobre su pierna derecha que descansaba en la barra del taburete, gesto que me secó la garganta.

—No. No sé nada de él desde esta mañana.

Era verdad. No había vuelto a hablar con Jan, pero sí le dije que hablase con ella en cuanto salimos de la comisaria.

—Pues debería de intentar hablar con él... —añadió, dejando la frase en el aire.

Evité indagar en la pregunta sobre Anabel, no me importaba, pero ese dato podría ser preocupante y, sobre todo, no sabía por qué motivo hablaba en pasado. Ordené a mis pies que se pusieran en marcha cuando le sentí pegado a mi espalda, y el que me habló al oído ahora, fue él.

—Hace unas horas han encontrado su cadáver en el garaje de sus oficinas, dentro de su coche. Y, casualmente, la última persona con que habló fue con Jan.

¿Qué? Tragué saliva, ¿Anabel... había muerto? No pude evitar que mi rostro se tornara por la confusión y la sorpresa. Me giré sin importarme una mierda que él lo viera, a la vez que achicaba mis ojos en señal de pregunta.

—¿Está muerta?

El inspector me imitó el gesto, viendo el asombro en mis ojos.

—¿No lo sabía? —Alzó una ceja.

Negué sin decir una sola palabra. Él, por su parte, pareció debatirse entre creerme o no, hasta que concluyó con su estancia en el club, eso sí, antes de salir, soltó la última amenaza:

—En —miró su reloj en la muñeca derecha—, cuatro horas, aproximadamente, vendré con un equipo de la policía y una orden judicial para desmontarle el local, piedra a piedra —recalcó—. Si no quiere un escándalo, avisada queda.

El pecho se me oprimió, ¿estaba muerta? Empecé a poner mis pensamientos en marcha, ¿ahora qué pasaría? Tenía que encontrar a Eli cuanto antes y vaciar el local en minutos, sabía que me estaba engañando. La policía nunca jugaba limpio y, si me había avisado, quería decir que en menos de lo previsto entrarían por la puerta.

Avancé con rapidez empujando a la gente, hasta que llegué a mi despacho, en la planta de arriba, al fondo del último pasillo. Cogí el teléfono y llamé a Desi.

—A mi despacho, ¡ya! —grité.

Me pasé una mano por el pelo con nerviosismo. Teniendo fuera de onda a Manel y a Anabel, empezaba a ver mi torre romperse, tenía que pensar con rapidez o mi plan se iría a la mierda. Marqué el teléfono de Eli, quien contestó al instante, y le di la misma orden que a Desi.

La puerta se abrió momentos después, y una rubia con un metro noventa de altura y gesto fiero entró enfundada en su vestido rojo pasión. Puse las manos encima de mi mesa cuando Ryan apareció tras de ella.

—Desalojad el local ya. No tenemos tiempo, van a hacer un registro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó alterada.

—Eso ahora no importa, ¡joder! Saca a todo el puto mundo del local ¡ya! Desalojad las habitaciones, a las chicas, a los clientes, que se marchen los trabajadores y vosotros también. No quiero a nadie aquí.

Eli entraba en ese momento a la sala.

—¿Qué pasa? —Parecía alterada.

—Llévate a Tiziano lejos del club, van a hacer un registro.

—Puto policía de mierda... —murmuró con enfado.

—No vengas hasta que yo no te avise.

—¿Piensas quedarte sola?

Asentí y le lancé una mirada mordaz para que saliera del despacho.

Cuando todos se pusieron manos a la obra, cogí un vaso y lo llené de ron hasta que se desbordó encima de mi mesa. Me lo bebí de un solo trago, empezando a notar la necesidad que tenía por irme a dormir.

Y nada más lejos de la realidad.

Un rato después, antes de salir por la puerta de mi despacho, escuché:

—Policía, que nadie se mueva.



<sup>1</sup> Chico

<sup>2</sup> Bella

<sup>3</sup> Cabrón

<sup>4</sup> Madre mía

## LA TRAMPA

Traspasé el pasillo todo lo rápido que mis tacones me permitieron, hasta que llegué a la última puerta que accedía al club. El resto; las habitaciones, salas de reuniones y despachos, estaban separados en la planta superior al final de un pasillo en la oscuridad. Tenían que pasar desapercibidos algunos espacios del local, y la mejor forma era esa. La pared estaba empapelada con el mismo forro negro acolchado que había en la planta de arriba, y era prácticamente imposible encontrar la entrada si no la conocías.

Sí, en ocasiones el local era un laberinto.

Abrí la puerta con cuidado cuando advertí que en la planta superior no había nadie. Los gogós se estaban bajando de las tarimas, y los únicos que quedaban eran cuatro clientes borrachos que no podían ni levantarse de los sillones en la zona de reservados. Solté un gran suspiro al no ver a Eli, ni a Desi. Ryan era el único que permanecía impasible, contemplando a todos los policías moviéndose revolucionados por la sala. Miré el enorme reloj de la pared central, eran las cinco y media de la mañana. Bajé por las escaleras traseras para no ser vista, y de nuevo me incorporé por uno de los rincones de la gran sala.

—¡Registradlo todo! Habitaciones, salas, barras, aseos, ¡todo!

Desde mi posición pude escuchar a mi gran roca, Ryan, rugir como un león. Llegué hasta él y le pasé una mano por la espalda, a la vez que me pegaba a su oído.

—Te dije que te fueses.

—No iba a dejarte sola con tanto gilipollas.

No se cortó en decirlo a viva voz. El inspector se giró y me contempló de frente.

—Me asombra la rapidez que ha tenido para vaciar el local.

—Y a mí me asombra la poca palabra de la que dispone, inspector.

Enmudeció durante unos segundos, hasta que mostró una sonrisa triunfal. Ryan apretó los puños en un instinto asesino, el mismo que yo tenía. Comencé a plantearme matarle delante de todos sus compañeros, pero me di cuenta de que sería una estupidez por mi parte, ya que no conseguiría mucho.

Después de más de cuatro horas de registro, los agentes terminaron su trabajo mientras yo esperaba con un Ryan cabreado hasta la medula, sentando en el taburete de mi lado.

—¿Quieres un trago? —pregunté levantándome.

—En todo caso, debería de servírtelo yo a ti. —Me miró de reojo con diversión.

Le correspondí. Era un buen tipo, y tenía un humor que le levantaba el ánimo a un muerto, como siempre decía mi abuela. Vertí un poco de *whisky* en su vaso, mientras que en el mío solo eché agua. Alzó una ceja sorprendido.

—Creo que hoy me he pasado bebiendo —contesté a su pregunta muda.

Chocó su vaso con el mío y se lo bebió de un trago en el momento que el tocapelotas del

inspector llegaba hasta nosotros.

—Espero que las cuatro horas de sueño que me ha quitado valgan la pena, o le romperé la botella de *whisky* en la cabeza, soplapollas.

Barranco alzó la barbilla y sonrió con chulería.

—En ese caso, me querrá decir que tiene usted ganas de dormir en el calabozo.

Ryan no meneó ni un musculo, al revés, le contempló más desafiante, si es que podía, a la vez que su gran dedo índice daba pequeños golpes en la barra y su ceño de fruncía de mala manera.

—Te dejo con este imbécil. No tiene pinta de querer matarte —añadió sin quitarle la vista al inspector—. No obstante, llámame si me necesitas.

Desapareció aniquilando a todos los policías que lo observaban con temor, algunos con puro pánico. Un solo puñetazo por parte de Ryan sería capaz de llevarse a dos de ellos. Volví mi vista al hombre que tenía delante, instándole para que hablara, y este se sentó a mi lado.

—¿Dónde guardas las drogas? —Directo al grano.

—No vendo drogas, vendo copas —contesté tan normal.

—¿Quién te las pasa? —Volvió a la carga.

—Nadie, porque, repito, no vendo drogas.

—¿Dónde están las chicas?

—Aquí delante tiene a una —respondí con sorna, sabiendo que su pregunta no iba por ahí.

—Sabe perfectamente que me refiero a las prostitutas que tiene en su club.

—Es un poco difícil follar en los reservados a la vista de todo el mundo.

No se inmutó por mi vocabulario.

—Tiene más reservados privados.

—En concreto, dos. Pero no hay putas en mi club.

—Sí que las hay.

«Y dale...», pensé. Se hizo el silencio entre nosotros, mientras veía cómo los demás policías desalojaban el local.

—He encontrado unas gotas de sangre en el reservado dos. ¿Tampoco sabe de quién son, Micaela?

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre en sus labios, y he de decir que fue muy tentador oírlo con esa firmeza. Hice una mueca con los labios, ¡maldito Tiziano! Lo disimulé lo mejor que pude y mi rostro no reveló ningún signo de emoción.

—Cuando la gente se pone borracha, se golpea, se hace sangre, en fin, no creo que tenga que especificar. No sé de quién puede ser.

—Me he llevado una muestra, por si acaso —añadió levantándose del taburete.

Parecía un gigante del norte en la posición en la que yo estaba.

—Le aseguro que encontraré la manera de desbaratar todo lo que tiene montado. Y no se va a pasar un año en la cárcel, no. La encerraré de por vida —murmuró casi pegado a mi rostro.

—Veo que tiene algo personal conmigo. —Mojé mis labios de esa forma tan sensual que derretía a todos los hombres—. Por cierto, mi nombre en sus labios... —sonreí—, suena muy bien. Le invito a la fiesta de esta noche, así haremos las paces.

Me levanté de mi asiento y, seguidamente, extendí mi mano invitándole a marcharse. Se debatió entre hacerlo o no, hasta que, finalmente, decidió que era la mejor opción, eso sí, no me quitó la vista de encima en ningún momento hasta que desapareció por las grandes puertas de la entrada.

Salí minutos después, mandándole un mensaje a Eli para que se encargara de avisar al

personal y vinieran un par de horas antes. Habían dejado el local hecho un auténtico desastre y con tan solo recordar que esa noche teníamos la maldita fiesta que ella había decidido, me entraron ganas de suicidarme.

Entré en mi coqueto apartamento y me tiré en la cama sin importarme la ropa ajustada que llevaba ni el maquillaje. Me quité los zapatos como pude, a la vez que extendía mis manos en cruz con la cara boca abajo. Estaba agotada.

Escuché el estridente ruido de la melodía de mi teléfono y me dieron ganas de estamparlo contra la pared. Cuando lo cogí, la llamada había finalizado y en su lugar, un mensaje de Eli relucía en la pantalla.

Eli:

Despierta.

Era lo único que ponía. Miré la hora y pegué un bote al darme cuenta de que eran las ocho de la tarde, y de que había estado durmiendo todo el día.

Corrí a toda prisa hacia el cuarto de baño y empecé a arreglarme lo más rápido que pude para la fiesta. Coloqué el vestido azul cielo sobre mi pálida piel y me calcé unos tacones más oscuros a juego con el bolso, un poco de maquillaje y estaba lista para enfrentarme a un nuevo día, o lo que quedaba de él.

Media hora después, entraba de nuevo en el local con un hambre voraz, ya que no había comido en todo el día. Vi una bandeja de canapés y me lancé a por ella como un tigre. A lo lejos escuché la voz de Eli dando órdenes de cómo decorarlo todo.

Habían colgado un enorme corazón de color cielo con una cantidad de purpurina desmesurada. Las relucientes bolas de luces colgaban de todos los focos de los techos, mientras el técnico probaba las luces sin parar, por otro lado, el DJ se encargaba de que la música fuese la adecuada, y frente a la entrada vi una lona gigantesca en la que ponía: «Bienvenido al cielo».

Alcé una ceja de manera irónica por la frase y por la cantidad de cosas que había en cada esquina. Las chicas de compañía iban de un lado a otro, desbocadas, todas con un conjunto azul cielo de encaje. Se pusieron en fila, mientras Eli les iba entregando una corona con plumas de ángel que colocarían en sus cabezas.

—Esto parece una fiesta de disfraces en vez de una fiesta normal —espeté mientras cogía otro canapé.

—Y tú pareces una muerta de hambre —contestó con arrogancia.

—Es que no he comido nada. ¿Has hablado con Tiziano?

—Sí. Le tranquilicé ayer a mi manera. Ya sabes que no podemos vernos. Esta noche vendrá.

Asentí.

—No quiero que esta noche se venda ningún tipo de droga en el local. —Miré a las chicas—. Va por vosotras.

Ninguna puso objeción a mi petición.

Me senté en la barra, haciéndole un gesto a la camarera que estaba terminando de rellenar las bebidas, y entré dentro de ella para buscar un cartón de leche fría que había guardado en las cuatro barras que tenía la sala.

—No sé cómo puedes tomarte la leche así, y menos a estas horas.

Me bebí el vaso de un estacazo bajo la mirada de asco de mi amiga.

—Y yo no sé cómo puedes traer esa cara hoy —le hice burla.

Omitió mi comentario, como si no lo oyese y prosiguió:

—¿Por qué no quieres que se vendan drogas esta noche?



—Si hay que venderlas, tendrá que ser en la calle, dentro no. He invitado al inspector a venir. Me quedé pensativa durante unos segundos, hasta que me sacó de mis cavilaciones.

—¿Has pensado algo?

—Tengo que conseguir tenerlo de mi lado. Anabel murió ayer.

Abrió los ojos en su máxima expansión, sin saber muy bien qué decir. Fue a preguntar algo, pero cerró la boca de nuevo. Le conté lo mismo que Barranco me dijo.

—No lo entiendo...

—Ni yo tampoco —aseguré—, no obstante, tenemos que ir con seis ojos. Son gente que se relacionaba con muchas personas, y el poder es lo que tiene. Aun así, no podemos fiarnos. Quiero la máxima seguridad durante toda la noche. En dos días ha habido dos asesinatos de nuestro alrededor, y eso no pinta nada bien.

Asintió sin rechistar.

—Con Anabel fuera de juego, tenemos serios problemas con la policía. Por no hablar del inspector tocapelotas.

Suspiré. Qué razón tenía.

Ryan llegó a nuestro lado y, mientras Eli le iba poniendo al día, este comenzó a pensar a mil por hora. Podía ver sus ojos achicados.

—Si quieres puedo llevarme a ese capullo esta noche, si es que viene, y pegarle un tiro en cualquier cuneta.

Pensé en esa posibilidad.

—Necesitamos tener un aliado en la policía, Ryan.

—No te tapará nada, y lo sabes.

—A no ser que lo tengamos pillado por los huevos —añadió Eli.

—¿Y cómo demonios lo hacemos, lista? —espetó malhumorado.

Puse un dedo en mi barbilla y miré a Eli, después lo hice en dirección a Ryan.

—Pon en funcionamiento la cámara del reservado uno. Que no entre nadie esta noche.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ryan sin entenderlo.

—Vas a tirártelo.

Eli no preguntó, lo afirmó directamente.

—Pero para llegar a ese punto, tenemos que tenerlo contento, y no se me ocurre ningún plan mejor que drogándole lo justo.

—Puedo encargarme de servirle la copa cuando la pidáis desde el reservado —anunció ella.

—No colará. Es un tipo duro de roer, y quizá no sea tan fácil.

—¿Estás dudando de mis artes de seducción, Ryan?

—Ni mucho menos, Mica. Pero si no ha caído ya...

—Lo hará. —Sonrió Eli.

Asentí convencida y empezamos a tramar un plan que, sin duda, no podía fallar. Solo quedaban horas para que la fiesta comenzara, y ahora mi prioridad era que Barranco apareciera, si no lo hacía, tendría que buscar el plan B, para poder llevarlo a mi terreno.

Las horas pasaban y los espectáculos eróticos que teníamos preparados para la noche comenzaban a formarse en los distintos reservados y tarimas que había para ellos. Los gogós aparecían desnudos, cubiertos por una densa capa de purpurina celeste, como la del enorme corazón del techo. Los aires de fiesta se respiraban en todos los rincones, y comenzó a parecerme una buena idea cuando Eli me dijo que acudirían más de trescientas personas, confirmadas con la entrada. Pocos minutos después, vi a Óscar entrar en el local con cara de vicioso. Miraba a todos

lados, y los ojos se le iban detrás de las chicas desnudas.

—Madre mía... Con esta fiesta os habéis pasado. —Soltó un silbido.

—Eli tiene muy buenas ideas.

—Algún día me tendrás que dejar su mente brillante.

Sonreí.

—Por encima de mi cadáver.

Seguí sonriendo bajo su mirada estupefacta.

—Cambiano de tema. —Intentó que el color volviese a su cara. Yo tampoco me andaba con chiquitas y, lo que era mío, era mío y punto—. Ryan ya lo tiene todo; pasaportes falsos, vuelos, direcciones, nombres y toda la información que necesitáis. Saldréis el viernes que viene a primera hora. El avión de intercambio que lleva a la niña aterrizará en Atenas a las doce de la mañana y, seguidamente, cogerá otro vuelo para irse al internado de Irlanda. Tenéis una única oportunidad en el aeropuerto de poder llevárosla, si falláis, no sé cuándo volveremos a tener otra.

—No fallaremos. Tenlo por seguro.

—Micaela. —Su tono de voz cambió—. Sabes el aprecio que te tengo, y ya no solo en los negocios, sino en lo personal. —Me miró durante unos segundos—. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo, no tienes de qué preocuparte.

—Micaela... —volvió a repetir—, en cuanto descubra que has secuestrado a su hija, que lo hará, vendrá a buscarte. Y no habrá rincón en la Tierra donde puedas esconderte.

—Es lo que más deseo en el mundo —aseguré con firmeza.

—¿Aunque eso conlleve llevarse tu vida?

—En tal caso, no me iré sola.

Poco después, Ryan me confirmó que tenía el sobre en la caja fuerte y que lo había comprobado todo con tranquilidad para que no nos faltase nada. Él sería el único que me acompañaría. No quería llamar la atención y podríamos pasar por un matrimonio turista sin ningún problema, el plan estaba tan bien estructurado que era imposible fallar, pero todo dependía de la seguridad que la niña tuviera, y eso no lo sabríamos hasta que aterrizáramos en Atenas.

Una hora más tarde, la fiesta prosiguió y el desmadre se apoderó del local. La gente bebía, bailaba y se volvían locos con los espectáculos de esa noche. Los gogós, chicos y chicas, movían sus caderas con sensualidad encima de las tarimas, ganándose unos fajos de billetes extensos que se esparcían sobre el suelo de cristal, bajo la lujuriosa mirada de su público.

Pude ver a diversos personajes públicos, artistas, jueces, políticos y jugadores de fútbol de renombre dándolo todo con el alcohol, y lo que no era líquido precisamente. Eli había llamado al camello que se dedicaba a servir las drogas en los reservados, quedando con él en hacerlo discretamente fuera del local, aunque luego entrasen en el interior con ella en los bolsillos. Lo importante era que dentro no se hacía ningún tipo de negocio.

Las chicas de compañía de mi club estaban estrictamente avisadas para los servicios que tuvieran que dar esa noche. La discreción era lo primero y, cuanto menos llamasen la atención, mejor sería.

Apoyé mis manos en la barandilla de la segunda planta, a la espera de ver a un hombre que no llegaba. Contemplé el reloj que tenía delante y las cuatro de la mañana marcaban sus grandes agujas. Estaba empezando a convencerme de que no vendría y, en el momento en el que divisé a Eli en la pista vigilándolo todo, me miró y negué con la cabeza, a lo que ella me pidió tranquilidad con sus ojos.

En ese instante, levanté mi rostro hacia la puerta de entrada, impulsada por una especie de corriente que no supe explicar, y allí estaba. Con las manos metidas en los bolsillos, contempló toda la sala, y pude ver en su rostro la sorpresa al encontrarse con compañeros suyos de la misma comisaría, dejándose el dinero y la dignidad con mis chicas.

Su mirada se topó con la mía en el preciso instante en el que bajaba las escaleras en su busca. No apartó sus feroces ojos de mí hasta que, paso a paso, llegué a su altura quedando a escasos milímetros uno del otro. Me inspeccionó con detenimiento, lo que calentó mi bajo vientre de buena manera. Era atractivo, y la simple camisa celeste que tapaba un torso, seguramente machacado por el gimnasio, junto con los pantalones en azul marino, lo hacían rematadamente *sexy*.

—Buenas noches, Aarón.

Elevó sus cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Ahora soy Aarón? ¿Qué ha pasado con el inspector, el soplapolas, el gilipollas...? —dejó la pregunta en el aire.

—Esta noche eres un invitado, no un policía.

Asintió con una sonrisa que iluminó sus ojos y remarcó sus hoyuelos.

—No vas a comprarme, Micaela.

La que rio en ese momento fui yo.

—Me gusta que me tutees. Y no, no quiero comprarte. Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Andamos entre la multitud hasta llegar al reservado número uno, donde tenía a dos chicas esperándole. Al abrir las cortinas, ambas estaban unidas, devorando sus sexos. Una estaba completamente expuesta, tumbada sobre la mesa. No vi ningún gesto de emoción en su rostro, pero sí la desconfianza en puro estado.

—No necesito a nadie para satisfacer mis necesidades —anunció sin entrar.

Sonreí lasciva, mientras ponía un pie en el interior del reservado. Paseé un dedo por la abertura de la chica que estaba tumbada y después me lo llevé a la boca bajo su mirada de expectación. En ese momento, pude contemplar cómo el bulto de sus pantalones emergía, lo que me hizo sonreír interiormente. Punto a favor.

—Creo que Aarón necesita un empujón para entrar. ¿Le ayudáis?

—No es necesario —espetó molesto.

Alcé una ceja sugerente e insté a las chicas para que salieran. Se colocaron una en cada uno de sus fuertes brazos y lo metieron. Agarré las cortinas y, antes de marcharme, le dije:

—Tienes barra libre hasta que salga el sol. Olvídate de tu trabajo y disfruta. Me encargaré de que no te moleste nadie.

Las cerré con fuerza viendo su mirada recelosa, pero eso solo sería hasta que se tomase la primera copa bien cargada de droga que ni notaría, para que después, me dieran paso a mí. Le alcé el dedo pulgar a Ryan que me miraba con los brazos cruzados al lado de la segunda barra. Este le hizo un gesto a la camarera que no tardó en llegar al reservado para tomar nota de su bebida. Mis chicas estaban instruidas. Beberían de su misma copa y, después, en un descuido, tirarían el líquido. Solo eran necesarios un par de tragos y lo tendría en mi poder.

Media hora después, la camarera del reservado llegó a mi posición.

—Listo, señorita.

Asentí sin mirarla y me dirigí hacia allí, pero antes de llegar, Eli se interpuso en mi camino con cierto acelero en su rostro.

—Eli, ahora no puedo hablar, está todo listo.

Fui a esquivarla cuando me sujetó del brazo.

—No des un paso más —advirtió.

La miré sin saber qué pasaba. Ella continuó:

—¿Cómo se llamaba...? —pensó.

—¿Quién?

—El tipo con el que estabas el otro día.

Abrí mis ojos de par en par.

—¿¡Jack!?

—El mismo —aseguró—. Está en la tercera barra. —Fui a mirarle en el momento que la corriente eléctrica que me inundó cuando vi a Aarón, pasaba por mi cuerpo otra vez, dándome a entender que esa sensación no la provocó el inspector, sino Jack. Pero Eli me lo impidió—. ¡No! Está observando todo el local.

—¿Crees que es policía?

—No lo sé, pero lleva un rato inspeccionándolo todo. Entra en el reservado y hasta que no te dé la señal, no salgas.

—Intenta deshacerte de él. Busca cualquier excusa para sacarlo de la fiesta.

—Entendido.

Desapareció de mi vista y, cuando llegué a una esquina donde no podía verme, lo observé apoyado en una de las columnas. Las mujeres se arremolinaban alrededor de él y, únicamente, se dedicaba a negarse a bailar con ninguna, incluso a aceptar una copa de las camareras que rondaban por la sala con bandejas llenas de chupitos. Abrí las cortinas del reservado y entré con rapidez. Les eché una mirada rápida a las chicas y estas salieron de allí sin rechistar.

Tenía la camisa completamente abierta, las mangas a la altura de los codos y el cinturón de su pantalón estaba desabrochado con la bragueta abierta hasta abajo.

—Veo que te lo estás pasando bien.

—Estoy... estoy... —Se tocó la cabeza—. ¿Qué me has echado en la copa? —balbuceó.

—Has bebido demasiado, tranquilo, mañana solo tendrás una gran resaca.

Encaminé mis pasos como una tigresa apunto de cazar a su presa en su dirección, mientras este se tambaleaba un poco hacia delante, sin que se llegase a notar en exceso. Sin pensármelo, remangué mi vestido con lentitud hasta la mitad de mis muslos, provocándolo, y me coloqué encima de su entrepierna. Este abrió los ojos de par en par, sin creerse lo que estaba haciendo, pero sin hacer esfuerzos por quitarme de mi posición.

—¿Qué...?

—Shhh... —Bajé mi lengua pos su clavícula hasta que llegué a su cuello, y después a su oído—. Vamos a divertirnos, Aarón...

Cogí un preservativo que había sobre la mesa, lo abrí y, sin más dilación, saqué su grueso miembro de los calzoncillos, a la vez que con mi mano libre apartaba mi ropa interior hacia un lado. Posicioné mi sexo a la altura precisa y con lentitud lo fui introduciendo en mi interior, amoldándome a su grosor. Un jadeo ahogado salió de su garganta, a la misma vez que agarraba mis caderas con fuerza. Sus ojos se fijaron en mí, y antes de que pudiera decir nada, comencé un baile desenfrenado llevándolo hasta la línea que rozaba la locura.



## DEMASIADOS KILÓMETROS

—¿Has visto la grabación?

Eli asintió.

—¿Y bien? —pregunté de nuevo.

—Lo tenemos pillado por los huevos. Cuando entraste, la camarera dejó una bolsita con cocaína encima de la mesa y todo lo necesario para meteros una buena raya. Podrías echarle en cara muchas cosas y, aun así, no tendría los medios suficientes para rebatirte.

—Bien —añadí triunfal.

Mientras pensaba en el momento en el que me llamaría, que no tardaría en hacerlo, escuché atentamente a Eli, contándome lo desubicado que estuvo el inspector cuando despertó en el sillón de terciopelo y, acto seguido, se dio cuenta de lo que había pasado. Había sido tan imbécil, que cayó en la trampa de la Reina sin darse cuenta.

—Ahora saldré para Huelva, voy a visitar a mi abuela. El domingo estaré de vuelta por la noche, y el lunes nos iremos. ¿No vemos aquí? —pregunté a Ryan.

Asintió y, sin tiempo que perder, salí de mi despacho en dirección a mi apartamento. Tenía que recoger la maleta y marcharme cuanto antes, o no me daría tiempo a estar con la única persona más importante de mi vida. Antes de salir, me encargué de llamar a Jan para ponerle al corriente de todos los acontecimientos, claro que él de algunos ya estaba puesto al día. Le pedí que nos viésemos en su despacho en media hora, dejaríamos firmados los documentos necesarios antes de mi partida a Atenas. Si algo salía mal, quería tenerlo todo bien atado.

Antes de mediodía, me encontraba atravesando el umbral de la puerta de la casa de mi abuela, mientras ella me llenaba de tiernos besos y diversas collejas como solía hacer cada vez que tardaba más de la cuenta en visitarla.

—¡Un año! —gritó enfadada.

—Casi —la corregí.

—¡Da igual! ¡Casi un año sin ver a tu abuela! ¡Sinvergüenza!

Me reí por su tono. Cómo la echaba de menos. Mientras preparábamos la comida, nos pusimos al día sobre todo lo que había evolucionado el negocio, sobre Eli, a la que apreciaba bastante, y también hablamos de temas triviales y los últimos achaques que tenía.

—Pero no te pienses que esto va a matarme, que no. Ya te digo yo que bicho malo...

—... nunca muere —terminé por ella.

Siempre tenía un refrán en mente, para todo. Y era algo que me encantaba. Nos permitimos salir de compras, andar por Huelva y visitar los pequeños pueblos de los alrededores con el coche que había alquilado. Un rato más tarde, cuando ya entraba la noche, mi abuela se excusó diciendo que tenía que recoger la lavadora, pero, en realidad, lo que le pasaba es que ya no podía caminar más. Así que después de cenar, la dejé y terminé de hacer algunas compras para la casa

en los locales que aún seguían abiertos a tales horas en el paseo marítimo, pequeños detalles que la alegrarían como una cafetera nueva, un tostador y un juego de sartenes del que se enamoró según pasábamos por la tienda, y que no me permitió comprarle, según ella, porque la consentía mucho.

Al llegar a casa, vi un vehículo que me era tremendamente familiar y comprobé que la puerta estaba entornada, lo que me asustó. ¿Le habría pasado algo? Como un torbellino llegué hasta el salón y al ver a Jack sentado con ella en la mesa grande, casi me da un infarto.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté asombrada.

Giró su rostro para contemplarme con una sonrisa risueña. A saber qué le estaría contando Lola Bravo de su nieta, ya que tenía un álbum de fotos sobre la mesa abierto de par en par, y las que salían precisamente, no eran de hacía pocos años.

—No me habías hablado de este hombre tan majo.

Ignoré el comentario de mi abuela, centrándome en el hombre que me devoraba con los ojos.

—¿Cómo sabes dónde vive mi abuela?

—Perdona. —Se levantó—. Fui a verte a tu estudio —mi abuela me observó, le lancé una mirada y supliqué al cielo para que no le hubiese dicho nada—, pero allí no había nadie y, casualmente, vi que Eli cruzaba la calle. Se ve que iba a buscarte.

—¿Ella te ha dado la dirección?

Asintió. Yo no me lo podía creer.

—Me dijo que... —se lo pensó—, bueno, da igual. Me dijo que estarías aquí hasta el domingo. Mi vuelo sale el lunes también, y no quería marcharme sin despedirme de ti.

Me quedé muda. No llegaba a entender por qué motivo Eli le había dado la dirección de la casa de mi abuela, cuando sabía que esas cosas estaban totalmente prohibidas. Si por casualidad alguien le había seguido o lo había visto, sabrían dónde estaría el paradero de la única familia que me quedaba.

—No te enfades con ella. No lo ha hecho con mala intención.

Intenté cambiar mi rostro, pero me fue imposible.

—Esto... yo... —negué—. Disculpa un momento. Abuela, ¿puedes venir a la cocina?

Asintió, seguidamente se levantó y me siguió hasta el sitio. Cerré la puerta lo justo para que Jack no nos oyera, pero este supo que necesitaba un momento de intimidad y salió al exterior de la casa.

—¿¡Qué le has contado!? —susurré con desespero.

—Nada —contestó tan pancha.

—¡¡Abuela!!

—¿Te piensas que soy tan idiota como para explicarle tu vida? —Alzó una ceja con disgusto—. Sabe más el diablo por viejo que por diablo, niña.

Suspiré y me relajé lo suficiente, hasta que escuché su comentario.

—Es muy guapo. —Sonrió con una mueca que no me gustó nada.

—¡Abuela, por Dios, que le sacas más de cuarenta años!

—Si yo estuviera en mis tiempos mozos... No le dejaba ni los huesos. —Puse los ojos en blanco—. Anda, tira, vete y da una vuelta con él, o...

—¡Lola Bravo, vale ya!

La apunté con mi dedo índice, y esta me dio un manotazo para que apartara la mano.

—No me señales, que te quedas sin dedo. A las personas mayores hay que respetarlas, no lo olvides.

Bufé, ella y sus regañinas.

—¿De verdad que no te importa?

Sus ojos mostraron sorpresa.

—Ha venido desde Barcelona en coche solo para verte, para despedirse. Bueno, y me imagino que para algo más. —La miré con mala cara y está hizo una mueca de quitarle importancia—. Conmigo no tienes que hacerte la modosita, que sé muy bien el pie que calzas.

Le di un abrazo de los que eran capaces de partirte los huesos, y en ese momento metí la cabeza en su cuello para impregnarme de su aroma.

—Ve, mi niña. Te está esperando.

—Te quiero, abuela.

—Más te quiero yo, cariño. No olvides que mañana hacemos las croquetas para que te las lleves congeladas, así que si se queda, le pongo el mandil.

Tuve que soltar una carcajada por su comentario, pero sabía que lo estaba diciendo completamente en serio y, obviamente, yo no pensaba marcharme de allí sin mis croquetas. Le di un beso de buenas noches y salí al exterior, donde vi de su boca salir una gran nube de humo blanco.

—No sabía que fumabas.

—Creo que no sabes nada de mí —contestó con tono de broma, pero era cierto.

—¿Dónde quieres ir? —pregunté apoyándome a su lado.

Su proximidad me erizó el vello, en el mismo momento en el que noté cómo él se revolvía también. Tiró el cigarrillo casi entero a un lado de la carretera y me instó para entrar en el coche. Con el corazón galopándome en el cuerpo y sin saber por qué, me senté en el asiento del copiloto.

—¿Vamos a la playa?

—Como quieras, aunque —miré el reloj—, es bastante tarde. Los puestos del paseo estarán cerrados, pero si quieres podemos dar una vuelta.

Asintió convencido y puso el motor en marcha.

Paramos el coche pocos minutos después, cuando llegamos al aparcamiento público de la zona. En efecto, no había ni un alma en la calle. Oí un fuerte suspiro por su parte, antes de abrir la puerta y bajarse. Le imité el gesto y sin llegar a poner los pies en el suelo del paseo, rodeó el coche y se posicionó frente a mí.

Sujetó mis caderas con sus grandes manos y, sin mediar palabra, estrelló sus labios con los míos. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando de él a la vez que el beso comenzó a hacerse más profundo, más salvaje. Mi sexo lanzó gritos de socorro a escalas impredecibles, y todo mi cuerpo tembló cuando sus enormes brazos me aprisionaron entre el coche y él. Bajé mis manos por su pecho, para después masajear sus brazos firmes y tersos con delirio.

Noté que me faltaba el sentido a la misma vez que me olvidaba del resto del mundo y de todos los problemas que tenía, sentí el frío invadirme cuando se separó de mí y, con fuerza, tiró de mi mano hacia el paseo marítimo. No entendía su prisa por ponerse a caminar, después de llevar minutos restregando nuestros cuerpos hasta la saciedad, pero poco me faltó para darme cuenta de cuál era el verdadero motivo.

Saltó por encima del muro que separaba la playa del asfaltado y, seguidamente, extendió su mano para ayudarme a bajar. La cogí sin ti titubear. En el momento que mis pies tocaron la arena, Jack agarró mi trasero con fuerza e hizo que enlazara mis piernas alrededor de sus caderas. Buscó mi boca con ansia, tanta, que nuestros dientes chocaron a la par que nuestras lenguas se



jugaban la vida por saborearse.

Antes de lo previsto, llegamos a la línea que separaba el mar de la arena y, cuando me quise dar cuenta, mi cuerpo se impregnó de agua y tierra. Los fuertes brazos de Jack se colocaron a ambos lados de mi cabeza, dejando así apoyados los codos en la fina arena de la playa.

Sentí su enorme bulto haciendo presión en mi entrada y no pude evitar invitarle a entrar lo antes posible elevando mis caderas en busca del alivio que necesitaba. Una de sus manos voló hacia abajo, y lo único que pude escuchar entre nuestras respiraciones descompasadas fue su cremallera al bajarse, para después notar que apartaba a un lado mi ropa interior. Seguidamente, la misma mano se introdujo por debajo de mi vestido en el momento en el que separábamos los labios y nuestros ojos conectaban con una intensidad arrolladora.

No hicieron falta palabras, ambos lo deseábamos, ambos necesitábamos sentirnos piel con piel. Sin apartarme la mirada, noté su dura y gruesa envergadura entrando en mí, apretando mis estrechas paredes hasta llegar a mis entrañas. Durante unos segundos se mantuvo quieto, sin hacer un simple movimiento, únicamente contemplando mis ojos expectantes, al igual que yo los suyos. Moví mis caderas para instarle a continuar, pero este se negó, posando una de sus manos sobre mi vientre.

—¿Por qué he hecho más de mil kilómetros para venir a verte? —susurró.

Más que preguntármelo a mí, parecía debatirse consigo mismo.

—No lo sé, Jack... —contesté en un murmullo.

—¿Por qué siento que el mundo desaparece cuando te veo?

Tragué el nudo que empezó a crearse en mi garganta. Porque a mí también me pasaba lo mismo, aunque me negase a admitirlo.

—Porque la incógnita de no conocer a alguien es más fuerte que cualquier sentimiento. — Salí del paso con una estupidez más grande que yo.

—Te he visto dos veces en mi vida. Tres, para ser más exactos.

—Un punto más a mi favor, quizá.

¿Qué demonios le estaba diciendo? ¡Me confundía! Sabía perfectamente que podría tener a la mujer que desease a su lado cuando le diera la gana. Lo mismo que sabía que la conexión que ambos teníamos no era normal. Pero no estaba dispuesta a decírselo.

—Necesitarás muchos más puntos a tu favor para poder despegarme de ti, por lo menos esta noche.

Tragué saliva, antes de que mi lengua se adelantara como habitualmente hacía con él.

—Nadie ha dicho que eso sea lo que quiera.

—En ese caso, espero que estés preparada.

Y sin más palabras, sin más sonidos que no fueran nuestros sexos al chocar con locura, comenzó a embestirme con una fuerza desmedida. La marea empezó a subir y noté mi pelo empaparse del agua salada, dejando pequeños regueros de arena a su alrededor, pero no me importó, nada me importaba en aquel momento.

Mis jadeos cada vez eran más elevados, los suyos también. Sentí cómo el primer orgasmo de los muchos que me había prometido, llegaba a pasos agigantados, mientras bombeaba sin parar dentro de mí, haciendo que todos mis sentidos se esfumaran como el humo de un cigarro.

Me deshice en sus brazos al igual que cada vez que nuestros encuentros se producían, sintiendo lo que ningún hombre había conseguido hasta el momento. Porque en aquel instante, toqué las estrellas de cerca, en aquella playa, con el mar atrapéndonos y con la luna como único testigo de nuestro encuentro prolongado que se extendió más de la cuenta, en el momento en el

que le empujé para tomar las riendas de la situación, poniéndome a horcajadas sobre él.

Sujeté su rostro con ambas manos, perdiéndome en su boca, sintiendo su dureza clavarse en mí sin descanso. Arquee la espalda lo suficiente cuando el éxtasis se acercó de nuevo, y él aprovechó para buscar mis pezones erectos que exigían atención inmediata bajo la fina camiseta. Hiqué mis uñas con fuerza en su camisa y apoyé mi frente en la suya cuando el placer me arrolló de nuevo.



## ESPÉRAME

Bajo aquel manto de estrellas, nos regalamos mutuamente el placer que tanto deseábamos hasta que el sol salió de nuevo. Llegué a la casa de mi abuela alrededor de las ocho de la mañana, cuando los rayos ya impactaban de manera considerable sobre nosotros. Aparqué en la puerta y paró el motor.

—Tengo que volver a Barcelona. Mi vuelo sale a primera hora.

Tragué saliva. No me apetecía en absoluto que se marchara.

—Yo volveré esta tarde también.

El silencio se hizo entre nosotros. No sabíamos qué decirnos, o qué no. Contemplé la ventanilla a la vez que soltaba un suspiro, ¿qué me estaba pasando? Por una vez en mi vida, y aunque tenía claro que la bronca se la llevaría, me alegré del acto que tuvo Eli al darle la dirección de donde estaba.

—Toma.

Giré mi rostro para descubrir que me extendía una tarjeta. Arrugué el entrecejo sin saber qué era, hasta que aprecié un número de teléfono.

—Nunca nos hemos dado los teléfonos siquiera —prosiguió—. Tengo previsto volver a Barcelona en breve. Envíame un mensaje y guardaré tu número.

Asentí.

—Quizá deberías descansar un poco. Es un largo viaje para hacerlo sin dormir después de la paliza de coche que te diste ayer —murmuré como una idiota.

—No te preocupes, descansaré en algún lugar de carretera a mediodía.

—Si quieres puedes hacerlo aquí —sugerí.

No sabía cómo cojones entablar un tema de conversación con él, y eso me puso de los nervios. En el momento más tenso, mientras nuestros ojos se contemplaban brillantes, unos golpes en la ventanilla me sobresaltaron.

Mi abuela.

—¡Fiesteros! Vamos, que se nos hace tarde para hacer las croquetas.

De reojo vi cómo Jack elevaba una ceja.

—Gracias por la proposición, Lola, pero debo marcharme, tengo mucho camino y...

Mi abuela le interrumpió.

—¡Ni de broma! ¿Estás loco, muchacho? Darte semejante paliza sin haber descansado nada, ¡para que te pase algo en la carretera! ¡De eso ni hablar! Dentro los dos, vamos.

Enmudecimos, y no pude evitar soltar una risa cuando vi que él lo hacía también. La que era como mi madre me miró de arriba abajo, para después poner los ojos en blanco. Yo llevaba el pelo empapado de agua y la arena no pasaba desapercibida ante los ojos de nadie. Vi a Jack llegar a mi lado, a la vez que una sonrisa bobalicona se pronunciaba en sus labios. Él iba peor

que yo. Mi abuela suspiro y, al girarse, pude apreciar la sonrisa tonta que se instaló en su boca. Qué equivocada estaba... Esto no era más que un simple revolcón o, mejor dicho, unos simples revolcones, con una persona que me atraía de una manera sobrenatural.

—Esperad aquí —anunció en la entrada de la casa.

Desapareció por la puerta. Eché un vistazo para saber dónde iba, hasta que, segundos después, apareció de nuevo con el bolso colgado.

—Voy a salir a comprar dos cosas que me faltan a la tienda de la calle de atrás. —Sujetó con fuerza el bastón de madera—. Os acabo de dejar toallas limpias en el baño. ¿No pensaríais tocar mis croquetas con la cantidad de arena que lleváis encima? —Alzó las cejas, sorprendida por su propia pregunta.

Hice una mueca sin saber qué contestar. Pero, ¿qué narices me pasaba?

Noté la mano de Jack empujándome hacia el interior, a la misma vez que mi abuela cogía carrerilla y desaparecía de nuestra vista. Llegué al cuarto de baño, invitándole a pasar. Me observó desde su imponente altura mientras le extendía la mano para que accedería, este, al ver mis intenciones de marcharme para dejarle espacio, agarró mi mano y cerró la puerta donde, segundos después, apoyaba mi cuerpo mientras devoraba mis labios con bestialidad.

Subió sus manos ejerciendo una presión desmedida en mi vientre, hasta que llego a mis pechos, donde se perdió un buen rato. Restregué mi cuerpo como una gata salvaje, permitiéndome investigar con mis manos hasta el último rincón de su figura. Toqué sus bíceps por debajo de su camiseta pegajosa y llena de arena, haciendo que un montón de pequeños puntitos se esparcieran por el suelo.

A trompicones, en medio del pequeño cuarto de baño, fuimos deshaciéndonos de nuestra ropa con urgencia, poco después, el agua de la ducha cayó helada encima de mi cabeza y la de Jack, haciendo que pegara un respingo; él ni se inmutó. Por un momento, el tiempo se detuvo cuando diminutas gotas cayeron de manera sensual por el nacimiento de su cabello, y sus ojos se me apetecieron más verdes, si es que eso era posible. Bajo mi estado de embobamiento, noté su dureza pegada a mi vientre. Sus brazos estaban laxos, los apoyó a ambos lados de mi cabeza para seguir escrutándome con detenimiento. Entreabrí mis labios muerta de deseo, notando cómo mi sexo se humedecía a pasos agigantados. ¿Por qué tenía esa jodida mirada capaz de matar a distancia? O, mejor dicho, capaz de derretir el mismo polo norte. Era un hombre prohibido, un hombre en el que la palabra «peligro» se reflejaba en su frente, pero en ese momento le puse una mordaza a la voz que intentaba advertirme de lo que estaba por venir.

—¿No pensarías que iba a ducharme solo? —preguntó sin romper su conexión.

Sentí que el pecho se me hinchaba dando lugar a una presión que no pude descifrar en ese momento. Intenté respirar, pero sus ojos salvajes me hipnotizaron de tal manera que creí desfallecer en el instante. Sus expertas manos se pasearon por mi figura a su antojo, mientras yo no podía hacer otra cosa que observarle. Vi cómo descendía por mi pecho y vientre, hasta que llegó a mi monte de Venus para hacerme sufrir lo suficiente. Agarró mis nalgas con brutalidad y, después, introdujo su cabeza en la cara interna de mis muslos, donde comenzó con un reguero de castos besos, a la vez que su lengua dibujaba invisibles círculos que me erizaban el vello.

Sentí el calor de la misma cuando se deslizó entre la abertura de mi sexo, para después introducirse en él con calma. Creí morir. Posé mis manos en sus hombros pensando que las piernas no aguantarían mi propio peso, e intenté por todos los medios quedarme de pie. Una mano comenzó a masajear mi pierna derecha, mientras él castigaba mi botón con soltura, con la otra, vi que se agarraba su hinchado miembro y comenzaba a deslizarlo arriba y abajo con

lentitud. Esa imagen me puso más caliente, si es que era posible.

Deseé ser la mano que le acariciaba, los labios que la besaran y la boca que la devorara. Hice el amago de apartarme, pero me lo impidió soltando su miembro para apretar mi cuerpo contra el frío azulejo de la ducha. Elevó sus ojos hasta que se topó con los míos y con una contundente frase me advirtió:

—No te muevas, y no grites —esto último lo dijo sonriendo. Volvió a mi sexo y concluyó—: Si no, pararé.

Me dejé hacer durante no sé cuánto tiempo, viendo cómo castigaba su erección con una brutalidad tremenda, a la vez que los movimientos iban acompañados con los ataques a mi sexo. Eché la cabeza hacia atrás, arqueando mi espalda, sintiendo que el aire no llenaba lo suficiente mis pulmones y comenzando a marearme cuando noté la forma en la que el orgasmo se acercaba. Cogió mi tobillo y tiró de él hacia abajo, de manera que terminé tumbada en el plato de la ducha con las rodillas dobladas a media altura, ya que no cabíamos para extendernos tanto. Pensé que me follaría como un loco, pero eso no sucedió. Ascendió por mi vientre repartiendo pequeños lametones, hasta que llegó a mi boca y se perdió en ella sin dejar de bombear con sus dedos dentro de mí.

—Jack... —gemí.

Sentía que llegaba tan rápido que me maldije por no esperar un poco más, aunque lleváramos bastante tiempo en la ducha. Tiempo que a mí se me hizo corto para lo que deseaba.

Al escuchar su nombre en mis labios se separó de mí, irguió su cuerpo y quedó entre mis piernas sin dejar de contemplarme. Sus ojos se clavaron en los míos como el fuego que arrasa un campo lleno de matas secas. Masajeó su miembro sin descanso, acentuó su mirada y, con la voz más erótica que había escuchado en mi vida, dijo:

—Córrete, Micaela.

No necesité nada más para dejarme arrastrar por la pasión que me arrollaba. A la vez que noté que un líquido caliente caía sobre mi vientre, empapándolo por completo. Comprobé con mis propios ojos cómo culminaba sobre mí, mientras su hermoso rostro se echaba hacia atrás, entreabriendo los labios. En ese instante, creí que explotaría de nuevo con solo contemplar su endiablado cuerpo.

Media hora después, mi abuela se movía con soltura por su cocina, que era la parte más grande de la casa junto con el salón. Cogió un enorme paquete de harina, y yo me senté para comer algo.

—¿Quieres café? —interrumpí la conversación tan divertida que tenían sobre recetas de cocina.

Ya sabía una cosa más: le gustaba cocinar.

—Sí, por favor.

—¿Azúcar? —pregunté estirándome para coger las tazas que estaban en el último estante.

Mi abuela no las usaba, y yo era persona de desayunar con grandes tazas de porcelana casi siempre, y si era con el dibujo de una Matrioshka, la muñeca típica rusa, mejor que mejor. Ella tenía una taza especial guardada en ese mismo estante. Era blanca, con una muñeca con muchos toques rojos, mi color favorito. Saqué otra en tonos azules y vertí el café.

—No. —Se la dejé frente a él—. Gracias —susurró con media sonrisa y miles de promesas pecaminosas.

Cogí la mía y la llené casi hasta desbordarse de leche fría. Me senté a su lado y di un pequeño sorbo, escuchando su conversación.

—No puedo creermelo que te guste la cocina y nunca hayas hecho esta receta. —Mi abuela se refería a las croquetas.

—Nunca me llamaron la atención, pero tampoco tuve a nadie que me la enseñara. —Sonrió, pero esa sonrisa no iluminó sus ojos, como habitualmente sucedía.

—¿Tu madre nunca las ha hecho? —se extrañó.

—Me crié en un hogar un tanto extraño —el ambiente se tensó—, y la familia que me adoptó no cocinaba mucho, que se diga.

Al ver que el silencio se creó en la cocina, mi abuela, experta en situaciones complicadas, salió del paso.

—Pues has hecho bien en conocerme entonces. Ya verás cómo no se te olvida en la vida. —Se colocó un triunfo ella sola.

—De eso estoy seguro. —Me miró con un brillo especial en los ojos. Yo hice una mueca, mi abuela era así y, como ella decía, «Soy como Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como»—. ¿Tomas la leche sin nada?

De nuevo, pareciendo más tonta que lista y, sin saber el motivo, moví mis hombros en señal de «Sí, ¿qué pasa?».

—Es lo que desayuna desde bien pequeña, tiene unos gustos muy raros —contestó Lola por mí.

—Que no me guste el café no significa que sea rara, abuela.

Ella rodó los ojos sin estar conforme con lo que le decía y, entonces, la pregunta que sí que cortó el ambiente fue la que Jack hizo a continuación:

—¿Tus padres viven aquí?

No miré a mi abuela, sino que clavé mis claros ojos en él. Tragué saliva y contesté zanjando el tema de raíz:

—No. Mis padres y mi hermano murieron hace mucho tiempo.

Mi abuela dejó de batir los huevos y otro silencio sepulcral se formó, más intenso que el anterior, con la única excepción de que comenzó a batir los huevos de nuevo, con un poco más de fuerza. Me colocó la primera bandeja de masa delante de mí y pegué dos palmadas en el aire cuando me pringué las manos con la pastosa masa.

—Y digo yo que, si ambos volvéis a Barcelona, ¿por qué no vais juntos en el coche? —Experta en situaciones complicadas, lo que yo decía—. Pagáis la gasolina a medias y hacéis el viaje más ameno.

Jack y yo nos miramos durante un segundo. Echó su cuerpo hacia atrás en la silla, recostándose y, después, se pasó una mano por la barbilla de manera sensual.

—Me parece una idea fantástica, si tú quieres.

De reojo vi que mi abuela sonreía de medio lado, orgullosa por lo que acababa de conseguir.

—Entonces, debéis de descansar un poco. Anda, marchaos a la cama y cuando comamos salís.

—Pero... ¿y las croquetas? —pregunté mirándola extrañada.

—Ya las hago yo, mi niña —contestó con una dulce sonrisa—. Así tendrás la excusa para venir a verme.

—No necesito excusas para eso —me molestó su comentario, pero lo disimulé.

—Entonces, rectifico, tendré la excusa perfecta para echártelo en cara y de esa manera vendrás, o vendréis —miró a Jack—, antes a verme. ¡Andando!

Sin más, nos echó a cada uno a una habitación distinta, ya que los dos no cabíamos en mi

cama de noventa. No conseguí cerrar los ojos ni cinco minutos, y eso que estaba agotada. El único pensamiento que rondaba mi mente era una pregunta: ¿Cuándo volvería a verlo? Y lo peor de todo, no quería que ese día terminase jamás. Por una vez en mucho tiempo, me sentía bien.



## TE PILLÉ

Cuando los últimos rayos del sol se colaron en el cielo, llegamos a la puerta de mi apartamento. Jack paró el coche y, al abrir, pude ver cómo sus músculos lucían prietos y apetecibles con ese simple movimiento. Imité su gesto y me dirigí a la parte trasera del coche para coger mi equipaje. Observé de reojo que no había nadie en la puerta del local, y los únicos que esperaban eran los porteros. Los domingos no solíamos tener mucho movimiento, pero no podía fiarme tampoco.

Durante todo el trayecto hablamos de mil cosas y el viaje se hizo ameno, contando con las cuatro paradas de emergencia que tuvimos que hacer, para que los sillones del asiento trasero se impregnaran de nuestro aroma y guardaran el secreto de nuestra pasión desatada. Pude conocerle un poco mejor, y todo lo que decía me encantaba, es más, me apasionaba la forma en la que hablaba. En mi caso, conversé sobre detalles poco relevantes de mi vida, centrándome en mis gustos, no podía decirle lo entretenidos que eran mis días en el club y, gracias a Dios, tenía muchos gustos para poder compartirlos sin mezclar esa parte. Me dio la sensación de llevar una doble vida a la que no estaba acostumbrada, ya que la gente con la que me involucraba solo conocía mi faceta como dueña del Diamante Rojo. Como punto negativo, tengo que decir que no me gustó esa sensación, ya que, si aquello llegaba a algún sitio, no quería tener que vivir de esa manera. También tenía «casi» claro que no podía pensar en planes de futuro.

Sacó la maleta, para después quedarse quieto observándome a tan solo un paso de distancia. Acercó su mano a mi pelo, recogiendo un mechón para posicionarlo detrás de mi oreja. Tuve que cerrar los ojos debido a su tacto y cuando los abrí, sus labios estaban tan cerca que, al hablar, se rozaron con los míos.

—Creo que te voy a echar de menos.

—¿Lo crees? —pregunté con picardía, sintiéndome libre por un momento.

—Lo sé.

Le besé con dulzura, algo poco habitual en nuestros encuentros. Paseé mi mano con delicadeza por su nuca, pegándolo más a mi cuerpo. Él colocó las suyas en mis caderas, para terminar con el beso cuando comenzó a irse por otros derroteros.

—Si no paramos tendré que volver a tirarte los botes de pintura.

Sonreí.

—Me compraré otros entonces.

—Mmm... —gruñó en mi boca volviendo a besarme.

Escuché un fuerte frenazo que me hizo separarme de él, al pensar que la persona que conducía el coche que tenía justamente detrás nos atropellaría. Jack me apartó a un lado, y el guardabarros del vehículo quedó a un palmo de sus rodillas. Vi quién iba al volante y se me cortó la respiración.



«Ahora no, por favor...».

Tenía el ceño fruncido en una mueca de cabreo monumental, se bajó del coche con la mala hostia presente en su rostro, a la vez que la nariz de Jack se empezaba a hinchar de manera peligrosa. Aarón me aniquiló con la mirada y comenzó a vocear:

—¿Pensabas que era gilipollas? ¿¡O qué!? —gritó perdiendo los papeles.

No me dio tiempo a decir nada.

—¿Qué cojones haces, imbécil?

Jack dio un paso hacia él mientras le preguntaba con el ceño tan fruncido, que pensé que desaparecería. El inspector le dio un leve empujón en el hombro para que se apartara, y surgió todo el efecto contrario. Antes de que pudiera interponerse frente a mí, Jack le agarró de la camiseta, apretándole con fuerza sin apartar los ojos del frente, quedando así ambos uno al lado del otro.

—Cómo vuelvas a tocarme... —volvió sus ojos a él de manera desafiante—, te parto la mano.

Aarón achicó los ojos tanto, que su gesto fiero e implacable me puso nerviosa. Si hacía algún comentario estaría perdida, todo se iría a la mierda. El inspector se quitó la mano de Jack de un manotazo, con unos modales impropios de él. Vi que la mirada de Jack bajaba hasta su arma y sonrió con malicia.

—Poli. Por eso te piensas que puedes atropellar a la gente y dar golpes y empujones a quien te apetezca.

Aarón acercó su rostro a él de forma intimidante, pero Jack no se amilanó, ni mucho menos. Al revés, no meneó ni un solo músculo en vista de la pelea de titanes que parecía que iba a suceder, y de la que yo estaba rezando para que no pasase. El inspector susurró, y no entendí qué quiso decir.

—Tú no vas vacío tampoco.

Achicó los ojos; Jack rio de una forma que me heló la sangre. ¿Qué había querido decir? Se separó de él y me miró.

—Esto no va a quedar así. —Me señaló con el dedo.

Se montó en su coche y salió de allí quemando rueda.

—¿Estás bien? —preguntó al volverse.

Su mirada había cambiado, y no supe descifrar el motivo, pero no era la misma. Asentí e inventé una excusa a la que no le dio más importancia, y por la que tampoco preguntó.

—Tenemos distintos puntos de vista sobre algunos temas. Lo conozco desde hace un tiempo, es algo más bien... personal.

Movió la cabeza en señal afirmativa, y todo el momento mágico que teníamos minutos antes, desapareció.

—Tengo que irme. Te llamaré cuando vuelva.

Me mordí el labio interior. No quería que se marchase.

Y como si una bofetada del destino llegara, se subió a su coche sin objetar nada más y desapareció de la misma manera que lo hizo el inspector tocapelotas.

Dos horas después, me disponía a terminar mi último lienzo cuando el teléfono sonó. Era Vanessa.

—¿Por qué me llamas a estas horas?

—Llevo varios días sin hablar contigo, ¿cómo estás?

—Nos vemos una vez a la semana, y la consulta de esta ya ha pasado —añadí con tono serio.

—Ya. —Se hizo un pequeño silencio—. Micaela, he visto las noticias.

Decidí dejar el tema de conversación. Necesitaba acostarme cuanto antes, y ya pasaban las doce la noche.

—Si quieres la semana que viene me paso antes de nuestra cita y hablamos.

—Te esperaré entonces.

Colgué el teléfono y, en el mismo instante en el que me levantaba, dos golpes en la puerta resonaron. Miré por la ventanilla y vi que era Ryan, la otra persona que faltaba, y que cerraba el círculo de la gente que sabía de mi rincón.

—Te he llamado un par de veces y me comunicaba. No sabía que habías llegado ya.

—Sí, vine hace unas horas. ¿Pasa algo?

Asintió.

«Bienvenida a la vida real, Micaela».

—Ven al club en cuanto puedas. Estamos cerrando y... —me contempló serio—, tenemos que hablar.

Suspiré, recogí las cosas que tenía sobre la mesa para pintar y salí detrás de Ryan, quién aceleró el paso. Al llegar a la puerta me paré en seco cuando noté la típica corriente que solo sentía con Jack. Miré con temor a ambos lados de la carretera, pero no vi nada. Estaba desierto. Sin embargo, cuando abrí la puerta y fui a acceder al interior, oí el rugido de un motor como si estuviera a cámara lenta. Asomé la cabeza de nuevo, confirmando que un coche negro desaparecía por la avenida. No supe si era él o no, pero solo con pensarlo el corazón se me encogió.

En la barra central estaba Eli sirviendo unas copas, y Desi y Ryan sentados en los taburetes de fuera. A lo lejos, divisé a Tiziano salir de los aseos para incorporarse a la reunión improvisada que habían organizado. Le veíamos cada dos semanas más o menos, cuando volvía de sus negocios en Italia para rematar los que tenía aquí. Él llevaba la parte norte de España respecto a las drogas y, hasta el presente, ningún narco se había atrevido a interponerse en sus negocios. Teníamos un trato muy bueno que conseguimos crear con los años, y eso me gustaba.

Arrugué el entrecejo cuando no vi a Óscar por ninguna parte.

—¿Y Óscar?

Las miradas volaron entre los cuatro presentes, sin pararse en ningún punto clave. Empecé a perder los papeles cuando nadie se pronunció, a la vez que mi cabeza comenzaba a hacer conjeturas que no deseaba. Si ese cabrón me había traicionado o había sido el encargado de acabar con toda gente que me respaldaba, lo buscaría debajo de las piedras y lo mataría con mis propias manos.

—Mica... —La voz de Ryan sonó más baja de lo habitual.

—Mica, ¿qué? —pregunté con desdén.

Otro silencio se hizo en la sala.

—¡Hablad ya, joder! —Elevé mis manos al cielo.

—Han encontrado a Óscar dos calles más arriba del club esta mañana. —Eli me miró a través de sus pestañas, yo achiqué mis ojos en su dirección—. Le han pegado dos tiros en el pecho.

Me mareé. Noté cómo mis pies se tambaleaban ligeramente hacia atrás. Arrugué un poco el entrecejo antes de la lanzar la pregunta mágica.

—¿Está muerto?

Mi amiga asintió. Los demás no abrieron la boca. Tiziano sacó su particular navaja del bolsillo izquierdo del pantalón y empezó a moverla entre sus dedos de forma ágil. Ryan

carraspeó en el momento en el que mis ojos se fijaron en él.

—Nos están dando caza, Mica.

—¿Quién ha sido? —murmuré.

Sentí la rabia bullir en todos y cada uno de los poros de mi piel.

—Nadie lo sabe. Todavía —añadió Tiziano.

—No creo que debáis pensar de esa manera. Quizá haya sido su mujer —sugirió Desi.

—No digas tonterías, Desiré, su mujer está destrozada —le regañó Ryan con tono duro.

—Pues una amante. Ese cabrón tenía tantas putas alrededor, que no sabía ni con quién se acostaba.

—¡Desiré! —Esta vez fue Eli la que acalló sus sandeces.

—¿Qué? Ni que...

—¡Ya basta! —grité, dándole un golpe a uno de los taburetes que caían al suelo haciendo un gran estruendo.

Enmudecieron de nuevo, mientras mi mente funcionaba a mil por hora. Si me ponía a contar no era algo normal. Habían asesinado en tres días consecutivos a tres personas distintas, altos cargos e influyes de Barcelona. Los mismos que me proporcionaban la seguridad que necesitaba en referencia al club, y a todos los planes que tenía para llegar a la persona que más odiaba en la vida.

—¿Dónde está Carter? —Me vino a la mente como un huracán.

—Atado en el sótano. Acabo de comprobarlo —respondió Ryan.

Asentí lentamente.

—Eso quiere decir que nadie está buscándole a él —añadió Desi.

Si sumabas dos más dos, la cuenta salía redonda.

—Nos están dando caza —repitió Ryan.

—Me —le corregí— están dando caza.

—Pero ¿quién querría acabar contigo? Eres influyente, pero no sacarían nada con quitarte del mercado —puntualizó Tiziano.

Y apareció. Como si fuese una señal del destino, su rostro me vino a la mente. Tenía que protegerlos, por lo menos a ellos, a los que daban la vida todos los días por mí. Si ahora no tenía nadie que me respaldase, debía de buscar la manera de encontrar aliados, de la forma que fuera, y a mi mente solo acudió una persona: Aarón.

—Tened los ojos bien abiertos. Controlar todas las entradas y salidas del club, e intentad no ir solos hasta el próximo aviso. Hasta que sepamos qué cojones pasa. Si es necesario, salid a la calle con un arma en el bolsillo. Tenemos que cubrimos las espaldas.

Asintieron y di por finalizada la reunión cuando salí del local sin decir ni una sola palabra más. Una gran niebla se había apoderado de la ciudad de Barcelona, el aire fresco a las dos de la madrugada golpeó mi cara, haciendo que me supiera a gloria. Entré en mi apartamento y busqué el teléfono del inspector, y no dudé en mandarle un mensaje. Al día siguiente tenía que verle.

\*\*\*

Cuando los rayos de sol atravesaron las ventanas de mi pequeño hogar, me levanté dispuesta a llegar al punto clave donde habíamos quedado. Nada de comisarías, nada de lugares públicos. Solos él y yo.

Llegué al centro de Barcelona, muy cerca de la consulta de Vanessa, a la cual había prometido ir a ver antes de marcharme a Atenas. Toqué en el portero que Aarón me indicó y, al instante, la puerta se abrió.

Era un portal sencillo, moderno y con mucha clase. Algo que no le pegaba para nada al inspector, ya que por mucho carácter que tuviese, se le notaba que era una persona de noble corazón, dispuesta a terminar con la gente como yo. Pulsé el botón del ascensor hasta que llegué a la cuarta planta, donde un pasillo en blanco se presentaba antes de llegar a la puerta número C. «C» de «capullo», «C» de «conquistador...». Tuve que reírme por ese pensamiento tan tonto que cruzó mi mente en aquel momento tan tenso.

Toqué con mis nudillos. Este abrió e iba con una toalla liada en su cintura, dejando ver unos impresionantes abdominales que cortaban el aliento. No pude evitar mirarle varias veces de arriba abajo, repasando una a una las líneas que se marcaban en su definido cuerpo. Con brío, comenzó a secarse el cabello, eso sí, sin quitar su gesto de enfado de su rostro.

—Dame un minuto. Estaba duchándome.

—Ya veo.

Tragué saliva.

—Entra.

Ordené a mis altos tacones para que se pusieran en proceso y, mientras él desaparecía por una de las puertas, pude ojear lo suficiente la vivienda. Un salón con cocina; tres puertas alrededor de este; muebles blancos y negros; paredes de distintos colores oscuros y otras en beis, y escasez de fotos, adornos, etcétera. «Coqueto pero soso», pensé. Se notaba la ausencia de una mujer.

Me quedé como una estatua en mitad de una plaza, aferrándome al pequeño bolso negro con ambas manos. Tiré de mi vestido verde ajustado a todas mis curvas y paciente esperé a que llegara. No tardó más de dos minutos en hacerlo. Su cuerpo ya estaba completamente tapado por unos pantalones vaqueros y una camiseta oscura en el mismo plan informal, aun así, estaba extremadamente guapo.

—¿Podemos hablar? —pregunté tanteando el terreno.

Me contempló con desconfianza, cruzando sus enormes brazos en el pecho a la vez que soltaba un gran suspiro. Clavó su mirada en mí de tal manera que sentí un cosquilleo por todo el cuerpo, descrucé mis manos y di un paso, el mismo que él retrocedió. Puse los ojos en blanco.

—No muerdo —aseguré con arrogancia.

—No sé qué decirte respecto a eso. Se te da bien subirte encima de lo primero que ves, o planeas —rectificó con saña.

Sonreí con malicia.

—Míralo por el lado positivo, muy pocas personas se han podido meter entre mis piernas.

Le sostuve la mirada, y él también lo hizo.

—Eso sería si hubiese sido consentido, sin emborracharme y, lo peor, sin drogarme.

Estaba manteniendo la compostura, pero sabía que tenía instintos asesinos hacia mi persona. En efecto, eso me confirmaba que el día de antes se enteró, seguramente, haciéndose algún análisis o cualquier mierda de las que usaba la policía, al sospechar algo. Nunca debió fiarse de una mujer, de mí. Di dos pasos más, viendo que él no se movía. Me coloqué muy cerca de su oído y, de la forma más traviesa que pude, le dije:

—Entonces... ¿el problema es que no estabas en plenas facultades? —no contestó—. Eso lo podemos arreglar cuando quieras.

Noté cómo su pecho subía y bajaba con acelerero, pero no se dignó a seguirme el rollo, sino que cambió de tema. Volvió su rostro, impregnándose con el aroma de su cuerpo, y clavó sus ojos en mí.

—¿A qué has venido?

—¿Vas a ponerme una demanda por drogarte?, ¿o por violación? —Sonreí como una demente.

Agarró mi codo con fuerza y me arrastró hasta la pared que tenía detrás de mí, haciendo que quedara entra ella y él. Alcé mi rostro de forma desafiante, cada vez con más ganas de conocer en profundidad al capullo que tenía delante. Sonreí al ver su gesto fiero y, escuchando un gruñido que salió de lo más profundo de su garganta, dio un golpe en la pared y se apartó lo suficiente.

—¿Qué pasa, inspector? ¿Le nublo el pensamiento? —le piqué.

—Dime a qué has venido o marcharte.

Asentí dando por finalizado el primer tema. Pasé por su lado, inspeccionándolo de arriba abajo. Tenía un trasero prieto y apetecible. No me corté cuando me vio ojeando todo su cuerpo, total, su gesto seguía siendo huraño.

—¿Por qué tienes tantas ganas de encerrarme?

Me senté en el primer sillón que apareció en mi paso, con chulería.

—La prostitución es delito.

—Yo no me prostituyo. —Sonreí—. A no ser que me ofrezcan una gran cantidad de dinero o me interese. —Me puse un dedo en la barbilla de forma sugerente.

Soltó un fuerte suspiro por mis comentarios impertinentes.

—El tráfico de drogas también es un delito.

—¿Solo por eso? ¿Qué te molesta lo que pase o no en mi club?

—Te recuerdo que soy policía.

—¿Azotas a tus conquistas con la... porra? —Esa pregunta me puso a mil.

Puso mala cara; yo reí.

—Micaela...

—Uhh... Estas perdiendo los nervios, como ayer por la noche.

—Dime qué es lo que quieres —recalcó palabra a palabra.

Suspiré esta vez. Me alisé las arrugas invisibles de mi vestido y decidí sentenciar mi destino a una moneda, ya no me quedaban más opciones.

—Alguien me está dando caza.

Me contempló sin entenderme.

—Estarás al tanto de la muerte de Óscar Soler. —Asintió—. Todas esas personas que crees que yo he asesinado, son las que me ayudaban en mis negocios.

Tomó asiento frente a mí, juntando sus manos en un puño cerrado, mientras me escuchaba con atención.

—¿Estás haciendo una confesión?

—Una «casi» confesión. Ahora mismo no dispongo del gran respaldo que tenía respecto a un tema del que no vamos a hablar. Solo te diré que es algo personal, y por lo visto, alguien ya se ha dado cuenta de ello. —Me observó confuso—. Quiero que la gente que me queda alrededor tenga protección.

—Y la única opción que te queda es la policía —terminó por mí.

Asentí.

—¿Te refieres a que alguien quiere acabar contigo? —preguntó con interés.

—Exacto, inspector. No eres el único que me tiene un cariño especial. En este mundo las envidias florecen, pero esto es diferente. La persona que, seguramente, estará organizando estos asesinatos, es alguien que lo único que desea es mi muerte, no la de los demás. Pero, antes de

eso...

—Hay que hundir a la reina —concluyó.

—Exacto.

Un silencio se hizo entre nosotros, mientras cavilaba lo que acababa de contarle.

—¿Qué saco yo con todo esto?

Sonreí como una tirana.

—Medallas. Es lo único que os ponéis la policía. —Me lanzó una mirada aniquiladora—. Tú proteges a mi gente y, cuando todo esto termine, que será en breve, confesaré lo que quieras.

Sopesó la idea durante unos segundos. No le di tiempo a dar muchas más vueltas.

—Meterás entre rejas a la mayor proxeneta a nivel nacional ahora mismo. Y arrastraré conmigo al narcotraficante más grande de la zona norte de España. Serás el rey en la comisaria.

Elevó sus ojos al escuchar esto último.

—Para estar dentro de este mundo, parece que no sabes que durarías menos de dos días en una cárcel si haces eso.

Mis labios se curvaron en una sonrisa forzada mientras me levantaba de mi asiento.

—A veces, en la vida tenemos un cometido. Yo ya sé cuál es el mío, y no le tengo miedo a la muerte.



## ¿AHORA SABES LO QUE HACES?

Esperé con impaciencia a que la persona que estaba dentro de la consulta de Vanessa saliera y me dejara paso. Estaba desesperada por hablar con ella y, lo peor de todo, no sabía por qué. Su secretario, como de costumbre, me miraba por encima de sus pestañas intentando ver mis bragas, o eso supuse cuando comenzó a descender sus ojos desde mi empeine hasta mis muslos.

«Más quisieras tú...», pensé.

La puerta se abrió, a la vez que Vanessa le daba pequeñas palmadas a su cliente en la espalda. Me levanté como un huracán y pasé dentro de la consulta sin esperar que saliera siquiera. El hombre se quedó mirándome y yo, harta de darle tiempo para irse, dije:

—¿Piensa quedarse aquí todo el día? ¡Que se me va la hora!

—Micaela, por favor —me pidió paciencia mediante esas palabras.

Durante todo el tiempo que duró mi consulta, me dediqué a contarle los últimos acontecimientos. Ella no abría la boca, de hecho, creo que era la primera vez que la veía tan callada en una de nuestras citas.

—¿No piensas decirme nada? —pregunté.

—Desde luego, no te puedes quejar de la vida tan ajetreada que tienes.

Alcé ambas cejas.

—¿Te pago para que me digas que mi vida es estresante? ¡Vaya una psicóloga!

Sonrió.

—Micaela, debes de pensar las cosas. Pero, si estás bien, no tengas miedo de dar el paso que necesites —se refirió a Jack, del que no sabía nada desde que se marchó—. No dejes pasar el tiempo.

—Yo no busco un príncipe azul, al contrario del mundo —aseguré levantándome.

—Todo el mundo necesita su príncipe azul, por muy ruda y libre que sea.

Chasqué la lengua.

—Te equivocas. Yo no lo necesito.

Enmudeció, mientras salía de la consulta a toda prisa para llegar al trabajo cuanto antes. Había quedado con Aarón en mi despacho, donde le daría un *dossier* con la información necesaria como moneda de cambio. Yo disponía en mi poder un vídeo en el que perdía la dignidad como policía, y él tendría los archivos más confidenciales sobre mí. En el momento que se precisara, destruiría el vídeo y lo único que haría sería meterme en la cárcel, si es que no me mataban antes, ya que con eso contaba desde que Óscar murió la semana anterior.

Llegué al local y abrí la puerta trasera, pero antes de cerrar, vi que aparcaba en este caso, una enorme moto. No pude evitar silbar como una camionera.

—Vaya... Ahora tienes pinta de matón.

Le vi sonreír cuando se quitó el casco. Estaba extremadamente *sexy*, apoyado de esa manera

en la gran moto negra que se mostraba ruda y elegante.

—Vamos, entra —le invité con un gesto de mano.

Al llegar a la sala principal, Ryan descansaba tomándose un café en la barra cuando le vio entrar detrás de mí. Su primer impulso fue el de sacar una pistola que llevaba en la parte trasera del pantalón. Con el rostro serio y tenso me contempló. Levanté mi mano indicándole que se estuviera quieto.

—Tranquilo, le he dicho que venga. ¿Estamos solos?

—Sí —respondió ceñudo sin quitarle los ojos de encima.

—Bien. No quiero que entre nadie. Y cuando me refiero a nadie, significa que Eli tampoco.

Asintió juntando sus labios en una fina línea que imponía. Le di un pequeño golpe en el hombro, con cariño.

—Tranquilo. En un mano a mano le matarías de un golpe.

No pudo disimular su media sonrisa junto con el gruñido de superioridad que salió de su garganta. Pasó por su lado y pude ver cómo mi roca particular le observaba de reojo.

—Tenéis una costumbre muy especial de tratar a la policía, diría yo —añadió Aarón.

—Piensa que hoy no vienes en representación de la policía.

—¿Ah, no? —se sorprendió.

Negué con la cabeza.

—Y ¿cómo se supone que vengo?

—Como nadie. Porque nunca has estado aquí, ni yo te he entregado nada.

Entramos en mi despacho y el gran sillón rojo de terciopelo con enormes orejeras era lo que más destacaba en toda la sala. Tenía una mesa de madera oscura delante de él y varias estanterías a los lados, junto a un sofá alargado en el mismo tejido que el sillón de mi mesa. Extendí mi mano para que se sentase, y ahora el que silbó fue él.

—Esta parte no la registramos —añadió tamborileando sus dedos encima de la madera; yo sonreí—. Sabes muy bien lo que te haces para ser tan joven.

—¿Eso es un halago?

Movió sus hombros en señal desigual.

—Puedes tomártelo como tal.

Pasó la mano que reposaba sobre su barbilla a la vez que lo decía y el aspecto de lobo feroz que en ocasiones tenía, salió a relucir. Me senté frente a él, abriendo el cajón de la primera mesita que había encajada en la madera.

—Un buen empresario debe de tener muchos ases bajo la manga si quiere que un negocio como este funcione. Más que tú, no lo sabe nadie. —Le guiñé un ojo—. Eres policía.

—Está demostrado que no lo sé todo.

Saqué la carpeta que contenía el material suficiente para encerrarme de por vida y, sin titubear, se la entregué. Seguidamente, me levanté de mi asiento y me coloqué detrás de él, apoyando mis brazos en el cabezal de su silla, quedando muy cerca de su oído.

—Una reina siempre juega con ventaja. —Mi aliento acarició su oído y pude ver cómo se tensaba—. Y si la traicionas... estás muerto. —Dejé en el aire la última palabra.

Se giró con lentitud hasta que sus ojos impactaron con los míos. Mis labios se encontraban a escasos centímetros de él, y contemplé que los miraba de forma alternativa, deseando devorarlos.

—Espero que apliques la misma amenaza en el caso de que traiciones a tu alfil.

Sonreí con picardía, antes de contestar:

—Yo siempre cumplo mis tratos, Aarón.



Noté la necesidad por besar mis labios en cada poro de su piel, y no lo pensé. Junté mi boca con la suya, la misma que, poco a poco, se fue abriendo para mí y mis exigencias. Movié la silla lo suficiente para poder ponerse a mí misma altura y, seguidamente, sus manos volaron hasta las mías para aprisionarlas en mi espalda. A grandes pasos llegamos a la puerta de la entrada, donde sentí su enorme bulto en mi vientre, presionando de manera diabólica.

Abandonó mi boca para bajar sus labios por mi cuello y entretenerse durante un largo rato en él. Conseguí soltarme de su agarre, elevé mis brazos y agarré con saña su pelo para tirar de él hacia atrás. Hice que me mirara, y pude ver el deseo irrefrenable que surgía de ellos.

—¿Estás lo suficientemente fresco para saber lo que estás haciendo?

No contestó a mi tono rudo, al revés, con una sola mano levantó mi cuerpo del suelo haciendo que mis piernas se cruzaran en su cintura. Mordí su cuello, escuchando un gemido ronco salir de su garganta y, como si no hubiera otra cosa más importante que la necesidad por que estuviera dentro de mí, bajé mi mano libre para sacar su erecto miembro. Sus manos arrastraron mi vestido hasta dejarlo arremolinado en mi cintura para, acto seguido, de un fuerte tirón arrancar mi ropa interior. Un jadeo ahogado salió de mi garganta cuando sin esperas, noté su verga introducirse en mí.

Sacó uno de mis pezones y se lo metió en la boca para hacerlo sufrir hasta términos insospechables. Sus rítmicos y salvajes movimientos se hicieron notar segundos después, mientras salía y entraba en mí como un jodido loco. Me aferré a su espalda con rudeza, clavando mis uñas en él de forma fiera. Elevó sus ojos y encontró los míos, muertos de deseo, hasta que juntó su frente con la mía.

—Tienes una manera muy peculiar de jugar con la última baza que te queda —añadió con tono hosco.

Reí como una demente.

—No inventes excusas. Estabas deseando follarme, y puedes morirte negándolo, pero sabes que no es verdad.

Giró mi cuerpo de manera que quedé suspendida en el aire, aún con su miembro en mi interior, mientras se encaminaba al otro extremo del despacho. Me depositó en el suelo sin delicadeza alguna, para colocar mis manos encima de la mesa de manera. Tiró de mis caderas hacia atrás, a la misma vez que un sonoro golpe resonaba en mi nalga.

—Tuviste una manera muy sucia de follarme tú a mí primero —aseguró rudo.

—Pero te gustó...

Las palabras se perdieron con un pequeño grito que salió de mi boca, cuando sentí su intrusión de nuevo. Bombeó con una fuerza desmedida en mi interior, a la vez que agarraba mi largo pelo y tiraba de él hacia atrás para poder devorar mi cuello y, de vez en cuando, mis labios.

El primer orgasmo llegó, y antes de que él pudiera culminar, tuve otro más que me dejó laxa sobre la mesa, sin poder moverme. Antes de irse, no se pronunció. Se colocó la ropa como si no hubiese pasado nada, cogió la carpeta y desapareció por la puerta sin decir ni adiós. Y yo pensé mientras soltaba el humo de mi cigarrillo: «Vaya con el inspector de narcos...».

Cuando me recompose de lo que acababa de pasar, me eché un buen vaso de ron, me lo bebí de un trago y salí a la segunda planta. Ryan esperaba en la barra central con el móvil en las manos, haciendo pasar el tiempo con algún juego de los que tenía en el teléfono. Bajé y al llegar a su altura me inspeccionó.

—Te lo has tirado.

Alcé una ceja, echándome otro vaso, esta vez de *whisky*, y eso que no me hacía mucha gracia,

pero no encontraba otra cosa mejor a primera vista.

—Y parece que no ha ido muy bien... —murmuró por lo bajo—. ¿No sabe follar? —bromeó.

Pegué un bote y me subí encima de la barra. Cogí el vaso y moví los hielos mientras Ryan esperaba mi respuesta.

—Me he vendido.

Me contempló a través de sus pestañas. No lo entendía.

—No sé qué quieres...

No le di tiempo a terminar.

—Le he entregado una carpeta con todos los documentos necesarios para meterme en la cárcel de por vida.

Abrió la boca asombrado, a la misma vez que se reincorporaba, quedando a la misma altura que yo. Era terriblemente alto.

—¿Que has hecho, qué? ¿Te has vuelto loca!? —gritó.

Negué.

—Con las tres personas que me cubrían las espaldas fuera, está claro que Anker sabe que estoy viva, y viene a por mí.

—¡Eso es imposible! Él te daba por muerta desde que se marchó de tu casa hace dieciséis años. ¡Yo mismo lo comprobé cuando estuve en Atenas hace dos años!

Ryan estuvo con Desi en Atenas recopilando información con algunos de los hombres que trabajaban para Anker Megalos, mi mayor enemigo, mi pesadilla, mi todo. Su círculo al completo le aseguró que Micaela Bravo estaba muerta, al igual que Arcadiy Bravo, mi hermano, al que asesinaron poco tiempo después de llevárselo, según ellos.

—No estoy diciendo que me estés engañando. —Mi tono salió más mordaz de lo que esperaba—. Eres la única persona que sabrá esto. No voy a contárselo ni a Eli, pero sé de sobra que tengo un soplón.

Arrugó el entrecejo más todavía.

—¿Entre nosotros?

Asentí.

—Puedo tener fama de ser la mayor proxeneta de España, pero no tanta como para que llegue a Grecia, ¿no crees? —Me contempló, sopesando mi explicación—. La prostitución no es un círculo en el que Anker se mueva. —Di un trago a mi vaso—. Él instruye a asesinos y los tiene bajo su capa y protección para los trabajos que le ordenan. No tiene nada que ver una cosa con la otra y, que yo sepa, no tengo enemigos tan grandes como para querer acabar con mi vida.

—Excepto él.

—Excepto él —repetí.

Se creó un silencio sepulcral entre nosotros.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó sumido en sus pensamientos.

—Adelantarnos a sus movimientos. Provocarle, conseguir que pierda los papeles y actuar con todo el arsenal del que dispongamos.

—¿Por qué has hablado con el soplapollos?

—Porque necesito tener a alguien de mi lado, y la única opción que tenemos es la policía, no quiero que os pase nada a vosotros —remarqué—. A cambio de eso, yo entraré en la cárcel, si no me mata Anker antes, eso no lo tengo tan claro.

—Pero...

—Da igual, Ryan. Hay tres personas que, fueran lo que fuesen, no habrían muerto si yo no

hubiese estado en sus vidas. No permitiré que mi castillo caiga de un solo plumazo. Busca la información de donde sea necesario, entérate de quién ha asesinado a Óscar, que será la misma persona que lo ha hecho con Anabel y Manel. Busca debajo de las piedras si es necesario y, cuando lo sepas, avísame, que vamos a hacerle una visita. —Miré al frente y murmuré—: Su última visita.

Terminamos de hablar un par de cosas sobre el tema en concreto y me dirigí a mi apartamento. Al meter la llave en la cerradura, la puerta cedió, quedando semiabierta. Abrí mi bolso y saqué la pequeña pistola que había guardado en el al salir del club. Tenía que ser precavida o acabaría bajo tierra antes de lo previsto.

Encendí la luz. Me habían destrozado el estudio, automáticamente mis ojos se fueron a la puerta de la parte superior que permanecía cerrada. Seguramente, mis intrusos no se esperaban que tuviera una contraseña dactilar en la entrada, y era imposible traspasar una puerta de hierro. Comprobé con sigilo que detrás del separador, donde yo pintaba, no había nadie.

En efecto, estaba sola.

Me giré como un huracán a la vez que cargaba mi pistola, para apuntar a la persona que acababa de entrar. Ryan levantó los brazos y yo le di gracias al cielo por no haber disparado.

—He visto pasar mi vida —murmuró cuando bajaba sus rudos brazos.

—La has visto bien —aseguré.

—¿Qué ha pasado?

Miré a mi alrededor, viendo las pinturas, las tablas de mezclar, los caballetes, lienzos nuevos, mis cuadros... Tenía una fila de los últimos que había pintado, o los que más me gustaban, colgados en la pared que seguía desde la entrada hasta mi pequeño rincón de pintar. Todos los lienzos estaban tirados en el suelo, destrozados, rajados y pisoteados, excepto uno.

Me paralicé delante de él, notando que un nudo me cerraba la garganta. El pulso se me aceleró y creí que el aire no entraba en mis pulmones de ninguna manera. Tragué saliva para no llorar delante de Ryan o, mejor dicho, para no llorar ni en soledad, y le miré.

Solté un grito de rabia que me heló la sangre incluso a mí.

Tan pequeño, tan frágil, tan asustado... En aquel lienzo enorme se encontraba Arcadiy, mi hermano. Recordé la última vez que lo vi, en la misma posición, con sus ojos azules mirando a mis padres. El retrato era en blanco y negro, excepto sus ojos, tan azules como los míos e igual de destellantes, y su peluche, su elefante, el cual agarraba con fuerza, como si fuese lo que le protegería del resto del mundo, pensando que le salvaría la vida a él o a mis padres.

De nuevo, recordé su miedo, sus lágrimas, sus gritos.

Su mirada cargada de terror.

La manera de sostener ese pequeño peluche.

Y el dolor que sentí al perderle de mi vista, al no volver a saber nada de él, al no poder darle el último adiós entre lágrimas.

Me lo arrebataron, lo secuestraron para después asesinarlo.

A un niño de seis años...

A un niño que nunca sabría lo que era la vida.

A mi hermano.



## PRIMER ASALTO

Llegamos al aeropuerto de Eleftherios Venizelos, en Atenas. Ryan y yo íbamos enfundados en un traje del servicio de limpieza del aeropuerto, cuando cruzamos la puerta hacia la salida, gracias a todo lo que Óscar nos había dejado preparado antes de su muerte. Conseguimos llegar al *parking* sin llamar la atención y, seguidamente, encontramos el coche que esperaba nuestra llegada. Ryan lo abrió para comprobar que el maletero estaba cargado de armas y todo lo necesario para poder secuestrar a Adara, la hija de dieciocho años de Anker Megalos, el asesino más temible de todo el mundo.

No contaba con la posibilidad de que Anker estuviera cuando la niña aterrizase, aunque no creía que viniese. Nos cambiamos de ropa en el mismo *parking* para hacernos pasar por simples pasajeros, donde, minutos después, Tiziano aparecía en otro vehículo similar al nuestro. Saqué un mapa de las puertas de acceso privadas por donde Tiziano se llevaría a la niña junto a sus hombres y, después, un avión les estaría esperando para regresar a España en una pista privada del aeropuerto.

—Bien, Adara saldrá por esta puerta —la señalé con un rotulador—, no sabemos con cuántos hombres contamos como seguridad, pero estoy más que segura de que no serán cuatro, por lo tanto, nos ganan en mayoría. Tenéis que abrir bien los ojos, puede ser que en cada rincón la estén vigilando.

—Todo esto, sin contar con que Anker pueda aparecer —añadió Ryan.

—Si se da el caso de que esté, yo me encargaré de eso. Vosotros encargaos de coger a Adara y salir lo más rápido posible de Atenas. Ya sabéis el procedimiento a seguir, no quiero ni un puto fallo —sentencié.

Todos asintieron conforme al discurso, poniéndonos manos a la obra. Quedaba una hora para que su avión aterrizara, y esa sería nuestra única oportunidad para llevárnosla.

Subimos por las escaleras, escondidos con distintas vestimentas para no ser reconocidos por ningún hombre de los de Anker. Tenía claro que sabía que estaba viva, lo que no sabía era hasta qué punto tendría constancia de mis movimientos. Apunté a Carter con la pistola por la espalda, indicándole que comenzara a andar.

—Si haces algún gesto que no debas, te pego un tiro en medio del aeropuerto, y lo que verás después, será cómo descuartizo a tu mujer, ¿te ha quedado claro?

Asintió sin contestar bajo la atenta mirada de Ryan y Tiziano.

—¡Contesta! —grité.

—Sí.

Exhalé un fuerte suspiro cuando noté que los nervios estaban empezando a crisparme. No podía fallar, no podía.

Llegamos hasta la puerta de embarque y nos sentamos en unas sillas más alejados para no ser

vistos. Por el momento conté a siete hombres en la puerta.

—Hay cuatro tíos en la principal de las salidas —murmuró Ryan.

—Por ahí no van a irse —aseguré.

—Pero tenemos que tenerlo controlado. Los hombres de Tiziano ya están ello, pero no sé cómo piensas encargarte de esos siete. —Les señaló.

Miré a Carter, quien había estado hablando las últimas horas con uno de los hombres de Anker para quedar en verse en el aeropuerto. Le insté con la mirada, este se levantó y antes de dirigir sus pasos hacia ellos le advertí con tono rudo:

—No se te ocurra jugármela. —Me miró y negó—. Pasaré por delante de ti en un minuto, ya sabes lo que tienes que hacer.

Asintió. Ryan me contempló sin estar de acuerdo con mi plan número uno.

—Te espero en la puerta de los aseos.

Coloqué mi pámela de manera que no pudieran verse mis ojos, y ajusté mis gafas de sol para pasar desapercibida. Vi cómo Ryan se estiraba su camisa hawaiana, seguidamente, se levantó y comenzó a caminar delante de mí, mientras que Tiziano desaparecía por otra de las puertas en dirección a la planta donde estaba el coche.

Quedaban diez minutos.

Pasé por al lado de Carter, a quién toqué de refilón en el mismo instante en el que escuchaba cómo le decía a uno de los hombres de Anker:

—Creo que me ha robado la cartera, con la documentación de Adara.

La niña, cada vez que cambiaba de país, llevaba una documentación nueva, falsa por supuesto. Anker tenía demasiados enemigos a la vista. El tipo se encaminó tras de mí, y con rapidez me metí dentro de los aseos. Hice como que me lavaba las manos cuando, acto seguido, se colocó detrás de mi cuerpo.

—Dame lo que le has robado.

Me giré haciéndome la víctima, como si estuviera asustada y, entonces, eché mi mano hacia atrás, cogí mi pistola con silenciador del lavabo y le disparé dos veces. El hombre cayó al suelo fulminado, en el momento en el que Ryan entraba y, sin perder tiempo, lo metió dentro de uno de los aseos.

—Nos quedan seis —informó.

Asentí. Saqué la cabeza por el umbral de la puerta cuando ya anunciaban que el vuelo acababa de llegar. Carter me vio, me escondí de nuevo y, al momento, dos de sus hombres entraban en los servicios. Cerré la puerta con disimulo cuando estuvieron dentro, y ambos se giraron sorprendidos.

—¿Buscáis algo?

Ryan apareció desde atrás, propinándole un fuerte golpe en la cabeza a uno de ellos, mientras que el otro, sorprendido, se abalanzaba sobre mí. El revuelo se armó entre golpes y forcejeos, hasta que conseguí recuperar mi arma, disparé al atacante de Ryan, y este torció el cuello del mío.

—Tres.

—Tres —repetí.

Salí del baño sin que se percataran de ello; Ryan hizo lo mismo con un poco de distancia para que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando. El corazón me iba a mil por hora, y casi salió desbocado cuando Adara apareció. No se parecía en nada a Anker Megalos.

Vi que comenzaban a preguntarse dónde estaba el resto y, en ese momento, supe que se

dieron cuenta de que algo sucedía. Cogí mi pinganillo.

—Se dirigen a la salida. Sospechan algo.

Carter se separó del grupo en el instante en el que entramos en el *parking*. Ellos accedieron por las puertas privadas del aeropuerto, mientras que Ryan y yo nos separamos para llegar antes. Le vi agazapado detrás de unos coches y Carter me miró.

—¿Ahora qué? ¿Podré marcharme? —preguntó esperanzado.

Semioculta tras una columna le observé y asentí. Este esbozó una sonrisa que se borró de un plumazo de su cara cuando le apunté con la pistola.

—He cumplido mi parte —dijo desesperado.

Asentí de nuevo, apretando mi mandíbula tanto que pensé que se me romperían todos los dientes. Bastante había aguantado el momento.

—¿Te gustó violar a una niña de doce años? —pregunté con frialdad.

No contestó.

—¿Qué sentiste? ¿Te gustaría que un demente se follara a tu hija de diez años?

Los ojos le brillaban más de la cuenta, sentí su necesidad por ponerse a llorar en cualquier momento. Recordé cada embestida de aquel maldito hijo de puta que tenía ante mí, reviví mi llanto, el mismo que le importó una mierda mientras me seguía violando sin parar, al igual que el resto hicieron después.

—Yo... —balbuceó.

—Yo... —repetí—, soy la primera pieza a la que debisteis matar.

Y disparé.

Ryan apareció detrás de mí y le propinó una patada en la cabeza sin vida de Carter.

—Maldito cabrón... —siseó.

—Vámonos.

En silencio, caminamos hasta llegar a la salida por donde Adara aparecería en breve. Comprobé que solo dos tipos la acompañaban, lo que quería decir que los hombres de Tiziano se habían encargado del otro. Un coche la esperaba en la puerta y, antes de que salieran, una bala atravesó el pecho de otro de los acompañantes, dejando así a la chica con un solo guardaespaldas.

Corrí todo lo que pude hasta alcanzarla, mientras el único hombre que quedaba, sacaba su arma buscando posibles francotiradores. Agarré a Adara por el cuello, presionándola contra mi cuerpo.

—Hola, muñeca —susurré en su oído.

El tipo se giró a punta de pistola, a la misma vez que Ryan y los hombres de Tiziano le apuntaban a él. No tardaron en llegar ocho hombres más para tratar de rodearnos y, entre tanto barullo de gente, alguien a quien no esperaba ver, apareció.

Unas palmas resonaron en el aire, unas palmas que me helaron la sangre. La chica lloraba sin consuelo, apretando mi brazo contra su cuello en un intento de escapar, pero mi pistola presionaba con una fuerza desmedida su cabeza. No quería hacerle daño, aunque si llegaba el momento y era necesario, no me temblaría el pulso.

—Increíble.

El frío y duro tono de voz de Anker resonó en todo el aparcamiento. Sus hombres se apartaron sin dejar de apuntarnos, yo, en mi caso, permanecí firme, sin titubear ante la imponente presencia de aquel hombre que, aunque los años habían pasado para él, seguía manteniéndose en su línea. Su pelo blanco cubría toda su cabellera, tenía una pequeña barba del mismo color que lo

hacía mucho más temible de lo que ya lo era y sus ojos marrones destellaban más de lo normal.

—Eres digna de llevar el apellido Bravo, Micaela. —Mi nombre en sus labios me quemó las entrañas—. El vivo retrato de Irina se marca en todas y cada una de tus facciones, tan delicadas, tan hermosas. —Sus ojos se iluminaron más—. Y has venido hasta mí, pequeña.

«Pequeña...».

Odiaba ese apelativo.

El mismo que siempre me dijo en las reuniones que hacíamos en casa cuando todos comíamos juntos. Le odiaba a él, y a todo lo que le rodeara. Dio un paso firme hacia mí, sin apartar su mirada, y yo retrocedí.

—¡Papá! —chilló Adara a la vez que lloraba.

Apreté la pistola con más fuerza.

—No des un paso más, Anker. No me conoces —aseguré con voz firme, aunque por dentro temblaba como una hoja—. Si lo haces, le pegaré un tiro.

—Y después tú morirás también, mi dulce y bonita Micaela —susurró como si estuviera loco.

—No me iré sola —sentencié—. Si en algo aprecias la vida de tu hija, diles a tus hombres que bajen las armas.

Les miró de reojo, elevando lo justo su mano derecha para que acataran la orden. A lo lejos, vi que el coche de Tiziano aparcaba en la entrada, siendo consciente de que tardábamos demasiado.

—No lo hagas, pequeña, no lo hagas —me pidió cuando vio que comenzaba a caminar de espaldas hacia la salida—. Ahora que has venido hasta mí, podemos hacer muchas cosas juntos, no sabes cuántas. —Sus labios se curvaron lascivamente.

Le escupí como una verdulera.

—No, Anker, te equivocas. Ella será mi billete de salida, y también de entrada.

Avancé con decisión hasta que llegué al coche, seguida de los pasos de Anker. La chica gritaba con desespero, agarré su pelo con fuerza y eché su cabeza hacia atrás.

—¡Cállate, estúpida!

Subí al coche y, antes de cerrar la puerta, pude oír cómo decía:

—Estás muerta, pequeña.

Tiziano pisó el acelerador, mientras que por el espejo retrovisor veía cómo Anker paralizaba a sus hombres para que no arremetieran contra el vehículo. Parecía que el viejo tenía algún sentimiento por la niña asustadiza que llevaba a mi lado. Todos me observaban mientras yo la contemplaba cuando no cesaba en su llanto. Sin pensarlo, le propiné un golpe que la dejó inconsciente y, después de eso, me pude llevar las manos a la cabeza.

—¿Qué hacemos ahora, *bella*? —preguntó el italiano.

—Ahora, nos vamos.

—El plan era llevárnosla sin armar revuelo para que Anker viniese a España, pero nos ha descubierto a mitad de camino, por lo tanto, ahora vendrá a por ti con todo el cargamento del que disponga.

Comencé a dar pequeños golpes en mi barbilla con la punta de mis dedos. Tenía que pensar.

—No es por meter prisa, pero... nos siguen dos coches —añadió de nuevo Tiziano.

—Bien —dije por fin—, sé que Anker me quiere a mí. Da la vuelta y déjame en cualquiera de las salidas del aeropuerto. Vosotros acelerad y marchaos de Atenas.

—¿Has perdido el juicio? ¡No puedes quedarte sola! ¡Te matará! —se exasperó Ryan.

—Buscaré los medios para volver. Solo necesito un arma para poder salir del aeropuerto, si la



situación lo requiere, y la mochila con la ropa y las tarjetas. No hay tiempo que perder. —Le miré—. Haz todo lo que hablamos el otro día, recopila la información y, cuando vuelva —torció el gesto—, volveré —le aseguré—. Terminaremos de rematar y zanjar los cabos sueltos.

Sin más, un fuerte frenazo que no terminó de detener el coche, me hizo abrir la puerta y casi saltar al exterior. Uno de los vehículos que nos perseguían, tal y como había previsto, se paró en la misma puerta por la que yo entraba corriendo, y de ella Anker salió.



## VIGILA TUS ESPALDAS

Miré hacia atrás un par de veces, antes de chocarme con la gente que caminaba. A lo lejos, le vi a él y a tres hombres más que corrían en mi dirección. Anker no se esmeró en cogerme, sino que alzó su dedo índice en mi dirección, en el instante en el que corría por mitad del aeropuerto haciendo que todo el mundo me mirase con cara de asombro.

Conseguí salir a la calle con el corazón en la boca y me encaminé a toda velocidad al primer taxi que vislumbré. Un matrimonio esperaba con sus hijos para subirse, me adelanté y entré.

—¡Arranque! —ordené.

—Señora, hay...

No terminó la frase cuando el cañón de mi pistola le apuntaba la cabeza.

—Arranque de una puta vez si no quiere que le vuele los sesos.

El taxista dio un fuerte acelerón cuando los hombres de Anker llegaban y se abalanzaban sobre el coche, uno de ellos cayó al suelo, mientras que otro abría la puerta y era arrastrado por el vehículo. Me aproximé, saqué la pierna y le di una fuerte patada para que la soltase, cuando su pistola asomó por su mano izquierda.

Al cerrar, me permití pegar la espalda al asiento en señal de descanso. Pasé la mano que sostenía mi pistola por la frente y suspiré. La voz temblorosa del taxista me sobresaltó.

—¿A... adónde... la llevo?

Solté un fuerte bufido. No tenía ni idea, no conocía Atenas.

—Necesito una zona donde haya de todo —hablé tajante.

—La dejaré en La Plaka. Allí tendrá todo lo necesario.

No le contesté. Miré por la ventanilla mientras íbamos al sitio que había dicho, a la vez que miles de pensamientos cruzaban mi mente. ¿Qué haría ahora? Anker me había descubierto, a su hija la tenía en mi poder, pero ¿cuál sería el siguiente paso? No quería dinero por devolvérsela, quería su vida. Ansiaba destruirle, y todavía no tenía la fórmula mágica para hacerlo. Era retorcida, pero pagarle con la misma moneda que él no entraba en mis planes. Bastante sufrí durante toda mi vida por lo que aquellos desgraciados hicieron conmigo, como para poner a una joven como ella en el mismo lugar.

—Ya hemos llegado.

Anunció cuando el taxi se detuvo en una zona antigua de la ciudad.

—¿Qué le debo?

Me miró con horror a través del espejo retrovisor, le insté con la mirada, y este hizo un gesto de negación. Puse los ojos en blanco y le lancé un billete, sobrepasando seguro lo que costaba el trayecto desde el aeropuerto.

Volví mis ojos hacia atrás en busca de señales que me confirmaran lo que ya imaginaba. Anker siempre tenía un as en la manga, y esta vez no iba a ser menos.

Un coche se detuvo a escasos metros de mi posición, en el momento en el que me perdía entre la multitud que caminaba por las calles. Corrí en dirección a la primera cafetería que vi y busqué con ansia el aseo. Mi corazón latía frenético, y poco dudaría si me daba un infarto antes de lo previsto.

Tiré la bolsa al suelo y saqué la ropa que tenía guardada, me coloqué los vaqueros y la camiseta de media manga a toda velocidad. Guardé en los bolsillos del pantalón un plástico en el que iba la documentación, un poco de dinero y la tarjeta de crédito, y la gran incógnita llegó cuando me di cuenta de que no tenía ningún lugar donde esconder la jodida pistola.

Sin tiempo que perder, guardé la ropa anterior en la mochila y la metí en la papelera dejándola sobresalir un poco. Tiré del elástico del pantalón y acomodé el arma como buenamente pude, tapándolo con la camiseta. Se notaba un bulto, pero gracias a que tuve buen ojo al elegir la camiseta, era ancha y podía disimularse un poco si el tiempo me acompañaba y no hacía aire.

Abrí la puerta del aseo con precaución, miré a ambos lados y, cuando comprobé que no había nadie, salí al exterior. De nuevo puse sobre mis ojos las gafas de sol, esta vez distintas, y solté mi largo cabello negro que llegaba hasta mi cintura, por si la pistola se veía de alguna forma, con eso se disimulase lo máximo. Giré por la primera calle que vi, en el momento en el que un hombre chocó contra mí. Era uno de Anker. Me observó ceñudo, yo me disculpé como si hubiese sido la torpeza más natural andando entre tanta gente, pero de poco me sirvió. Sentía sus ojos en mi espalda, hasta que, cuando la masa de personas se concentraba de nuevo en medio de una plaza en la que me encontraba, eché a correr como si me persiguiera el mismísimo demonio ya que en realidad, era así.

Giré mi rostro hacía atrás a la misma vez que seguía con pasos acelerados y, cuando menos me lo esperaba, me choqué con otra persona. ¡Maldita fuera! Mis gafas cayeron al suelo, dejando mis ojos descubiertos y haciendo un estrepitoso ruido cuando un hombre que pasaba por al lado las pisó haciéndolas añicos. Me agaché para intentar recomponer algo que era imposible.

—¡Qué torpeza por mi parte! Disculpa, no te había visto.

Esa voz...

—Aquí al lado hay un puesto de gafas, si quieres vamos en un momento y...

Dejó la frase en el aire cuando elevé mis ojos y lo miré. Su cuerpo se paralizó, al igual que sus labios quedaron semiabiertos por la sorpresa. Era extraño volver a escuchar aquel tono tan servicial, tan noble. «A veces un santo, otras un diablo», pensé.

Me puse de pie finalmente, mientras él hacía lo mismo sin conseguir articular una palabra.

—¿Qué...? —Arrugó el entrecejo a la vez que doblaba su rostro ligeramente a la derecha.

De reojo pude ver que dos hombres de Anker venían en nuestra dirección. No parecían haberme visto, sino que estaban buscándome. Miraban en todas las direcciones sin pararse en un punto fijo y, cuando vi que se aproximaban demasiado, me abalancé sobre Jack y le besé.

Al principio no reaccionó, aunque me correspondió. Agarré su nuca con fuerza para que no pudiera separarse y por más que lo intenté, sentí que mi cuerpo se deshacía entre sus brazos, evadiéndome del gran problema que tenía encima. Conseguí salir de aquel atontamiento que causaba en mí y abrí los ojos mientras seguía besándole, confirmando que los dos hombres anteriores se alejaban. Me separé de él con lentitud, este, aturdido, me contempló sin entender nada.

—Te echaba de menos —me excusé, mirando por encima de su hombro.

Di gracias a que no me puso la mano en la cintura, o hubiese descubierto el pastel que llevaba detrás.

—¿Qué haces en Atenas? —se extrañó.

Mi mente reaccionó con rapidez.

—¿Y tú? —contesté con otra pregunta.

—Vivo aquí.

Su tono se volvió tan tajante como cuando se fue de Barcelona. Hice un leve movimiento de cabeza de manera afirmativa, mis ojos se fueron sin querer a mi derecha, donde vi que otro de los que me perseguían volvía a la plaza. Empezó a entrarme la prisa.

—Me tengo que ir, ya nos veremos en otro momento —dije atropelladamente.

Fui a pasar por su lado, pero su fuerte mano me atrapó sin darme otra salida. Cuando me giré para mirarle, pude ver a Anker a la entrada de la plaza. Ahora sí que me urgía irme de verdad. Jack volvió los ojos hacia donde había mirado segundos antes de fijarme en él y su agarre y, poco a poco, noté que la presión iba disminuyendo.

—Sí... —murmuró sin quitarme los ojos de encima—. Ya nos veremos, Micaela.

Me quedé embobada con sus ojos. Intenté controlar mi respiración de alguna forma, pero me fue imposible. Antes de poder decir algo más, salí disparada en dirección a una calle abarrotada de gente que entraba y salía de tiendas llenas de vasijas y todo tipo de recordatorios sobre Atenas y los hermosos dioses de los que tanto se hablaban.

De frente, me encontré con un tipo que daba miedo con solo mirarlo, era uno de ellos. Me metí en el primer callejón que había a mi izquierda y comencé a correr sin mirar atrás, cuando al final, otro me impidió el paso. Estaba encerrada en medio de aquel sitio y no había forma de salir por ninguna entrada. Contemplé las casas y vi que no había rejas para poder escalar, o cualquier cosa que me ayudase salir de allí. El callejón estaba desierto, y los dos orangutanes que se aproximaban a por mí llevaban sus armas en las manos sin impórtales que la gente pudiera verles. Cuando el primero llegó prácticamente a mí, vi cómo el otro se ponía en el inicio de la calle para que no entrara nadie.

—Se acabó, guapa.

—De eso nada, mamón —contesté con chulería, aun sabiendo que ellos eran dos; yo una... Ellos eran osos; yo no.

Alcé mi mano a la vez que intentaba cogerme del cuello y conseguí darle un buen golpe. Rio con superioridad y en ese momento sí que me cabreo. ¿Se pensaba que una mujer no sabía defenderse? En mi caso, mi padre me enseñó y con los años fui aprendiendo distintas tácticas. Mientras unos hacían pesas y sacaban músculos, a mí me gustaba todo lo relacionado con la defesan personal y el boxeo.

Retorcí su muñeca, y su cara se contrajo de dolor. Con su pierna derecha dio una patada a la mía y flaqueé. Se me dobló y casi caigo al suelo si no llega a ser porque su mano ya estaba ceñida a mi cuello, asfixiándome.

—Ha dicho viva.

El otro que vigilaba le lanzó una advertencia a su acompañante y, en ese momento, supe que esa orden era directamente de Anker. Claro que me quería viva, sino no encontraría a su hija jamás. No tenía planeado dejarla en España, precisamente. Cuando mis pies dejaron de tocar el suelo, comencé a marearme por la presión, la pistola cayó y el tipo le dio una patada para alejarla de nosotros. Elevé mis dos rodillas como pude, propinando un golpe en su pecho que me hizo impulsarme hacia atrás. Conseguí soltarme, y la hostia que me pegué cuando caí de espaldas en el suelo, solo me anunció que, como mínimo, tenía dos costillas rotas.

Arrastrándome como una lagartija, casi alcanzaba mi pistola cuando el que vigilaba se

aproximó a mí a grandes zancadas. Me pisó la mano, mientras que el otro tiraba de mi pierna para arrastrarme de nuevo hacia él. De repente, alguien apareció de la nada, derribando al que segundos antes me aplastaba todos los huesos de la mano. De una patada que le propinó a mi pistola, llegó a mis manos. La cogí con fuerza y me giré veloz, hasta que encañoné al hombre que me llevaba consigo a rastras y disparé.

Cayó al suelo desplomado, en el mismo instante en el que escuchaba otro disparo detrás de mí, me giré y le vi.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿Dónde está Adara? —Arrugué el entrecejo mientras intentaba ponerme en pie.

—Menos mal —guardó su pistola en la espalda—, que habitualmente no te hago caso a todo lo que me ordenas —extendió su mano para ayudarme a levantar—. ¿Estás bien?

—Creo que tengo alguna costilla dañada, pero no creo que esté rota, o no podría ni caminar.

Puso los ojos en blanco.

—¿No me digas que tengo que cogerte como a una princesa?

Le propiné un golpe en el pecho mientras él reía a carcajadas. Salimos del callejón por donde yo había entrado, rezando para no encontrarme con Jack. Miré a Ryan preguntándole hacia dónde íbamos.

—Vamos, he pensado un plan mientras te buscaba —me dijo andando ligero.

—¿Ah, sí? Pues yo estoy un poco pérdida.

—Menos mal que me tienes a mí —aseguró de broma—. Tengo un coche en esa calle, vamos.

Esta vez casi corrió, cuando volvimos a ver a dos personas más que nos seguían.

—¿Cuántos hombres tiene ese cabrón? —renegó, subiéndose.

—Parece que un ejército. —Hice lo mismo, y mi costado se quejó.

—Mica, ahora no podemos permitirnos dolores, así que aguanta como una campeona.

Me tuve que reír por su tono tan bromista, dada la situación en la que estábamos, y por su mirada picarona.

Arrancó y salimos de allí a toda velocidad, con la mala suerte de que otro coche nos seguía. No sabía de qué me asombraba, le había tocado las pelotas a base de bien a una de las personas más respetadas del mundo. Condujo por una amplia avenida, por donde empecé a ver desaparecer cada vez más los edificios.

—¿Sabes adónde vamos? —pregunté sin dejar de mirar atrás.

—Anker ha caído en el cepo.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Miraba a la carretera y de vez en cuando me observaba a mí con orgullo.

—Sabía que ese capullo le tenía puesto un localizador a su hija. Me di cuenta desde que salió por la puerta de embarque. La registramos antes de subir a nuestro avión y se lo quitó.

—¿Os asegurasteis de que no tuviese más?

—¡Claro que sí! Ya no sabe dónde se encuentra, por lo tanto, lo primero que hará será presentarse en el club. Hasta que sepas con exactitud qué es lo que quieres hacer con ella, que espero sea pronto, tienes que desaparecer de Barcelona, cerrar tu casa y el local.

Asentí. Él me había descubierto, pero yo ya tenía un as bajo la manga, y su imperio de asesinos comenzaría a caer de uno en uno.

—¿Dónde está el localizador?

—Volando hacia la India —canturreó.

Unos disparos nos hicieron finalizar la conversación. La luna trasera acababa de reventar y, por lo tanto, ya no íbamos tan cubiertos como antes. Me puse las manos en la cabeza cuando los disparos empezaron a resonar en el salpicadero, a la vez que Ryan movía el volante haciendo eses para esquivarlos.

—¡Coge el volante! —gritó.

—¡¿Qué?! —chillé más que él.

—¡Que cojas el puto volante!

Se apartó dejándome hueco sin soltar el acelerador. No sabía cómo demonios quería que me metiese en el asiento del conductor sin que el coche se frenara al soltar el acelerador, pero le hice caso, él sabía de sobra lo que hacía. Metí una pierna entre las suyas, pero no contábamos con que era mucho más grande que yo, y casi teníamos que fusionarnos para cambiarnos de sitio. Se levantó dejándome paso, cuando conseguí pisar el acelerador y mantener el volante fijo.

—¡Me estas restregando la polla en el trasero, Ryan!

—¡Déjate de recatos ahora, que no es el momento!

Me coloqué en mi posición a la vez que él lo hacía en la suya, soltando un fuerte suspiro. Por el espejo retrovisor divisé que un hombre salía por el techo panorámico del vehículo.

—¡Ryan! —Estaba inmerso cargando una escopeta que cogió del asiento trasero—. ¡¡Ryan!!

—¡¿Qué?! —

—¡Tienen una puta ametralladora, nos van a coser a tiros!

Oí cómo sonaba el cañón de la escopeta al cerrarse y le miré de reojo.

—Hoy no vamos a morir —dijo seguro de sí mismo—. Cuando te diga que gires, hazlo a la derecha.

Asentí mirando a la carretera, la masa de coches que empezaba a vislumbrarse no era normal. El grito de Ryan perforó mis oídos, después, sacó la mitad de su cuerpo por la ventanilla del coche y voceó:

—¡¡Frena!!

Lo hice de tal manera que el vehículo se puso casi de medio lado, a punto de empezar a dar vueltas de campana, a la misma vez que se escucharon dos disparos de la escopeta de Ryan. El tipo que sobresalía del otro cayó fulminado, y una de las ruedas fue reventada, lo que hizo que se fuese de un lado a otro por la carretera. Ryan se metió en el coche y me contempló con orgullo.

—Ahora, acelera, que nos vamos a casa.



## MI INCERTIDUMBRE, MI MIEDO, TÚ

*Jack Williams*

Rozaban las ocho de la noche cuando entré en mi apartamento. Riley estaba tirado en el sofá jugando a la *play*, y no pude evitar mirar al techo. Dejé las llaves encima de la mesa del recibidor y me dirigí hacia mi habitación para coger el ordenador. Ya tenía las carpetas con sus respectivos nombres, solo que no las abrí todas, sino la que se suponía que me tocaba a continuación. La abrí con curiosidad.

Tiziano Sabello.

Sabía de quién se trataba.

Traficante de droga, italiano y el dueño de la parte norte de España e Italia. ¿Por qué querría Anker acabar con gente así? ¿Qué le importaban los narcos, si lo que hacía él era peor? Cogí una taza y vertí un buen contenido de café solo. Me senté al lado de Riley y comencé a mirar todas las anotaciones. Matar un narco no era tan sencillo, y menos a alguien como él.

—¿Qué haces? —preguntó mi compañero de piso.

—Jugar a esas mierdas no, precisamente.

—Ah, no, claro. Tú lo pones en práctica en la vida real, ¡no te jode! —comentó con ironía.

—Reza para que nunca tenga que matarte a ti —murmuré mirando la foto de Tiziano.

—A mí no me quiere ni mi madre, no creo que nadie se vaya a dejar el dinero que te pagan para matarme.

Al ver que no le respondía, me miró.

—¿Pasa algo?

Puse un dedo en mi barbilla antes de asentir poco a poco. Toqué la foto de Tiziano y dije:

—A este tío lo he visto hace poco. Estaba en Barcelona, en un club que hay justo enfrente del local de Micaela. Curioso, pues allí encontré a Óscar también y, por lo que he estado investigando, todas las personas de la lista, las que he visto, tenían alguna relación con este local.

—¿Qué relación? —Paró de jugar.

—No lo sé. Pero salían en fotos dentro del local.

Mi mente se puso a pensar durante unos instantes, y recordé a la morena que me quitaba el sueño todas las noches, y con la que cada día me portaba peor.

—He visto a Micaela —anuncié de golpe.

—¿Aquí?

Asentí mirando a un punto fijo de la pared.

—¿En Atenas? —volvió a preguntar.

Asentí de nuevo, esta vez, mis pensamientos eran más claros.

—Y ¿qué hacía en Atenas?

—No lo sé —pronuncié muy despacio.

Junté mis manos, inclinándome un poco hacia delante, contemplando las dos únicas carpetas que me quedaban. Anker me había llamado hacia unas horas, urgiéndole en exceso vernos. Le conté a Riley palabra a palabra lo que me dijo.

Llegué al banco que había en la calle, cercano a la Acrópolis, donde nos vimos la primera vez que me encargó el trabajo. Esta vez no mandó a uno de sus hombres para entregarme la información, sino que él mismo vino y me extendió dos carpetas. Las últimas que faltaban.

—¿Esto significa que hemos terminado con el juego? —pregunté con sarcasmo.

—En ningún momento fue un juego, Williams.

Apretó su bastón con más fuerza, mientras lo sostenía con ambas manos. Moví las carpetas con mis dedos, deseando que la conversación finalizara cuanto antes.

—¿Alguna vez te he dicho que eres el mejor hombre que he tenido? —preguntó sin venir a cuento.

—Dirás, el mejor asesino —le rectifiqué.

—En un tiempo —ignoró mi comentario—, no había nadie que me hiciese sombra y, ahora, dudo que sea mejor que tú.

Sonreí para mis adentros, pero, de cara a él, mi rostro no mostró ninguna emoción.

—¿Adónde quieres llegar, Anker?

—Nunca quisiste pasar demasiado tiempo conmigo. No entiendo el porqué. Siempre te traté como al mejor, el más mimado.

Pude ver en sus ojos un reflejo de nostalgia que rápidamente disimuló. Seguía observando la Acrópolis desde nuestra posición, y en ningún momento se giró para mirarme.

—Te aprecio. En exceso me atrevería a decir, y lo único que espero es que nunca me traiciones.

—No trabajamos en el mismo bando. Pero si lo que quieres saber es si alguien me ha contratado para asesinarte, te diré que no.

Zanjé la absurda conversación que no venía a cuento, y mucho menos en ese momento. Jamás le vi de esa manera, y no creía oportuno que ahora fuese diferente. Torció su rostro, contemplándome con una expresión dura y seria que pocas veces había visto, solamente en ocasiones que crispaban sus nervios conseguía ver a Megalos tan desesperado.

—Tienes el setenta por ciento del dinero en tu cuenta. Me imagino que eso ya lo sabrás. —Asentí. No me entraban cuatrocientos millones habitualmente.

Era una cantidad desmesurada de dinero, y ese era el motivo principal por el cual me preguntaba cómo de importante sería este asunto y todas esas personas que aparecían en aquella lista, para él.

—Olvídate de los dos últimos nombres. Quiero que vayas directamente a por este. —Cogió la carpeta de mis manos y la señaló—. Si en el camino alguno de los que quedan se interponen, acaba con ellos —sentenció—. Pero si no es el caso, este es tu principal objetivo, y por el cual te pagaré el doble que hasta ahora. La quiero viva.

Eso quería decir que, si por cada uno eran cien millones, por una persona sola, la última, me pagaría doscientos. Me alerté. ¿Viva?

—Puedo preguntar...

—No. No puedes. Haz tu trabajo y listo —me cortó—. Deberías ir a la plaza central a darte una vuelta, me han dicho que hay cosas muy interesantes hoy.

Se levantó apoyándose en el bastón y desapareció de la misma forma en la que vino.

Me quedé pensando durante un extenso rato si abrirlas allí mismo o no, pero antes de eso



decidí hacerle caso e ir a la zona donde más personas se agrupaban en Atenas.

—Y... ¿qué había? —preguntó Riley con curiosidad.

Eché mi cuerpo hacia atrás en el sofá y pasé una de mis manos por mi cara. Asentí sin llegar a contestar, a la vez que estiraba mi mano para sujetar las carpetas que faltaban. Tragué saliva, mientras mi cabeza comenzaba a encajar muchas cosas que me negaba a ver.

—¿Las vas a abrir? —preguntó de nuevo, esta vez con asombro. Sabía que no era mi manera de proceder, pero dado el caso, ya no tenía que seguir un orden.

Asentí sin abrir la boca.

Sentí el corazón galopar con fuerza en mi pecho, queriendo escaparse en cualquier momento. Giré la primera página de cartulina, y allí me encontré un rostro que me era terriblemente familiar.

«Elisenda Fuentes, alias, “Eli”», ponía.

La dejé encima de la mesa como si quemara.

—¿Quién es?

Cogí la otra sin atreverme a contestarle. Cerré los ojos con fuerza y la destapé.

Allí estaba.

Mis sospechas.

Mi incertidumbre.

Mi miedo.

Lucía el cabello suelto, se tocaba la cara e iba enfundada en un vestido de color crema que se le ajustaba a esas curvas que tan loco me volvían. Me quedé mirando la fotografía principal como si el mundo hubiese dejado de existir, como si no hubiese nadie más, excepto yo.

Intenté tragar el nudo que se había formado en mi garganta y continúe pasando páginas, enterándome de todo lo que no sabía sobre la bonita, dulce y maravillosa persona que había conocido. La que veía como alguien normal, la que nunca se metía en líos, de la que quería huir a toda costa para no hacerle daño.

Y ahora...

Era mi objetivo.



## ¿DÓNDE ESTÁ TU JEFA?

*Micaela Bravo*

—¿Que habéis hecho, qué?

Aarón se llevó las manos a la cabeza y comenzó a andar de un lado a otro por mi despacho. El club estaba cerrado por reformas indefinidas de cara a la galería. Me había llevado todas mis cosas a un piso que tenía a las afueras de Barcelona, lejos del sitio en el que estábamos, pero lo más inquietante era que llevábamos una semana sin saber nada de Anker.

Adara estaba en Sicilia con Tiziano, lugar que tendría que visitar en tres días, ya que ellos no eran capaces de sacarle la información necesaria a una niña de dieciocho años que, seguramente, sabría más de lo que aparentaba. Después de pasar por el sofoco del secuestro, sacó su verdadera cara, enfrentándose a todo el que se ponía a su lado, pero con los hombres de Tiziano no podía, y con él mismo, mucho menos.

—¿Pensáis de verdad que una cría va a saber cómo derrumbar a su padre? —No daba crédito.

—No exactamente, pero podrá ayudarnos de manera considerable —expuso Ryan.

Cuando llegamos de Atenas, llamé a Aarón y decidí ser sincera respecto a muchos aspectos que él mismo habría descubierto en el *dossier* informativo que le di para encerrarme el resto de mi vida. Me jugué todas mis cartas a una con el inspector, y gracias a que no me equivoqué.

Desi se limaba las uñas como si nada de lo que había a nuestro alrededor pasara, mientras que Eli se mantenía firme, intentando calmar a Aarón, que parecía que le iba a dar un infarto en cualquier momento, esta última tenía un cabreo considerable todavía por no haberla llevado con nosotros a Atenas.

—¿Cuándo vas? —me preguntó.

Me mantenía con la vista fija en un punto en concreto de la pared del despacho.

—Tengo el vuelo previsto para dentro de tres días —contesté sin mirarle.

No quería dar demasiados datos de mis planes. Tenía más que claro que alguien me la estaba jugando, y la única persona en la que confiaba en aquel momento era en Ryan. Aunque, para ser sinceros, también le estaba poniendo a prueba.

—¿Puedes dejar la puta lima quieta? —gritó Ryan con malas formas.

Ella no le contestó, al revés, rio. Levanté mi rostro y lo apoyé encima de mis manos, pensando. Los repasé uno a uno, excepto al inspector, del que sabía casi seguro que no podría ser.

—Salid de mi despacho.

Me miraron.

Alcé los ojos y, sin hablar, les pregunté que a qué estaban esperando. Obedecieron al instante, pero antes de que Aarón saliera, le paré.

—Tú no, inspector.

Cuando la puerta se cerró, me contempló con la incógnita en sus ojos. Se aproximó a la mesa, para después sentarse en una de las sillas de delante del escritorio. Me levanté colocándome a su lado. Observé de nuevo el punto fijo de la puerta y hablé:

—Alguien me la está pegando.

Se giró para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Te refieres a mí?

Negué sin desviar mis ojos.

—¿Ryan? —sugirió.

Negué de nuevo. Posé mis manos en su silla, quedando muy cerca de él. Sabía que le ponía nervioso, aunque intentará disimularlo.

—Desiré.

—¿Estás segura? —se asombró.

—No del todo. —Me puse en pie—. Y ahí entra tu trabajo. Sigue todos sus movimientos. No es tan lista y seguro que flaqueará en algún momento.

Asintió sin objetar nada. Se levantó de su asiento y antes de marcharse se paró a escasos centímetros de mí, de cara a la puerta. Escuché su respiración salir por la boca de manera exagerada, y esperé paciente a que hablase.

—¿Sabes que estás jugando a algo muy peligroso, Micaela?

Su tono era distinto, sincero, suave, sin ironías o tajante, como de costumbre. Me acerqué a él y se volvió para mirarme a los ojos. Los suyos brillaban más de la cuenta.

—Anker Megalos es el mayor asesino de la época. Te estás metiendo en un terreno de difícil solución. Quizá estés a tiempo de parar toda esta locura.

Achiqué los ojos lo suficiente.

—Y, según tú, ¿qué pretendes?, ¿Que me marche del país, por ejemplo? —ironicé, moviendo mis hombros.

—Que le devuelvas a su hija y te escondas hasta que muera.

—Y, después de morir, ¿podré salir a la calle?

—No seas insolente —se enfadó.

Di otro paso más, y otro... Hasta que llegué justo a él. Mi pecho tocaba el suyo, vi cómo se aceleraba y, en un susurro, sin apartarle la mirada, le dije:

—¿Dónde está el policía que quiere encerrarme en una cárcel hasta que me muera?

No contestó. Me abrasó con sus ojos, me traspasó las entrañas y después de eso, se marchó sin mirar atrás.

Suspiré cuando la puerta se cerró, permitiéndome estar sola durante un rato para planificar los días que me quedaban antes de irme a Sicilia y empezar a derribar torres. No iba a retirarme tan fácilmente. La muerte de mi familia no quedaría impune y, en un mundo de juegos sucios, había que devolver la moneda de la misma manera.

Ya tenía ubicada la primera persona a por la que iría. Con Carter fuera del mercado solo me quedaban dos de sus hombres, los más viejos, y Anker, que sería el último en llevarme a la tumba, aunque con ello yo me fuese con él también.

Quitó las pelusas invisibles de mi vestido y abrí la puerta. Cuando llegué a la primera planta, escuché cómo Eli decía:

—Está cerrado.

A la persona con la que hablaba pareció no importarle, puesto que entró de igual forma. Miré entre las sombras, dando con el tipo que se aproximaba a la barra, y se me cortó la respiración.

¿Qué hacía allí?

—He dicho que... —Eli se dio la vuelta, quedándose muda.

Aparentaba un aspecto horrible. Llevaba barba de varios días, la camisa la tenía semiabierto y las mangas estaban remangadas hasta los codos de mala manera. Tiró de uno de los taburetes hacia atrás, sin quitarle la vista de encima a Eli. Ella arrugó el entrecejo en el mismo momento en el que oí:

—¿Dónde está tu jefa?

Tragué saliva.

—No sé de quién me hablas. Sal. —Le indicó la puerta—. Te he dicho que está cerrado.

Jack no desviaba los ojos de ella, la inspeccionaba de manera temeraria y comencé a preocuparme por la seguridad de Eli en el momento en el que su tono de voz cambió. Se volvió más frío, distante, dolido...

—Llama a tu jefa —recalcó cada palabra.

Lo miró altanera. Plantó las palmas de sus manos en la barra con fuerza, pegándose casi por completo a su cara.

—He dicho que te largues. Y no voy a volver a repetirlo.

La carcajada de un tirano resurgió en mis oídos. Momento en el que saqué las fuerzas de donde no las tenía y bajé. Los escalones parecían querer hacer más ruido del que acostumbraban. Eli miró hacia arriba, poniendo sus ojos en blanco al verme descender. Él no levantó la cabeza. Tenía la vista fija en las botellas que se agolpaban justo en frente.

Suspiré y me encaminé hacia Jack con los nervios a flor de piel. Le lancé una mirada a Eli para que saliese del local. Esta puso mala cara, pero, finalmente, terminó obedeciendo y se marchó despotricando.

Seguía quieto, como si estuviese pensando qué hacer o qué decir, como si no supiese cuál era la mejor manera para afrontar algo. Una cosa estaba clara: había descubierto que yo era la dueña del club, sino, no habría venido hasta aquí. No era ni parecía tonto.

—¿Te llamas Micaela Bravo?

Su voz fue firme, seria y distante.

Me mantuve a una distancia prudencial de él, en el momento en el que Ryan entraba por la puerta. No se inmutó cuando le lancé otra mirada como a mi amiga para que se fuese. No iba a hacerlo. Tragué saliva, pensando el motivo por el cual me hacía esa pregunta, pero nada de lo que pensaba me convencía. Sopesé darle miles de excusas, que me dejase contarle las cosas a mi manera o, no sé, tal vez inventarme algo para que no supiese la verdad. Pero aquello me daba la sensación de que era distinto, de que él era distinto.

—¡¡Contéstame!! —gritó.

Pegué un pequeño bote al escuchar su rugido. Giró su rostro y pude ver sus ojos enrojecidos, lo que no sabía identificar era si por la rabia o por otra cosa que no quise ni pensar. No me atreví a preguntarle tampoco. Tenía la mandíbula visiblemente apretada, parecía que, de un momento a otro, todos sus dientes iban a saltar en medio de la pista. No me apartó la mirada en ningún momento, era fiera e implacable. Daba miedo.

—Sí —respondí con un hilo de voz tan bajo que apenas me escuché.

Comprobé cómo su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo. En ese instante, pude apreciar que sobre la barra había una carpeta de color marrón cerrada. Temblé al pensar lo que podía contener y, antes de que me diese tiempo a decirle algo, se levantó dirigiéndose hacia la puerta con gesto abatido, enfadado y preocupante.

Ryan dio un paso al frente, llegando casi a su altura. Jack se paró, le miró fijamente a los ojos, ya que eran prácticamente igual de altos, y, seguidamente, le esquivó para salir por la puerta principal del local. Oí el fuerte porrazo al cerrar, y tuve que apretar mis ojos para después apoyarme en uno de los taburetes. Las piernas estaban empezando a fallarme. Miré de reojo la carpeta cuando Ryan llegó a mi altura. Estiré mi brazo y la cogí sin titubear.

Allí estaba yo.

En todas y cada una de sus páginas.

De mil maneras, con millones de personas, con un sinfín de datos sobre mí.

—¿Cómo tiene él esto?

Negué con la cabeza sin poder decir ni una sola palabra. No tenía ni idea.

—Llamaré a un par de contactos y en menos de una hora, encontraré lo necesario para saber quién cojones es ese hombre.

Asentí sin ser capaz despegar la vista de lo que estaba contemplando. Me metí tras la barra, viendo cómo Ryan se alejaba unos pasos y comenzaba a teclear en su teléfono móvil. Decidí dejarle a su aire, mientras me permitía beber hasta morirme del asco.

¿Qué era lo que sentía realmente por Jack? ¿Era un simple revolcón? ¿O había tambaleado mi mundo de una manera considerable? Miles de preguntas se agolpaban en mi cabeza sin darme un respiro.

Tres horas más tarde, me encontraba tirada en la cama con una buena cogerza que me dejaría una resaca considerable al día siguiente. Puse la almohada sobre mi cabeza, en el mismo momento en el que unas llaves abrían la puerta principal. Eli entró cargada de bolsas con comida, tenía la puerta de la habitación abierta y podía verla perfectamente.

—¿Qué cenamos? —preguntó a lo lejos.

—No tengo hambre.

—¡Venga ya! Ese tío no ha podido quitarte el apetito —se burló.

Suspiré a la vez que ponía mis manos en la cara para pasarlas por ella de manera desesperada.

—Ese tío tenía un *dossier* con toda mi vida.

El silencio se hizo en la estancia. Escuché sus pasos acercarse. Se quedó en el marco de la puerta, observándome, mientras yo miraba al techo.

—Todo, Eli, todo.

Pasó al interior, sentándose en el filo de la cama con los ojos fijos en la puerta, sin ver nada. Estaba segura de que su mente funcionaba a mil, como la mía.

Barajé varias ideas. Podía trabajar para la policía, o quizá estuviera acechándome desde hacía tiempo, pero nada de eso era posible, no podía ser, sus ojos me demostraron tristeza y decepción, aunque no entendí el motivo. No le conocía apenas, ¿por qué, entonces? No lo sabía, no tenía ni la más remota idea. Siempre había inventado excusas para todo, pero con él era distinto. Mi mundo se nublaba y no conseguía sacar nada en claro, como en aquel preciso instante.

Después de nuestra conversación, ayudé a Eli a hacer la cena. Estábamos esperando a Ryan, quien seguramente traería noticias y, no sabía el motivo, pero estaba segura de que no serían nada buenas.

La puerta se abrió un rato después, mientras las dos esperábamos de brazos cruzados, en silencio, sentadas en las sillas de madera. Ryan nos contempló a ambas. Su rictus no transmitía nada bueno. Asintió despacio, sin quitarme los ojos de encima. Tragué el nudo que se empezaba a formar en mi garganta y, en el momento en el que abrió la boca, mi mundo se derrumbó.

Ese que tan bien estructurado tenía, ese que tantos años me costó forjar, el mismo que destruyó la primera vez que le vi en aquel bar, con ese baile, con esa palabrería y esa mirada. La misma que me derretía a cada segundo que pasaba, con la que hubiese permanecido toda mi vida hasta quedarme sin aliento.

—Jack Williams. Asesino a sueldo y antiguo miembro de la red de Anker Megalos.

Morí.

En aquel instante, mi corazón se paró, dejando de latir.



## CUMPLIR CON MI DEBER

Al día siguiente, y después de dar miles y miles de vueltas en mi cama sin conseguir conciliar el sueño, salí a la cocina para prepararme el desayuno a solas. Eli y Ryan se habían marchado, les pedí mi espacio y así me lo concedieron. Escuché un sinfín de órdenes por parte de ambos, pero lo que más me preocupaba era la seguridad de mi abuela. Si él estaba bajo el mandato de Anker, que era lo más factible, no tardaría en atraparla la primera si no conseguía hacerse conmigo. No pensaba huir, y podía ser un asesino, pero yo también sabía disparar y estaría preparada para lo que llegase.

Vertí una cantidad considerable de leche fría en mi vaso y me senté en el sofá. Busqué el teléfono y me encontré un mensaje de Ryan, en el que decía que volvería alrededor del mediodía. Saldríamos a Sicilia a la una de la madrugada, y teníamos que tenerlo todo listo. Había pensado un par de alternativas si el plan con la hija de Anker no surgía efecto, pero, lo peor de todo, era no tener ningún tipo de noticias sobre el padre.

Tuve, aparte de mi personal vigilando la zona cada dos por tres, a la patrulla de policías que, discretamente, Aarón había enviado. No hubo movimiento alguno por el lugar, y el silencio solo podía significar dos cosas: o no le importaba su hija y realmente ella no sabía nada de sus negocios, lo cual era una desventaja para mí, o estaba preparando el mayor golpe de la historia.

Cuando terminé mi desayuno, que básicamente se redujo al vaso de leche, ya que no conseguí ingerir ningún tipo de alimento desde el día anterior, me di una extensa ducha mientras mi mente funcionaba a toda velocidad. Me vestí con ropa cómoda y me senté de nuevo, juntando mis dos manos para apoyarlas en mi barbilla. Unos pequeños golpes resonaron en la puerta principal, me extrañé al saber que tanto Eli como Ryan tenían llaves. Agarré con fuerza la pistola y la escondí detrás de mi espalda.

—¿Quién es? —pregunté a viva voz.

En el edificio solo había un vecino más viviendo. Era muy antiguo y estaba prácticamente abandonado. De hecho, yo apenas tenía cosas dentro de él, ya que más bien lo utilizaba como segunda opción si llegado el caso, lo necesitaba como ahora. Nadie sabía de la existencia de él, excepto Eli y Ryan. Puse la llave en la cerradura y, poco a poco, abrí lo suficiente como para ver quién había en el exterior.

No me dio tiempo a nada.

Una fuerte patada resonó a la vez que mi cuerpo retrocedió hacia atrás del impacto, y por poco no caí al suelo. Alcé mi pistola, apuntando a mi oponente, que se posicionaba de la misma forma que yo, sin que me temblara el pulso.

Parecía mucho más temerario, más... asesino. Sostenía su arma sin titubear, apuntándome sin miramientos, sin un resquicio de duda. Yo, en mi caso, hacia lo mismo, solo que no deseaba de ninguna manera tener que disparar, pero si mi vida dependía de ello, lo haría.

—Vaya... —añadí con rencor—, si tenemos aquí al mayor asesino del siglo veintiuno.

—Y yo tengo delante a la mayor proxeneta de España, en el siglo veintiuno —recalcó con rabia esto último.

Nos miramos con un odio infinito que dolió.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté sosteniendo mi arma con fuerza.

—Baja la pistola, conmigo no tienes nada que hacer.

Sonreí con ironía.

—Yo también sé disparar, Jack —siseé.

—Ya contaba con eso —contestó con rencor.

Dio una patada a la puerta de la entrada sin bajar la guardia y, sobre todo, sin dejar de apuntarme.

—Yo que tú me marcharía —le amenacé.

—Si alguien abre esa puerta —la señaló moviendo su arma—, le pegaré un tiro. Sea quien sea —recalcó.

—Entonces tú morirás también —sentencié.

Rio como un tirano. Dio un paso al frente y yo retrocedí otro.

—¡No des un puto paso más! —grité.

—¿Vas a dispararme? —preguntó con chulería, soltando su pistola encima de la mesa del salón.

—Si es necesario, no dudes que lo haré —aseguré.

Dio otro paso más, hasta que quedó prácticamente pegado a mi arma.

—Vamos, dispara. Estas deseándolo —vaciló.

Sentí mis piernas temblar e intenté por todos los medios que mi nerviosismo no se notase. Moví el cañón de mi pistola y disparé al jarrón que justamente había detrás de él, pero no se inmutó. Momento en el que pensé que adónde cojones iba. ¡Era un asesino a sueldo! Y, efectivamente, no me equivoqué.

Dio un golpe a mi brazo y mi pistola cayó al suelo en el mismo instante en el que agarraba mi codo con fuerza, dejándome completamente pegada a su espalda con el brazo inmovilizado.

—Ya estarías muerta... —murmuró entre dientes.

—¡Y una mierda! —escupí.

Di un fuerte cabezazo hacia atrás, dándole de lleno en la nariz. Retrocedió dos pasos y conseguí volverme hasta quedar frente a él. Me miró con un odio visceral que me traspasó. Me moví con rapidez hacia la mesa del salón y la bordeé mientras él me seguía con pasos lentos y pausados.

—No me gusta jugar, Micaela. No agotes mi paciencia.

Seguí bordeando la mesa, rozando con mis dedos la gruesa madera a la vez que él seguía mi recorrido. Visualicé todas las opciones que tenía, y la única factible y más normal era la de salir por la puerta. Estaba en una cuarta planta, si me tiraba por la ventana, obviamente, me mataría.

—¿Qué quieres?

Intenté despistarle, pero tenía claro que no iba a ser posible.

—Parece ser que has cabreado a alguien más de la cuenta —me vaciló.

—Qué coño sabrás tú... —Bufé.

—Lo único que sé es que me pagan para eso.

Conseguí recorrer la mesa entera y vi que él quedaba en el otro extremo, me giré sin pensarlo, abalanzándome sobre la puerta. Alancé el pomo, pero cuando fui a girarlo para salir lo más



rápido posible, me sujetó por las caderas.

—¡Suéltame!

Pataleé pegada a su pecho. Sus brazos eran como bloques de hormigón, siéndome imposible soltarme. Empecé a arañar sus brazos como una histérica, hasta tal punto que vi la sangre emanar de ellos, doblé mi pie que se encontraba en el aire, y le di una patada en sus partes. Este me soltó debido al fuerte impacto y, de nuevo, me encaminé a toda prisa hacia la salida.

Alcanzó mi tobillo y caí de bruces, dándome un fuerte golpe en la mejilla que me quemó. Con mis manos intenté arrastrarme hasta la puerta mientras gritaba, le insultaba y pataleaba para soltarme. Llegó a mí y me giró de manera que quedé de cara a él. Agarró mis muñecas con una de sus manos y las subió por encima de mi cabeza, a la vez que bloqueaba mis piernas con las suyas cuando comencé a moverlas como una serpiente.

—¡Para! —rugió.

—¡Déjame!!

Me hice un daño horrible en la garganta debido al desgarrador chillido que pegué. Viendo que no me soltaba, alcé mi cabeza y me lancé a morderle el pecho. Conseguí que de su boca saliera un grito de dolor que me hizo sufrir a mí también. Notaba que mis fuerzas comenzaban a flaquear, mientras que él se mantenía fresco como una rosa. Tiró de su cuerpo hacía atrás, haciendo de esa manera que su piel se desgarrase. No llegó a tal punto puesto que le solté antes de que eso sucediera, pero a él no parecía importarle lo más mínimo.

—Para —sentenció con voz firme.

—¿Quieres más heridas de guerra? —siseé cerca de su rostro.

Pegó su frente a la mía, a sabiendas de que no me estaría quieta. Y lo que dijo me partió el alma y me dejó laxa sin poder moverme, había llegado a mi límite. La respiración se me aceleraba de una manera temible, al igual que la suya.

—Puede que tú seas la herida de guerra más dolorosa que haya tenido.

Dejé de hacer presión, y lo único que pude admirar fueron sus prados verdes que me abrasaban más que la lava de un volcán. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser él mi verdugo? Sentí el escozor de mis ojos a punto de desbordarse, pero no lo permití. No lloraría delante de él, no lloraría por él. Porque más que saber que la muerte me esperaba a la vuelta de la esquina sin poder cumplir con mi venganza, lo que más dolía era que fuese Jack quién lo desencadenara.

No dejó de hacer presión en mi cuerpo, pero yo sí. Quizá si se confiaba podría soltarme de él y escapar, quizá...

—Vendrás conmigo —sentenció—, sin poner impedimentos, sin armar revuelos. ¿Entendido?

No aparté mi mirada de él. Pero tampoco contesté.

—Micaela —me llamó sin paciencia—. ¿Lo has entendido?

Apreté mis dientes a la misma vez que tragaba saliva. Estaba enamorada de él, ese era mi puto problema, y me di cuenta en el mismo instante en el que supe que era un asesino a sueldo, cuando no quise ver la verdad, cuando temí de manera considerable por el motivo de su vista en el club. Temí por esa razón, porque estaba jodidamente enamorada de aquel demonio.

Soltó un fuerte suspiro, se levantó sin soltar mis manos y se encaminó hacia el único dormitorio que había en el piso. Me soltó cuando dejó mi cuerpo dentro, mientras él esperaba en el quicio de la puerta.

—Coge ropa. Nos vamos.

De espaldas a él, luché conmigo misma buscando una salida que no encontraba, hasta que, de repente, una idea suicida pasó por mi cabeza. Comencé a recoger mis cosas en una pequeña

mochila que tenía en el armario, según iba agregándolas con lentitud, me aproximé al tocador y pude coger un bote de desodorante. Me giré con las ideas claras y, al llegar a su altura, me contempló con adoración. Cosa que no entendía en un momento como aquel.

—¿No vas a coger nada más?

Casi lloré de rabia, pero volví a contenerme.

—¿Para qué?, ¿para ir al matadero guapa?

No podía evitar mis comentarios subidos de tono, me superaban. No contestó. Se hizo a un lado, a la vez que pasaba delante de él.

—No hagas ninguna tontería, Micaela.

No le había escuchado decir tantas veces mi nombre en todas las ocasiones que nos habíamos visto. Cerré los ojos con fuerza, sacando con lentitud el bote para que no me viera. Me volví sin pensarlo y casi vacié la mitad de su contenido en sus ojos.

—¡Mierda! ¡Joder! —vociferó.

Eché a correr escaleras abajo todo lo rápido que me daban las piernas. Me sorprendí cuando me di cuenta de que había escalones que incluso saltaba y, cuando llegué al portal, abrí a toda prisa sin detenerme. No miré siquiera si venía detrás de mí o no, lo importante era escapar de cualquier manera. Escuché un disparo a la misma vez que oí mi nombre salir de su boca.

—¡¡Micaela!!

Dio el tiró al aire, pero no hizo falta nada más para que mis pasos se detuvieran y mis pies giraran hasta quedar frente a él. Solo nos separaban unos pocos metros de distancia, pero el problema no era ese.

El problema, y muy grande, era que tenía a Eli.



## EL PAQUETE VA DE CAMINO

Ella negaba con la cabeza, pidiéndome en silencio que me marchara. Jack presionó su arma contra su cabeza y por un momento, le vi capaz de hacerlo. ¡Claro que lo haría! Ella no era nada para él, pero para mí sí.

—No voy a seguir jugando al gato y al ratón. O vienes conmigo o la mato aquí mismo.

No supe qué decir. Me quedé como una estatua mirándolo a él, y después a ella que movía la cabeza sin cesar de forma negativa.

—¡Vete, Mica, lárgate! —chilló, y Jack le propinó un fuerte golpe en el costado.

—¡Cállate! —le gritó.

Por la esquina pude ver que Ryan aparecía, pero Jack era un experto en eso y no tardó en darse cuenta. Ryan no iba armado y antes de que pudiera llegar a él, este disparó provocando una herida en su pierna.

—¡Nooooo! —rugí.

Jack me miró con los ojos ensangrentados, llenos de odio. Colocó la pistola de nuevo sobre mi amiga, y yo, sin pensármelo, alcé mis manos en señal de rendición.

—Está bien, Jack. Tú ganas.

—¡Mica! —Ryan chilló desgarrado a la misma vez que intentaba levantarse con la pierna herida.

Miré a Jack.

—Por favor, deja que se vayan. No pondré más resistencia si lo haces.

No me creía. Tragué mi nudo de emociones y me acerqué justo al lado de Eli, con las manos en alto. Seguí sin apartar mi vista de él y, cuando estuve a su altura, me puse a su lado ofreciéndole mis muñecas.

—No me iré. Déjales que se marchen.

Esta vez, tomé el puesto de Eli, y a la que apuntó directamente fue a mí.

—Si me seguís —les dijo—, la mato. Si te mueves —susurró en mi oído—, te mato.

De nuevo, me rompió el alma en mil pedazos, y un pequeño suspiro ahogado salió de mi garganta. Sin soltarme, bajo los atentos ojos de Ryan y Eli, me llevó hasta el coche que había aparcado en la calle de al lado.

—Sube —ordenó.

Me senté sin mirarle, y él, de su propia cuenta, me ató el cinturón de seguridad y cerró el pestillo para que no pudiera escapar.

Durante todo el trayecto hasta que llegamos al aeropuerto, no dijimos nada, a decir verdad, ni le miré. Él de vez en cuando me observaba de reojo, y eso me dolía más que pensar que me entregaba a un ser despreciable sin corazón. A un hombre que me arrebató la vida hacía muchos años.

Subimos en el primer vuelo que salía en dirección a Atenas, un hombre se sentó a mi lado e inspeccionó, sin llamar demasiado la atención, el gran cardenal que comenzaba a salirme en el pómulo tras haberme pegado el golpe contra el suelo. Jack se dio cuenta y lo aniquiló con la mirada.

Al llegar, temí que justo al bajarme, Anker estuviera esperándome en la puerta de la salida.

—¿Vas a entregar el paquete ya? —pregunté malhumorada.

—Camina —ordenó, apuntándome con el arma por detrás.

—No voy a salir corriendo, ya te lo he dicho. Puedes bajar la pistola.

—No me inspiras ningún tipo de confianza.

—Cuando me follabas sí que te la inspiraba.

Detuvo su paso y me fulminó. Ese comentario le dolió, lo pude ver en sus ojos, por mucho que intentara esconderlo.

—Camina —repitió más frío aún.

Anduvimos unos metros y, cuando por fin pude divisar la puerta de salida, traté de hacer un papel. De nuevo, intentaría huir de Atenas, parecía ser que aquella ciudad no me traía nada bueno.

—Necesito entrar en el aseo. —Mi voz sonó firme.

Agarró mi codo con fuerza, dirigiéndose al interior. Las mujeres que había dentro nos observaron estupefactas, pero Jack no hizo amago de salir de allí, metiéndose en el primer habitáculo vacío. Lo miré con cara de espanto, ¿de verdad pensaba quedarse?

—¡No pienso hacer nada delante de ti! —Arrugué el entrecejo con más enfado, si es que eso era posible.

—Me daré la vuelta.

Y lo hizo. Claro que lo hizo. Se giró para mirar a la puerta, a la vez que seguía sujetando su arma. No cambié mi posición.

—Tienes sesenta segundos o nos vamos. Tú misma.

Bufé, observando las cuatro paredes que nos asfixiaban casi. No tenía forma de salir si él estaba delante de mí, ¡maldita fuera! Escuché cómo comenzaba una cuenta atrás.

—Treinta, veintinueve, veintiocho...

—Puedes contar lo que te dé la gana, ¡me da igual que estés de espaldas!

—Veinticuatro, veintitrés, veintidós...

Me ignoraba. Fue tal la rabia que le di un golpe con el puño cerrado en el hombro, lo que hizo que la cuenta atrás parara y se girara con el semblante serio y amenazante para fijar sus ojos en mí.

—Como vuelvas a...

No le dio tiempo a terminar, cuando mi mano se ciñó sobre su mejilla, haciendo que un sonoro golpe resonara. Creí que estábamos solos, ya no se escuchaban los cuchicheos de las señoras en el exterior. Fui a levantar la otra mano cuando dio un paso de manera intimidante, a la vez que yo retrocedía y tropezaba con la taza del váter. Sujetó con una fuerza desmedida mi mano y acercando su rostro al mío, me giró hasta quedar entre la puerta y su cuerpo, de cara a él.

—Me estás haciendo daño —no mentía, me dolía de verdad.

Su aliento rozó mi rostro, haciendo que mis labios se entreabrieran.

—Más daño me has hecho tú.

Esa frase tuvo doble sentido, sobre todo, cuando vi que sus ojos me traspasaban el alma, intentando fundirse conmigo. Se pegó lo suficiente, mi pecho subía y bajaba a una velocidad

vertiginosa sin que nuestros ojos perdieran la conexión. Sentí un leve mareo, mientras que su dureza rozaba mi vientre haciéndose evidente. No supe por qué motivo pensé que me besaría en el momento en el que se acercó más a mí. Mi respiración se cortó y la decepción llegó cuando abrió la puerta del baño y casi me sacó a rastras.

—Ha terminado tu tiempo.

Obviamente, corría más que yo, puesto que sus piernas eran más largas que las mías. Fui moviendo mis ojos hacia todas las direcciones, esperando ver a Anker o alguno de sus súbditos, pero no fue el caso. Jack se mantenía serio, firme e intocable. Esta vez, guardó la pistola en la parte trasera de su pantalón, objeto que no supe ni cómo pasó sin que sonara el detector de metales, pero no soltó mi brazo cogido de manera posesiva en ningún momento. Se detuvo en un rincón del aeropuerto, antes de salir a la calle.

Fijó sus ojos en mí y, acto seguido, abrió una especie de bolsa tipo maleta que llevaba en su mano libre. Sacó de ella dos gorras en las que ponían: «Atenas» y «Acrópolis», debajo en pequeño, me extrañé sin poder evitar que en mi rostro se reflejara.

—¿Para qué tengo que ponerme eso? —escupí de malas maneras.

—Para lo que a mí me dé la gana. Así que cierra el pico. —Sus formas fueron peores que las mías.

Siempre lo había visto como un tipo duro, pero nunca llegado a los extremos que estaba experimentado en mis propias carnes, a veces, asustaba de verdad, por mucho que yo me considerara una persona valiente que no le temía a nada. Ajustó la gorra en mi cabeza, haciendo presión en ella, soltó mi pelo del coiletero que aún llevaba con miles de mechones fuera de su sitio y, al final, colocó unas gafas de sol redondas encima de mis ojos. Él se puso una gorra y unas gafas de cristal transparente, únicamente.

Cerré la boca tal y como me pidió. No porque quisiera hacerle caso, ni mucho menos, sino porque sus modales comenzaban a calentarme de mala manera, y estaba segura de que al final terminaría matándole yo misma.

Salí al exterior y el aire golpeó mis mejillas con fuerza. Hacía un calor sofocante que te dejaba sin respiración en pleno mes de verano. De reojo observé todos los puntos de mi alrededor sin dar con nada en claro, ¿a qué estaba jugando? No me decía ni una sola palabra, y eso era lo que peor llevaba. Sabía que iba a entregarme a las manos de aquel hijo de puta, pero lo que no tenía claro, o no podía adivinar, mejor dicho, era el momento exacto. Nos dirigimos con paso apresurado hacia el primer taxi y Jack abrió la puerta de atrás.

—Sube.

—Deja de darme órdenes. —Me solté de su agarré de malas formas, ganándome una mirada asesina.

Me acomodé detrás del conductor y él lo hizo a mi lado. Miré por la ventanilla mientras el coche cogía rumbo a no sabía dónde, y pude notar la tensión que emanaba de su cuerpo mientras hacía lo mismo que yo; mirar por la ventana.

El trayecto volvimos a hacerlo en absoluto silencio, y me sorprendí cuando llegamos a la misma zona en la que estuve hacía unos días. Pagó al taxista y aseveró con tono firme:

—No te muevas.

Esperé, observando de nuevo el exterior, donde miles de turistas se paseaban viendo las diferentes tiendas de la zona más céntrica y antigua de Atenas. La puerta de mi lado se abrió en el momento en el que Jack me sujetaba del brazo con sus malos modales. Salí a trompicones del vehículo, arrugando el entrecejo a cada tirón que daba de mí cuando caminábamos, jera

imposible llevar su ritmo! Atravesó varias calles hasta que nos paramos en una que era especialmente hermosa. Desde nuestra posición podía verse perfectamente la impresionante construcción de la Acrópolis, y la vista me enamoró. Me quedé observándola embobada, sin ser consciente de que él me inspeccionaba con cierto interés. Cuando le miré, cambié mi gesto de asombro por el del enfado y él hizo lo mismo. Me instó con la cabeza para que entrase, y accedí a un portal.

Subió las escaleras detrás de mí. Yo no sabía adónde debía de ir, pero al encontrarme una sola puerta lo tuve claro. Por una parte, respiré aliviada pensando que Anker no viviría precisamente allí, pero, por otra, me puse en alerta al pensar que podía ser un piso estratégico para entregarme. Le miré con temor en mis ojos y no pude evitarlo. Metió una llave en la cerradura y giró el pomo de la puerta.

—Entra.

En el interior pude contemplar un piso con un gran salón junto a una pequeña cocina, y tres puertas más, aparte de una terraza que daba a las vistas del monumento más maravilloso que había visto en la vida. Me quedé clavaba en el suelo de la entrada, viendo de reojo cómo Jack dejaba su pistola junto con las llaves y demás encima del recibidor. Al ver mi mirada curiosa, prefirió coger el arma de nuevo y colocárselo en esa «v» perfecta que se creaba al final de sus abdominales.

Un chico de estatura normal, con gafas de empujón y un poquito regordete, salió de una de las habitaciones hablando como si no estuviese nadie nada más que ellos dos.

—Menos mal que has venido ya, me estaba muriendo de hambre, ¡son casi las ocho de la noche! Y por no decir que, otra vez, no hemos ido a comp...

Enmudeció cuando me vio parada en mitad del que suponía, también era su salón. Mis ojos se clavaron en él, y los suyos hicieron lo mismo, alternando entre Jack y yo. Los abrió con asombro, después me pareció ver admiración. Tragó saliva y dio un paso hacia atrás.

—Quizá sea mejor que me vaya a por algo de cenar y... —se quedó pensativo mirando a Jack — ¿venga más tarde? —terminó preguntándole.

Le miré de reojo y vi cómo negaba. No tenían nada que ver el uno con el otro. No sabía quién era, pero me caía bien y, obviamente, él sería mi primera opción para irme de Atenas antes de que Jack me entregase por una suma de dinero.

—Con que vayas a por algo de cena es suficiente —comentó con el mismo tono serio.

Asintió convencido, se terminó de abrochar el zapato con torpeza, gesto que me hizo gracia, pero no lo mostré, y pasó por mi lado.

—Hola, yo soy Riley, el compañero de...

—Riley —le advirtió, cortando su presentación.

—Hola, yo soy...

—... Micaela, lo sé. —Sonrió—. Siéntete como en tu casa.

Oí un gruñido detrás de mí.

—Mejor que no se acomode, la están esperando en otra «casa».

«Gilipollas...».

La puerta se cerró tras de mí, Jack pasó por mi lado y abrió otra.

—Entra.

Ahora fui yo la que pasé por su lado y me detuve antes de hacerlo en el interior.

—¿Hasta cuándo voy a tener que estar encerrada en una jaula?

No me contestó. Cerró la puerta dejándome dentro de la habitación, cerrando con llave por

fuera. ¿En serio? La aporreé, si él no me hacía caso, por lo menos la gente que pasaba por la calle, o los mismos vecinos, tendrían que escucharme.

—¡No pienso quedarme encerrada aquí dentro! —Le di otro golpe con rabia—. ¡Maldita sea!

Me senté en lo que parecía ser su cama con una rabia desmedida y resoplé. Miré las alternativas que tenía, pero las ventanas separaban la calle con unas grandes rejas por las que no cabía de ninguna manera.

Inspeccioné la habitación con curiosidad, sin encontrar nada que me llamara la atención. Había un simple escritorio de madera, la cama de matrimonio y una mesita a cada lado. Aunque en cuestiones como estas era una cotilla, no me atreví a levantarme y comenzar a hurgar en los cajones, por lo menos mientras estuviera despierto, por si me pillaba con las manos en la masa. Más tarde, cuando durmiese, podría inspeccionar la habitación en busca de algún utensilio que me sirviese para poder salir de allí.

Un buen rato después, cuando la oscuridad sucumbió por completo la ciudad, me encontraba con las manos aferrando mis rodillas mientras veía desde una especie de muro que había debajo de la ventana la Acrópolis iluminada y escuché a la gente que paseaba divertida por la zona. Oí la puerta de entrada e, instintivamente, me levanté para pegar la oreja a la puerta.

—¿La has dejado encerrada en tu habitación? —preguntó con sorpresa Riley.

—Sí —respondió escueto.

—Eres un maleducado. La secuestras y la encierras. —Parecía molesto por sus actos.

—Recuerda que no es una invitada, pasado mañana se la entregaré a Megalos y fin del asunto. No quiero problemas ni que eso me repercuta.

Suspiré y decidí dejar de espiar como una imbécil. En cierto modo esperaba que Jack se arrepintiera antes de hacer semejante locura y me dejara irme para continuar con mis planes, pero parecía que él no lo tenía tan claro y pensaba entregarme. Me rompí un poquito más. Tragué el nudo que tenía en la garganta, no quería llorar, pero poco aguante me quedaba ya. Necesitaba saber cómo estaba Ryan, Eli, mi abuela... Sobre todo, mi abuela. Si había novedades, si no. Me estaban esperando en Sicilia, ¿qué harían ahora que yo no acudiría a esa cita? ¿Habrían comunicado a Tiziano lo sucedido? No tenía ni idea de nada y eso me estaba consumiendo.

La puerta se abrió y no vi quién era hasta que encendió la luz. Ordené a mis ojos que se calmaran y recé para no ponerme a llorar en cualquier momento. Jack lanzó encima de la cama una bolsa con lo que parecía ropa.

—El baño está en la tercera puerta. Aquí tienes ropa para cambiarte. —No le miré—. La cena está lista.

—No tengo hambre.

Mentía. Estaba hasta mareada. Llevaba todo el día manteniéndome con un puto vaso de leche fría. Tenía la garganta seca y las tripas me rugían como un trueno. Él no dijo nada, cerró la puerta después de eso y se marchó. Escuché a Riley regañarle, a lo que él no hizo ni el amago de contestarle, incluso pude oír cómo le desesperaba.

—¡¡Pero me quieres contestar!! ¡¡Que yo no te he hecho nada!!

Ese comentario y la manera de decirlo me hicieron sonreír sin poder evitarlo. Quizá, las personas que decían que en momentos malos hay que sacar una sonrisa, no se equivocaban tanto como pensaba.

Las horas iban pasando y me di cuenta cuando la gente comenzó a desaparecer de la calle. Seguía en la misma posición que horas antes, cuando la puerta se abrió.

Era él.

—Levanta.

—No quiero —contesté en el mismo tono, sin mirarle.

Me agarró del brazo y yo me solté con malas formas.

—He dicho que no quiero.

—Y yo he dicho que te levantes. —Usó mi mismo tono.

Me arrastró hasta que quedé de pie frente a él. No quería mirarle, pero los ojos se me fueron a una especie de pulsera que tenía en su mano derecha. Cogió la mía con fuerza y la colocó en un abrir y cerrar de ojos, a la vez que, con otro aparato que tenía en la otra, pulsó algo que empezó a parpadear. Noté mi pulso acelerado cuando sus dedos tocaron mi piel, y me resistí a quitar su agarre por el simple hecho de sentir su tacto.

«Imbécil...», murmuró mi conciencia.

No dije nada. Me estaba poniendo un localizador. Vi cómo a través de sus pestañas contemplaba mi expresión seria y ruda. Él no la tenía mucho mejor que yo, hasta que escuché su voz fría y distante:

—¿Qué has hecho para cabrear de esa manera a Anker?

No respondí.

—Debes de haberle tocado mucho los cojones para que ofrezca semejante pacto por tu entrega.

—Pues espero que lo que vayas a cobrar por ello te lo gastes en medicinas el resto de tu vida —añadí impertinente.

Sonrió con mala fe. Terminó de poner el cacharro en mi muñeca y se dio la vuelta.

—Por lo menos yo estaré disfrutando de mis medicinas. Tú, en cambio, estarás criando malvas. Buenas noches.

Y cerró.





## ESO NO LO DICEN TUS OJOS

*Jack Williams*

Me senté en el sofá, paseé las manos por mi cara desesperado y después, intenté tumbarme para conciliar el sueño. Algo que sabía, iba a ser imposible, puesto que la tenía en mi habitación, sin comer, sin dormir y sin poder tocarla. Me dolía en el alma la locura que iba a cometer, pero de eso ella no era consciente.

Noté en cada uno de mis sentidos el odio visceral que comenzaba a crecer en su interior hacia mí, pero era mi trabajo. Ellos me pagaban; yo entregaba el paquete. Bien poco debería de importarme lo que había pasado o no, pero, en cierto modo, la duda me estaba consumiendo. ¿Tan grave sería?

Después de comprobar que el último nombre de la lista era el de ella, me informé por todos los medios de los que disponía sobre su vida. Era una proxeneta, sí, tenía un club en el que se movía más droga de lo normal, vale, pero ¿qué pintaba Anker en todo aquello?

Me removí nervioso en el sofá, en el momento en el que escuché la puerta de la habitación abrirse ya que antes de acostarme se la dejé abierta. Me hice el dormido, obviamente para saber hasta qué punto sería capaz de llegar. Me había demostrado que sabía usar un arma, pero que también tenía muy claro cómo defenderse. Ahora, comprobaría el nivel de supervivencia que había en su mente, y si de verdad pensaba que podría escapar de mi apartamento con tanta facilidad. En la puerta había un código de seguridad para salir, y ella no sabía cuál era. Sonreí por ese pequeño detalle. Oí otra puerta y supe que era Riley.

—Si estás buscando el baño, es este —susurró, creyéndose que estaba dormido.

—Gracias —contestó de la misma forma.

—Si quieres comer te he reservado un plato en el microondas. Te lo caliento en dos minutos —insistió.

—No te preocupes, no tengo apetito —respondió con tono amable.

Tan bonita, tan sencilla, tan misteriosa, tan ella.

—Te vas a morir de hambre —renegó con tono gracioso, intentando convencerla.

Escuché su risa y mi corazón dio un puto vuelco.

—Entonces, será mejor morir de hambre que morir a manos de... —paró de hablar—. No te preocupes, de verdad. Si no puedo con mi alma llamaré a tu puerta. —Rio de nuevo.

No vi el gesto de Riley, pero supe que estaba sonriendo. A decir verdad, la belleza de Micaela lo había dejado embobado, y no era para menos. La puerta del baño se cerró y, seguidamente, la de la habitación de mi amigo también. Me levanté preso del pánico al pensar que podría cometer alguna idiotez estando sola. Ya me había encargado de sacar todos los objetos punzantes de mi habitación, incluidas las armas, antes de ir a buscarla.

Oí cómo el agua corría, y no pude detener los pensamientos que acudían a mi mente con ella

entre mis brazos gimiendo, como acostumbraba a hacer. Noté mi entrepierna presionando mi pantalón y me maldije por ello. La iba a entregar a uno de los peores hombres que conocía en la Tierra y, aun así, era capaz de pensar en cosas que no venían a cuento, cuando lo que debería de haber hecho era entregarla en el mismo instante en el que puse un pie fuera del avión. Pero no, algo me hizo alargar ese momento. Algo que ni yo mismo sabía explicar.

Esperé paciente a que saliese del baño y, cuando lo hizo, esta dio un pequeño salto debido al susto al encontrarme con todas las luces apagadas, apoyado en la pared.

—¿No tienes otra cosa que hacer? —gruñó perdiéndose en mi dormitorio.

La seguí.

—Explicámelo —exigí.

—No tengo que explicarte nada.

Destapó la cama de malas maneras y se sentó en ella cuando terminó de sacudir con sus manos su largo cabello, envuelto en una toalla. Puso las manos a ambos lados de su cuerpo y suspiró con la cabeza gacha, a la misma vez que sus ojos se perdían en la ventana.

—Déjame sola.

—No —aseguré sin más, dando un leve toque a la puerta para que se cerrara.

—Haz tu trabajo y deja de hacer preguntas que no te incumben —sentenció mordaz.

—Quiero saberlo.

Sus ojos se clavaron en mí de manera furiosa. Se levantó como un torrente, deteniéndose a escasos milímetros de mi rostro.

—Acaso te importan las miserias de los demás o ¿es que tienes tanto morbo por saberlo que no puedes dormir? —siseó.

—No estás en posición de ser prepotente, así que habla de una jodida vez —exigí con malos modales.

—No me da la gana —recalcó cada palabra con énfasis.

Acerqué mi rostro más, de tal forma que ni el aire podía pasar entre nosotros.

—Entonces, disfruta cuando estés en sus manos.

No quería decir aquello. Sabía cómo se las gastaba Anker, y no era precisamente de la manera más cordial posible y, lo peor de todo, no sabía por qué cojones la quería viva.

—Ten por seguro —murmuró cuando me daba la vuelta para marcharme—, que antes de que eso ocurra me quitaré la vida yo misma.

Y con esas palabras, salí del dormitorio.

Me desperté cuando los rayos del sol empezaron a iluminar todo el salón, impactándome de lleno en la cara. Despegué mis ojos somnolientos, ya que había podido dormir una hora escasa, al no fiarme de la mujer que tenía en la habitación de al lado. Cogí mi teléfono y llamé.

—En media hora.

Colgué sin esperar respuesta, ya sabía que acudiría a la cita con desespero.

Me levanté, encaminando mis pasos al dormitorio. Abrí la puerta despacio, encontrándome como un ovillo en una esquina de la cama. Me dieron ganas de abalanzarme sobre ella, de besarla hasta dejarla sin aliento y hacerla mía hasta que me suplicara que parase. Pero no. No eran esos mis planes y debía seguirlos a rajatabla.

Cogí la ropa del armario y salí, para encontrarme con un Riley con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados a la altura del pecho. Me quité la ropa, quedándome únicamente en calzoncillos, y conduje mis pasos hasta el cuarto de baño. Él me siguió sin importarle que estuviera desnudo.

—¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

—Riley, déjalo ya.

—¿Cómo puedes tener tanta sangre fría?

Abrí la cortina de la ducha y le miré de manera irónica. Él puso los ojos en blanco.

—No era esa la frase acertada. —Se puso un dedo en la barbilla, regañándose a sí mismo—. Da igual, ella es importante para ti.

Volví a abrir la cortina, esta vez con más fuerza.

—Ella no es nada importante para mí.

Alzó una ceja arrogante.

—Eso no lo dicen tus ojos. —Se hizo un silencio—. Ni los suyos.

—Estas inventándote cosas —asegué ceñudo.

—¿Cuándo piensas entregársela?

—Mañana.

Salió del cuarto de baño negando con la cabeza, dejándome con la cortina agarrada mirándole. No me di cuenta de que mis nudillos comenzaban a ponerse blancos, hasta que decidí olvidar la lucha interna que me estaba ahogando.

Treinta minutos exactos.

Ni uno más ni uno menos necesitó Anker para llegar al lugar donde siempre nos veíamos. Antes de eso, había dejado mis atuendos para camuflarme en un rincón donde últimamente habituaba esconder. No sabía dónde vivía, o eso me pensaba, pero tampoco quería que esa información llegase a su mano, y ahora menos. Me senté al lado de él y, como de costumbre, observó la Acrópolis con admiración.

—¿La tienes? —preguntó con cierto nerviosismo.

—No.

Mentí. Clavó sus arrugados ojos en mí, en señal de desconfianza.

—¿Lo sabías? —pregunté, directo al grano.

—¿Qué se supone que tenía que saber? ¿Que te la estabas tirando? —Rio con descaro—. Me importa una mierda los líos que tengas, Williams.

—Y, si lo sabías —repetí, furioso por haberme omitido ese comentario—, ¿por qué no me lo dijiste?

Anker nunca jugaba limpio y al final siempre me lo demostraba.

—¿Es acaso ella alguien importante en tu vida?

—No —respondí sin pensar.

—Entonces, ¿a qué se debe tu enfado?

—A que me das la información a medias.

Me levanté como un resorte cuando mi tono salió más dañado de lo que pretendía. Me contempló, haciendo un gesto de desagrado con sus ojos.

—La información que necesitabas ya la tienes. —Se puso en pie—. Cumple con tu parte y olvídate de lo demás. Recuerda lo que eres.

Comenzó a caminar mientras sus últimas palabras resonaban en mi cabeza. «Recuerda lo que eres». ¿Qué era? Un asesino. Esa era la respuesta a su comentario. Un asesino que no merecía ser feliz, por lo visto. Alguien que no debía enamorarse de nadie, y mucho menos de la mujer que le acomodaría la vida para el resto de sus días, más de lo que ya la tenía.

—Mañana, a las ocho, la tendrás.

Paralizó sus pies, sopesando lo que había oído. Yo, en cambio, continué con mi paso hasta que le perdí de vista cuando doblé la esquina.

Me permití andar por las calles de La Plaka durante un rato, observando lo que tenía a mi alrededor y, de paso, me sentaría en alguna cafetería a desayunar a solas para poder meditar la manera en la que entregaría a Micaela. Todos esos planes se vieron interrumpidos cuando mi teléfono sonó.

Era Riley.

—¿Pasa algo? —pregunté en cuando descolgué.

—¡Ven! —Se entrecortaba y lo único que oía era un forcejeo—. ¡Ya!

Me levanté a toda prisa, dejando el desayuno entero en la mesa. Salí a correr por mitad de la calle y llegué al bloque antes de lo previsto. ¡Sabía que no podía dejarlos solos! ¡Lo sabía! Abrí la puerta con torpeza y a continuación, subí las escaleras de cinco en cinco hasta llegar a la entrada del piso.

—¡Para, Micaela! ¡Para! —escuché que Riley chillaba.

—¡Aléjate de mí!

Abrí la puerta de un rápido movimiento y el corazón salió de mi pecho cuando la vi con un cuchillo de cocina en la mano, a pocos metros de Riley. Sus ojos vidriosos se volvieron hacia mí, haciendo que mi alma se cayera al suelo.

—Micaela —pedí con calma, alzando mi mano—, suelta ese cuchillo. No hagas las cosas más difíciles.

—¡No! —gritó histérica.

Miré a Riley, no sabía qué había pasado, pero estaba seguro de que su rabieta se debía a la conversación que mi amigo y yo tuvimos esa misma mañana. La había tenido que escuchar.

—Micaela, por favor... —le suplicó Riley.

Aproveché para dar un paso hacia ella. Me separaban muchos metros todavía, y no sabía qué dirección tomaría ese cuchillo.

—¡No te acerques! —chilló de nuevo.

Se apuntó a sí misma con él, y me temí lo peor. Vi sus ojos llenos de ira, con la intención tan clara que no tuve duda de que lo haría, y di otro paso más sin bajar mi mano extendida hacia ella.

—Micaela..., baja el cuchillo —le pedí de nuevo, pausadamente.

Negó desquiciada.

—No pienso dejar que me entregues a ese miserable mañana. —Efectivamente, lo había oído—. No... —Su voz se quebró, pero se recompuso de inmediato. Era una mujer valiente de más—. No pienso dejar que vuelva a ponerme una mano encima, ¡nunca más!

Tenía tanta rabia que era incapaz de controlar las emociones que estaba sintiendo. Cuando vi que el cuchillo se elevaba para dejar caer la mano a continuación en su pecho, miré a Riley con premura. No me daría tiempo a llegar antes de que se lo clavase. Mi amigo llegó por detrás sin que ella fuera consciente, y le dio un fuerte golpe con una sartén que había encima de la vitrocerámica, dejándola inconsciente. Su cuerpo cayó inmediatamente contra el suelo, y me abalancé para cogerla justo antes de que se golpeará la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Dime que no la he matado. —Se agachó apresurado a su lado.

Cogí su cuello con mi mano, poniéndolo debajo de mi brazo.

—No te preocupes, respira. —Riley soltó un suspiro—. Si no llegas a darle, se hubiera clavado el maldito cuchillo.

—Menos mal, me temía lo peor.

—¿Dónde coño estabas para no ver sus intenciones? —pregunté enfadado.

—¡Eh! A mí no me hables así, cuando ha sido tu culpa. Tú eres quien la quiere condenar.

—¡Riley! —grité con un cabreo monumental por su comentario.

Negó con la cabeza, evitando una discusión, y salió por la puerta principal.

—Tienes que hablar con ella, Jack. ¿Has oído lo que ha dicho? —Asentí—. Piensa lo que haces, o puede que mañana ya sea tarde.

La llevé a mi dormitorio y la deposité con cuidado sobre la cama. Toqué su pelo con dulzura y después repasé sus labios perdiéndome en su cuerpo. Al final, salí de allí para no cometer una locura.

Un rato después, entré de nuevo y me senté a su lado. Esta, al notar el movimiento de la cama, entrecerró sus infinitos ojos y comenzó a golpearme sin piedad, haciéndome daño, aunque intentara dar a entender que era una roca.

—¡Tú! ¡Maldito cabrón! —gritó.

—¡Micaela, para!

Intenté sujetarle las manos, pero me era imposible, estaba fuera de sí. Comenzó a patalear en la cama, me subí encima de ella tratando de parar sus constantes ataques que me llegaban por todos lados, y solo la reduje a medias.

—¡Micaela, para de una puta vez! —chillé desgarrándome la garganta.

—¡Suéltame!

Sus dientes se encaminaron a mis manos que las tenía muy cerca de su boca. No le di tiempo cuando las aparté, coloqué sus muñecas por encima de su cabeza y la besé.

Sí. La besé.

Y no tendría que haberlo hecho, pero una fuerza superior a mí me lo impidió. Al principio se resistió, pero, poco a poco, dejó de ejercer esa fuerza inhumana para relajar sus brazos. Su boca se abrió ansiosa, y su lengua buscó a la mía de una manera tan salvaje, que noté cómo mi miembro pedía a gritos una liberación.

Su cuerpo se rozó con el mío de forma lasciva cuando el beso comenzó a subir de tono, y no pude evitar seguir sus movimientos, rozándome con cada parte de su espléndida figura que, silenciosa, me pedía ser devorada hasta el último resquicio. Pero... ¿qué demonios estaba haciendo?

Me aparté de ella como si quemara, incorporándome a la vez que mis pies se movían por la habitación, nerviosos. Saboreé mis labios sin poder evitarlo, en el mismo momento en el que mi mano pasaba por mi mentón de manera desquiciante.

La miré.

Permanecía quieta en la cama, con su pecho subiendo y bajando a una velocidad vertiginosa, y tuve que apartar mis ojos de la imagen más jodidamente bonita que había visto nunca.

Su pelo estaba alborotado, sus labios hinchados por la pasión que acababan de vivir y su cuerpo, aunque no lo mostrase como el mío, estaba pidiendo a gritos ser saciado de la misma forma. Sentí su mirada cristalina en cada parte de mí, y lo único que consiguió con eso fue ponerme más nervioso. Detuve mi paso cuando la escuché:

—Cuando tenía doce años, Anker Megalos asesinó a mis padres, secuestró a mi hermano para poco después matarlo y... —frené, observándola de reojo, ella clavó su mirada en la pared— me violaron, me golpearon e hicieron conmigo todo tipo de salvajadas, él y los tres hombres que lo acompañaban.

«Maldito hijo de puta...».

No fui capaz de decir nada. Ni siquiera de apartar mi mirada de ella.

—Mi padre perteneció a la red de asesinos de Anker. Todo esto me lo contó mi abuela. —Fui

consciente del dolor que sintió al mencionarla—. Aquel psicópata encargó un asesinato múltiple en un colegio de niños de entre tres y cinco años, y mi padre se negó. Decidió dejar toda esa vida, y vivirla con su familia. —Cerró los ojos un momento—. Después de eso, pareció que Anker no le había tenido en cuenta nada de lo sucedido, y no fue así. Dos meses más tarde, llegaron a mi casa.

Sin moverme, escuchaba atento cada una de sus palabras, y no me extrañó la obsesión de Anker por aceptar trabajos que involucraran a niños, respecto al tema de su padre, lo sabía de primera mano. Me relató detalle a detalle todo lo acontecido aquella mañana de Navidad en su casa, cómo les asesinaron, la manera en la que su hermano desapareció, y..., lo peor, la forma en la que hirieron a una niña de doce malditos años.

Anker nunca había tenido corazón para eso, ni para nada. Era una de las cosas que más odiaba de él, y no es que matar a personas fuese algo digno de reconocer, pero yo nunca excedía los límites de esa manera. Era mi trabajo, había sido entrenado para ello toda mi vida y no sabía hacer nada más. No era una excusa, ni mucho menos, era asesino a sueldo, mataba a personas con importancia en el mundo, personas que, si lo mirábamos desde mi punto de vista, solo hacían el mal al país y, aunque siguiera sin estar bien, a mí no me importaba.

En ese momento supe el motivo de capturarla viva. Al igual que también resolví el acertijo: quería atar el cabo suelto que le quedó en el pasado, y yo no era quien para llevarle la contraria.



*Micaela Bravo*

Las nubes se cernieron sobre el cielo de Atenas alrededor de las nueve de la noche. Miraba por la ventana cómo la lluvia golpeaba con fuerza los cristales, al igual que los extravagantes rayos iluminaban el cielo. Sentí unas terribles ganas de vomitar, y me levanté a toda prisa hacia el cuarto de baño.

Al llegar, vacié todo el contenido de mi estómago en el váter, o sea, nada, ya que llevaba sin alimentarme desde que llegué, y eso estaba pasándome factura de manera considerable. La puerta se abrió y vi a ese hombre que tan bien me caía sin conocerle.

—O comes ahora mismo, o voy a tener que obligarte.

—No veas esto, ¡por favor! —pedí dramática.

De reojo vi su sonrisa mientras me limpiaba con un trozo de papel. Se acercó a mí y extendió su mano para ayudarme a levantarme, cuando las piernas me fallaron.

—Creo que debería comer algo, al final vas a tener razón.

—Yo siempre tengo razón, nena.

Ese apelativo me hizo sonreír, incluso en el momento más triste. Me quedaban horas para enfrentarme a mi mayor temor.

—¿Dónde está? —pregunté al no verle en el apartamento.

—Prefiero no saberlo. Se ha ido hace mucho tiempo y no me coge el teléfono.

No dije nada más. Me senté al lado de Riley a comer, mientras veía cómo jugaba a la *play* y comentaba los siguientes movimientos que haría.

—¿Te pasas todo el día aquí?

Negó sonriendo.

—También trabajo. Algunas veces fuera de casa, otras aquí. Ven, te enseñaré mi pasión.

Me levanté con él, encaminándome hacia su dormitorio. Al abrir la puerta, pude ver la cantidad de ordenadores que tenía en fila india sobre un largo escritorio. Su habitación era mucho más grande que la de Jack.

—¡Guau! ¿A qué te dedicas? —pregunté impresionada por todos los aparatos informáticos que había allí.

—Trabajo para la policía casi siempre. —Se encogió de hombros, yo arrugué el entrecejo—. Soy hacker informático. Encuentro todo lo que me pidas. —Sonrió de nuevo, esta vez con orgullo.

—¿Trabajas para la policía y vives con un asesino? —Alcé una ceja.

—Bueno, tú eres una proxeneta y estas aquí. —Encogió sus hombros, ahora tuve que reír.

—Muy surrealista lo tuyo —aseguré.

—No es un mal tipo —soltó de repente.

Le miré sin saber qué contestar a eso, o si debería hacerlo quizá. Al final me decanté por la primera opción y permanecí en silencio. Después de unos incómodos minutos, cuando volvimos al salón, en los que solo se escuchaba la espada del videojuego de la consola, hablé mirando a un punto fijo en la cocina.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Y se está portando como un capullo —puntualizó como si nada.

Sonreí. Parecía un tipo sincero, sencillo y risueño. Ciertamente, no le pegaba ni con cola el carácter que tenía para aguantar al Jack que yo estaba conociendo. Y me apenó mi manera de ser, porque me estaba acercando a él para mi beneficio, para largarme de Atenas antes de que Jack me soltara en manos de Anker como a un despojo humano.

—¿La ropa la compraste tú? —Me observó sin entender—. La que trajiste el otro día.

—Sí. ¿No te gusta? —Torció su gesto.

—Sí, sí. Tienes muy buen gusto.

—Me alegro, nunca me he vestido de mujer. —Rio.

Tuve que seguirle por su comentario, y por hacer un poco más el papel, ya que poco me apetecía ser graciosa a esas alturas y dadas las circunstancias.

—No quiero abusar de lo bueno que eres conmigo, pero... —Le miré con ojos de no haber roto un plato en mi vida—. No sé nada de mi gente y me gustaría hablar con ellos.

—Y si se entera mi compañero de piso —me miró abriendo los ojos de manera exagerada—, me matará.

—Seré breve, lo prometo. —Junté mis dedos dejando muy poco espacio entre ellos.

—¿Y si viene?

¡Buf!

—Lleva mucho tiempo sin aparecer, no creo que vaya a venir ya. —Asentí, segura de mí misma para inspirarle confianza.

Elevó sus ojos hasta el techo. Lo tenía en el bolsillo, y justo en el momento que pensé que cedería, la puerta de la casa se abrió y un Jack destartado entró.

—Buen... buenas... noches. —No se le entendía una mierda.

Intentó cerrar la puerta, pero en vez de meter la llave en la cerradura, pasó su mano buscando algo por la madera.

—¡Genial! Mira quien ha aparecido, y encima vienes borracho —le recriminó.

—¿Yo? —Arrastró la vocal, arrugando a la vez el entrecejo.

—Jack...

Riley pronunció su nombre con tono de advertencia, a la misma vez que vi de reojo cómo me miraba queriéndole decir que se había olvidado del paquete que tenía en casa. Hizo un gesto de no darle importancia con la mano, sacó la pistola de la parte trasera de su pantalón y, antes de dejarla encima del recibidor como solía hacer, empezó a apuntar hacia nosotros con ella sin ser consciente mientras hablaba.

—Sabes —arrugó el entrecejo, contemplándome—, no me puedo fiar de ti, así que...

—Jack, deja la pistola —Riley habló con calma.

Su amigo arrugó el entrecejo.

—¿Te piensas que te voy a disparar? —sonó molesto.

El hombre que tenía a mi lado, puso los ojos en blanco y susurró:

—Este es capaz de matarnos a los dos, incluso borracho. —Le miró de nuevo—. Ve a darte una ducha, es tarde.



Un buen rato después, cuando me cercioré de que todos dormían, miré la calle por la ventana y estaba desierta. Mientras Jack estuvo fuera, tuve la oportunidad de coger un par de cuchillos de cocina y los escondí bajo mi almohada. Había sido lo suficiente vivaz para quedarme con el código de seguridad que tenía la puerta, en el momento que Riley bajaba la basura por la mañana, solo tenía que salir a hurtadillas y nadie se percataría de ello.

Me enfundé en unas mallas negras de deporte, con una camiseta del mismo color y cogí uno de los cuchillos, escondiéndolo bajo mi camiseta. Apagué todas las luces y abrí la puerta despacio para no hacer el mínimo ruido, me agaché y saqué un poco la cabeza para ver que todo estaba correcto y, efectivamente, no había nadie en pie. Atisé los pies de Jack sobresalir descalzos por el sofá, me acerqué con sigilo y le inspeccioné desde mi posición. Dormía plácidamente con un brazo puesto sobre los ojos, tenía su fuerte pecho descubierto y solo llevaba puesto un bóxer. La garganta se me secó y tuve que hacer todo el acopio de mis fuerzas para salir de mi ensimismamiento. Tenía que irme cuanto antes o me descubrirían.

Me puse frente al panel del código, y este, antes de abrirse y que se encendiera una lucecita verde, soltó un pequeño pitido indicando que era el correcto. Miré hacia atrás y comprobé que Jack seguía durmiendo. En el mismo instante en el que me daba la vuelta para coger el pomo, sentí la puta corriente que me atravesaba como un rayo. Noté su respiración en mi cuello y el cuerpo entero se me erizó.

—¿Sabes que los asesinos dormimos con un ojo abierto? —musitó sensual.

Tragué saliva. «Mi puta suerte...».

No contesté.

—Siempre te vi como una mujer dulce, con un carácter escondido, pero seguías siendo frágil para mis manos. —Le escuché con los ojos a punto de desbordárseme. Yo solo pensaba en marcharme cuanto antes, las horas se me agotaban—. Y después te vi. —Se calló; me extrañé—. Te vi en aquella fiesta, en el Diamante Rojo, con tu vestido celeste, entrando en el reservado donde el poli te esperaba. —Me quedé mirando a la madera fijamente. Él no se despegaba de mi espalda—. Te vi entrar en el local al día siguiente, mirando a ambos lados de la carretera. —«El coche que se alejó fue él...», aseguré en mi mente—. Y todas esas fueron más piezas que encajé cuando abrí esa carpeta. Y fíjate, pensaba que te dañaría si seguía viéndote, cuando lo único que estabas haciendo era ocultar tu verdadera cara.

—Ser asesino es una profesión muy normal —ironicé.

—Ser proxeneta lo es también —contestó sin elevar el tono de su voz.

—¿Los mataste a todos? —Temí por su respuesta, pero ya la sabía.

—Sí —no titubeó.

Tragué saliva.

—Lo cual quiere decir que tres personas han muerto por mi culpa. —Me sentí miserable.

—Quiere decir que, un policía corrupto, una mujer que traficaba con niños y un hombre que lo hacía con mujeres para prostituirlas o sacarles los órganos, están donde deben.

—Eso no es cierto —me enfadé.

—Investígalo cuando quieras, y te darás cuenta de que esa gente no tenía escrúpulos. —Su tono fue mordaz.

En efecto, no conocía a las personas que tenía a mi alrededor. No me hacía falta ver nada para comprobar que era cierto lo que me decía, pues él había tenido que recopilar la suficiente información para llevar a cabo su trabajo. Su tono duro y frío me sacó de mis pensamientos.

—Deja de intentar escapar, Micaela. No vas a conseguirlo, y estas agotando mi paciencia —

añadió con pesadez.

Noté la furia emanar de mis venas, de mi piel y de todo mi cuerpo. Me giré con brusquedad, encarándolo. Me roce contra su pecho, pero él no se movió del sitio, al revés, permaneció serio, podía ver sus gestos con la luz que entraba de la calle.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté con rabia.

Una de sus manos se apoyó al lado de mi cabeza, y la otra se quedó reposando en su cintura. Estaba rematadamente *sexy*. Pegó su rostro un poco más al mío, quedando tan cerca de mí que sentí su aliento en mis labios.

—Yo no te odio —recalcó cada palabra con una lentitud aplastante.

Le miré como si el mundo dejara de girar, como si solos estuviéramos nosotros y al día siguiente no tuviese que enfrentarme a mi mayor enemigo, al que no podría hacer sufrir hasta el último día.

—Pues yo sí —aseguré entre dientes—, te odio. —Sentí que los ojos me quemaban.

Le di un golpe en el pecho con el puño cerrado. No se movió.

—Te odio por aparecer en ese bar —otro golpe—, te odio por estar desbaratando mi vida por una cantidad de dinero —otro—, por hacerle daño a la gente que quiero, por hacérmelo a mí. —Otro. Esta vez sí conseguí que se separara de la puerta—. Por tirar por tierra lo que llevo intentando durante ocho putos años. —Esta vez le pegué más fuerte, mientras sentía una lágrima resbalar por mi mejilla—. Pero por lo que más te odio —siseé con rabia, a la vez que mi puño impactaba de nuevo en él—, es porque mi familia, la que me arrebataron, no será vengada.

La última vez que intenté golpearle, cogió mi mano con fuerza y anduvo unos pasos hasta dejarme entre la puerta y él. Sostuvo mi cuello desde atrás y, sin apartarme sus hermosos ojos, se lanzó a mi boca. Sintiendo mi rechazo, no cejó en su intento, aunque mis piernas estuvieran tratando de apalearle para que me soltara. ¿Por qué demonios me besaba?

Cuando la seda de sus labios me embriagó, de nuevo pude notar cómo mi cuerpo se relajaba visiblemente en sus brazos, ¿por qué me comportaba de esa manera? Haciendo todo el acopio de mis fuerzas, saqué el cuchillo que llevaba en la parte trasera de la malla y lo puse en su cuello. Su boca se quedó suspendida en el aire, contemplándome directamente a los ojos, sin una chipa de terror en ellos, sin temblar, sin... nada.

—Hazlo —me instó.

Mi barbilla tembló, mi mano también.

—Hazlo y date el lujo de haber matado a un asesino.

Su mirada volvió a traspasar mi alma, las lágrimas ya corrían como ríos por mis ojos, y mis piernas comenzaban a fallar. No era capaz, no lo era por mucho que luchase contra mi conciencia, la misma que me decía que soltara el cuchillo, que no tenía nada que hacer contra él, contra mi destino.

Su mano se colocó con suavidad en mi muñeca, arrebatándome el arma despacio, para después tirarlo con fuerza a la otra punta del salón. Sus ojos se oscurecieron, sus manos volaron por mi cuerpo y, antes de que fuese consciente, mis piernas estaban alrededor de su cintura mientras nos besábamos con bestialidad. Mi cuerpo flotó en sus brazos cuando me llevó hasta la mesa del salón, donde me depositó con energía. Nuestros labios no se separaban, al mismo tiempo que notaba cómo las mallas desaparecían de mis piernas, seguidas por mi ropa interior.

Arqueé mi espalda en exceso cuando su grueso miembro me penetró de una embestida, sintiendo que mi vello se erizaba a su paso. Solté su boca al mismo tiempo que un jadeo ahogado salía de ella sin poder retenerlo. Sostuvo mi cabello con fuerza, aproximándose de nuevo a él.

Noté mis labios hinchados, sufriendo por los salvajes besos que me daba, mientras su miembro entraba y salía de mí a una velocidad de vértigo, junto con una rudeza desmedida.

Sujetó con su otra mano mi muslo izquierdo, tirando de él para crear más profundidad. Sentí que partía en dos en el momento en el que se convirtió en un verdadero demonio, arremetiendo contra mi sexo como si no viese nada más. Un pequeño grito salió de mi garganta, sintiendo que me aproximaba a un abismo del que no quería salir. Me separé por completo de él, agarrando su rostro con ambas manos, para después clavar mis ojos en los suyos que me contemplaban perdidos en un deseo irrefrenable. Mi cuerpo entero se arqueó cuando el orgasmo explotó de manera ruda en mi interior, eché mi cabeza hacia atrás, en el mismo instante en el que Jack sujetaba mi mentón con fuerza para que nuestra conexión volviera y, segundos después, un ronco gemido salía de su garganta como el de un león.

Con la respiración agitada, le miré sin titubear. Él me contempló de la misma forma hasta que, como si algo le hubiese traído a la realidad que nos acechaba, se separó de mí, pasó una de sus grandes manos por su boca de manera desesperada y, antes de que pudiera levantarme siquiera de mi sitio, se fue hacia la encimera de la cocina y apoyó ambas manos en el mármol. Le observé desde mi posición, sabiendo que no podría y, quizá, no quería hacer nada más. Me levanté como fui capaz, sintiendo dolor en todas las extremidades de mi cuerpo donde las manos de Jack, hacia minutos escasos, habían tocado con saña. Abrí la puerta de la habitación y me giré por última vez, esperando algo, una palabra, una mirada, lo que fuese.

Pero no llegó.

Admiré su tonificada espalda, seguí todas sus líneas hasta llegar a su bóxer puesto de malas maneras, y suspiré. «¿Qué pasa por tu cabeza, Jack?», pensé antes de entrar y cerrar. Me senté en el pequeño muro de la ventana y contemplé las horas pasar hasta que la luz del sol me cegó.

\*\*\*

La puerta de la habitación se abrió. Yo seguía en la misma posición, pensativa. Miré de reojo, le vi con el pomo agarrado y la mirada perdida en el horizonte.

—Vamos.

Fue lo único que dijo y desapareció por donde había venido. Salí al salón, arrastrando mis pies, no vi a Riley, y ese detalle me apenó. Aunque hubiese intentando utilizarlo para mi conveniencia, me habría gustado despedirme de él. Jack permanecía con la vista perdida mientras sujetaba la puerta de la calle con fuerza. Suspiré y di un paso hacia mi matadero.

Cuarenta minutos después, llegamos a un descampado donde, a lo lejos, se podía apreciar una enorme nave abandonada. El pulso se me aceleró al ver un coche y cuatro hombres bajarse de él, entre ellos, Anker Megalos.

Iba vestido con elegancia, como de costumbre, y pude ver el ansia que le carcomía por dentro. Un fuerte suspiro salió de mi garganta en el mismo instante en el que vi que Jack me miraba de reojo. No dije nada, no serviría. Él tenía claro que debía llevar su trabajo hasta el final y así lo haría. Aparcó el coche a unos metros de distancia del otro vehículo negro, dejó sus manos fijas en el volante y sus nudillos se tornaron blanquecinos. Contempló el volante durante más tiempo del normal, y después pasó sus ojos a mí. Mi corazón dio un brinco al sentir una pequeña esperanza, la misma que se esfumó en el momento que sus labios dijeron:

—Lo siento.

Bajó del coche sin más, mientras yo notaba cómo las lágrimas peleaban por escapar de mis ojos. Anduvo hasta llegar a Anker, quien miraba por encima de su hombro. Este le dio con una de sus manos en la espalda, en un gesto de alegría, mientras que Jack permanecía tenso y

distante. Retrocedió sobre sus pasos hasta llegar a mi puerta, la abrió y con fuerza sostuvo mi mano.

—Vamos —murmuró con un tono muy bajo.

Negué con la cabeza, junto con mi rostro bañado en el desprecio, el mismo que no dejaba de mirarle, y el mismo que él intentaba evitar. Casi arrastras, salí del coche junto a él. Me llevaba cogida de codo derecho y, antes de llegar a ellos, se detuvo.

—Impresionante. —Elevó su tono de voz dada la distancia—. Micaela... —dijo saboreando cada palabra—, pequeña...

Le fulminé con mis ojos, a la vez que un odio visceral crecía en el fondo de mi alma.

—¡Que te den, Anker! —escupí con rabia.

Jack permanecía ajeno a nuestra conversación de miradas y palabras.

—Tengo tantos planes para ti, tantos... —Pareció estar viviéndolos antes de que llegaran.

Mi verdugo dio un paso más. Se detuvo.

—Vamos, Williams, entrégamela. Estoy impaciente.

Jack levantó sus ojos y los clavó en él. Anker estaba nervioso, deseoso de que callera en sus manos, por lo tanto, le lanzó una mirada a uno de sus hombres para que llegaran a mí. Yo, sin embargo, me encontraba rezagada intentando esconderme detrás del mismo hombre que estaba entregando mi vida. Cuando el tipo se aproximó a mí, Jack elevó sus ojos, traspasándome con ellos.

El tiempo se detuvo en nuestras miradas, y no supe qué quería decir. Quizá mostraran arrepentimiento, quizá dolor, no lo supe hasta que, después de lo que me pareció un tiempo eterno con nuestra batalla de miradas, me besó con fuerza. De fondo pude escuchar:

—Vamos, Williams, deja de ser tan dramático, no te pega. —El tono de Anker era desesperado.

Sentí su boca presionar con fuerza la mía y una lágrima volvió a caer por mi mejilla. Estaba tan sumida en él, que no pude apreciar que en ese momento, su arma se elevó apuntando con firmeza al hombre que llegaba a nosotros.

—Corre.

Fue su única palabra. Le miré con los ojos abiertos de par en par, ¿se había vuelto loco? ¡Le iban a matar! Vio el miedo reflejado en mis ojos. No conseguí moverme hasta que escuché a Anker, y de nuevo a él.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó con rabia.

—Te encontraré —musitó—, corre —repitió.



## HUYENDO DE MI DEMONIO

Salí despavorida sin mirar atrás. Noté mi corazón galopar con fuerza, mientras que mi pulso se aceleraba de tal forma que creí que una taquicardia se estaba apoderando de él. Escuché disparos, voces y un coche derrapar. Miré hacia atrás, rezando para que fuese Jack quién me seguía, pero, todo lo contrario, era Anker.

Sin rumbo, me dirigí veloz por el campo, hasta que una carretera se abrió paso ante mis ojos. Un hombre se bajaba de un coche dejando los cuatro intermitentes puestos en mitad de la carretera, había varios vehículos de la misma forma y, sin pensarlo, cuando vi que en el que iba Anker salía a la carretera, me subí en él y pisé a fondo bajo los sorprendidos ojos de su dueño. Me pisaba los talones, pero por más que aceleraba, me era imposible, él llevaba un buen coche y el mío se parecía más a una cascarria que a otra cosa.

Una fuerte embestida por su parte me hizo meterme en el carril contrario, donde tuve que pegar un gran volantazo para no estamparme contra el camión que venía de frente. Sacó un arma por la ventanilla, apuntando directamente a la rueda de mi coche. Le esquivé conduciendo de manera temeraria, sorteando los que conducían por mi lado, hasta que un gran atasco se formó delante de mis narices. Me metí en el carril contrario y, sin pensarlo, bajé del vehículo y comencé a correr por medio de los coches, sabiendo que Anker me perseguía, y me lo confirmó el rugido de su voz.

—¡¡¡Micaela!!!

No detuve mi paso.

La gente me miraba desconcertada, mientras el pelo impactaba contra mi rostro. Las piernas me dolían y la cabeza estaba a punto de estallarme. Llegué casi al final del torrente de coches esperando poder pasar, cuando divisé a un policía al final. Este no me vio, así que seguí corriendo cuando me percaté de que, de nuevo, me pisaba los talones, lo cual me indicó que seguía en forma a pesar de su avanzada edad.

Atisé un autobús estacionado en una parada e hice lo primero que se me ocurrió; subirme a él. Mala opción por mi parte, ya que cuando puse un pie en el interior, Anker subió detrás de mí. Me quedé contemplándole a media distancia, mientras él sonreía por haber conseguido su triunfo, un triunfo que llevaba muchos años esperando destruir. Antes de que el autobús cerrara las puertas, justo cuando arrancaba y la puerta trasera se plegaba, salté y caí de bruces al suelo. Pude ver cómo Anker daba un fuerte manotazo al cristal y, menos de dos segundos después, el transporte pegaba un gran frenazo, indicándome que le habría amenazado a punta de pistola para que se detuviera.

Comencé con mi carrera sin dirección, mirando a todos sitios, no sabía qué hacer, dónde ir, no tenía ni idea de dónde estaba, hasta que después de llevar un extenso rato caminando y corriendo, pude apreciar la Acrópolis muy cerca. Urgí mi paso y busqué desesperada unas

escaleras lo más cercanas a ella, sabiendo que el apartamento de Jack estaba allí y, si con suerte Riley se encontraba dentro, podría esconderme hasta que Jack llegase. Después de dar más vueltas de las que pretendía, las vi. Avancé acelerada y toqué al portal con impaciencia.

No hubo respuesta.

No podía quedarme en mitad de la calle o me encontraría si pasaba por allí, pero, para mi gran suerte, nadie lo hizo. Me agazapé en una esquina donde podía ver ambos lados de la calle y, allí, semioculta, esperé de los nervios a que alguno de los dos apareciese. ¿Y si le había pasado algo? O, peor, ¿y si le habían matado? «No, no, no», me dijo mi mente, intentado disuadir ese pensamiento.

El tiempo pasaba y un gran desasosiego se iba haciendo mayor en mi pecho a cada minuto que esperaba escondida. Me asomé de nuevo al portal, y me percaté de que la puerta se encontraba semiabierta. Eso quería decir, quizá, que Jack había llegado y estaba buscándome como un loco. La empujé con suavidad sin escuchar nada, a la vez que miraba hacia arriba, subiendo las escaleras. No se oía nada, y eso lo único que hacía era incrementar mi pulso.

Cuando llegué, la puerta principal también se encontraba abierta. No lo dudé, puesto que eso solo quería decir una cosa: estaba dentro.

—¡Jack! —grité desesperada.

Y a quien me encontré allí, no era a él. Si no otro de los mandamás de Anker.

Argus Katsaros.

Giró su rostro al escucharme, dejando de inspeccionar la habitación de Riley, por el que en ese momento temí. Aparentemente estaba todo tal y como lo habíamos dejado antes de marcharnos, lo cual quería decir que, o no estaba, o se había ido. Recé para que fuese lo segundo.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró con una sonrisa en la cara.

Su gran cicatriz en el lado del labio se acentuó. Estaba mucho más mayor, pero tendría unos diez años menos que Anker, lo cual se notaba en exceso. Dejó su arma sobre la encimera y dio un paso hacia mí. El mismo que yo retrocedí en el instante en el que otro hombre cerraba la puerta de la calle dejándome atrapada con él, quedándose el tipo en el exterior de la vivienda. La sensación que se tiene cuando intuyes que algo no va bien y que no sabes cómo salir del embrollo en el que te acabas de meter, esa angustia que te carcome por dentro al ser consciente que no hay otra salida para huir, era la misma que experimenté en mis propias carnes.

Observé todo a mi alrededor en busca de cualquier utensilio que pudiera servirme, pero desde el incidente con el cuchillo, Jack escondió hasta el último objeto punzante del apartamento y, lógicamente, no tenía ni idea de dónde los guardaba.

El gesto huraño e intimidante de Argus avanzó junto a sus pasos, sin dudar. Pegué mi espalda a la puerta buscando una alternativa que no encontré.

—Mírate. Estas hecha una mujer. —Sonrió lascivo—. Ahora sí podremos disfrutar de tu cuerpo, ya no tienes doce añitos. —Rio como un demente.

El aire se cortó y el latido de mi corazón también. Me preparé cuando le quedaban apenas dos pasos para llegar a mí, y con todo el coraje que fui capaz de tener, dada la repulsión y el pánico que sentía por el hombre que tenía ante mí, me armé de valor para enfrentar a otra de mis pesadillas.

Se abalanzó como un león a su presa, esquivé el golpe dándole una fuerte patada en el pecho y este retrocedió lo justo y necesario para darme ventaja. Corrí hacia el sofá y le lancé el adorno con forma de hoja de cristal que había sobre la mesita baja del salón, pero se apartó justo en el momento que creí que impactaría contra su cabeza. Agarró mi tobillo con fuerza, haciendo que

mi mandíbula chocase de manera brusca contra el reposabrazos del sofá, y un dolor incesante comenzó a nacer en mi rostro.

Me giró para quedar de cara a él, intenté controlar mi ira para así dar pie a que mis movimientos fueran precisos, e hice una llave que llevaba años sin practicar, hasta que le dejé retorcido bajo mi mano y mis piernas, cambiando las posiciones que inicialmente teníamos.

—Uhhh... La zorrita sabe defenderse —se burló.

—Te voy a matar —siseé.

—No cantes victoria tan pronto.

Su codo impactó de lleno en mi boca, provocando que cayera de espaldas en el suelo. Se colocó en la misma posición, esta vez, impidiendo que mis brazos se movieran, al igual que mis piernas cuando las inmovilizó con las suyas. Noté que la sangre comenzaba a llenar mi boca y le escupí, llenando su cara de aquel líquido rojizo. Le contemplé apretando los dientes y, aunque eso no me sirviese de nada, aproveché el momento para mirar hacia la puerta con esperanza. Se tragó el absurdo truco, justo lo que necesité para hincar mis dientes en el brazo que me ahogaba con el mío propio. Noté la carne desgarrarse y, seguidamente, un grito de dolor salió de su garganta.

Un bofetón se estrelló en mi rostro y me la giró hacia la ventana. Cuando sus piernas aflojaron el agarre, le di un rodillazo en sus partes y cayó hacia atrás quedando sentado. Me levanté veloz, tratando de llegar a por su arma que seguía sobre la encimera de la cocina, tampoco me dio tiempo cuando sus manos se envolvieron alrededor de mi cuello.

—No eres más que una simple zorra que piensa que puede ganar a alguien como yo. —Rio —. Verás lo contento que va a ponerse Anker cuando te tenga.

La respiración me fallaba, las fuerzas también. El oxígeno no conseguía llenar mis pulmones, haciendo que comenzara a marearme de manera considerable. Palpé con mi mano sobre la mesa, buscando algo con lo que deshacerme de su agarre y, por fortuna, un tenedor reposaba del desayuno de Riley en esta. Lo sujeté con fuerza, echando la mano que lo cogía hacia atrás, para después clavarlo en su costado.

—¡Ahh! ¡Joder!

Cuando me soltó, puse mis manos con brusquedad en la encimera, intentando recobrar la respiración. Escuché un forcejeo en la entrada, y temí porque Anker hubiese llegado antes de que pudiera irme. Tenía que avisar a Jack de la manera que fuese, me negaba a pensar que estaba muerto. Corrí hacia el dormitorio, esquivando a Argus, momento en el que vi que la habitación de Riley estaba vacía de ordenadores, lo cual quería decir que Jack había podido avisarle antes de que todo pasara.

Entré como un vendaval y busqué debajo de mi almohada donde guardé otro cuchillo distinto al que use para amenazar a Jack la noche anterior. Me giré en el mismo instante que un grito de guerra por parte de Argus salía de su garganta, y lo clavé en su pecho con toda la fuerza que me quedaba. Este miró hacia abajo para cerciorarse de lo que acaba de hacer, pero eso no fue suficiente para acabar con un tipo como aquel. De ahí a que pudiera desangrarse, podía matarme perfectamente. Estaban entrenados para ello.

Me sujetó con fuerza, tal y como suponía, comenzando a darme un puñetazo tras otro en el costado. Se sacó el cuchillo y lo voleó a la otra punta de la habitación, para tirarse sobre mí. Mi puño se estampó en su nuez, haciendo que quedara sin respiración los segundos necesarios para poder alcanzar aquel utensilio de cocina. Volví mi rostro hacia él cuando ya se aproximaba, intentando recobrar la respiración, y no me lo pensé al clavar el cuchillo en su cuello. La sangre

brotó a borbotones, a la vez que él mismo trataba de taparse la herida sin éxito. Miré hacia la puerta cuando escuché que alguien avanzaba a pasos agigantados hacia el interior del dormitorio y, por último, siseé antes del clavarle cuchillo en el corazón:

—Felices sueños, Argus.

Solté un grito lleno de odio, lanzándome sobre él encima de la cama, y se lo clavé hasta que la afilada hoja desapareció en su pecho. Sus ojos se quedaron abiertos de par en par, mientras yo permanecía a horcajadas sobre su enorme cuerpo. Elevé mis ojos hacia la puerta cuando sentí que alguien me contemplaba, y supe quién era en el momento en el que aquella maldita corriente de la que siempre hablaba, me traspasó.

La cara desencajada de Jack lo decía todo, o casi todo. Asombro, admiración, temor... No sabía con cuál quedarme de todas. Me examinó durante unos segundos sin pronunciar una sola palabra, para después pasar sus ojos a Argus, que permanecía laxo debajo de mí. Apartó la vista de él para volver a centrarse en mí, estaba segura de que mi imagen debía de ser un poema. Notaba todas las partes de mi cuerpo manchadas, al igual que mi ropa y mi piel, de sangre, mía y suya.

—¿Estás bien? —fue lo único que pronunció.

Asentí sin romper esa conexión que él seguía teniendo con un asombro que no cesaba.

—Tenemos que irnos.

Me levanté de su cuerpo y, antes de salir, le eché un último vistazo a uno de los hombres que había arruinado mi vida. Por el momento, había ganado un punto a mi favor.

Jack se metió en el dormitorio de Riley y tocó una pared de la que salió un panel que nunca había visto. Lo pulsó y este se abrió de par en par. Lo que vi dentro me dejó sin respiración.

Una fila de armas se erguía presuntuosa ante mis ojos, él cogió una gran funda, a la vez que comenzaba a meterlas dentro de una mochila negra. Echó las cosas de cualquier manera, cerró uno de los estantes y vació el contenido que había en el segundo cajón.

Dinero.

Fajos y fajos de dinero precintados con un plástico transparente, en el que las sumas que tendría que haber dentro eran incalculables. Se colgó la mochila al hombro, en el momento que vi que torcía su gesto y su cara se contraía.

—¿Qué te pasa? —pregunté alertada.

—Nada —contestó serio—. Toma.

Extendió su mano, entregándome una pistola.

—¿Tengo que explicarte cómo funciona? —Me miró con interés.

Negué. Él me contestó asintiendo, pero en sus bonitos ojos todavía seguía apreciando el desconcierto.

—¿Y Riley? —pregunté preocupada.

—Riley —hizo una pausa cerrando el último cajón pesado—, está en Cuba con tu abuela. No te preocupes.

¿Mi abuela!?

—¿Cómo? —pregunté confusa.

Me observó con impaciencia.

—Ahora no hay tiempo. Nos vamos.

Se colgó otra gran bolsa en el mismo hombro, salió de la habitación y lo seguí, pero en vez de llegar a la puerta de la entrada, nos fuimos al final de la cocina. De reojo vi su mirada dirigirse de nuevo a su dormitorio, después escuché un gran suspiro. Dejó las bolsas en el suelo, quitó una



alfombra que había debajo de un cesto para la fruta y, con una fuerza desmedida, levantó una de las losas que era más grande que las demás. Otro detalle del que no me había percatado. Se movió por la casa, poniendo un aparato en la pared de la entrada, el cual activo y comenzó a pitar en tono muy bajo.

—¿Qué es eso? —pregunté intrigada.

Abrió una escotilla que había debajo de la losa, lanzando las bolsas de las armas y el dinero dentro.

—Una bomba.

El aire dejó de entrar en mis pulmones, ¿qué coño estaba diciendo?

—Salta —ordenó.

—¿Que salte? —me exalté.

Escuché pasos acelerados por las escaleras, a la misma vez que voces de hombres que subían a toda velocidad. Uno de ellos abrió la puerta de la entrada, Jack sacó su arma y disparó.

—¡¡Salta!! —gritó.

Y lo hice con todo el pánico corriendo por mis venas, hasta que segundos después de que mi cuerpo pasara por un líquido pringoso que parecían aguas fecales, de la misma manera que cuando te tiras por un tobogán, llegué a un agujero donde caí en un charco que, efectivamente, era de aguas fecales.

Jack no tardó en llegar después de mí, agarró mi codo junto con las dos bolsas y comenzó a correr sin decir ni media palabra, yo le seguí, y lo siguiente que escuché fue una explosión que retumbo encima de nuestras cabezas, creando una nube de polvo que comenzó a bajar por el conducto.

Se movía a una velocidad que me era imposible alcanzar, estaba agotada. Recorrimos durante un largo tiempo que a mí se me hizo eterno, lo que parecían los alcantarillados de la ciudad, hasta que por fin pude ver la luz del sol y respiré aliviada. Me paré justo antes de salir, colocando mis manos en las rodillas, no podía con mi vida.

—Micaela, ahora no es momento de hacer una parada, ¡vamos, joder! —gruñó.

Lo miré con mala cara, no podía de verdad. Y este, al ver mi gesto, sujetó con fuerza mis piernas y me subió encima de su hombro libre de bolsas. Mi pelo cayó hacia abajo, hecho una maraña difícil de arreglar, mientras mis pies colgaban con los rápidos movimientos de él.

—¡Jack, bájame! —le pedí a voces.

No me contestó.

Siguió su camino hasta que salió al exterior, giró dos calles y pulsó un mando, que segundos después, vi que pertenecía a un coche extravagante y caro hasta decir basta. Abrió la puerta del copiloto y me instó con la mirada para que entrara, a la vez que sus ojos comprobaban ambos lados de la calle. Se subió al volante y tardó menos de dos segundos en salir derrapando de aquel lugar, desde el que contemplé que la Acrópolis estaba un poco lejos. No me quería ni imaginar lo que habíamos andado.

Aceleró de una manera temeraria hasta que nos incorporamos en una carretera donde adelantaba a los coches de forma frenética. Apoyé mi cabeza sobre el asiento y tomé una gran bocanada de aire que llenó mis pulmones. De reojo observé que su mano cogía un teléfono y tecleaba con rapidez, sin soltar el volante.

—En diez minutos necesito el barco. —Hizo una pausa—. Bien.

Colgó y lanzó el teléfono a mi regazo. Le miré.

—Llama. Puedes hablar con quién quieras, después lo tiraremos.

No me miró. Yo, sin embargo, lo hacía extasiada. Sin tiempo que esperar, marqué el número de la persona con la que más deseaba hablar en aquel momento desde que llegué a Atenas. Descolgó al instante.

—¿Dígame?

—¿Abuela? —pregunté al escuchar un ruido atronador de fondo.

—¿Micaela? ¡Cariño! —Pareció feliz, pero cambió su tono al de la regañina al instante—. Podías haberme dicho cuando nos vimos en casa que, como regalo adelantado por mi cumpleaños, me ibas a regalar un viaje a Cuba. ¡No me ha dado tiempo a comprarme nada! Claro que, con la cantidad desmesurada de dinero que has metido en la cacharra esta de tarjeta de regalo, he podido hacerme un apaño en el aeropuerto antes de venir. Pero te lo devolveré todo, de verdad, excepto el viaje. —Me la imaginé gesticulando con sus manos a la vez que renegaba.

Volví a mirarle. Permanecía serio e implacable, estaba segura de que sus pensamientos iban a mil.

—Yo... —no sabía que decir.

—¡Y encima tiene que venir tu nuevo novio a decírmelo! Ya hablaremos, ya —aseguró.

¿Mi nuevo qué?

—Bueno, mi niña, te dejo que pierdo la cobertura y un amigo de Jack ha ido a por unas copas, sin alcohol —aseguró—, que ya sabes que no puedo con la medicación, y ahora empieza un espectáculo de no sé qué. Te quiero —dijo apresurada.

—Yo también te quiero. Cuídate.

La línea se cortó mientras mi teléfono se escurría por mi mejilla dolorida, hasta caer entre mis muslos. Perdí mi vista en el horizonte, contemplando la cantidad de barcos que se amontonaban en el puerto. Jack me quitó el teléfono de las manos con suavidad, sin mirarme todavía, lo abrió con una facilidad asombrosa en el momento que sacaba la tarjeta, soltaba el volante para partirla en un abrir y cerrar de ojos y, seguidamente, lanzó el teléfono por la ventana junto con los restos del diminuto plástico.



## SIN MIRAR ATRÁS

Las ruedas chirriaron cuando frenó en seco en el aparcamiento del puerto. Un hombre de mediana edad salió en nuestra busca y, al bajarnos del coche, este nos miró a los dos. Jack le lanzó las llaves, haciéndole un movimiento de cabeza que me imaginé que sería señal de que tenía que hacer algo de lo que no debía enterarme.

—Parece que venís de la guerra —murmuró.

El hombre mudo emitió un pequeño gruñido de su garganta, para después encaminarse junto con las bolsas hacia el embarcadero. Un barco blanco, sencillo pero elegante nos esperaba preparado para zarpar, pasó por las tablas de madera que accedían al interior y se giró para instarme a entrar. Lo hice sin rechistar y me quedé en mitad de él, esperando el próximo movimiento.

Recogieron lo necesario para poder zarpar y, minutos después, Jack se puso al timón para salir disparados del puerto. Me agarré a la baranda blanca para no caer de bruces.

—Descansa un rato, nos quedan unas horas para llegar. Tienes un baño para poder darte una ducha.

Siguió con la vista al frente, momento en el que me percaté de que de su costado derecho emergía una gran mancha roja mojando la camiseta gris. Me acerqué a él con rapidez para levantarla, pero me lo impidió. Lo miré enfadada.

—¡Estás sangrando!

—Solo es un rasguño. —Nada, sus ojos no se cruzaron conmigo—. Haz lo que te he dicho.

—Pero...

—¡Micaela!

Esta vez sí me miró, acompañando ese gesto con unos ojos asesinos que no predecían nada bueno. Agaché mi cabeza, no supe si por vergüenza o por todo el revuelo que acaba de causar en su vida y del que, irremediablemente, tendríamos que hablar en algún momento. Me había salvado la vida arriesgando la suya, cuando sabía que eso le repercutiría hasta el fin de sus días si no hacíamos algo antes.

Cabizbaja me adentré por unas estrechas escaleras, a la misma vez que, cuando me perdía en su interior, escuchaba un par de ruidos estridentes detrás de mí. Era Jack golpeando con fuerza el timón.

Había una pequeña cocina de madera en el mismo pasillo y a continuación, una mesa rodeada de sofás, para después de pasar una especie de peldaño, encontrar una cama al lado de otro pasillo más estrecho, por donde me imaginé que se accedía al baño. Me adentré hasta el final, preocupada por manchar o rozarme con las paredes, hasta que llegué a la puerta de lo que estaba buscando.

Me quité la ropa con lentitud, notando mi cuerpo dolorido en cada rincón. Contemplé mi

figura desnuda en el espejo, repasando cada cardenal de mi costado. Dolía. Pero no tanto como para morirme. En un par de días se pasaría, y lo que de verdad me preocupaba era el costado de Jack. Paseé mis dedos por mi mandíbula, la misma que tenía levemente hinchada. Limpié la sangre con un poco de agua y, a continuación, entré en la diminuta ducha, donde no cabían más de dos personas.

El agua cayó como el hielo sobre mi rostro, haciendo que pegara un leve repullo al notarla, pero enseguida me acostumbré y dejé que limpiara cada resquicio de mi cuerpo. Noté el barco detenerse, miré por el ojo de buey que había en la ducha, dándome cuenta de que estábamos en alta mar, cuando la puerta del cuarto de baño se abrió. Los destellantes ojos de Jack cayeron sobre mi figura desnuda, mientras sus agigantados pasos se dirigían sin detenerse al interior de la ducha. Su ropa se empapó, mientras él seguía inmerso en esa conexión. Dio un paso para quedar justamente frente a mí, y su mano se elevó para rozar la zona afectada de mi mejilla con cariño. Ese gesto me partió el alma en mil pedazos. Se preocupaba, y yo acababa de cavar su propia tumba. Bajó la mano con lentitud por mi cuerpo hasta llegar a mi cadera, donde permaneció quieta. Alcé la mía para agarrar su cabello con fuerza, a la misma vez que mi boca comenzó a buscar la suya de manera desesperada.

No opuso resistencia cuando sujeté el bajo de su camiseta, me separé de él un instante, viendo que me devoraba con los ojos, para después continuar con ese necesitado beso que tanto me urgía sin saber por qué. Mis manos volaron a su pantalón pesado por el agua, mientras él seguía acariciando con las suyas cada rincón de mi cuerpo, haciéndome perder la poca cordura que me quedaba. Conseguí bajar su bragueta tirando de la prenda hacia abajo, quedando los dos en las mismas condiciones. Atrapó uno de mis pezones con su boca para hacerlo sufrir y, mordisqueándolo con saña, noté cómo su mano se colaba entre mis muslos para deslizar uno de sus dedos por la abertura de mi sexo.

Creí que moriría en aquel instante, cuando un gemido ahogado salió de mi garganta. Sujetó con fuerza mi trasero, elevándome por completo, hasta que mis piernas se enlazaron en su cintura en el momento que sentí que de una sola embestida entraba en mi interior llenándome por completo. Una tras otra, sus acometidas chocaban con fuerza dentro de mí, a la misma vez que el frío cristal de la ducha erizaba todos los vellos de mi cuerpo al tocarlo tantas veces con la espalda. La arqueé en el momento en el que un torbellino de emociones y placer me arrollaba, y bajé mi rostro en busca de su boca, donde me perdí descargando todas las sensaciones que, por él, estaba teniendo.

Abrí los ojos y me di cuenta de que era de noche, casualmente, me encontré una ropa de deporte encima de la cama, la cual no sabía de dónde había salido, ya que no era la misma que me quité que, por cierto, había desaparecido. Tampoco sabía cuántas horas habría pasado durmiendo, pero sí tenía claro que Jack no lo había hecho. Me asomé por uno de los ojos de buey del interior y lo busqué sin éxito.

Después de nuestro casual encuentro en la ducha, terminó de ducharse en un silencio sepulcral y salió de allí sin mirar atrás. Lo noté pensativo, cavilando todas las opciones que tenía, me imaginé, y no me atreví a salir en su busca. Pensé que, quizá, no era el mejor momento para entablar una conversación sobre lo que había pasado, pero sí tenía claro que tarde o temprano, tendríamos que hacerlo.

Las luces del exterior del barco estaban apagadas y me fue muy difícil saber cuál era su posición exacta, hasta que pude admirar su imponente figura, sentado sobre un banco que se extendía de punta a punta alrededor del barco. Me acerqué con cautela cuando vi el humo de su

cigarro a la misma vez que el puntito rojo se hacía más notable al dar la calada. Tenía los pies por fuera, colgando de cara al mar.

—¿Puedo sentarme?

—Sí —respondió escueto.

Lo hice tomando la misma posición que él, en silencio. Miré las vistas dándome cuenta de que había una pequeña isla un tanto lejos de nosotros, aunque se podían ver perfectamente las luces. Dejó su paquete de tabaco a mi lado, me imaginé que ofreciéndome un cigarrillo, y lo cogí. Necesitaba relajarme y dejar de pensar en los últimos días y en todo lo acontecido.

—Síkinos —dijo de repente. Le miré confusa, pero él no lo hizo—. La isla que estás viendo es Síkinos.

Asentí sin decir nada, pensando en cómo podía saber lo que pasaba por mi cabeza en aquel instante mientras observaba las luces de la isla.

—Dicen que los asesinos tenemos esa habilidad.

Esta vez le miré de reojo.

—Da un poco de miedo que adivines todas mis preguntas mudas.

Una media sonrisa afloró de sus labios.

—No creo que pueda adivinarlas todas —aseguró con tono jovial.

Exhalé un fuerte suspiro, mientras mis ojos se quedaban prendados de su perfil. Su fuerte mentón lucía hermoso, como de costumbre, su nariz pequeña era perfecta y sus ojos fieros e intimidantes hacían que el hombre que se sentaba a mi lado fuera el más irresistible del planeta.

—Ahora soy yo el que se siente intimidado —musitó girando su rostro.

En ese instante morí de nuevo, y volví a nacer cuando sus ojos destellaron tanto que me traspasaron, volviendo a su posición original, mirando al horizonte. Mostré una tímida sonrisa, algo inusual en mí, ya que siempre estaba dispuesta a comerme el mundo, sin embargo, con él era todo era distinto, me ponía las directrices que siempre había llevado patas arriba. Algunas veces me regañaba a mí misma cuando me daba cuenta de mis atontamientos o gestos vergonzosos, como era la ocasión, pero el problema era que cuando le miraba, quedaba encandilada con cualquier parte de su cuerpo.

—¿Cómo es la vida de un asesino? —pregunté sin pensar.

—¿Cómo es la vida de una proxeneta? —Me miró con interés.

—No has contestado a mi pregunta —me defendí.

—Tú tampoco.

Sus labios se convirtieron en una fina línea, momento en el que me arrepentí de haber abierto la boca.

—Sabes toda mi vida. Yo de ti no sé nada. A mí no me entregaron un *dossier* con mis gustos incluidos.

—¿Quién se bebe la leche fría sin un poco de café? —preguntó más para sí mismo que otra cosa, con extrañeza.

Tuve que reírme, era algo que habitualmente me decían.

—Eso ya lo sabías —asegué.

—Sin embargo, había muchas cosas que no sabía.

Un silencio se creó entre nosotros y me di cuenta que todas nuestras conversaciones realmente habían girado entorno a cosas que no tenían tanta importancia dado que nos ambos nos habíamos dejado mucho sin explicar.

—Por lo que veo, te estudiaste bien la documentación.

—Si no lo hiciera, ya estaría muerto.

Me atraganté con mi propia saliva, pero conseguí disimularlo lo suficiente carraspeando. Solté un pequeño suspiro que se escuchó bastante sobre nuestro silencio.

—Jack, sobre lo que has hecho...

No me dejó continuar.

—Ahora no.

—¿Por qué no? —cuestioné molesta. No era un tema que pudiéramos evitar de por vida, si es que después de todo esto nos volvíamos a ver.

—Micaela... —me advirtió.

—¿No lo sabes o no lo quieres saber? —Me observó con confusión—. El motivo para salvarme —expliqué, aunque sabía perfectamente por dónde iba mi pregunta.

El que exhaló un fuerte suspiro esta vez fue él, volviendo como no, sus ojos hacia la isla.

—Algunas cosas es mejor no saberlas.

Enmudecí sin entender su respuesta. Durante un rato, el silencio incómodo se creó entre ambos sin dar pie a una sola palabra.

—Mañana a primera hora cogeremos un avión hacia Barcelona, en el aeropuerto de Santorini —informó.

Asentí sin responder. ¿De verdad quería irme?

—¿Y tú? —cuestioné con un hilo de voz.

—Te acompañaré para cerciorarme de que llegas sana y salva, después me marcharé.

—Y ¿adónde irás? —pregunté curiosa. Si volvía a Atenas, no saldría con vida de allí.

Sus ojos se clavaron en mi rostro pensativo y, cuando pensé que me daría una respuesta, cambió de tema.

—Duerme un rato. Es tarde y tienes que estar cansada.

De nuevo, mis labios se juntaron, sellándose. Estaba claro que no íbamos a tener una conversación, y tampoco sabría qué pasaría con él, conmigo, con nosotros, si es que había un nosotros. Los dos estábamos de mierda hasta el cuello, solo que él parecía no darle la misma importancia que yo al asunto. Recordé que tenía pendiente una visita a Sicilia y, realmente, para terminar con aquello cuanto antes, tenía que volver y preparar mi viaje el mismo día.

Me levanté despacio; él no se movió. Encaminé mis pasos al interior del camarote y, antes de traspasar el pequeño pasillo de la cocina, le miré. Seguía en la misma posición, encendiéndose otro cigarro.

Al día siguiente cuando desperté, vi que habíamos llegado al puerto y salí al exterior para encontrarme con Jack amarrando. Estábamos en la isla griega por excelencia. Había oído hablar mucho de Santorini, y me apasionaba la belleza de la misma con su forma de media luna, con sus colores blancos y azules, con su encanto particular. Era sin duda la joya digna de las Cícladas y el mar Egeo.

—Hola —musité cuando llegué a su lado.

Estaba sin camiseta, y su cuerpo escandaloso no hacía más que calentar el fuego que crecía en mi interior cada vez que le tenía cerca. Durante toda la noche intenté conciliar el sueño, incluso, para qué mentir, esperé su presencia a mi lado, pero no llegó. Me atrevería a decir que no descansó en toda la noche, aunque su rostro no mostrara signos de cansancio después del día anterior. Contemplé su costado, viendo que no sangraba, y me maldije por no haberme preocupado antes, después de todo el esfuerzo que tuvo que hacer cargando conmigo en su hombro.

—¿Cómo llevas la herida?

—Mejor, es un simple rasguño de bala. No tiene importancia.

Para mí no tenía importancia un corte diminuto con un cuchillo mientras pelabas patatas, pero un «roce» de una bala, creía que sí lo tenía. No contenta con su respuesta, fui a decirle que me dejara verlo, pero antes de poder hacerlo, este negó con la cabeza dándome a entender que dábamos la conversación por finalizada.

—¿Por qué has mandado a mi abuela a Cuba? —recordé.

—Porque hay que pensar las cosas antes de hacerlas.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Dejó una gruesa cuerda en el suelo, encaminándose hacia mí.

—Entiendo que Anker dejara un cabo suelto y que, por eso, quisiera tu cabeza —puntualizó decidido—, pero lo que no entiendo es por qué me estas mintiendo.

Abrí los ojos por la sorpresa.

—¡No te estoy mintiendo!

—Hay algo más, y sabes que es verdad.

Pasó por mi lado con gesto de enfado, cogió su camiseta informal y se la puso de un solo movimiento, haciendo que todos los músculos de sus brazos se mostraran apetecibles. Borré ese pensamiento de mi cabeza en cuando nuestros ojos se fusionaron.

—Nos vamos.

Sin decir nada más, me instó con la mirada para que saliera del barco y, seguidamente, lo hizo él. Un hombre esperaba nuestra llegada, el mismo con el que Jack se apartó para hablar, y como despido palmeó su espalda.

Continuamos con nuestro paso por el puerto de Acinios, hasta que vi el Aeropuerto Nacional de Santorini, así lo informaban en unas letras negras que relucían a lo lejos en su fachada blanca. Entramos instantes después, y nos llevaron a una pista privada cuando Jack habló con una azafata. Subimos al avión en absoluto silencio. De vez en cuando le encontraba mirándome fijamente, para después apartar su vista y perderse en el cielo por su ventanilla. Estábamos uno frente a otro, y cuando tenía esos gestos, me intimidaba sin saber por qué. No conseguir sacarle una sola palabra me desesperaba, pero más lo hacía no saber los motivos por los que estaba así.

Y qué decir, ¡claro que le estaba engañando! Pero Anker no le contó que había secuestrado a su hija, y lo que más me preocupaba: ¿Por qué motivo? No pensaba decirle ni una sola palabra y al parecer, él tampoco.

Cuando llegamos a Barcelona, casi tres horas después, salimos del aeropuerto por una zona que ni yo misma conocía. En ese momento fui consciente de la cantidad de contactos que poseía Jack, y eso me sobrepasó. Cogimos un coche de alquiler y nos dirigimos al club. Por mi parte llevaba la esperanza de poder encontrarlos allí, pero, sobre todo, de que Ryan, que fue el más perjudicado, estuviera bien.

Aparcamos en la puerta trasera del local, vigilando que no hubiese nadie en los alrededores. Bajé del coche sin quitarle los ojos de encima al hombre serio y mudo que llevaba a mi lado. Llegué a la puerta por la que siempre entraba y toqué al pequeño portero que había para el personal, esperando que alguien abriera. Segundos después, la puerta se abrió de par en par junto a una Eli con los ojos como platos, eufórica.

—¡Mica! ¡Mica! ¡Está aquí! —gritó.

Se abalanzó sobre mí haciendo que retrocediera varios pasos, y la empujé un poco para que entráramos.

—¡Dios mío! Te daba por muerta —aseguró con preocupación.

Sonreí sin hacer ningún tipo de comentario, y su rostro se tiñó sombrío al darse cuenta de quién estaba detrás de mí. Vi cómo Ryan bajaba las escaleras de la segunda planta con algo de dificultad, y pude soltar todo el aire contenido.

—¿Qué coño hace él aquí? —preguntó con rabia.

Alcé mi mano intentando que mantuvieran la calma, pero Jack no se acobardó detrás de mí, sino que dio un paso adelante para ponerse a mi lado. Ryan le contempló en la distancia y se aproximó a nosotros con gesto peligroso.

—¡Tú!

Fue lo único que dijo cuando ya llegaba a donde nos encontrábamos parados.

—Ryan...

No me dio tiempo a decirle nada más cuando el puño de mi guardaespaldas se estampó en la cara de Jack, quien le devolvió el golpe con saña. Ambos empezaron a pegarse puñetazos como si no hubiera un mañana, y me vi incapaz de poder separarles, dado que parecían dos bestias inhumanas peleándose. Los vasos de cristal de la barra volaron por todo el local cuando la cabeza Ryan pasó limpiándola.

—¡Jack! —le llamé, pero me ignoró.

—Te voy a matar —aseguró Ryan siseando, a la vez que le cogía del cuello con una sola mano.

Jack le dio una fuerte patada en el pecho y el otro le soltó. Vi sangre en el labio de Jack, mientras que a Ryan comenzaba a hinchársele el ojo izquierdo de manera preocupante. Mi guardaespaldas se echó mano a la espalda, y temí cuando sacó una pistola, a la misma vez que Jack le imitaba.

—¡Parad! ¡Parad! —pedí poniéndome en medio de los dos.

Escuché la puerta abrirse, y a lo lejos pude oír a Aarón con voz de sorpresa.

—Micaela...

—Deja que le mate —cizañó Eli—. Te ha secuestrado y a saber qué más, nos amenazó a los dos y disparó a Ryan, ¿has perdido la cabeza para defenderlo?

—No sabes una mierda —contesté en tono mordaz—. Así que cierra el puto pico.

Mi mirada le dolió, pero bien poco me importó en aquel momento en el que seguían sosteniendo con fuerza sus armas, sin apartarse los ojos.

—Micaela, ¡estás viva!

El tono de Aarón me sacó de mi fijación por los dos hombres que tenía delante, y los mismos por los que intentaba que bajaran las armas. Se me antojó que la sorpresa llevaba consigo una alegría, algo extraño para una persona que lo único que deseaba era meterte en la cárcel.

—Por favor, Ryan —tuve que ignorar a Aarón—, baja la pistola.

Apretó su puño libre, mientras que la otra mano seguía sosteniéndola en alto, sin dejar de apuntarle. Apretó los dientes visiblemente, y me temí lo peor cuando Jack, con chulería, le quitó el seguro a la suya.

—Jack, hazme caso. —Me puse entre los dos, y a la que apuntaban ahora era a mí.

—¿¡Micaela qué haces!? ¡Sal de ahí! —vociferó Aarón dirigiéndose hacia mí.

Me cogió por el brazo que daba a su lado, tratando de sacarme de la pelea de titanes que se miraban con rencor, pero la vista de Jack se posicionó en la mano firme que me sujetaba, y pude ver un atisbo de ira en ellos. Echaban chispas.

—Suéltame, Aarón —ordené.



—¿Estás loca? —Me miró enfadado, pero no me soltó.

—Te ha dicho que la sueltes.

El tono frío y aterrador de Jack retumbó en toda la sala, y las miradas volaron de los unos a los otros. La situación ya no podía ser más tensa, el aire se cortaba con un cuchillo.

—¿Me vas a decir tú lo que tengo que hacer? —Bufó, Aarón.

—Si quieres, te lo repito de otra forma.

—Jack... —le llamé, pero siguió sin hacerme caso.

Éramos pocos y parió la burra, cómo decía mi abuela.

—Por favor, vamos a tranquilizarnos —les pedí.

—Micaela acaba de llegar, creo que deberíamos escuchar su versión acerca del capullo antes de matarlo —indicó Eli, refiriéndose a Jack con tono duro.

—No creo que consiguieras matarme antes que yo a ti —aseveró el aludido con un cabreo monumental.

—¡Ya está bien! —grité.

Todo sucedió muy deprisa, sin darme tiempo a pensar, antes de que mi corazón latiera desbocado. Jack bajó su arma y pasó por el lado de Aarón propinándole un fuerte golpe con su hombro. Vi cómo este se giraba para encararle, pero le paré justo a tiempo. Salí a correr detrás de él cuando ya llegaba a la salida. ¿Adónde cojones iba?

—Jack, Jack —le llamé con desespero sin poder evitarlo.

Se giró con brusquedad antes de llegar al coche y casi me estampo con él.

—¿Te tiras al poli? —Arrugó su entrecejo con enfado. Me quedé paralizada mientras él negaba con la cabeza, para después pasarse una de sus manos por el mentón.

Vi que subía al coche y mi pulso se aceleró.

—Jack, espera un momento, ¿adónde vas? —Me paré justo en la puerta para que no pudiera subir.

Este me hizo a un lado y abrió sin mirarme. Cuando se montó, me contempló durante unos segundos que se me hicieron eternos y lo que dijo me descolocó.

—Cuídate, Micaela.

Un leve mareo se apoderó de todos mis sentidos, lo observé sin creerme que fuera a marcharse y, al escuchar el rugido del motor, intenté decirle que parara sin éxito.

—Jack, espera, ¡Jack! —chillé cuando cerró la puerta.

Dio un fuerte pisotón al acelerador y se perdió por la avenida, dejándome ojiplática y sin entender qué demonios acababa de suceder.



## EL RUSO

Estaba en el estudio recogiendo todas las pinturas esturreadas y colocando los cuadros que habían sobrevivido, cuando oí llamar a la puerta de la calle. Me asomé como de costumbre por el hueco que había entre la madera y la puerta, y vi a Aarón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

Pasó, cerrando tras él, a la vez que se quedaba a escasos milímetros de mí. Pensé por un momento en cómo sabría de mi escondite, hasta que recordé el maldito *dossier*.

—No sé nada de ti desde ayer.

Achiqué los ojos sin entender su aparente preocupación. Me di media vuelta sintiendo sus ojos clavarse en mi espalda. No le di importancia y seguí recogiendo, a la vez que él se agachaba para ayudarme.

—¿Desde cuándo te preocupo, inspector? —Mi tono sonó más irónico de lo que pretendía.

—Se supone que tenemos un pacto.

—El pacto no incluía vigilancia veinticuatro horas.

Se levantó del suelo al recoger un pincel, quedando de frente a mí. Le observé con una sonrisa pícara en mis labios, y vi sus ojos intercalarse entre los míos y mi boca. Entreabrí mis labios con toda la intención del mundo y me acerqué lo suficiente para intimidarle, susurrándole en el oído:

—O ¿es que quieres algo más que no me has dicho?

Fijó sus ojos con chulería en mí, e imitó mi gesto para mi sorpresa.

—Algunas veces, no todo se hace a cambio de algo.

Esa frase no entraba dentro de mi diccionario. Era mala, usaba a la gente a mi antojo cuando lo necesitaba, me gustaba y, en raras ocasiones podía decir que era al contrario.

Coloqué mi mano en su mentón, dejándolo de manera firme muy cerca de mis labios.

—Y, dime, Aarón, ¿cuántas veces has vuelto a imaginarme encima de ti? —susurré sensual.

No contestó, pero sus ojos brillantes fueron tan claros como el agua para darme esa respuesta. Sonreí victoriosa y me di la vuelta para seguir con lo que estaba haciendo. Gesto que se vio interrumpido cuando me sujetó por el brazo, me giró y estampó mi cuerpo contra la pared. Dio un fuerte golpe en esta cuando su mano se apoyó en ella de manera tentativa, mientras sus ojos hervían como la lava de un volcán. Acercó su boca rozando sus carnosos labios con los míos, en el momento en el que la puerta se abrió.

—Mica...

Ryan dejó las palabras en el aire al verme. Aarón se separó carraspeando, y yo le sonreí de manera cínica. Giré mis ojos con lentitud, provocándolo, hasta que terminé observando a Ryan. Le insté para que hablara, y lo único que dijo fue:

—Ven.

Pasé por el lado del hombre que, desconcertado, me contemplaba, y antes de marcharme añadí con superioridad:

—Mediremos las fuerzas en otro momento, inspector. —Arrastré la última palabra con conciencia.

Nos dirigimos al club, cuando Aarón se marchaba en su coche y, antes de entrar, Ryan me miró ofuscado:

—¿A qué juegas?

—¿Yo? —Me señalé, inocente.

—¡Oh, vamos! Se le nota a leguas. —Señaló el coche mientras se alejaba.

—¿El qué, Ryan? —Seguí haciéndome la tonta.

Me miró haciendo un gesto con los ojos, dándome a entender que sabía de sobra a qué se refería.

—Está claro que no solo quiere meterse entre tus piernas.

Elevé la vista al cielo, dejando la conversación. Empezaba a tenerlo en mi poder, y eso me gustaba, ya que de esa manera podría estar todo bajo control, tal y como deseaba. Cerré la puerta detrás de mí, sonriendo. Ryan era listo, muy listo.

—¿Sabes algo del soplapollas dos?

—No —contesté tajante.

Se paró en seco, para girarse lentamente achicando los ojos.

—¿Y ese «no»?

Me encogí de hombros.

—Pues que no sé nada de él.

Pasé por su lado para subir a mi despacho, pero me sujetó del brazo.

—Mica...

—Ryan... —Le imité.

—Dime que no te has colado por ese tío —más que preguntar, me lo suplicó.

Me reí, pero en realidad solo intentaba disimular para no aceptar la realidad aplastante que me carcomía.

—No, Ryan. ¿Contento? —Sonreí.

No se quedó conforme, pero conseguí que dejáramos la conversación.

Un rato después, golpeaba con fuerza un bolígrafo en mi escritorio mientras miraba la madera sumida en mis pensamientos. Llevaba dos días, desde que llegué a Barcelona, pensando la manera de acabar con Anker, todo eso creyendo que conseguiría que su hija se pusiera de mi lado. En dos horas volaría a Sicilia, donde un Tiziano crispado de los nervios me esperaba.

«La niñata está acabando con la poca paciencia que me queda». Fue lo último que me dijo el mismo día que le llamé, antes de colgar. Temí que se le fuera la mano con ella, pero confiaba en él, y esperaba que mis planes no se vieran afectados por su culpa. Me encargué de que Desi vigilara otra parte de mis negocios, de esa forma la mantendría alejada de la visita que hoy tendría y, por supuesto, cuando volviese mantendríamos una conversación nada agradable, ya que Ryan había conseguido las pruebas suficientes para ver que nuestros planes al secuestrar a Adara se habían visto afectados por su traslado de información.

Dos golpes secos se oyeron en la puerta, lo que me hizo levantar la vista.

—Ha llegado.

Fueron las únicas palabras antes de saltar de mi asiento, estirar mi vestido y caminar hacia la salida con decisión. Las horas de insomnio esos días me habían servido para obtener un beneficio

que esperaba estuviera de mi parte.

Oí el repiqueteo de mis tacones al bajar las escaleras y, a lo lejos, se encontraba de cara a la barra. Hacía tres años que no le veía, pero se mantenía con su porte serio y fiero que atemorizaba a cualquiera, al igual que su cabello seguía rubio con destellos platinos, como la última vez que nos vimos en el club. Y ahí estaba, otra de las personas que más me había querido desde que mis padres faltaron, desde que realmente lo necesité, junto a mi abuela.

Vadím Ivanov.

Llegué a su altura; él no se giró. De reojo comprobé que dos de sus hombres permanecían firmes en la misma posición que Ryan, con rictus tenso y hosco, sin perder detalle a aquel descabellado encuentro.

—¿Alguna vez te han dicho que los favores se pagan de una manera u otra?

Su grave voz, junto al acento ruso, me sobrepasó. Recordando viejos tiempos en los que sentí un verdadero aprecio hacia su persona. Muchos años atrás, incluso antes de que yo naciera, mi madre Irina tuvo una aventura con él. Una aventura dura y peligrosa para una muchacha tan joven como lo era ella por aquel entonces. Dados los enemigos de Vadím, el mismo decidió abandonarla y destrozarle el corazón de la manera más dolorosa posible: casándose con otra persona.

Mi madre estuvo perdidamente enamorada de él. Llegó a contarme en una ocasión un cuento, en el que, sin duda, la princesa era ella, y el ogro, el hombre que tenía delante de mí. No obstante, y tras aquello, dio la casualidad de que mi padre, Álvaro, conoció a Vadím en uno de los trabajos que le encargaron, allí hicieron buenas migas y, finalmente, no les quedó más remedio que mantener una relación cordial dadas las circunstancias que ellos vivieron con anterioridad.

—Me alegra ver que has venido —respondí, omitiendo su pregunta.

Se volvió, y su impresionante altura junto con sus ojos cristalinos me traspasaron. Pude contemplar cómo brillaban de emoción, a la vez que se nublaban por una fina capa.

—Eres la viva imagen de mi amada Irina —musitó.

Sonreí. Jamás pudo olvidarla y, el día que la asesinaron, la poca cordura que le quedaba la perdió poniendo en peligro su propia vida para vengar la muerte de mi familia. Sabía que no podía tenerla, y el destino le había devuelto el mayor de sus castigos. Dejó escapar a la mujer de su vida pensando que así la salvaría y, poco después, ella misma se metió en la boca del lobo con mi padre. A veces, las personas teníamos esa virtud, nos equivocábamos y lo volvíamos a hacer.

—Te veo bien. —Le miré con cariño.

Se acercó sin prisa, cogió mi mano y depositó un suave beso en ella.

—Te has metido en buen lío, Micaela —más que añadir, su tono salió con enfado.

—Me he metido en el lío que buscaba desde hacía muchos años.

Sonrió con sarcasmo.

—Mi reina —rememoré ese apelativo cariñoso, a la vez que los recuerdos me asaltaban—, te entiendo tanto, pero debes pensar que no será nada fácil.

—No me importa morir —sentenció, harta de que todo el mundo me aconsejara sobre eso.

Sus ojos me observaron durante un buen rato, mientras que sus labios permanecían sellados en una fina línea. Años atrás, alguien que quiso acabar con la mafia de Anker, y la de Vadím, encargó un trabajo en el que ganaba el mejor. Se conocían desde pequeños, y lo peor que Anker pudo hacer fue que no le temblara el pulso por conseguir aquel renombre que tanto deseaba, aunque eso conllevara acabar con la vida del que era como su hermano.

—Eres muy valiente, pero el mundo de las balas no está hecho para ti.

Después de decir eso, pasó por mi lado dejándome dolida, al saber que no estaba dispuesto a ayudarme. La rabia me cegó, apreté mis puños tanto que noté mis uñas clavarse en las palmas de mis manos y el aire salía de mi boca con gran agitación. Miré a Ryan de reojo, que permanecía en la misma posición, solo que esta vez, sus brazos se cruzaban a la altura de su pecho pareciendo más temible.

—¿Ya has olvidado a mi madre? —pregunté con saña.

Escuché sus pasos detenerse. La tensión se cortaba con un cuchillo, aún no me había dejado explicarle nada, ni siquiera tuvo la decencia de hacerlo.

—Nunca olvidaré a Irina. Pero es una batalla que no podrás ganar, Micaela. —Suspiró sin girarse—. Yo tampoco lo hice. Anker es peligroso, tiene más contactos que yo en todo el mundo. No conseguirás lo que quieres —hizo una pausa—, nunca.

Lo siguiente que oí fue la puerta de la calle cerrarse con un leve clic. Apreté los ojos con fuerza y un grito desgarrador salió de mi garganta. No pude evitarlo y descargué toda mi rabia contra lo que tanto tiempo me costó construir. Sujeté con saña uno de los taburetes de la barra y comencé a romperlo todo; copas, botellas, cristaleras... Los fuertes brazos de Ryan me sujetaron por detrás, mientras yo me revolvía histérica.

—¡¡Suéltame!!

—¡Tranquilízate! —exclamó sin apartarse.

—¡¡Suéltame, joder!!

Ryan hizo más presión en mi pecho, hasta que conseguí calmarme sintiendo que casi echaba espuma por la boca. Estaba cegada por la rabia, y no podía tranquilizarme lo suficiente.

—Quizá sea el momento de abandonar.

—¡No pienso darme por vendida! —Bufé.

—Ya has oído a Vadím. —Intentó que su tono fuese normal, pero sabía que lo estaba desquiciando.

—¡Me importa una puta mierda lo que haya dicho Vadím! ¡Es un cobarde!

—No lo es, y lo sabes. Es realista, Mica. —Hizo una pausa—. ¿Qué harás cuando la chiquilla no quiera decirte nada? ¿La matarás? ¿La devolverás a su padre? ¿Qué harás, Mica? —Su última pregunta fue recalcada.

Me solté como pude de su agarre, sentándome en el suelo abatida. Hundí mi cabeza entre mis manos, en el momento que un cristal que tenía en medio de mis piernas me observaba. Vi mi reflejo, mi desesperación, mi impaciencia, mi muerte, si seguía así. Respiré con fuerza, Ryan se sentó a mi lado y, mudo, esperó que me desahogase.

Sujeté un par de cristales, moviéndolos entre mis dedos igual que una jodida demente. Estaba perdiendo el juicio, pero de verdad. Los miré extasiada por el brillo que lanzaban cuando a contra luz, chocaban contra las luces del techo. Un reflejo...

—¿Qué pasa cuando la persona que quiere ser tú, obtiene todo lo que escondes? —pregunté absorta en la idea que cruzó mi mente.

—No te entiendo —preguntó confuso.

Contemplé de nuevo el brillo del cristal, con la mente cada vez más fría y las ideas más claras.

—Hay una cosa que no me queda clara. Secuestramos a Adara, y no se preocupa. Aunque no quieras a tu hija, un mínimo de aprecio le tienes, a no ser que sepas que ella no dirá nada —le miré fijamente—, porque sabes que la persona que la tiene, es inferior a ti.

Arrugó el entrecejo; yo son sonreí irónica.

—No consigo comprenderte —se mostró más ceñudo todavía.

—Anker no ha tenido a su hija en Atenas nunca, siempre ha estado en internados ¿no? —Asintió—. ¿Por qué? —cuestioné.

—Eso es absurdo, Mica. No la ha tenido con él porque le estorba.

Negué.

—No la ha tenido con él —suspiré contemplando la puerta de la calle absorta—, porque es una caja que esconde una preciosa joya. Una joya que, cayendo en las manos inadecuadas, puede destruirle. Solo hay que descubrir qué es.

Abrió los ojos comprendiendo que, si conseguía sacarle la suficiente información a la niñata, y obtenía lo que quería, podía jugar con esa baza a mi favor, ofreciéndosela a Vadím. De nuevo, la punta de mis dedos rozó el triunfo, y solo necesitaba un empujón más para alcanzarlo, por lo tanto, si tenía que torturarla hasta que hablase, lo haría. Con tono firme, sentenció:

—Nos vamos a Sicilia.

El cielo se tiñó de negro cuando llegamos a la casa de Tiziano, situada a la orilla del mar en un pequeño municipio llamado Cefalú, a setenta kilómetros de Palermo. La mansión Sabello estaba recubierta con amplios jardines que la rodeaban antes de llegar a la entrada principal. Los observé, seguida de Ryan que lo contemplaba todo. Miré a Eli cuando la escuché decir:

—Parece que le ha puesto un nivel a los setos para cortarlos.

—No veo a Tiziano con un traje de jardinero, dejando todo al dedillo —añadí riéndome al pensar en él.

—Ese italiano no sabe hacer otra cosa que no sea abrir la navaja, jugar con sus cuchillos y contar dinero.

El comentario de Ryan me hizo mirarle de reojo y regañarle, cuando uno de los hombres de Tiziano venía detrás de nosotros indicándonos el camino. La mansión era un lujo al alcance de muy poca gente, al igual que no había muchas personas que supieran de la existencia de la vivienda. Él vivía allí, apartado del centro, del mundo, como él decía siempre: tenía que despistar a sus enemigos.

Tiziano Sabello se había ganado un gran nombre dentro del mundo de los narcos, como yo le llamaba. Tenía varios campos con kilométricas extensiones en Colombia, a cargo de otros de sus miles de trabajadores que le cuidaban y sacaban la mercancía para distribuirla por todo el mundo. Manejaba cada asunto con meticulosidad, y pocas cosas eran las que se le escapaban de las manos, eso sí, si le traicionabas, estabas muerto tú y los que te rodeaban. En eso no tenía temple alguno.

—*Benvenuti*<sup>5</sup>!

Tiziano salió a la entrada de la mansión, donde había una gigantesca fuente de mármol blanco con una sirena que escupía agua por la boca. La contemplé, dirigiendo mi paso hacia el hombre que alzaba sus brazos junto a una sonrisa deslumbrante que iluminaba sus ojos. Llegué a su altura y este se abrazó a mi cuerpo con cariño.

—Pensaba que estabas muerta —susurró en mi oído.

—Todavía te queda un poco para deshacerte de mí. —Sonreí.

—Ven, tenemos que hablar.

Entrelazó nuestros dedos, saludó a Ryan con un apretón de manos sin soltarme, y a Eli la observó por encima del hombro con cara de pocos amigos. Ellos y sus tiritos. Poco después, los dos solos nos encaminamos hacia un salón impresionante donde nos sentamos en los cómodos

sillones que presidian la estancia con elegancia.

—He estado a punto de perder los papeles por completo con la puta niñata. —Bufó.

—Me imagino que eso quiere decir que no has conseguido nada.

Negó con la cabeza, juntando sus labios en una fina línea.

—La he dejado sin comer cuatro días, la he atado a una silla desnuda hasta que el sol saliese de nuevo, he chantajeado sobre todo a su padre y, ¿sabes lo que me ha dicho, la muy perra?

Alcé una ceja, interrogante.

—Que te jodan, italiano de mierda —añadió con gesto de enfado y gracia a la misma vez.

—Eso quiere decir que le importa poco su padre.

—O que está muy segura de que es intocable.

—Todas las torres caen, Tiziano —murmuré pensativa.

Soltó un gran suspiro, para después volver a preguntarme algo que me descolocó.

—¿Te puedo pedir algo?

Achiqué mis ojos a la espera de ese «algo».

—Nadie hace nada sin nada a cambio, o algo así decís mucho en España. —Meneó la mano con indiferencia.

Me tuve que reír.

—Nadie da nada a cambio de nada —rectifiqué.

—Eso. —Le restó importancia—. Pues, yo te diré que nunca te pediré nada a cambio de ayudarte a matar a ese cabrón de Megalos, pero me tienes que conceder una cosa.

—Lo cual quiere decir que sí me estas pidiendo algo a cambio. —Sonreí con ironía.

—No, no, no, escúchame.

Volví a cerrar mi boca para que me sorprendiera con su petición.

—Quiero que cuando todo esto termine, me entregues a la *ragazza*<sup>6</sup>. —Le observé sin entender para qué quería a Adara, no era más que una niña de dieciocho años que no sabía de la vida—. Te juro que voy a hacerle un collar con sus propias tripas.

Estaba loco, muy loco, a decir verdad. Y eso solo quería decir que le había tocado los cojones a base de bien. Asentí, convencida de darle lo que me pedía. Si sus contactos se unían a los míos, quizá pudiéramos conseguir que Anker se juntara conmigo en una misma sala.

—Ahora, llévame hasta ella —le pedí levantándome.

Asintió a la misma vez que un resoplo salió de su boca. Llegamos al sótano de la casa donde había una sala de juegos inmensa, hasta que cruzamos toda la estancia y una puerta de acero se presentó frente a mí. Ryan y Eli me acompañaron, junto a Tiziano, que pulsaba el código de seguridad con una parsimonia aplastante, me imaginé que por las pocas ganas que tenía de verla.

La puerta se abrió, encontrándome con una chica de porcelana. Su pelo rubio, tan largo como el mío, caía sobre su rostro demacrado y lleno de pintura corrida en sus mejillas. Sus ojos verdes me miraron con odio, en el mismo instante en el que me acerqué a ella. Me agaché para estar a su misma altura, a lo que respondió apartando la mirada de mí. Escuché el resoplido de Tiziano.

—Hola, Adara... —murmuré amenazante.



<sup>5</sup> Bienvenidos

<sup>6</sup> Muchacha



## UN TRATO

*Jack Williams*

Moví la pesa en mi mano derecha a la vez que pensaba en la maldita morena de ojos azules que me había robado la razón y el sueño. Acababa de verla entrando en su club, y no sabía cómo era capaz de tener esas agallas de seguir yendo allí, a sabiendas de que Anker podía estar siguiéndola desde cerca.

—¿¡Estás sordo!?! —chilló Riley.

No le presté atención cuando coloqué mis dos manos en la barra que tenía de pared a pared para hacer ejercicio. Mis pies dejaron de tocar el suelo cuando mi pecho sobrepasó el metal. Riley se puso delante de mí con cara de niño enfadado y me tuve que reír. No cambiaría en la vida.

—Si lo que pretendes es pasar desapercibido, por este camino vas un poco mal. ¿Quieres bajar la música? —Elevó sus brazos al cielo mientras preguntaba esto último.

Negué con la cabeza.

—¡¡Te vas a quedar sordo!!

Desapareció por la siguiente puerta, negando con la cabeza por no hacerle caso. Centré mis pensamientos en la manera en la que podía ayudar a Micaela para que no estuviese de por vida huyendo, pero Anker ya la había descubierto, al igual que gracias a la información que pudo encontrar Riley de las cámaras de seguridad en los aeropuertos de Atenas, me di cuenta de que habían secuestrado a una muchacha que no tenía ni idea de quién era, aunque, evidentemente, algo tenía que ver con Anker.

Bajé minutos después para coger una toalla y pasármela por la nuca, cuando Riley abrió la puerta de nuevo, solo que esta vez, estaba algo nervioso. Le miré a través de mis pestañas.

—Qué...

No me dejó terminar.

—Tienes visita. —Lanzó sus ojos hacia mi arma.

Mi rictus se quedó serio al entender que la visita no era agradable. Agarré la pistola y me encaminé hacia el pequeño salón que teníamos en el piso de Barcelona, donde estábamos. No creía que estuviese sentado en mi sofá, pero sí, sí que lo estaba.

—¿Tú?

—Guarda la pistola, soplapollas dos.

—No estás en posición de insultarme —me burlé mientras me acercaba.

—Tápate ese *pechote* de *machumen* y siéntate, que tenemos que hablar.

Elevó uno de sus brazos para colocarlo sobre la parte alta del sofá y cruzó una pierna tomando una posición cómoda que ni yo mismo entendí. Estaba claro que nuestra relación no era cordial, y mucho menos después de dispararle.

—¿Por qué estás aquí, Ryan? Y, lo más importante, ¿cómo sabes que estaba en Barcelona?

—Pues nada —añadió con chulería echándose hacia delante y juntando sus manos—, uno que pasaba por la gasolinera y te vio. —Sonrió vacilón.

Tenía un humor que no llegaba a entender dado la posición que siempre aparentaba con Micaela, y el aspecto de tipo duro y demoledor que daba a entender. He de decir que en una pelea mano a mano con él, ni por muchos años que me hubieran entrenado, le habría podido ganar sin hacer trampas.

—Me preocupo por las personas que tengo que cuidar, de otras que no son de fiar. Y ahí entras tú. —Me apuntó con el dedo.

—Y, exactamente, ¿qué te puede ofrecer la persona del equipo dos?

—Estoy seguro de que sabrás más cosas de las que le has contado a Micaela, y yo, que hago bien mi trabajo, también sé muchas de ti. Por lo tanto, te ofrezco un trato.

—Soy todo oídos.

—Nos vamos a Sicilia en unas horas, concretamente a la mansión de Tiziano, allí hay un paquete de vital importancia para Anker. —Le miré con desconfianza—. Ve, piensa la manera en la que quieres hacerlo y devuelve el paquete a su casa. Si conseguimos que Anker se confíe y nos dé margen para poder conseguir más información sobre cómo destruirle, saldremos todos con vida de esto.

—Pensáis que Anker es un libro abierto, y os equivocáis.

Resopló, pasándose una mano con desespero por el rostro.

—Micaela es una mujer que no se rinde tan fácilmente, y hasta que no consiga su objetivo no parará. Tenlo claro. Y, por supuesto, no pienso dejar que muera para nada, cuando se merece vengar la muerte de su familia.

Se levantó del sofá y, antes de dirigirse a la puerta, me observó de reojo.

—Lleva toda la artillería pesada que puedas. —Esta vez, volvió sus ojos hacia Riley—. Necesitamos un informático en el equipo. —Sonrió con chulería.

Cuando la puerta se abrió y, seguidamente la fue a cerrar, pregunté desde mi posición:

—¿Quién es el soplapollas uno?

Una carcajada salió de su garganta; yo esperaba ansioso dicha respuesta.

—El poli que tan bien te cae.

Cerró riéndose, y con las mismas dejé de oír sus pasos segundos después.

—¿Quieren que vaya yo?

Riley no daba crédito a lo que acaba de escuchar. No entendía por qué motivo se desvaloraba tanto, cuando era un genio en su trabajo y conseguía hasta lo imposible si se lo proponía. Pensé durante unos segundos, buscando la baza que necesitaba hasta que un plan cruzó mi mente. Elevé mis ojos hacia Riley y esté palideció.

—No me gusta esa cara.

—¿Qué cara? —pregunté recalcando las palabras.

—La de «Jack en estado puro».

Me reí, ¿qué cara era esa? Obvié su comentario y me levanté.

—¿Puedes conseguirme una conexión sin registros?

Puso cara de «¿me lo estás preguntando de verdad?».

—¿Puedes o no? —volví a preguntar con pesadez.

—¡Pues claro que puedo! ¿Qué coño de pregunta es esa?

Le urgí con un gesto, a la vez que este se ponía manos a la obra con uno de los ordenadores

tecleando igual que un poseído.

—Ya tenemos la IP en otro país, cuando quieras.

Asentí.

—¿A quién buscamos? —Esperó mi respuesta.

—A Anker Megalos.

Se giró en su silla hasta posicionarse frente a mí, después se quitó las gafas y me observó atónito.

—Si ese tío te ve, te rajará de pies a cabeza, ¿estás loco?

—No si tengo algo mejor que ofrecerle.

—¡Pero no lo tienes, Jack!

—Sí, sí que lo tengo —volví mis ojos a la pantalla, apremiándole.

Se puso a trabajar de nuevo y, cuando la conexión estuvo establecida, me apoyé sobre la mesa donde tenía sus tres ordenadores y esperé paciente a que la cara de Anker apareciese en pantalla.

Riley se apartó a un lado.

—No puedo creerme que tengas la desfachatez de llamarme. —Alzó una ceja.

Su comentario con sarcasmo no me sorprendió.

—Aunque tengas instintos asesinos contra mí, tengo que decirte que tengo un plan mejor para ti.

—Nunca tuve instintos asesinos contra ti, pero me has traicionado.

—No, no lo he hecho —aseguré de manera convincente.

—Entonces, te oigo, ya que no puedo verte.

—No es necesario, prefiero mantener las distancias —añadí con sorna—. Explicame el motivo por el que quieres a Micaela.

—Prefiero que me cuentes tú, ¿cómo has podido encapricharte de semejante monstruo?

Ese comentario me dolió. Ella no era un monstruo, nosotros sí. Obvié la última pregunta y jugué con esa baza también.

—Escúchame bien, Anker, porque solo hablaremos esto ahora, si no cumples las normas, el trato quedará exento y te mataré.

Rio como un tirano, pero prestó la mayor de las atenciones a la misma vez que sus ojos comenzaron a brillar de la emoción.



## SORPRESA

*Micaela Bravo*

Paseé mi mano con delirio por la blanquecina piel de la muchacha, era tan hermosa que se me hacía imposible pensar que era hija de Anker. No se parecían en nada, ni siquiera en los ojos. Los suyos eran verdes como los de una gata, salvajes pero dulces, los mismos que ocultaban miles de secretos. Comprobé su cuerpo desnudo, y pude apreciar que no había señales ni marcas, algo que me indicó que Tiziano había cumplido su parte del trato. Le eché un rápido vistazo y este levantó sus manos.

—No será por ganas de matarla. Le hubiera dado la paliza de su vida, pero te lo prometí.

Su tono gracioso a ella no le hizo ni pizca. Levantó el rostro cual leona, lanzándole un escupitajo que ni yo misma creí que consiguiera darle, pero me equivoqué, ya que manchó su pantalón.

—Putade mierda... —rabió.

Alcé una mano para detenerle cuando ya se acercaba a nosotros y este paralizó su paso. Le miré negando con la cabeza y, después, pedí que saliera de la habitación junto con el resto. Todos me contemplaron sin entenderlo, hasta que una mirada intimidatoria hizo que obedeciesen al instante. Cuando la puerta se cerró, volví mis ojos a la muchacha que aterrorizada por mi presencia me observaba con un miedo latente, lo que me demostró que todo ese carácter que acababa de sacar escupiéndole a Tiziano, no era más que una simple barrera de defensa al sentirse sola y aterrada, cuando en realidad lo único que deseaba era echarse a llorar y esconderse de cualquiera de nosotros.

—¿Te han tocado? —Fue mi primera pregunta.

No contestó.

—Si no hablas conmigo, difícilmente saldrás con vida de esta sala, y creo que vas a preferir que te torture yo, a que lo haga él. —Señalé la puerta.

—Mi padre os matará —murmuró con un hilo de voz.

—De eso, querida, no me cabe la menor duda.

Me levanté para quedar frente a ella. Cogí su mentón con mi mano, mientras se revolvía para apartar el contacto que estábamos teniendo, pero la sujeté con suficiente fuerza para que no pudiera hacerlo.

—Podemos hacerlo de dos maneras —permanecí en silencio unos segundos—, mírame.

Mi tono duro hizo que la niña asustadiza volviera con más pánico del que ya tenía.

—Uno: hablas conmigo, me cuentas la verdad y te dejo volver a casa para que te acunes bajo los brazos de papá —ironicé esto último, ya que sabía de sobra que Anker no le habría dado ni un triste abrazo en su vida—. O, por el contrario, podemos hacerlo por las malas. Puedo llamar al italiano que más detestas ahora mismo, después hacerlo con unos cuantos de sus hombres y

mandarle a papaíto un vídeo en el que te violan hasta la saciedad, para después descuartizarte y meterte en una caja de regalo.

Me miró horrorizada.

—Créeme, Adara, no es nada comparado con lo que tu padre me hizo a mí hace dieciséis años.

—Mi padre no es una buena persona, pero jamás tocaría a una niña.

Reí irónica, soltando su mentón de malas maneras.

—Si colaboras, yo lo haré también. Te doy hasta mañana al amanecer para pensarlo. —Me paré en la puerta de salida sin mirarla. Giré mi rostro antes de abrirla—. Piénsalo bien, no tendrás otra oportunidad conmigo.

Cerré tan despacio que apenas se oyó el clic. Tiziano esperaba con los brazos cruzados, dándose pequeños golpes en la barbilla con su dedo índice, mientras que Eli y Ryan buscaban información sobre el paradero de Achilles Fleros, el único hombre que quedaba con vida de los más antiguos miembros de la red de Anker.

El italiano elevó sus destellantes ojos hacia mí, y yo negué con la cabeza para darle a entender que no tenía buena pinta.

—¿Quieres que prepare el arsenal?

—Es una cría —mencioné con enfado.

—A las niñas como esa también se las puede torturar. Seguro que habla antes —sentenció rudo.

Pero no era esa la intención que yo tenía. Quería que Adara confiara en mí, no solo para poder sacarle la información que necesitaba, sino para que llegase al punto de traicionar a su mismo padre y ponerse de mi lado. Estaba segura de que podría causarle más daño que todos nosotros juntos.

—Las cosas no funcionan con todo igual, Tiziano.

Pasé por su lado viendo una mueca de desagrado en sus labios y me dirigí hacia la entrada de la mansión, donde me senté en las escaleras que accedían al interior, cuando una brisa refrescante corría atizando mi pelo con suavidad. Saqué del bolsillo de mi pantalón la pulsera que Jack me colocó con un localizador y la contemplé.

El mismo día que llegué, Ryan consiguió quitármela y pensé que ya no funcionaría y, además, ¿para qué la quería? Fui a tirarla hasta que como una gilipollas la guardé a sabiendas de que era lo único que tenía de él, en el sentido material. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? ¿Pensaría en mí de la misma manera que yo?

No, seguramente, no.

—¿Qué es eso? —preguntó Tiziano tomando la misma posición que yo.

—Algo que no sirve —respondí contemplando fijamente la pulsera.

—¿De alguien especial, quizá?

Giré mis ojos hacia él, a lo que movió los hombros con su habitual gracia, como si fuese un niño bueno, algo completamente equívoco de Tiziano Sabello.

—No.

Mentí. Claro que era especial, más de lo que quería reconocer.

—Y si no es especial, ¿para qué lo quieres?

—Eres muy preguntón. —Sonreí.

—Es mi especialidad. Los italianos hablamos mucho.

Le observé con atención. Era tan atractivo que quitaba el hipo a cualquier mujer o hombre

que estuviese a su lado, y no entendía cómo era posible que tuviera aquel carácter tan vivaracho en algunas ocasiones, cuando ser narcotraficante le debería de llevar más de un quebradero de cabeza, y más en la posición en la que se encontraba él. Era yo, con un simple club de prostitución camuflado, y todos los recientes acontecimientos me llevaban de cabeza por mucho que quisiera demostrar de cara al mundo lo contrario.

—¿Alguna vez has tenido especial interés por alguien? —pregunté curiosa.

Torció sus labios en otra mueca graciosa.

—Si te refieres a las mierdas esas —movió la mano en el aire haciendo círculos—, eso de las mariposas y no sé qué, no tengo ni puta idea. Yo estoy bien así, no tengo tiempo para tonterías.

Sonreí. Tan sincero como siempre.

—¿Eso quiere decir que te has enamorado? —Alzó sus ojos sorprendido.

—No exactamente —respondí sin sonar convincente.

Juntó sus labios haciendo una mueca de «ya»..., y después se agarró las manos, dejando sus rodillas en medio de ellas.

—Nos movemos en ambientes distintos a las personas normales, Tiziano. No tenemos cabida para el amor.

Cogió mi mano con fuerza haciendo que me sobresaltara, tiró de mí y mi cabeza cayó apoyada sobre sus muslos. Me miró desde su posición con un gesto risueño y pícaro, capaz de derribar cualquier muro de hormigón. La verdad era que no sabía cómo podía seguir resistiéndome a él dados todos sus intentos por llevarme a la cama.

—Yo te quiero, *bella*. En nuestra vida también hay lugar para eso, y para más. Aunque mis instintos —colocó una mano sobre mi vientre—, son más pecaminosos que otra cosa.

Dibujó un círculo invisible sobre mi camiseta acariciando mi pierna derecha hacia arriba con la mano que tenía libre. La situación me hizo sonreír, cuando vi bajar su rostro hasta quedar casi pegado al mío. Contempló mis ojos con la misma intensidad de siempre, solo que esa vez brillaban en exceso, y pude notar un bulto emergiendo de sus pantalones.

—Tiziano... —le advertí.

—Yo puedo darte la luna si la quieres —musitó sensual.

Sus labios rozaron los míos creando un cosquilleo.

—El placer y los negocios no deben de mezclarse. —Rompí toda la magia.

Puso los ojos en blanco y me tuve que reír; él imitó mi gesto. Era un moja bragas y encima italiano, pero su mayor defecto lo tenía cuando no veía más allá de sus razones, momento en el que perdía la cabeza por completo y el Tiziano gracioso desaparecía para dar paso a un tirano del que debías correr.

—¿Ni un poquito? —comentó con gracia.

—Ni un...

No pude terminar de hablar cuando escuché un montón de armas cargarse. Tiziano levantó la cabeza, y yo miré a la entrada de la mansión. No podía ser.

—Tienes una seguridad de mierda —anunció el nuevo visitante.

Sus ojos recayeron sobre mí, abrasándome, a la misma vez que negaba varias veces con su cabeza. Justo detrás de él estaba la persona a la que más me alegraba de ver. Iba enfundado en una camiseta y pantalón negro que remarcaba cada musculo de su cuerpo, momento en el que sentí mi garganta secarse.

—¿Qué mierda haces en mi casa? —preguntó Tiziano sin moverse—. Vas a morir —canturreó.

Jack sacó una pistola que se encontraba en su mano derecha detrás de su espalda y le apuntó. Los movimientos de las armas de los veinte hombres que le encañonaban volvieron a resonar. Abrí los ojos poniéndome en pie al instante. Tiziano me miró con confusión cuando me colocaba entre la pistola de Jack y él.

—No. Tiziano, diles a tus hombres que bajen las armas. —Lo miré suplicante.

—¡Ni loco! ¿Qué quieres, que me mate? —exclamó levantándose—. Vete de mi casa, mamón, si no quieres que te cosan a balas.

—Si me cosen a balas, tú recibirás alguna también —vaciló Jack.

Oí salir a otra persona y me encontré con Ryan que colocaba su pistola en la sien de Jack.

—¡Ryan! ¡Baja la puta pistola! —comenzaba a desesperarme visiblemente.

Riley permanecía detrás de Jack sin moverse, mirándolos a todos con terror. Por un momento pensé que se fundiría con la piel del hombre que no creía que estuviese en el mismo sitio que yo.

—No sé si irme con ella o contigo, porque tú tienes más papeletas de morir —escuché a Riley.

—Cállate, Fox —espetó su amigo, molesto.

—Te siguen apuntando. Esto no ha sido una buena idea —murmuró por lo bajo, pero todos le oímos.

Tiziano se puso las manos en las caderas, a la espera de ver el siguiente paso de Jack.

—Vamos, chulo, dispárame.

Me estremecí cuando Jack le observó con el peligro escrito en su frente. El italiano hizo un gesto de aburrimiento, a la vez que yo me ponía delante de él.

—Tiziano, deja que se explique por lo menos.

Achicó los ojos pegando su rostro a mí.

—¡Oh, *merda*! ¿Este es el especial interés? —preguntó elevando sus brazos al cielo—. No me lo puedo creer, ¡*mamma mia*! Vas de mal en peor.

No me atreví a mirar a Jack, sabía que por muy bajo que me hubiese hablado lo había oído. Toqué el antebrazo de Tiziano y este resopló como un toro.

—Deja las armas en el suelo, y que mis hombres te registren.

Escuché caer todas las armas de Jack, incluidos los cuchillos que llevaba en diferentes partes del cuerpo, a la vez que Riley levantaba los brazos hacia el cielo sin intención de moverse del sitio. Me acerqué a él y le di un abrazo.

—¿Aún intentado engatusarme para tu beneficio me has echado de menos? —preguntó irónico pero gracioso.

—Me preocupé mucho por ti —aseguré con mi rostro en su cuello.

Me devolvió el abrazo y suspiró.

—Creo que no he tenido a una mujer en mi vida tan cerca.

Escuché el bufido de Jack mientras yo sonreía. Tiziano, con desconfianza, les dejó pasar al interior de la mansión, eso sí, con diez de sus hombres en la misma sala, aunque pudieron guardar sus armas.

—Está claro que no se fía de ti —murmuró Riley.

—Ya veo... —respondió el aludido con desdén.

Tiziano, con los brazos en jarras, los miró a los dos mientras yo me ponía a su lado observándolos con interés. ¿Cómo sabían que estábamos allí? Y, lo peor de todo, ¿para qué habían ido?

—¿A qué se debe esta agradable visita? —preguntó Tiziano con retintín.

Jack le miró desde su posición, mientras Riley se acomodaba en uno de los sillones. Su amigo negó con la cabeza, poniendo mala cara. Era de lo que no había.

—¿Qué? —espetó—. Estoy cansado de tanto viaje y yo, la verdad, es que no sé qué hago aquí con tanto mafioso.

Tiziano achicó sus ojos fulminándolo.

—¿Quién es este friki?

—¡No soy un friki! —se ofendió—. Bueno, algunas veces sí.

Me reí, y Jack me miró de reojo prendándose de esa sonrisa. Carraspeé cuando vi que sus ojos se clavaban en mí notando el habitual calambre.

—Tengo entendido que tenéis algo que no os pertenece.

Tiziano me observó de reojo.

—Y ¿por qué has llegado a esa conclusión? —preguntó el italiano.

—Porque el friki que se sienta en tu sofá es muy inteligente —añadió Riley, mientras sacaba una maquinita donde se ponía a jugar a uno de sus videojuegos.

—¿Qué se supone que no nos pertenece, asesino? —recalcó aquella última palabra con desdén.

—El italiano de pacotilla te está provocando —cizañó Riley.

Tiziano sacó la pistola de detrás de su pantalón apuntando al joven e inteligente muchacho que soltaba comentarios sin ser consciente de la situación tan tensa que estábamos viviendo. Posé mi mano sobre el brazo de Tiziano y le insté con la mirada para que bajase el arma.

—Riley —le llamé y me miró—, controla la lengua.

Asintió, cerró su boca como si fuese una cremallera y tiró la llave invisible de la misma forma que si colase una canasta. Disimulé mi sonrisa todo lo que pude, ese hombre me podía con creces.

—Habéis secuestrado a una chica en Atenas. Una chica que Anker busca.

—Vaya, ¿no se suponía que ya no trabajabas para él?

Dejé que ambos hablasen, manteniéndome al margen.

—Y no lo hago. Solo intento remediar que los problemas para cierta persona no vayan a más.

Tiziano cerró la boca. Elevé mis ojos y vi que los dos me estaban mirando. Esa cierta persona era yo.

—Dadas las horas, seré cortés y os dejaré quedaros en mi casa. —Se giró hacia mí y susurró en mi oído, a la misma vez que posicionaba una de sus manos en mi cintura—: No grites mucho esta noche, o me veré obligado a unirme a la fiesta.

Le devolví una mirada de disgusto ante su comentario, viendo su sonrisa de oreja a oreja. Giré mis ojos hacia Jack y me percaté de su descontento al ver las manos de Tiziano sobre mí.

—Ven conmigo, friki de las maquinas, voy a enseñarte tu habitación mientras los mayores tienen una charla privada.

Al italiano también le gustaba picarle, de eso no cabía la menor duda.

—Puedo hundir la mitad de tu negocio cuando me dé la gana, no me tienes —comentó como el que da los buenos días.

—¿Ah, sí? ¿Cómo has dicho que te llamabas? —le preguntó Tiziano.

—No te lo he dicho —canturreó.

—Yo soy Tiziano Sabello. —Extendió su mano, y Riley le siguió el juego—. ¿Te apetece una copa?

—Riley Fox y, si es sin veneno, sí.



El italiano soltó una gran carcajada que resonó en todo el salón, mientras salían entre picadillas y palabras tontas, cerrando la puerta tras de ellos. Jack se cruzó de brazos, yo me apoyé en el filo de la gran mesa de madera antigua que había a mi espalda. Pude comprobar su escrutinio, poniéndome más nerviosa de lo normal, aunque de cara a sus ojos, aguantaría el porte de cualquier manera. Tomé una gran bocanada de aire, sabiendo que en la posición que me encontraba, con las manos hacia atrás sosteniendo mi cuerpo sobre ellas, estaba un tanto provocadora.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Porque te puse un localizador —respondió sin más.

Era imposible que funcionara, se había mojado y golpeado un millón de veces.

—¿Es resistente al agua? —Alcé una ceja. Él no rio por mi comentario.

—Te dije que no me mintieras —sonó más a advertencia que a otra cosa.

—Y no lo he hecho. Te conté toda la verdad.

Dio un paso hacia mí de manera intimidante, pero, antes de llegar, se paró procesando la información que tenía en su mente, supuse que para contarme más o menos. Como siempre hacia.

—¿Qué hacías en Atenas? —preguntó serio, refiriéndose a la primera vez que nos encontramos allí.

Junté mis labios en una fina línea, si lo sabía, ¿para qué me estaba preguntando?

—¿Quién es esa chica a la que raptasteis?

Dio otro paso más; yo no me moví del sitio. Moje mis labios con la punta de mi lengua, y después desvié la mirada de los ojos más bonitos que había visto nunca.

—Adara Megalos.

Su rictus se endureció, dando paso a la confusión. Una confusión que ni yo misma entendí por qué motivo sentía, cuando había estado trabajando toda la vida prácticamente con él.

—¿Anker tiene una hija? —se extrañó.

—¿No lo sabías?

Negó.

—Dime dónde está. —No era una petición, sino una orden.

—No mandas en mí, Jack, no lo olvides —le reté, irguiéndome en mi posición—. ¿No tienes nada mejor que hacer? Aquí no estás en tu país y juegas con desventaja. Márchate.

No sabía qué era lo que me enfadaba más, si su pasotismo hacia mi persona o la manera en la que me estaba tratando desde que había llegado, cuando yo era la única que evitó que los cosieran a balas. Pasé por su lado con aires de superioridad sintiendo que el humo salía por mis orejas, pero me impidió llegar a la puerta antes de lo previsto, poniéndose detrás de mí, intimidante.

—Estás jugando con fuego, y te vas a quemar —murmuró—. Anker no es uno de los hombres a los que puedas manejar a tu antojo y se lo cobrará de la forma que sea si sigues por el camino que vas.

—Y, dime, Jack —me giré, encarándole—, ¿acaso te importa lo que me pase? Me engañaste, me secuestraste, ibas a ser mi verdugo, después me salvaste y ahora, ¿ahora qué coño pretendes? ¿Que no te maten a ti, o a mí? —Mi tono duro hizo que se cabreara más, aunque no lo demostró.

—Llévame con ella.

Abrió la puerta y me instó a salir.

—Te he dicho que no —sentenció.

—Y yo te he dicho que me lleves hasta ella. No me hagas repetirlo —amenazó.

—No me das miedo —le reté.

Pegó su rostro al mío, frunciendo el entrecejo más de lo normal, creando de esa manera la imagen del tipo duro y tentador que era, y a mí solo se me derretían las neuronas.

—Pues deberías.

Fueron sus últimas palabras antes de salir delante de mí. Buscó por toda la casa las voces que se oían, yo iba detrás de él sin saber muy bien por qué, hasta que abrió una de las puertas donde estaban Tiziano, Riley y Ryan.

—Tiziano, llévame hasta la muchacha —dijo tajante.

—¡He dicho que no! —Me puse delante de él, volviendo a encararlo.

No me miró, se apartó de mi lado posicionándose delante del italiano.

—Tiziano, si no me entregas a la hija de Anker, destruirá todo lo que haya a su paso hasta cavar tu propia tumba.

La ira me sobrepasó en el momento en el que vi la forma que tuvo de ignorarme, como si mi opinión o mi manera de pensar no significaran nada para él. El italiano me contempló, preguntándome con la mirada qué era lo que yo quería hacer. Ryan se levantó con su gesto serio e implacable, acercándose a nosotros, no se fiaba de él, eso no hacía falta que lo jurase.

—¿Micaela? —preguntó Tiziano, esperando mi respuesta.

Jack se giró para aniquilarme con los ojos, sonreí victoriosa sin poder remediarlo y, seguidamente, me puse a su lado con aires de superioridad, ¡por capullo!

—¿Para qué quieras verla? —pregunté sin mirarle cogiendo una bola de adorno que había sobre la mesa.

—¿Qué quieres tú de ella? —gruñó.

—Información.

—¿Sobre qué? —comenzaba a desesperarse, y estaba dejando ver ese estado en su voz.

—Achilles Fleros.

—Te la daré yo mismo. Deja que la vea y hable con ella, después me la llevaré.

No era un mal trato, dadas las circunstancias, ya que después de conocer a Adara en persona y ver el poco interés que su padre mostraba hacia ella, quizá mi teoría de que fuera un diamante en bruto no era tan acertada, y lo mismo no tenía ni idea de los negocios de su padre ni de la gente que le rodeaba. Tiziano y yo nos miramos y, al final, el italiano habló:

—¿Con las mismas condiciones?

—Con las mismas condiciones —respondió serio.

Sabía que se referían a lo que Jack dijo en la entrada: «Solo intento remediar que los problemas para cierta persona no vayan a más». No entendía el motivo de su preocupación, si luego me trataba igual que a una mierda o, mejor dicho, no me trataba. Pero si conseguía una ventaja con Anker mientras acababa con el malnacido de Achilles, podría hundir sus fuertes un poquito más hasta dejarlo solo, sin apoyo y en la más miserable de las ruinas.

Me acerqué a él de la misma forma que una amazona salvaje y le miré desde mi posición, quedando hombro con hombro. Tenía muy claro que quizá le entrase por un oído y le saliese por otro, pero también quería marcar mi territorio y darle a entender que conmigo no intentara ir de listo.

—Puede que con esa cara bonita consigas lo que quieras —murmuré sensual—, puede que seas el mejor asesino a nivel mundial, pero —hice una pausa, él no me miró, sino que sus ojos seguían fijos en Tiziano—, si me traicionas, si juegas a dos bandas —le miré intimidante—, me

aseguraré de que termines suicidándote con tu propio rifle.

Pude apreciar una sonrisa traviesa a la misma vez que sus esmeraldas brillaban en exceso. Avancé con paso decidido a la salida, para después llegar seguida de Jack y Tiziano a la entrada donde la chiquilla se encontraba.

—Esperad un momento. Ordena que me traigan un manta —le pedí al italiano.

—¿Encima vas a ser servicial con esa zorra?

—Tiziano, dame la puta manta. —Bufé.

—No me lo puedo creer... —murmuró entre dientes mientras se dirigía en busca de uno de sus hombres.

Abrí la puerta, encontrándomela en la misma posición que la otra vez. Elevó sus ojos con miedo cuando escucho el clic, pero en el instante en el que me vio pude apreciar un halo de luz en sus ojos. Cerré tras de mí encaminando mis pasos hasta llegar a su altura. El sótano en el que estaba era tan siniestro que era digno de pertenecer a una película de terror. En el gran espacio solo se encontraba la silla donde Adara estaba y, sobre su cabeza, había una gran ventana por donde pasaba la luz del foco que había en el terrado. Era un sitio aterrador que, obviamente, Tiziano usaba para sus torturas.

Comprobé que sus muñecas estaban fuertemente atadas, incluso empezaban a tomar un color morado que no pintaba nada bien. Toqué el nudo para ver la fuerza con la que estaban apretadas y pude confirmar que era imposible que consiguiese sacar sus pequeñas manos ni abriéndolas un poco.

—Hay alguien que quiere verte —anuncié.

Me miró de reojo con sus tristes ojos, donde pude ver el cansancio que transmitían.

—Voy a traerte una manta para taparte y te desataré las cuerdas.

Salí de nuevo, encontrándome con un Tiziano ofuscado. Me acerqué peligrosa a él y metí mi mano en el bolsillo del pantalón bajo los atentos ojos de Jack, y los sorprendidos del italiano, quien mostró una sonrisa lasciva con aquel gesto. Le quité la navaja y entré sin dar explicaciones.

Desaté las cuerdas de la niña, a la vez que cubría su cuerpo con una manta. Ella me contemplaba con asombro.

—¿Por qué me estas soltando? No me conoces —musitó.

—¿Vas a portarte mal? —ironicé, la vi negar con lentitud sin apartarme los ojos de encima—. Entonces no tengo nada que temer, ni por qué estar en guardia contigo.

Escuché disparos en el exterior de la mansión. El vello se me erizó a la misma vez que Adara me observó con horror, ¿qué demonios estaba pasando?



## EL CAMBIO

Sujeté con fuerza el brazo de la muchacha que intentaba mantenerse en pie debido al nerviosismo que recorría su cuerpo.

—¿Por qué están disparando? —preguntó asustada.

—No lo sé. —Miré hacia la puerta en el mismo momento en el que se abría.

Tiziano entró con la cara desencajada, sujetando su arma con fuerza.

—Tenemos que irnos, Anker está aquí.

Noté un leve acelerero en el pecho, giré mi vista hacia la muchacha que no mostró ningún signo de emoción, cosa que me extrañó. Jack entró al instante, quedándose parado antes de llegar a nosotras. Inspeccionó a la chica durante lo que pareció una eternidad y, después, vi confusión en sus ojos.

—¿Es ella? —preguntó con seriedad.

Asentí.

Dio dos pasos más poniéndose a la altura de la chica que temblaba descontrolada ante el imponente hombre que tenía delante. Pero noté un leve cambio cuando sus ojos conectaron, y algo parecido al nombrado «celos», me acribilló.

—¿Tú eres Jack Williams?

El aludido asintió, Tiziano y yo nos miramos sin saber qué sucedía cuando la muchacha se abrazó a él con fuerza y después pude comprobar que una lágrima caía por sus ojos. Con una delicadeza que no había visto hasta entonces, la apartó de su pecho para cogerla por los hombros con confusión.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Tenemos que irnos! —avisó Ryan apareciendo junto a Eli.

Miramos hacia la puerta, cuando en un despiste, Jack sujetó con fuerza a Adara y la pegó a su pecho, poniéndola de cara a nosotros mientras nos apuntaba con su arma. Abrí los ojos sorprendida, ¿qué cojones estaba haciendo?

—Ya sabía yo... —Tiziano negó con la cabeza.

—Jack... —musité.

—Apártate —me dijo—, hazme caso. Tiziano, si no quieres que sigan haciendo una masacre, colabora.

—Te voy a matar... —murmuró el italiano con un cabreo monumental.

Encerró a todos dentro del sótano, menos a mí. En la puerta se oyó un fuerte puñetazo, dado seguramente por el dueño de la casa o por Ryan, que pareció menos sorprendido de lo que esperaba. Subimos las escaleras que daban a la primera planta cuando los disparos cesaron. Jack me apuntaba con el arma, a la vez que con la otra mano sostenía a una cría que le contemplaba con adoración.

—¿Todo esto ha sido para matar dos pájaros de un tiro?

No contestó. No llegué a comprender por qué demonios me dejó escapar para después entregarme de nuevo. ¿Tan poco valía para él? Le di vueltas a mi cabeza mientras llegábamos a nuestro inminente destino y, antes de cruzar esa línea, Jack frenó su paso y me miró fijamente.

—¿Qué es para ti tener especial interés por alguien?

Enmudecí. Adara nos observaba a ambos.

—Algunas cosas es mejor no saberlas —respondí lo mismo que él me dijo aquel día en el barco.

Asintió con lentitud un par de veces hasta que abrió la puerta y se colocó delante de ambas. Apretó el cuello de Adara con su brazo izquierdo, presionando su cabeza con la pistola, en el momento en el que los hombres de Anker nos apuntaban. Mi peor pesadilla apareció quitándose el polvo de sus zapatos de manera despectiva, hasta que sus ojos chocaron con los míos.

—Pequeña...

Una bocanada me subió por la garganta al escucharle, y Jack se tensó en exceso.

—Alguna vez te han dicho que los actos que hacemos tienen consecuencias, ¿verdad?

Miró a su hija y este le instó para que su antiguo hombre la soltara. No lo hizo.

—Anker, dile a tus hombres que bajen las armas y se marchen. —Le observó con ferocidad, pero su oponente no se achantó.

—Y lo cumpliré al pie de la letra, Williams, pero antes déjame tocar su rostro, solo una vez más —murmuró con un deseo aplastante en sus labios, y eso me asqueó.

—No vas a ponerme una mano encima —sentencié.

Rio de una forma escalofriante.

—¿Cómo está tu abuela, Micaela?

El corazón dejó de latirme. Fui a dar un paso hacia él cuando noté la rabia correr por mis mejillas, en el mismo momento en el que Jack extendió un brazo y me lo impidió.

—Como la toques te juro que...

No me dejó terminar.

—Una sola vez... —murmuró de nuevo, dejando que los pensamientos lo llevaran a otra parte de la que no quería ni acordarme—. Si no es ahora, será en otro momento. Dame a la muchacha —exigió.

—Haz lo que te he dicho, Megalos.

El rugido de Jack me puso los vellos como escarpías. Los hombres de Anker desaparecieron por la puerta y, seguidamente, se subieron a sus coches. Adara miró a Jack por última vez, antes de que desaparecieran por la puerta, a la misma vez que Anker la impulsaba para que anduviera más rápido. Por algún motivo, quería desaparecer con ella cuanto antes, y eso no me daba buena espina.

—Nos veremos en otra ocasión, Micaela, no lo dudes.

Y con la amenaza sembrada en su voz, y parte de la entrada de la casa de Tiziano hecha trizas, subieron a sus vehículos y se marcharon en mitad de la madrugada. Me volví furiosa hacia el hombre que tenía a mi lado y que, pensativo, contemplaba la puerta.

—¿Qué cojones ha sido esto? —Señalé mi alrededor.

—Algo necesario —sentenció.

—¿Algo necesario? ¡Has puesto en peligro a todos los que estaban en la casa! —chillé.

Recordé a mi abuela en ese mismo instante y corrí como una desesperada hacia el primer teléfono que encontrase, momento en el que vi la mano de Jack extenderse hacia mí.

—Sigue en Cuba, solo se ha marcado un farol. Pero debes de tener cuidado si no quieres que sufra. Podría encontrarla si se lo propusiera.

—¿Diga?

La voz de mi abuela me sacó de mis pensamientos, y durante unos minutos pude hablar con ella y saber que estaba bien, hasta que las voces de Tiziano llenaron toda la entrada de la mansión y, a continuación, vi su potente puño volar hacia la cara de Jack. Colgué a toda prisa para evitar que mi abuela preguntase, y me atreví a meterme en medio de los dos titanes que se daban hostias sin detenerse. Ryan impidió que saliera mal parada, cuando mis pies dejaron de tocar el suelo.

—¡Ryan! ¡Bájame!

—No, Mica, de esto ya me encargo yo. Salid fuera, las dos.

Eli siguió a Ryan hasta un salón donde nos metió a ambas y vi a Riley salir de detrás de una de las estanterías.

—¡Se van a matar!

Solo escuchaba voces, insultos y miles de golpes que resonaban con fuerza. Si no los detenían, iban a salir bastante perjudicados y parecía que a los demás les daba absolutamente igual.

—¡Riley! ¡Haz algo!

Toqué la puerta con fuerza, pero nadie me abrió. Había cerrado desde fuera y me imaginaba a Ryan con los brazos cruzados, mirándolos como si estuviera viendo boxeo.

—Yo no me pienso meter, que seguro que me rompen las gafas —soltó.

Eli rio, pero a mí no me hizo ni puta gracia. Me senté en el sofá con mi pierna derecha temblando debido a los nervios y las ganas de matar a Jack si no me daba las explicaciones que me debía, hasta que quince minutos más tarde la puerta se abrió y Tiziano pasó con la cara llena de magulladuras. Me levanté como un vendaval y me dirigí hacia él.

—¿Dónde está? —pregunté seria.

—¡Y yo que *merda* sé! ¡Sabía que no se tenía que haber quedado aquí! ¡Lo sabía! —anunció dirigiéndose hacia la barra para beberse un trago.

Enfadado parecía más fiero, más temible, y de reojo vi la forma en la que Eli le miraba. No estaba segura, pero no tenía pinta de ser indiferencia, sino preocupación. Se levantó, dirigiendo sus pasos hacia el italiano que maldecía una y otra vez a Jack y a toda su estirpe.

Salí en su busca, viendo a lo lejos sus manos fuertemente apretadas a la barandilla que daba al mar, desde donde pequeñas olas impactaban contra las rocas que había justo debajo. Mis pies se quedaron anclados en el suelo al verle, grabando en mi memoria cada línea de su cuerpo, el mismo que me hacía perder la razón como jamás me había sucedido. Volví en sí cuando sus ojos conectaron con los míos en la oscuridad, apenas podíamos vernos el uno al otro, pero según avanzaba le podía admirar con más claridad.

—Quiero explicaciones —sentencié mirándole fijamente.

Crucé mis brazos a la altura de mi pecho, en un intento de poder alejarme de él, aunque solo ellos pudieran protegerme. Me atravesó con su fiera mirada, para después volver la vista al mar.

—Tendrás la libertad que necesitas para seguir con tu vida sin tener que mirar atrás, eso te lo garantizo. A cambio, Adara tenía que volver con Anker, ahora sé por qué. —Negó con la cabeza, sorprendido aún porque tuviera una hija—. Ya puedes volver a España.

«Lo que quiero es que me abrases y me beses hasta que me desmaye...».

Mis pensamientos comenzaban a asustarme de verdad.

—Anker no es una persona fácil de convencer y mucho menos de conformar. Dime qué más hay —exigí.

—No hay nada más que debas saber.

Recordé la amenaza de Anker, no sería un pacto que durase mucho tiempo. Sabía que tarde o temprano vendría a por mí. Ya acabó con mi familia, y no dejaría ningún cabo suelto que le perjudicase. Y no hacía falta decir que no iba a darme por vencida. No había conseguido sacarle la información que necesitaba a Adara, pero encontraría la forma de derrumbar todas las fortalezas de su padre. Jack se dio la vuelta mientras yo seguía observándole estupefacta y exploté de la misma forma que lo hacía un volcán.

—¿¡Cómo que no hay nada más que deba saber!?

Comenzó su camino hacia la mansión.

—¡Jack! —grité—. Deja de ignorarme y cuéntame las cosas. ¡No puedes usarme para lo que te dé la gana! —Me dejé la garganta.

Entraba en el interior, pero no me importó y seguí con mis voces, parecía una jodida histérica y, lo que más coraje me daba era su silencio acompañado de un pasotismo que me desesperaba.

—Ya sé —dije a mala idea—, lo único que quieres es remediar el gran error que cometiste al salvarme, es eso —añadí segura de mí misma—. Y la genial idea que has tenido es la de vendernos a todos, ¿¡es eso, Jack!?! —vociferé todo lo que pude y más.

Los presentes que se encontraban en el salón me contemplaron sin abrir la boca, cuando en ese momento, Jack se giró y casi se estampa conmigo. Sus ojos echaban fuego, y no esperé la contestación y el tono exagerado en el que me dijo:

—¡¡Yo no he vendido a nadie!! ¡¡No soy como tú!!

Noté mi pecho subir y bajar a grandes escalas a la vez que sus bonitos ojos estaban cubiertos por una capa extensa de rabia y odio hacia mí. Me dolió tanto su último comentario que cerré la boca estupefacta, sin saber qué contestar.

Yo jamás le vendería.

—¡Riley! —El aludido pegó un bote de su asiento, pero Jack no dejó de abrazarme con sus ojos—. ¡Nos vamos! —gritó desenchajado.

Me quedé paralizada cuando cruzaban la puerta del salón en dirección a la calle. Giré mi rostro lo suficiente para verle por última vez y, antes de que se marchase, le dije en el tono más frío y dañino que pude:

—Me debes una cosa, y no se me olvidará.

Se detuvo, imitando el mismo gesto que yo.

—Y te la daré. En cuanto sepa la localización de Achilles lo sabrás —hizo una pausa—, y después de eso, no volveremos a vernos. No quiero volver a tener nada que ver con tus mierdas.

Tragué saliva al pensar en ese pequeño detalle. «No volveremos a vernos», me repetí como un mantra, escuchando sus pasos desapareciendo. Ryan avanzó hacia a ellos, me contempló de reojo y se perdió en la salida. Eli lo hizo también.

Tiziano dejó su vaso de cristal sobre la pequeña barra que tenía en la entrada y avanzó decidido hacia mí.

—¿Esta fue la ayuda que tuviste? Fue él —afirmó.

Después de volver de Atenas, cuando Jack me secuestró, no le di explicaciones a nadie, excepto a Ryan, a quien le conté paso a paso lo que sucedió. Simplemente les contenté argumentando que me habían ayudado. Nadie preguntó nada más y, en el caso de que lo hubiesen hecho, no habría contestado. No sabía los enemigos que podía tener Jack, y la persona

menos indicada para contarle una verdad como esa era Tiziano. Las drogas y los asesinatos eran dos cosas completamente distintas, pero no dejaban de estar relacionadas en el mundo de las mafias y, lo que menos deseaba, era que Jack o Tiziano tuvieran más problemas por mi culpa. Ahora lo que rondaba mi cabeza era la parte que no me había contado respecto a ese supuesto trato, ¿le afectaría a él?

Asentí ante la mirada de Tiziano.

—¿Sabes quién es él? ¿Le conoces? —Señaló la puerta, aunque ya no estaban allí.

Negué.

—Solo sé lo que Ryan pudo investigar.

—Entonces, supongo que sabrás que es el mejor asesino del mundo y que perteneció a la red de asesinos de Anker.

—Sí, sí lo sé —murmuré.

Él no me quitaba los ojos de encima.

—Cuando se marchó de allí para ir por libre, Anker intentó acabar con su vida.

Se hizo el silencio, y volví mis ojos hacia él esperando que siguiera hablando.

—No quedó nadie para poder contarle. No pudo doblegarle, y la única opción que le quedó fue asimilar que alguien como él había creado su propio nombre, superándole a él, a Anker.

—No sé a dónde quieres llegar.

Colocó sus manos en mis hombros, a la vez que acercó su rostro un poco más.

—Los favores se devuelven —calló—, siempre —recalcó—. Él te hará un favor, te dirá dónde está Achilles, pero ten en cuenta que ya te ha salvado la vida, y le debes dos. Se los cobrará cuando menos te lo esperes y, por lo que veo, sabe mucho de ti.

—Él no es así —susurré sin querer escucharle.

—Es un asesino, Micaela. —Su tono se endureció.

—Pero no es así —me negué.

—¡Micaela! Baja de la puta luna —se desesperó—. Es un tipo peligroso y cuanto más alejada estés de él, será mejor. No sabes si trabaja para Anker y lo único que está haciendo es para el beneficio de su jefe.

Aparté sus manos de mí como si quemaran, a la misma vez que arrugaba el entrecejo.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté atónita.

—Conozco a ese tipo de personas, y un asesino, el mejor —remarcó—, no suele ayudarte sin ningún motivo aparente para que cumplas una venganza que a él no le importa una mierda.

Negué con la cabeza, pero empezaba a juntar piezas del puzle que no me gustaban.

—Estás dejando que tus sentimientos influyan y es lo peor que puedes hacer —insistió, siguiéndome cuando comencé a caminar—. Piensa con claridad, ¡hazme caso por una puta vez!

Me giré enervada y le encaré.

—¿Y por qué debería de fiarme de ti!? —Le di un golpe en el pecho con saña—. ¡Tú no eres mejor que él!

—No, no lo soy, pero no tenemos nada que ver, y yo te conozco desde hace ocho malditos años, ¡no me compares!

Elevó sus brazos al cielo con frustración. Ryan entraba junto a Eli en ese momento, dirigí mis ojos furiosos hacia este y firme le dije:

—Cuando amanezca, nos vamos. Volvemos a la rutina.

Conduje mis pasos hacia mi dormitorio a la vez que escuchaba a Tiziano chillar:

—¡Micaela! ¡No puedes hacer eso! ¡Micaela!



Eli salió corriendo detrás de mí y, antes de entrar en el dormitorio, agarró mi muñeca.

—Mica, estamos todos en peligro. Si abrimos el club nos arriesgamos a que vuelvan, y no tendrás donde esconderte.

La miré con decisión.

—No habrá una próxima vez. Si no puedo destruirle, antes o después vendrá a por mí, y si no puedo con él, moriré en el intento.

—Mica... —murmuró con tristeza.

Entorné la puerta para cerrarla, en el preciso instante en el que algo pasó por mi cabeza.

—Eli. —Me observó—. ¿Le diste a Jack la dirección de la casa de mi abuela?

Achicó los ojos a la vez que su ceño se fruncía, para después negar.

—Yo nunca haría eso, y lo sabes.

Asentí queda, perdida en la nube de relámpagos que se volcaban sobre mí. Cerré la puerta y me apoyé tras ella, donde dejé que mi cuerpo llegara hasta el suelo arrastrando. Cuando Jack vino a casa de mi abuela, ni siquiera sabía quién era yo, al igual que yo no tenía ni idea de que era un asesino a sueldo. Si se enteró después, ¿cómo era posible que tuviese esa información? Además, nadie sabía que Lola Bravo estaba viva, pues cuando comencé con la aventura de cazar a Anker, conseguimos falsificar su documentación haciendo unos cuantos chanchullos para que nos certificaran su muerte, ¿cómo tenía constancia Anker de ella?

Muchas preguntas se agolparon en mi cabeza. Cogí mis rodillas con ambas manos y metí la cabeza entre ellas. ¿Todo era un juego de despiste? ¿Estaban intentando volverme loca con un propósito más que claro?

La caza a la reina había comenzado antes de lo que me imaginaba.



## NO OLVIDES QUIÉN ES

Oí mis gemidos más que la música que sonaba en el club a las cuatro de la mañana. Salvaje, meneé mis caderas sobre Aarón, quien echaba su cabeza hacia atrás en el cómodo sofá de diseño de mi despacho, mientras subía y bajaba a una velocidad desorbitada sobre su miembro. Sentí la manera de sus manos al recorrer mi cuerpo con una ferocidad desesperante y posicioné las mías en sus hombros cuando experimenté el orgasmo arrollándome a su antojo. El pelo rozó mi espalda al arquearla, presa del placer y, segundos después, un ronco gruñido salió de su garganta y me tumbé sobre su pecho con la respiración descontrolada.

Habían pasado cuatro semanas desde que volvimos de Sicilia, y ese mismo día abrimos el local para seguir con la rutina que días antes teníamos. Me mudé de nuevo al apartamento enfrente del club, a sabiendas de que alguien había entrado para destruir la parte donde pintaba por completo. Poco me importó.

No supe nada de Jack ni de Tiziano, quien no me había llamado ni una sola vez después de las alteradas palabras que tuvimos en su mansión, pero sabía de él, ya que Ryan me mantenía informada de todo. Busqué a Desi por España sin éxito, hasta que Eli me confirmó que había abandonado el país y que por el momento estaba siendo imposible dar con ella. No le di más importancia, puesto que sabía que cualquier día podría poner a esa perra traicionera en su sitio, y solo esperaba que no tardarse mucho en llegar.

—Últimamente estás bebiendo demasiado.

Tragué el contenido de mi vaso de un sorbo y lo dejé sobre la mesa del escritorio con un sonoro golpe. Miré a Aarón, que se encontraba sentado con la cabeza apoyada en la parte superior del sofá, cubriendo su cintura con una simple sábana, mientras contemplaba con delirio mi cuerpo desnudo. Aparté mis ojos de gata de él cuando me disponía a rellenar mi vaso de nuevo. Llevaba varias semanas usándolo a mi antojo, más bien para cubrir las frustraciones que tenía, ya que no conseguía sacarme a Jack de la cabeza ni con litros y litros de alcohol. En el fondo sabía que los sentimientos del inspector estaban creciendo a pasos agigantados, aunque no me lo dijese con palabras, y no era mi intención hacerle daño, pero era la única manera de olvidar por unos minutos al gran capullo que había decidido seguir su camino y joderme la vida a su paso.

Pedí a Ryan que investigara todo lo posible y más sobre él, pero, cuando fue a hacerlo, no consiguió nada. Absolutamente nada. Como si no existiese en el planeta. El único detalle que pudo averiguar fue el que me contó el mismo día que Jack me secuestró; que era asesino a sueldo y antiguo miembro de la red de Anker. No había nada más, ni de él, ni de Riley.

—Mañana tengo el día libre. Si te apetece podríamos dar una vuelta por Barcelona.

Me senté a su lado insinuante, con mi vaso lleno en la mano derecha y le miré.

—¿Me estás proponiendo una cita? —Alcé una ceja, sugerente.

Rio.

—¿Esto no lo es? —Movi6 su mano señalándonos.

Negué. Siempre que se presentaba la ocasi6n, aprovechaba el momento para decirle que no se confundiera y, seg6n 6l, lo tení bastante claro, aunque eso no era lo que decían sus ojos.

—Estaría muy mal que un inspector de policí se relacionase con una proxeneta y que alguien los viese juntos, ¿no crees?

Sonrió, y sus ojos se fueron a la pared de enfrente sin poder evitarlo.

—Eso nadie lo sabe.

—Todavía —añadí con doble intenci6n.

—Todavía —aseguró.

—Porque tenemos claro que cuando todo esto termine me meterás en la cárcel, ¿no?

Clavó sus ojos fieros en mí, y permanecí con la vista fija en ellos. Embaucándonlos, viendo la forma de perder los papeles por mí, comprobando de primera mano el deseo que transmitían. Agarró mi nuca, a la misma vez que con la otra mano arrancaba mi vaso para dejarlo sobre el suelo. Devoró mis labios con ansia, apretando mis caderas con fuerza cuando su miembro volvió a resurgir con énfasis. Tumbó mi cuerpo con rapidez, colocándose encima de 6l, en el mismo momento en el que la puerta del despacho sonó con unos fuertes golpes.

—¡Micaela! ¡Micaela!

Me separé todo lo rápido que pude y, resoplando, se apartó de mí para dejarme paso. Soltó un suspiro y yo me reí coqueta mientras me dirigía a la puerta con una sábana envolviendo mi cuerpo. Abrí lo suficiente, encontrándome a Ryan con cara de enfado.

—¿Pasa algo?

Me miró de arriba abajo, sin poder evitar poner los ojos en blanco.

—Tienes a la pasma en el local preguntando por ti.

Asentí.

—Vigíalos, enseguida bajo.

Cerré la puerta y me giré para recoger mi ropa esturreada por el suelo. Comencé a vestirme bajo los atentos ojos de Aar6n.

—¿Alg6n problema?

—La policí est preguntando por mí en el local.

Se levantó y me imitó.

—¿Quieres que hable con ellos?

Negué terminando de abrocharme el vestido. Me subí a mis altos tacones y me miré en el espejo de pie que tenía tras la puerta de entrada para acabar de adecentarme.

—No quiero causarte problemas. Lo arreglaré yo sola.

Fui a abrir la puerta cuando me sujetó de la muñeca con fuerza. Le contemplé durante unos instantes, hasta que posó sus labios sobre los míos con una ternura que me sobrecogió.

—Tenemos que terminar lo que has empezado —murmuró con voz ronca.

Sonreí en su boca, pero no contesté. Salí diciéndole adiós con la mano y llegué hasta el final del pasillo para derivar a la segunda planta. Varios hombres me devoraron con los ojos mientras me dirigía a la salida, y pude ver al final del pasillo un tipo con una de mis chicas.

—¡Eh! Id a las habitaciones. No estn permitidos los escándalos en mitad del pasillo.

La chica agachó la cabeza agarrando la mano del hombre y se lo llevó hacia la habitaci6n que tenía asignada, le diría a Eli que hablase con ella. Sabían las normas y no podían saltárselas a la ligera cuando les diera la gana. La entrada para acceder a esa planta estaba por la calle de atrás, y

era imposible que nadie supiese que se relacionaba si no obtenían unos planos.

Lo tenía todo tan bien atado que nadie podría descubrir que aparte de un local de copas, también se ejercía la prostitución. Mis chicas de compañía, como yo las llamaba, cobraban una tarifa que Eli les asignaba a todas por igual, nos daban un porcentaje y a cambio de eso tenían las habitaciones para trabajar y los servicios del club. Era cierto que todas trabajaban de manera voluntaria para mí, solo había excepciones cuando algún cliente con potencial solicitaba servicios desmedidos, y en ese momento era donde tomaba parte el trabajo de Óscar y el tráfico de mujeres. Asunto que debía solucionar cuanto antes o mis negocios se verían afectados.

Bajé las escaleras que accedían a la primera planta, esquivando a varias personas que bailaban, hasta que a lo lejos, vi a una mujer de media estatura. Tendría alrededor de unos cuarenta años, era rubia y aparentaba una cara de mala hostia que no creía que fuera capaz de quitársela ni con un buen trago. Me acerqué a ella con decisión, y pude ver el semblante de asco al llegar hasta ella. Iba acompañada por dos policías con uniforme que me observaron con interés, y comprobé sus babas caer.

—Buenas noches, señora Bravo, soy la inspectora Ariadna Mellas.

Me enseñó la placa que la identificaba; yo la miré con pasotismo. Sonreí con falsedad cuando guardó su placa, pero a ella no parecía hacerle ninguna gracia estar en un local como el mío.

—Buenas noches —saludé por cortesía—, ¿a qué se debe su honorable visita, inspectora Mellas?

—¿Podemos hablar en lugar más privado?

Asentí, a la misma vez que mi giraba y veía a lo lejos a Aarón, que se ocultaba detrás de una de las columnas, observando. Ryan paseaba por la pista sin quitarnos los ojos de encima, y Eli vigilaba desde arriba que no hubiese ningún altercado, mientras la vi coger su *walkie*, seguramente para hablar con Ryan. Con paso decidido llegué hasta un despacho improvisado que había en la parte baja del club, e invité a la susodicha a entrar. La música dejó de sonar en el instante en el que cerré la puerta.

Recorrí pocos metros hasta que llegué al escritorio, les indiqué que se sentaran, ella les miró dándoles la aprobación para hacerlo y, a continuación, me imitó el gesto.

—Y, dígame, inspectora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Conocía usted a este hombre.

Extendió una fotografía sobre el escritorio de Óscar. Hice una mueca de no saberlo con mis labios.

—Entonces me podrá explicar qué hacía usted con él, el día antes de que lo encontraran asesinado a dos calles de su local.

Posó otra fotografía en la que aparecía yo con él, en la puerta del club. Lo tenían vigilado...

—No me ha dejado continuar, Ariadna. Este hombre venía de vez en cuando a mi local, nada más.

Me observó con rictus serio, esperando que hiciese algún gesto que me delatara, pero no fue así. Ya sabía cómo trabajaba la policía y no podía flaquear.

—Estamos investigando un nuevo caso sobre la prostitución y el tráfico ilegal de mujeres para dicho cometido en Barcelona, ¿sabe usted algo de esto?

Hija de puta...

—Me parece fenomenal, pero creo que se ha equivocado de persona si busca más información sobre eso —puntalicé—. Y, respecto a su pregunta, no, no sé nada de lo que me dice.

—¿Está segura? —Alzó una ceja, tratando de intimidarme.

Puse mis manos encima del escritorio, echando mi cuerpo hacia delante.

—Segurísima. Y usted, ¿está segura de lo que está buscando?

—Sé que en su local tiene a muchas chicas, ¿son todas camareras?

Ignoró mi pregunta, sacando otra diferente.

—¿Está insinuando algo? —cuestioné ofendida.

—Sabemos que el señor Soler traficaba con mujeres para ejercerlas en la prostitución y, puesto que su relación con él era...

La corté.

—Le he dicho que no tenía ningún tipo de relación con el hombre que me está mencionando —sentencié—. Si quiere acusarme de algo, hágalo como debe, y no me haga perder el tiempo.

Me levanté con porte altivo.

—Ahora, si me disculpa, debo atender mi negocio.

Extendí mi mano hacia la salida, invitándola a marcharse junto a sus hombres, que no pestañeaban. Ariadna se levantó de su asiento sin dejar de observarme y, antes de salir, me dijo todo lo sería que pudo:

—Nos volveremos a ver, señorita Bravo, no lo dude.

—La estaré esperando entonces —reté.

Asintió con una sonrisa cínica y salió sin mirar atrás. Maldito Óscar que tenía que aparecer después de morir. Ya tenía muchos problemas sobre mis hombros, como para que encima una inspectora tocapelotas viniera a buscarme más.

Cuando cerramos el club por la noche, Ryan y Eli se reunieron conmigo. Aarón se había marchado, según mi guardaespaldas porque le habían llamado de urgencia en la comisaría, y en cierto modo me daba un respiro para poder hablar tranquilamente con ellos.

—No tengo tiempo para que una gilipollas me esté tocando las pelotas ahora.

—¿Y qué quieres que hagamos, Mica?

Miré a Ryan mientras aporreaba un bolígrafo encima de mi escritorio. Encendí uno de los cigarros que tenía en el cajón y di una extensa calada que me supo a gloria. Nunca solía fumar, solo en ocasiones especiales y poco más, pero también estaban esos momentos en los que me sacaban de mis casillas y lo necesitaba como el agua.

—Tenía que aparecer esto ahora... —renegué.

—He estado haciendo unas llamadas —insté a Eli para que continuara—. Se ve que han destapado todo lo que Óscar llevaba a espaldas de sus cargos como político. Imagínate la que se ha montado, aunque no han dado pie a que los medios de comunicación se enteren.

—Pero a los de alrededor se los van a llevar por delante. —Bufé, afirmando mi aclaración.

—Exacto —contestó.

Asentí mirando a un punto fijo en la pared.

—¿Has hablado con Jan? —cuestioné.

—Sí, hace diez minutos, y ya está manos a la obra. Cree que no hay nada que te vincule con él, no obstante, lo verificará y mañana vendrá.

Asentí convencida de que no podía salpicarme más mierda, y antes de que Ryan saliera por la puerta, le dije:

—Ryan. —Se giró—. Si vemos que la cosa se complica, encárgate de buscar los medios necesarios para quitarnos el estorbo de nuestro camino cuanto antes, y que no te tiemble el pulso. No vamos a permitir que nos toquen las narices estando el tema de Anker de por medio.

Asintió con gesto rudo y salió cerrando tras él. Eli se sentó en una de las sillas y me observó con atención.

—¿Qué estás haciendo con Aarón, Mica?

Su tono me molestó.

—¿A qué viene esa pregunta? —Alcé una ceja.

—Lo tienes todos los días metido aquí, y eso no es bueno. No olvides que es policía.

—Un policía que tengo en mi mano cuando quiera.

—Él no lo piensa así, y se lo nota.

Endurecí mi gesto.

—Me importa una mierda lo que piense él, Eli. Lo importante es que estamos cubiertos de momento, lo demás es pasajero.

—Se está enamorando —añadió con rapidez, sin quitarme los ojos de encima.

—Su problema es.

Me levanté de mi asiento, dejando la conversación zanjada en ese instante. Cogí mi chaqueta y me encaminé hacia la salida, necesitaba despejarme para ver las cosas de otro modo, o para intentar calmar el cabreo que tenía con una nueva hocicona a mi alrededor.

Al salir, me encontré con Aarón subido a su coche patrulla. Se bajó con una sonrisa deslumbrante en los labios y llegó a mi altura para depositar sus labios sobre los míos. No puse ningún impedimento.

—¿Cierras ya? —preguntó en mi boca.

—Sí. Estoy agotada y necesito descansar —mentí.

—Yo tengo que trabajar.

Puso los ojos en el cielo y sonreí de manera forzada.

—He hablado con Ariadna. Con suerte dejará de buscarte las cosquillas.

Arrugué mi entrecejo, preguntándole en silencio.

—Le he dicho que hice un registro hace poco. Le he entregado los informes y parece haber quedado conforme. Si me entero de algo, te iré diciendo. Está en mi comisaria.

Asentí dándole las gracias. Lo tenía en el bote.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí —contesté tajante.

—Bien. —Sonrió.

«Se está enamorando...». Las palabras de Eli resonaron en mi cabeza, pero quise ignorarlas. Depositó un suave beso en mi boca, agarrando mis caderas con decisión. Después, subió a su coche despidiéndose con la mano y desapareció por la avenida en el mismo momento que otro vehículo cruzaba la calle de enfrente.

Me dirigí hacia mi apartamento, donde decidí entretenerme un rato dibujando algo que alejara mis pensamientos del día de mierda que había tenido después de la visita inesperada. Me puse la bata blanca y las gafas, concentrándome en el lienzo que ya tenía empezado, en el que el rostro de la persona que me quitaba el sueño aparecía.

Jack miraba el mar, y al fondo, la isla de Síkinos se mostraba de noche con sus miles de luces encendidas. Me esmeré en remarcar cada detalle de su cuerpo sentando en aquel banquito del barco en el que viajamos hacia Santorini y, cuando me quise dar cuenta, los rayos del sol entraban por los tablones de la entrada.

Me había quedado dormida observándolo en aquella silla de madera llena de pintura.



## DE VUELTA

Unos leves golpecitos en la puerta me despertaron. Restregué mis ojos con un cansancio terrible, me levanté como pude y llegué a la madera de la esquina para verificar que era Ryan quien estaba esperándome. Abrí con lentitud, y tuve que cerrar los ojos cuando los rayos del sol me dieron de lleno.

—Tienes visita.

Elevé mis ojos al cielo. «Hoy también no, por favor...», rogué.

—¿Le digo que...? —intentó preguntar, pero le interrumpieron.

—No hace falta. Me sé el camino.

La voz grave que sonó detrás de Ryan me paró el corazón y la respiración dejó de funcionar. Tragué saliva cuando se posicionó delante de él, haciéndose paso sin pedir permiso. Me apartó con suavidad de la puerta y esperó de espaldas a Ryan. Este último me observó con desconfianza, preguntándome con la mirada si era buena idea dejarme a solas con él. Antes de que asintiese para que se marchara, escuché a Jack:

—Puedes irte tranquilo, no voy a hacerle nada, solo voy a cumplir mi trato.

Se giró intimidante para contemplar a Ryan, que no se movió del sitio. Volví mis ojos hacia él y, en un susurro apenas audible, le dije:

—Si necesito algo te llamaré.

—¿Estás segura?

Asentí. Pero no, no lo estaba. Por la sencilla razón de que cuando Jack se encontraba cerca de mí, perdía todos los papeles y me dejaba llevar de una manera que ni yo misma entendía. Cerré la puerta viendo a un Ryan poco convencido, y me giré para mirar al hombre que me quitaba el sueño.

—Si me disculpas un momento, necesito lavarme la cara por lo menos.

Subí las escaleras que llevaban a la segunda planta, donde realmente estaba mi apartamento, sin ser consciente de ese acto, ya que Jack no sabía que vivía arriba, o eso pensaba. Cuando llegué, fue inútil retroceder sobre mis pasos ya que estaba más que cantado. Lo dejé de pie en la parte de abajo y entré sintiendo sus ojos en mi espalda.

Cerré la puerta detrás de mí, bloqueándola por dentro. Me miré en el espejo del pequeño salón y vi que estaba horrible. El maquillaje lo llevaba hecho un desastre por toda la cara, el rimel cubría parte de mis ojos y parecía un oso panda. Quité la ropa de mi cuerpo, tirándola de cualquier manera sobre el sofá, y me dirigí con paso ligero al baño para darme una ducha rápida. No podía demorarme demasiado, y menos teniéndole a él en la parte de abajo.

Me puse una ropa cómoda, oreé mi pelo de cualquier manera y fui en busca de mi pequeña pistola que guardaba en el cajón de la mesita de noche, y la que llevaba varios días sin coger. La coloqué de manera estratégica en mi espalda y dentro de mis calcetines metí una navaja sin que



se notara. No me molesté en maquillar mi rostro y salí a toda prisa de allí.

Cerré la puerta echando un leve vistazo hacia abajo y no le vi. Me puse en guardia cuando no escuché ningún sonido procedente y coloqué mi mano sobre la espalda, bajando las escaleras con lentitud.

—Veo que has estado entretenida.

Saqué la pistola antes de pensar en lo que estaba haciendo. Busqué la procedencia de su voz, y lo encontré frente al lienzo.

«Mierda...».

Sus ojos se clavaron con un brillo especial en mí, y después pasaron a mi arma. La guardé con el entrecejo fruncido, ordenando a mis pies que se dirigieran hacia él. Cogí el lienzo con malas maneras y lo guardé en una de las estanterías que tenía con mis cuadros empezados, bajo sus atentos ojos. Sentí que no me quitaba la mirada de encima y, efectivamente, cuando me volví hacia él, seguía apoyado sobre la mesa donde tenía mis pinturas colocadas, con un gesto de chulería que me secó la garganta.

—Veo que tienes una memoria fotográfica muy eficaz —añadió con guasa.

Crucé mis brazos a la altura de mi pecho.

—¿A qué has venido? —pregunté en tono frío.

Guardé las distancias cuando su estrepitoso cuerpo de levantó del asiento, haciéndolo más impresionante de lo que lo recordaba cuatro semanas atrás. Definitivamente, se me estaba yendo la cabeza.

—Teníamos un trato, ¿lo recuerdas?

Asentí desconfiada.

—Ya tengo la localización exacta de Achilles dentro de dos días.

—Muy bien, dámela y ya puedes marcharte.

Rio con ironía, a la misma vez que daba un paso hacia mí.

—No exactamente. Si la quieres, vendrás conmigo.

—Puedo apañármelas sola —sentencié.

—No, no podrás. Conozco a Achilles, y si lo que deseas es sacarle información, no podrás hacerlo tú sola.

—Buscaré a otra persona que me ayude en tal caso —afirmé.

Pasé por su lado para irme a la otra punta del apartamento cuando vi que, de nuevo, daba otro paso hacia mí.

—¿Con el poli? —cuestionó con sarcasmo.

Paralicé mi paso.

—¿Celoso? —inquirí con saña.

Escuché su risa en la distancia, mientras notaba que la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Para nada —dijo en mi oído.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, a la vez que un fuerte pinchazo atravesaba mi sexo. Me volví todo lo altiva que pude y, fijando mis ojos en los suyos y ronroneando mientras me acercaba, espeté:

—En ese caso, hemos terminado de hablar. —Fui a abrirle la puerta—. Dale la información a Ryan y hasta nunca, Jack.

Mi tono sonó tan duro que ni yo misma me reconocí. Pasó por mi lado, parándose justo antes de llegar a la calle, y se colocó unas gafas de sol que lo hacían más atractivo de lo que ya era. Sonrió con una chulería inhumana y continuó con su paso hasta llegar a la puerta del club, donde

un implacable Ryan le esperaba con los brazos cruzados sobre su pecho. Cerré y sentí cómo me resquebrajaba por dentro, otra vez.

A media mañana decidí salir de mi escondite, cuando comprobé que el coche de Jack había desaparecido del callejón, y me dirigí hacia el local donde, seguramente, Ryan me estaría esperando. No me equivoqué cuando abrí la puerta trasera y lo encontré sentado en la barra toqueteando su móvil.

—No me gusta —anunció antes de que llegara a él.

—¿Qué no te gusta? —pregunté, a sabiendas de a quién se refería.

—El tío que acaba de estar en tu casa —me miró con interés—, y por el que estás colada hasta las trancas.

—¡No digas tonterías!

Me serví un vaso de *whisky* que me quemó la garganta. Me insulté a mí misma, estaba sin desayunar y lo primero que hacía era meterme un vaso de alcohol hasta arriba. Lo dejé con fuerza sobre la barra y le insté con la mirada para que me dijese qué tipo de conversación había tenido con él.

—Esta noche tienes el vuelo a las diez.

—¿Dónde tengo que ir?

Sacó una navaja de los bolsillos de su pantalón, y comenzó a afilarla mientras me contestaba.

—A Grecia.

«Vaya...». Torcí el gesto. Me encaminé a la salida para ir a prepararme una pequeña bolsa con lo necesario para cambiarme de ropa y, antes de salir, pregunté:

—¿Fuiste tú?

El silencio se instaló en toda la planta. Escuché el filo de su navaja chocando a la misma vez que se afilaba.

—Sí.

Lo sabía.

—¿Por qué? —Mi tono no salió molesto, pero tampoco alegre.

—Porque, me guste o no, es el único que puede ayudarte de una forma u otra a terminar con Anker. Y el camino que estabas eligiendo no era el acertado. La chiquilla no sabe nada, Mica. Hazme caso. Esta vez el radar te ha fallado. Necesitas a alguien de su mismo nivel.

Me giré para mirarle fijamente, este levantó la cabeza con gesto serio. «Tiene razón y lo sabes, idiota», me regañé.

—¿Desde cuándo eres más leal a un asesino que a mí? Se supone que no te gusta... —ironicé con sus mismas palabras hacía unos minutos.

—Y no lo hace. —Su gesto se volvió más rudo. Se levantó y encaminó sus pasos hasta quedar delante de mí, por lo que elevé mi rostro para mirarle—. Yo solo cumplo tus órdenes, Mica.

—Y ¿por qué me desobedeciste? —Achiqué mis ojos.

—Porque tu vida estaba en peligro. Porque no puedes enfrentarte a él sola. Y porque me contrataste para protegerte, y eso he hecho.

Me contempló altivo a la espera de una respuesta que no llegó. Me volví hacia la salida con paso firme en dirección a mi apartamento. Desde el momento en el que Jack llegó a la mansión de Tiziano supe que alguien le había avisado, aunque independientemente también me hubiese localizado por la pulsera que él mismo me colocó, y que yo como una idiota llevaba guardada. El gesto de Ryan cuando todo sucedió me dejó claro que había sido él. Valoraba su sinceridad,

puesto que las mentiras eran trampas que tarde o temprano uno mismo terminaba cayendo en ellas.

Unas horas después, cuando se acercaban las nueve de la noche, un coche paró justo en la puerta de mi apartamento. Me asomé por la ventana del salón y divisé un vehículo negro que no pasaba desapercibido para la vista de cualquiera.

Jack.

Bajé las escaleras con la bolsa en la mano y la tiré a un lado de la puerta, cuando ordené a mis pies que se pusieran en movimiento en dirección a la salida. La abrí y me lo encontré sentado sobre su capó, con los brazos cruzados en su pecho, mirándome.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con seriedad.

—Venir a por ti —respondió tajante.

—Me sé el camino al aeropuerto, adiós.

Fui a cerrar la puerta sin salir a la calle en el instante que escuché un fuerte suspiro por su parte. Una mano la paró antes de que llegara a oír el clic, y este asomó su cabeza con gesto fiero. Se autoinvitó dentro del estudio y recogió la bolsa que había tirado segundos antes al suelo.

—Sube al coche —ordenó—. Se nos va el avión.

Me crucé de brazos como una niña imbécil enfurruñada.

—No pienso ir a ningún lado contigo.

Sabía que no tendría otra opción, pero ese hombre me sacaba de mis casillas a la misma vez que me arrebatava el aliento. Se giró temerario para mirarme, llegó a mi altura y siseó recalcando cada palabra:

—Sube al puto coche.

Seguidamente, abrió el maletero lanzando la bolsa y cerró con un golpe que me dolió hasta a mí. Se subió al volante, esperando con impaciencia que hiciese lo mismo que él. Cerré con lentitud la puerta de mi casa, exhalando un fuerte suspiro antes de abrir la del coche para entrar. Pude apreciar una media sonrisa intentando florecer de sus labios, gesto que me cabreo más todavía.

Sabía que no tenía otra opción desde el momento en el que llegó, lo mismo que supe que con él tenía más posibilidades que si lo hacía por mi cuenta. Había estado años bajo el mando de Anker, así que seguramente conocería sus pasos mejor que yo. Ryan tenía razón.

Aparcamos en el aeropuerto en un silencio incomodo que ninguno de los dos decidió romper. Pasamos por la zona privada y llegamos al exterior donde un chico joven nos esperaba. Por el acento que tenía supuse que era inglés.

—¿Qué tal, Bill?

Jack le palmeó la espalda y el muchacho le observó con admiración. Continúo sus pasos hacia un enorme avión que parecía de mercancías, mientras el tal Bill iba hablando al lado de Jack. Yo me quedé tras ellos.

—Señor, ya lo tiene listo todo. El piloto le está esperando en la cabina para despegar cuando quiera. Tiene acceso a la pista en cinco minutos.

—Bien, pues no hay más que hablar. —Le guiñó un ojo y el joven sonrió con entusiasmo—. Gracias Bill, nos vemos a la vuelta.

—Sí, señor, como quiera. —Me miró haciendo un gesto cordial con la cabeza—. Señorita.

Jack desapareció por la rampa que se encontraba abierta en la parte trasera del avión y subí tras él. Me observó de reojo mientras pasábamos por un sinfín de palés precintados con plástico transparente, hasta que llegamos a la única puerta que había. Este pasó una tarjeta por el lector y

esperó paciente a que fuese la primera en acceder. No aparté mis ojos del frente y continué con mis pasos hasta el interior. Él me devoró con la mirada sin ser consciente de que lo veía de reojo.  
—Siéntate.

Hice lo que me dijo en uno de los sillones de piel en color crema, observando lo que tenía a mi alrededor. Una barra de bar bastante grande y seis sillones como en el que estaba sentada. Al final del pasillo había una puerta por la que él entró, supuse que en dirección a donde se encontraba el piloto. Minutos después, salió y se sentó lo más lejos que pudo, de manera que solo podía verle una de las piernas y su cabeza mirando por la ventana.

Suspiré agotada, giré mi rostro hacia la ventanilla y contemplé las hermosas vistas de Barcelona desapareciendo ante mis ojos. Los grandes edificios se hacían pequeños a una velocidad vertiginosa, y las nubes iban ocupando su lugar sin pedir permiso. Dejé volar mi mente, sin saber por qué, a los momentos en los que vivía en Rusia, y eché de menos mi tierra de una forma demoledora. Reviví cada instante que pasé con mi familia, andando por las calles de Moscú, o simplemente entrando en alguna taberna donde jugaba o admiraba a mis padres cuando se atrevían a bailar el *Kamárinskaya*<sup>8</sup>. Cerré los ojos presa de los buenos momentos que una vez había vivido, y me dejé llevar tan lejos que todo a mi alrededor se apagó.

Alguien me movió con delicadeza.

Abrí los ojos lentamente, encontrándome con dos esmeraldas que brillaban más que las propias estrellas. Deseé lanzarme a sus brazos y pedirle que no me soltara jamás, cuando vi que su gesto cambiaba y sus facciones se endurecían.

—Te has quedado dormida. Hemos llegado.

Tragué saliva y no dije nada. Me levanté, atusando mi pelo revuelto y di unos cuantos golpecitos a mi cara para terminar de despertar. La pierna izquierda me falló cuando me puse en pie, y la mano de Jack sobre mi brazo evitó que me dejara la mandíbula en el suelo. Su tacto me quemó. Me dolió.

«Joder, no, no, no...», me repetí.

Se retiró de mí con el malestar implantado en su rostro, avanzó por el pasillo cogiendo mi mochila y la suya, y salió por la parte trasera por donde habíamos entrado sin mirar atrás. ¿Por qué se estaba comportando de esa manera? Era yo la que no tenía explicaciones a todas mis preguntas, no él.

Avancé con pesar, viéndole en la pista mientras hablaba con otro hombre. Llegué hasta ellos quedándome atrás de nuevo, y a lo lejos divisé parte de la ciudad de Santorini. ¿Era allí dónde estaba Achilles? No pregunté, sino que seguí sus pasos hasta la salida del aeropuerto, donde vi unas luces resaltar en mitad de la noche.

Subimos al coche en pleno silencio, interrumpidos únicamente por el rugido del motor. Bordeamos la isla entera, maravillándome por su forma de media luna más de lo que ya lo estaba.

Unos quince minutos después, admiré una zona en la que había un montón de viviendas con la misma construcción; casas de dos plantas cuadradas, con paredes encaladas y una cúpula azul sobre su cubierta. Me maravillé, quedé enamorada de aquel paisaje tan admirable y, cuando volví mis ojos hacia el gran mar que se presentaba asombroso ante mis ojos, no pude evitar detener mis pasos en la puerta del coche, prendándome de aquella vista. Jack pareció darme cuartelillo cuando me contempló desde la entrada de la casa sin decir nada, dejándome saborear aquellas interminables vistas que se perdían entre el oscuro mar.

Minutos después, entré delante de él, ya que me esperaba parado en la puerta. Contemplé la

estancia exenta de paredes que separaran la vivienda como las construcciones que había en España. Al inicio había un pequeño pasillo que daba a un gran espacio donde se encontraba la cocina, el salón y un acceso a la terraza. Bajo unas escaleras, había una especie de subsuelo separado por tres escalones donde había dos ordenadores y un sillón. Jack pasó por delante de mí, atravesando el salón donde dejó todas las cosas, e hizo un movimiento con la cabeza para que le siguiera.

Una barandilla blanca con rombos en sus grandes cuadrados se extendía hasta la planta de arriba que, únicamente, constaba de una cama grande, dos mesitas y un armario normal. Todos los muebles eran de un blanco impoluto, incluidas las paredes.

Esperé, sin abrir la boca, en el acceso que daba a la escalera, cuando Jack se alejó hasta una de las estanterías que tenía en el salón. Movié uno de los libros, casualmente blanco, y la estantería se movió hacia la derecha, pegando a la terraza. Entró un segundo y salió al instante con una pistola en su mano.

—Acomódate como quieras. Mañana te contaré todo lo que necesitas saber.

Mis ojos se fijaron en el hombre que se movía con soltura por lo que parecía su casa, hasta que dejó el arma sobre la mesa del salón con un cargador. Continúo con su paso hacia la salida y, sin decir nada más, se marchó.



<sup>8</sup> Baile tradicional ruso

## UN PLAN

Una impresionante vista me consternó cuando todavía con mis ojos abiertos y sin haber podido dormir durante toda la noche, me acerqué a la terraza, sentándome sobre una de las sillas que había. El sol destelló en mis claros ojos, pero no me importó. Últimamente ya nada lo hacía, excepto dos cosas; la venganza y el dolor que irremediamente sentía en mi pecho. Observé la pequeña piscina situada a mi izquierda, la mitad estaba cubierta como si de una cueva se tratase y, cuando llegabas hasta el final, se descubría por el cielo brillante de aquella isla encantada en la que estaba, dando paso a unas respetuosas vistas, pero adorables a su misma vez. Mi teléfono vibró en el bolsillo pequeño de mi bolso, lo saqué y vi que era Aarón.

—¿Sí? —pregunté, a sabiendas de que era él.

—¿Dónde estás? —se preocupó—. Ayer fui al club y no te encontré, vi a Ryan, pero no me dio tiempo a hablar con él cuando desapareció.

—He tenido que salir unos días —contesté con sequedad.

—¿Estás bien?

Preguntó cuando mi tono de voz se quebró al final de la frase y, aunque pude remediarlo a tiempo, lo había notado.

—Sí.

Mentí.

No lo estaba. No lo estaba porque sentía mi pecho rajarse de una manera feroz e irremediable por la persona que me había dejado allí, y no sabía dónde estaba.

—Si me necesitas...

—Lo haré.

Le corté antes de que terminara y colgué la llamada, inmersa en el mar, a la misma vez que notaba una lágrima resbalar por mi mejilla. La quité de un manotazo sintiendo una rabia desbordante por ser tan débil en ese aspecto, en el mismo instante en el que me pregunté cuándo me había permitido demostrar mis emociones.

Escuché unos pasos y no me hizo falta girarme para saber de quién se trataba. La puerta de la terraza se abrió.

—¿Has desayunado?

Negué sin mirarle. El silencio se creó y noté sus ojos clavarse en mí. Dio dos pasos más y se posicionó a mi lado, momento en el que yo seguí contemplando el mar sin llegar a verlo. Notaba mis ojos escocerme y me maldije por ello.

—¿Quieres que te prepare algo?

Volví a negar con los labios sellados, sin atreverme a desviar la vista de mi punto fijo. Se pasó una mano con desespero por su mentón, después se giró apoyándose en la barandilla blanca que cerraba la terraza y exhaló un fuerte suspiro. Agarré mis rodillas con ambas manos y apoyé

la cabeza en ellas. No podía llorar, no, no, no...

—Te espero en la calle.

No contesté. Salió de la terraza con paso firme, enfundado en una ropa de deporte que le quedaba como un guante, y desapareció de mi vista. Unos minutos después, me levanté de mi asiento nocturno y abrí la mochila para sacar una ropa limpia y cambiarme. Me di una ducha rápida y no me molesté en maquillarme tampoco, con esa, ya era la segunda vez que me veía con la cara lavada, y bien poco me importó.

Llegué a la salida y, efectivamente, allí estaba apoyado sobre su coche, dándole vueltas a unas llaves. Esperé, evitando que nuestros ojos se cruzaran, y lo conseguí. Cerró la puerta con llave, después pulsó otro botón y un pitido resonó de forma leve, indicando que acababa de encender la alarma. Se paró en la puerta de al lado y la abrió con facilidad.

—Vamos.

Entré tras él y cerré. Oí las teclas en un ordenador a lo lejos cuando pasaba por un pasillo exactamente igual que el de la otra casa, vi a Riley sentando en una silla con tres ordenadores encendidos. La distribución de la casa era la misma.

—¡Micaela! —gritó con una sonrisa en su cara.

Por primera vez desde que apareció Jack, sonreí de verdad. Me fui hasta él fundiéndome en un abrazo cariñoso que me aplastó los huesos. Realmente se alegraba de verme, miró por encima de mi hombro a Jack, que se encontraba detrás de nosotros con los brazos cruzados a la altura de su pecho, y me instó para que fuese con él.

—¿Has desayunado?

—No —respondí con una mueca.

—¿Quieres algo?

Negué.

—No, gracias, no tengo hambre.

—Mira que no quiero desmayos en mi casa —añadió divertido.

—¿Vives aquí?

—Sí. —Su sonrisa se ensanchó.

Oí el carraspeo de Jack tras mi espalda. Riley puso los ojos en blanco y le hizo un gesto de burla con la boca.

—¿Te gusta? —Volvió a dirigirse a mí.

—Sí. Todo esto es muy bonito, me encantan las casas.

—Me imagino que el simpático de mi amigo no te habrá enseñado nada de nuestra isla.

No contesté, pero con mirarle a los ojos ya le di la respuesta. Escuché, esta vez, un leve rugido por parte de Jack.

—Ya sabía yo... —Hizo una pausa—. Vamos a hacer una cosa, te enseño Oía y después volvemos y te cuento todo lo demás. Así podrás beberte un *frappelatte*<sup>9</sup> de los mejores que hayas probado en tu vida.

—Siento decirte que no me gusta el café —añadí divertida.

—¡No importa! Por uno no te vas a morir. —Me miró con ojos de corderillo—. Es una especialidad griega, no me lo puedes negar.

Sonreí.

—Está bien.

Se levantó de su asiento con premura, se colocó las gafas y cogió una pequeña mochila donde guardó todas sus cosas. Fui tras él hasta llegar a la entrada de la casa, viendo que Jack no se

movía del sitio.

—¿Vienes? —le preguntó.

—No estamos para perder el tiempo haciendo de guía turístico. —Bufó.

Oí un chasquido por parte de Riley, y rodó sus ojos a modo de cansancio.

—¡Bah! Tonterías. Quédate aquí limpiándome la casa un poco entonces, que llevo una semana sin pasar la escoba por tu culpa.

Jack lo aniquiló con la mirada y este, antes de darse la vuelta, le dijo:

—Eres un amargado y un cascarrabias.

Tuve que reírme por lo bajo sin que me viera. Los ojos de Jack volaron hacia mí, y a tiempo desvié mi vista de él poniendo mala cara, convirtiéndome en la persona seria y muda como cuando llegué. Riley se colocó a mi lado ofreciéndome su brazo para agarrarme. Sonreí como una boba. Me encantaba ese chico.

—¿Estás lista, nena?

Asentí riendo.

—Pues vámonos, voy a ser la envidia de toda la isla cuando me vean contigo.

Salimos al exterior y comenzamos a andar por un montón de calles, a cada cual más bonita. Las vistas que se admiraban desde todos los puntos eran impresionantes.

—Fira está a unos diez kilómetros de aquí. Es el centro, allí tenemos los restaurantes, la gran mayoría de los hoteles, los bancos y demás. Esta parte es más tranquila, más adecuada para el *relax*.

—¿Vives aquí desde hace mucho?

—Muchísimo —afirmó mientras daba un sorbo a su *frappelatte*—. ¿Te gusta el café? —Señaló el mío.

—No está mal —aseguré.

—Como al final te hagas adicta a él por mí... —añadió con gracia.

—¿Jack dónde vive? —pregunté curiosa.

—En la casa donde te quedaste anoche —afirmó juntando sus labios en una mueca.

—Y ¿dónde estuvo ayer? —me interesé.

Rodó los ojos al recordarlo y después se apoyó en el muro en el que nos encontrábamos mirando al mar.

—Conmigo. En mi cama —dijo con desgana.

Junté mis labios en una mueca graciosa, este achicó los ojos y después los abrió en su máxima expansión.

—¡Venga ya! ¿De verdad te piensas que él y yo...? —Se señaló y después lo hizo hacia mí.

—Yo no he dicho eso —asegué riéndome.

—¡Pero lo has pensado!

—¡No lo he pensado! —Reí con más fuerza.

—Aunque con un hombre como él cualquiera podría perder los papeles, pero no —negó en rotundo moviendo la mano delante de su cara—. Jack tiene unos gustos muy peculiares y, precisamente, no soy yo —me contempló moviendo sus ojos con exageración.

No pregunté por ningún detalle más, no quería seguir haciéndome daño gratuito. Recorrimos más calles bajo los comentarios de Riley que iban de mal en peor, y no pude dejar de reírme hasta que llegamos a un punto en la montaña en la que me señaló con la mano el puerto de Santorini; Athinios.

—Allí, a lo lejos está Anafi, es la isla donde iréis. Donde estará Achilles. —Le miré—. El



hombre que estás buscando.

—¿Iremos? —pregunté extrañada.

—Ahora después entenderás por qué. Claro, Jack te acompañará.

Exhalé otro gran suspiro.

—Escucha. —Agarró mis manos—. No es mala persona, créeme que lo está haciendo por ayudarte de verdad. No te pedirá nada a cambio y..., bueno, algunas veces es un poco cabrón, pero se le pasa rápido —hizo un gesto con sus ojos cuando alcé mis cejas—, la mayoría de las veces.

—No entiendo por qué motivo se comporta de esa manera conmigo, cuando es él quien me debe más explicaciones.

Suspiró.

—No saber barajar los sentimientos es un problema. ¿Nos vamos?

Cambié de tema, dejándome con la palabra en la boca. Volví a adoptar mi postura de muda y entramos una hora después, esta vez, en la casa de Jack donde yo estaba.

El olor a comida inundó mis fosas nasales haciendo que mi estómago rugiera con fuerza. Riley me miró sorprendido y una carcajada salió de mi garganta.

—Perdón.

—Cualquiera diría que llevas un león ahí dentro.

Le di un pequeño golpe en el hombro y avanzamos por el pasillo. Me encontré con una preciosa estampa. Un hombre sin camiseta movía con esmero la sartén, con lo que parecían unas verduras revueltas con arroz amarillo que tenían una pinta deliciosa. No preguntó ni hizo referencia a nuestro largo paseo que duró más de tres horas, y colocó unos platos sobre la mesa improvisada que había puesto en la parte de la casa donde estaba el ordenador. En la mesa había tres platos distintos, y todo tenía un aspecto increíble.

—Cómo se nota que tenemos visita, a mí no me haces estas cosas para comer nunca.

Escuché a Jack bufar, pero no le contestó. Se digirió de nuevo a la cocina en busca del último que le faltaba y una bolsa de patatas fritas.

—Ya que nuestro cocinero es tan maleducado que no te explica lo que es, te lo diré yo —añadió sin importarle un comino la cara de Jack cuando se sentó—. Esto es Mousakás, un pastel tradicional que lleva berenjena, patata, carne picada y bechamel. —Asentí, presa de sus explicaciones—. Esto de aquí —señaló otro plato—, es Yemistá, tomates y pimientos rojos rellenos de arroz, carne picada y calabacín. Eso —señaló el último—, son brochetas de carne, en Barcelona vi algo parecido —movió sus hombros con indiferencia—, y lo que ha traído al final, pues... patatas fritas.

Reí. Jack me observó de reojo a la misma vez que resoplaba. Comenzamos a comer mientras Riley no dejaba de hablar sobre Grecia, las costumbres y todo lo que le apasionaba de ella. No me había reído tanto en la vida con una persona, o por lo menos no de manera sincera. A cada comentario que hacía ponía una carita haciendo alguna mueca, veía a Jack negar con la cabeza lentamente, la misma que no levantaba de su plato con tal de no encontrarse con mis ojos. De hecho, se había puesto casi pegado a Riley para evitar siquiera un roce.

Terminamos de comer con Riley sin dejar de hablar, mientras que yo le picaba por cualquier tontería. Nos sentamos alrededor del él, Jack en un extremo y yo en otro, ni siquiera me miraba. Riley nos observó a ambos.

—¿Pensamos empezar algún día? Me tengo que ir a jugar una partida a la *play*, que me está esperando mi amigo el mando. —Apretó sus labios.

Jack movió la silla con ruedas y se puso en el ordenador, toqueteando con sus ágiles dedos la pantalla, hasta que el plano de una enorme casa apareció ante nuestros ojos.

—Llevamos tres semanas investigando a Achilles. Mañana dará una fiesta en la casa que tiene en Anafi, una isla cercana aquí. Nosotros, obviamente, no estamos invitados ni tenemos forma de pasar desapercibidos en ella, puesto que Achilles me conoce de sobra y sería prácticamente imposible ocultarme con una pajarita y un traje chaqueta.

La imagen de él así me secó la garganta. El silencio se hizo de nuevo, y Riley carraspeó para continuar:

—Bueno, el caso es que hemos trazado un plan como alternativa y os meteréis en la casa mientras todos están en la fiesta. —Le observé con atención—. He conseguido averiguar dónde guarda los códigos de las cuentas que Anker dispone con millones y millones y, una vez tenga ese código, el dinero se evaporará de un plumazo, transfiriéndolo a cuentas de ayuda, organizaciones y asociaciones de las cuales, ya disponemos de sus datos. Eso le cabreará mucho.

—Y ¿cómo es que no has conseguido el código? —pregunté confusa.

Si había recopilado toda esa información, no creía que se le pudiera resistir un simple número de seguridad. El plan me parecía una idea fantástica, más que acabar con la vida de Achilles por el momento, ya que eso significaría que rompería otro trozo del muro infranqueable de Anker. «Solo, en la más ruin de las miserias...». Me encantó.

—Ahí está el problema, nena, y es donde entráis vosotros. —Tomó una bocanada de aire y prosiguió—. El código está cifrado y cada sesenta segundos cambia. La clave solo podemos cogerla del ordenador de Anker o de Achilles, y puesto que del primero es una misión suicida, lo haremos con el segundo. Que, aunque tampoco sea fácil, no esperará vuestra llegada.

—¿Y si nos descubren? —cuestioné.

—Si nos descubren... —Jack contestó, aun sin dirigir sus ojos a mí—, estamos muertos.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal por completo.

—¿Cómo tenemos que entrar?

Riley se frotó las manos y añadió a la pantalla que Jack había abierto, otra más pequeña.

—¿Ves esta montaña de aquí? —Asentí—. La mansión de Achilles está pegada a la roca, parte de la vivienda está dentro de la cueva. A Anafi solo podréis llegar mediante el ferry o un barco. Y ya disponemos del barco de Jack, por lo tanto, lo dejaréis amarrado en las playas de arena y tendréis que subir caminando hacia la mansión, cruzando el pueblo.

No me moví del sitio, recopilando toda la información posible de lo que ambos decían, más Riley que él.

—Tendréis que entrar por la parte trasera de atrás, deshaceros de los dos guardias de seguridad que hay —miró a Jack—, y después, subiréis por los pasadizos de la casa. Este mapa que veis es muy sencillo, cruzaréis la primera puerta a la derecha y, después, en un montacargas del servicio de cocina subiréis a la segunda planta. Atravesaréis el pasillo sin ser vistos, por la cuenta que os trae —nos contempló a ambos—, y entraréis por la tercera puerta a la izquierda.

—Dudo mucho que no tenga seguridad —espeté.

—La tendrá —añadió Jack con tono serio—. Solo que por los sitios por donde nos colaremos no habrá nadie.

—Todas las puertas tienen una clave de acceso, y para ello necesitáis una tarjeta.

—¿Y si no la conseguimos? —pregunté empezando a ponerme nerviosa con el plan suicida.

—Para eso estoy yo, nena. —Sonrió de oreja a oreja; Jack volvió a bufar.

—Deja de resoplar, que pareces un toro miura —renegó mirándole. El aludido lo fulminó con

sus ojos—. A lo que iba después de este pequeño inciso. Cuando abras el ordenador —esta vez sus ojos se posaron en mí—, yo entraré para que puedas acceder, me abrirás el único programa del que dispone en su equipo, y al que no puedo acceder desde aquí, y cogeré la clave.

—Y la peor parte, ¿cuál es? —inquirí, sabiendo que había algo peor.

Jack y Riley se miraron, y eso no me gustó.

—Solo tenéis veinte minutos para poder hacerlo, no puedo retener por más tiempo el sistema de seguridad jaqueado, por lo tanto, la salida no podréis hacerla por el mismo sitio.

Giré mi rostro a la espera de que dijera la dichosa salida que ya comenzaba a desesperarme.

—Tendréis que saltar montaña abajo hasta llegar a la playa.

Me quedé paralizada sin saber qué decir. No fui capaz ni siquiera de asentir. ¿Saltar por una montaña? ¡Yo jamás había hecho nada parecido! Tragué saliva, mientras los dos me contemplaban expectantes. «Por lo menos te ha mirado», me dijo mi subconsciente, y yo me regañé por ser tan estúpida.

—Si esto es lo que quieres, es la única manera. Si no, aún estas a tiempo de coger tus cosas y marcharte.

El duro tono de Jack me enfadó, le lancé una mirada demoledora y contesté entre dientes con la vista fija en él:

—Estoy preparada.

Asintió juntando sus labios en una fina línea infranqueable, en el mismo momento en el que Riley se ponía manos a la obra con los planos y todo lo que necesitaríamos. Sacó pinganillos y un sinfín de cables que comenzó a colocar para probar que el sonido de todos funcionaba bien. Durante toda la tarde, memorizamos los planos y todo lo que había que hacer, después prepararon las cuerdas para saltar, los enganches y las armas por si las necesitábamos.

La verdad era que, no, no estaba preparada para llevar acabo aquello, pero el sentimiento de venganza era más fuerte que un simple miedo a las alturas, a saltar por una montaña o a que nos descubriesen con las manos en la masa. Lo haría, y nadie me detendría.

Cuando la noche se cernió sobre nosotros, Riley fue el primero en dar las buenas noches después de cenar y desaparecer por la puerta, dejándonos una intimidación que no sabía si serviría para algo, pero, lo que sí tenía claro, era que necesitaba respuestas de una manera u otra. Recogía las últimas cosas de la mesa, cuando se dispuso a salir de allí sin decir ni media palabra, le agarré del brazo justo en el momento en el que pasaba por mi lado. Me miró con mala cara.

—Tenemos que hablar —sentencié.

—No. No tenemos nada que hablar, Micaela.

Se soltó de mi agarré con suavidad, y me giré para encararlo por completo.

—¿Cómo sabías la dirección de la casa de mi abuela?

Detuvo su paso antes de llegar al pasillo que conducía a la salida.

—¿A qué viene esa pregunta? —Giró su rostro hacia la derecha.

—Contéstame —exigí.

Dio media vuelta y se quedó de cara a mí, contemplándome intimidante.

—Te investigué.

Asentí con lentitud.

—¿Sabías quién era antes de decírmelo?

Negó con la cabeza. Fue a marcharse cuando le detuve de nuevo, yendo a toda prisa hasta su posición para colocarme delante de él con cara de enfado. La ira hervía en mis venas.

—¡Ya está bien, Jack!

Le di un empujón, este no se inmutó, pero cuando me propuse darle otro, al ver que no detenía su paso hacia la salida, sujetó mi mano con fuerza y me aniquiló con sus ojos.

—No me toques —siseó.

—¡Pues contéstame! —elevé los brazos, gritándole—. ¿Por qué te preocupaste por mi abuela? ¿Por qué tenías que entregarme a Anker? ¿Por qué me salvaste? ¡¿Por qué todo?! —Me dejé la garganta, notando mis fuerzas menguar.

Se acercó hacia mí con firmeza; yo no me moví del sitio.

—Me preocupé por tu abuela porque sabía que era importante para ti. —Calló un segundo—. ¿Qué más da por qué tenía que entregarte a Anker? —se desesperó.

—¡¡A mí sí me importa!! —respondí en el mismo tono.

Se fue a grandes zancadas hacia el salón y comenzó a dar vueltas como un león enjaulado. Se paraba, me miraba, y seguía caminando de un lado a otro. Pasó una mano por su mentón con desespero, a lo que yo me crucé de brazos desde mi posición, ejerciendo un poco más de presión con mi mirada asesina.

—Anker me pasó una lista con seis nombres a los que debía asesinar, excepto el último que debía entregárselo con vida. El sexto eras tú, y no lo supe hasta que secuestraste a Adara, ¡de la que tampoco sabía nada!

No dije ni una sola palabra y esperé a que continuara.

—Cuando descubrí que eras tú, me di cuenta del motivo por el que Anker quería terminar con todos antes que contigo. —Le miré interrogante—. Todos te suministraban algo: protección, la desaparición de los datos que pudieran perjudicarte, mujeres que después se prostituían en un tu club, drogas, quien las manejaba, ¿quieres que siga?

Negué con la cabeza.

—¿Quién había en la lista aparte de Manel, Anabel y Óscar?

Temí su respuesta. Dudó en decírmelo, pero al final lo hizo.

—Tiziano, Eli y... tú.

Solté un fuerte suspiro al escuchar los nombres y, por una vez, me alegré de haber desbaratado sus planes al secuestrar a su hija.

—¿Por qué a mí me quería viva?

—No lo sé.

—No me mientas. —Endurecí mi voz.

—¡¡No lo estoy haciendo!! —chilló desencajado.

Tragué saliva al ver el estado en el que se encontraba y le miré fijamente. Él no apartó esa conexión, tenía sus esmeraldas irritadas. Brillaban más de la cuenta, y ya no sabía distinguir entre la ira y las emociones por las que estaba pasando.

—¿Por qué me salvaste? Estabas dispuesto a entregarme —afirmé con dureza en mi voz.

—Sí, lo estaba. Es mi trabajo —aseguró de la misma forma.

—¿Por qué, entonces?

Dirigió sus pasos hacia mí. Noté mi cuerpo temblar igual que una maldita hoja, pero me dejó fuera de lugar, como de costumbre.

—Se ha terminado el interrogatorio.

Pasó por mi lado, dejando su aroma en el ambiente. No me di por vencida.

—¡Jack! ¡¡Contéstame! ¿Por qué!?

De nuevo, detuvo sus pies y con un fuerte rugido quedándose de espaldas a mí, dijo:

—He dicho que ya basta, Micaela.

Agarró la manivela y con una fuerza desmedida, pegó un portazo que retumbó en toda la casa.



<sup>9</sup> Café helado típico de Grecia

## ENSEÑAME LO QUE SABES

Me desperté cuando escuché el chiflido de una cafetera al estar lista y su dulce olor, el mismo que me desagradaba si me lo tomaba. Levanté un poco la cabeza y, seguidamente, recordé que la noche la había pasado sola, otra vez. Me asomé desde la parte de arriba, donde estaba la cama, y le vi. Llevaba ropa de deporte y sus pies permanecían descalzos pisando el suelo de la casa. Pasé una de mis manos por mi rostro y me quedé embobada con su destreza a la hora de manejarse en la cocina, y con lo que no eran sus habilidades, con mi perdición, su cuerpo.

Me tiré más de media noche dándole vueltas a la cabeza, hasta que conseguí dormirme cuando apenas quedaba una hora para que amaneciese. Estaba enamorada de él, ya no podía seguir negándomelo a mí misma por más tiempo y, aunque me hiciese daño, tenía que aceptar una realidad como una casa de grande.

Era un amor imposible.

Un amor que ni siquiera sabía si era reciproco, aunque en el fondo mi mente me dijese que sí.

Sus vivaces ojos se volvieron en mi posición, nos quedamos durante lo que pareció una eternidad evitando que esa conexión se rompiese, hasta que paseó sus ojos por todo mi cuerpo, cubierto con un simple camisón negro y la sábana. Tragué saliva al ver la manera tan evidente de devorarme, sintiendo que mi garganta se secaba.

Volvió a lo suyo, me puse en pie con dificultad debido al cansancio que tenía y encaminé mis pasos escaleras abajo. Había puesto la pequeña mesa para comer en el salón, donde ya me esperaba un gran vaso de leche fría, unas tostadas y varias piezas de fruta. Por último, trajo un revuelto de huevos con beicon, dejándolo sobre la mesa.

—Buenos días —musité.

—Buenos días... —contestó de la misma manera, cuando sus ojos resbalaron por mis largas piernas.

Me senté con el nerviosismo instalado en mi pecho y desvié la mirada hacia otro punto de la casa, aún viendo de reojo su manera de escrutarme. Se encaminó hacia la cocina, apagó el fuego y sentó a mi lado.

—¿Desayuno americano?

Asintió metiéndose un trozo de beicon con huevos en la boca.

—Estuve tres años en América, me acostumbré y me gustó.

«Vaya...», pensé. Esa mañana estaba más hablador que dos días atrás. Empecé con mi desayuno y, en silencio después de ese comentario, terminamos. Le ayudé a recoger la mesa y, cuando me dispuse a fregar los platos que habíamos usado, me paró.

—Deja eso. Cámbiate de ropa y ven.

De nuevo, vi su mirada recorrerme de pies a cabeza. Asentí sin contestarle, me giré para subir las escaleras y frené cuando su gran mano cogió mi brazo. Se pegó completamente a su espalda,

lo que hizo que sintiera el enorme bulto que emergía de entre sus piernas, a la vez que su aliento me erizaba la piel cuando dijo en mi oído:

—Ponte cómoda.

Entreabrí mis labios inconscientemente al notar que el aire no llegaba a mis pulmones de manera correcta. Sentí que se separaba de mí y tuve que cerrar los ojos debido a la frustración que noté en aquel momento. Me alejé de él como si mil cuchillos se clavasen en mi espalda y avancé en la dirección que tenía prevista sabiendo que continuaba en la misma posición que segundos antes.

Cogí de mi bolsa unas mallas y una camiseta para colocarla sobre mi cuerpo, momento en el que miré hacia abajo y le vi en la terraza, apoyado sobre la barandilla. Su espalda lucía tersa y firme ante mis ojos, necesité centrar mis pensamientos en lo importante de esa noche, y llegué a donde se encontraba mientras se fumaba un cigarro.

—¿Así va bien? —pregunté en la puerta de acceso.

Se giró para contemplarme detenidamente. Hizo una mueca de disgusto y se volvió para apagar su cigarro.

—Me has dicho algo cómodo —me excusé.

Pasó por mi lado sin decir nada, hasta que de lejos pude oír que murmuraba:

—Me gustaba más el vestido.

Sonreí sin atreverme a romper el humor que esa mañana parecía que le predecía, cuando tecleó un código en la puerta que estaba tapada por la estantería postiza, al lado de la otra de donde sacó la pistola moviendo el libro, y esta se abrió. Mis ojos se agrandaron tanto que casi se salen. Unos coleccionaban libros, otros cuadros, como era mi caso, y otros... Otros coleccionaban armas.

Cuatro estanterías de, mínimo, dos metros y medio se acoplaban a la pared que tenía enfrente. Estaba recubierta con unos focos de color blanco que las iluminaban haciéndolas más temibles y peligrosas de lo que ya eran. Debajo del mostrador en color blanco, se encontraban largas cajoneras que llegaban hasta el final del estrecho pasillo y, justo en la pared de enfrente, cuando entré descubrí otros tantos artilugios incluidos los trajes de camuflaje negros y varias prendas como pasamontañas o guantes.

—Madre mía... —murmuré absorta sin poder evitarlo.

Volvió su rostro hacia a mí con un gesto risueño en él. Le gustaba lo que hacía y no había más.

—¿Este es tu almacén de juguetes? —pregunté mirándolo todo con asombro.

—Más o menos.

Cuando se giró hacia delante, pude ver una pequeña sonrisa intentar escapar de sus labios.

—Es lo mismo que las mujeres que tú tienes en tu club.

Dirigí mis ojos hacia él con seriedad. Se volvió hacia mí al llegar a la puerta que estaba al final y me contempló con sorna. Me crucé de brazos.

—¿Tienes algún problema con mi negocio? —cuestioné.

Hizo un leve movimiento con la cabeza para que entrara y, mientras traspasaba la puerta, le observé esperando una respuesta.

—Mi madre fue prostituta, comprenderás que sí, lo tengo.

Las luces se encendieron y pude ver un amplio gimnasio casi igual de grande que la casa en la que había estado. Inspeccioné todas las máquinas que había en la estancia y atisé una barra que colgaba entre una y otra. Imaginármelo agarrado a ella me provocó un tremendo sofoco que

no supe si disimulé o no, puesto que los ojos de Jack pasearon por mi rostro con picardía. Al lado de las máquinas había un cuadrado lleno de colchonetas en color negro, y a la derecha una diminuta nevera que no me llegaba a las rodillas con lo que parecían bebidas refrescantes.

—¿Todas las casas de aquí son así? —pregunté con curiosidad.

—No.

Su tono tajante había vuelto y ya no quedaba nada de la roca que parecía haberse «casi» roto esa mañana. Se encaminó con decisión hacia las colchonetas y, seguidamente, extendió una mano para que le acompañara.

—¿Qué hacemos aquí?

—Necesito ver que estás capacitada para venir conmigo dentro de unas horas.

Arrugué el entrecejo, pero me acerqué quedando frente a él.

—¿Capacitada para qué?

No me dio tiempo a asimilarlo cuando metió su pie derecho por detrás de mi tobillo y caí al suelo de espaldas.

—¡¿Qué coño haces?! —grité enfadada.

—Defiéndete —sonó rudo—. Levanta —ordenó.

—No me mandes —le advertí señalándole con el dedo.

Dio un manotazo a mi índice y antes de que pudiera decirle algo, volvió a meter la otra pierna, está vez dando en el juego de mis rodillas por detrás, y caí hincada de rodillas en el suelo. Se colocó detrás de mí, sujetando mi cuello con una mano.

—Atenta —añadió con voz firme—. Ya estarías muerta otra vez.

Arrugué el entrecejo enfadada, cogí la mano que me sujetaba y conseguí doblarla de manera que, ejerciendo la presión necesaria tal y como me enseñaron, hice que cayera de espaldas al suelo. Con rapidez, sacó un cuchillo que no había visto en su bolsillo derecho, y este me rozó la oreja clavándose en la pared de mi espalda. Lo miré perpleja.

—Tienes que contar con que estas tratando con asesinos. No con personas normales que en una pelea cualquiera se tirarían a darte puñetazos. De nuevo, ya estarías muerta —añadió con cansancio y dureza.

Le contemplé en la misma posición, sin parpadear.

—Levanta —exigió.

—¡Casi me cortas una oreja! —añadí enervada.

—¡Que te levantes!

Su tono hosco no hizo otra cosa que cabrearme más. Me puse en pie con mi particular cara de mala hostia, solo que esa vez se me notaba en exceso.

—Vamos —me incitó con ambas manos—, pégame.

—No voy a pegarte —me crucé de brazos—, sé defenderme.

—Que me pegues —se desesperó.

—Que no.

Dio un simple paso hacia mí y golpeó mi brazo derecho con un manotazo que no llegó a ser fuerte, pero comenzó a picarme. Achiqué mis ojos fulminándolo, a la vez que volvía a insistirme para que le pegara. Se puso en posición de ataque y, al ver que no daba un paso hacia él, me golpeó de nuevo, esta vez en la barbilla. Noté la rabia saliendo por todos los poros de mi piel y me abalancé sobre él con el puño cerrado.

Agarró mi mano dejándola en su hombro, y con la otra me torció el brazo haciendo que volviese a quedar de rodillas ante él. Un grito de dolor salió de mi garganta.



—La rabia es un sentimiento que no compagina con la lucha. Podría haberte partido el brazo ahora mismo.

Me soltó. Moví mi extremidad varias veces, tratando de recuperar la movilidad en él, y cuando lo conseguí me puse en pie dispuesta a plantarle cara. Unos golpes tras otros llegaron dejándome dolorida, y hubo un momento en el que ya no conseguía mantenerme ni en pie. En uno de los puñetazos que Jack lanzó contra mi hombro, escuché cómo decía antes de darme:

—Eres buena, pero no lo suficiente.

Sujeté con fuerza el puño que quiso impactar contra mí, le propiné una patada en el estómago y con la mano que tenía libre le golpeé la barbilla haciendo que retrocediera unos pasos. No se inmutó, pero supe que le había hecho daño.

Asintió conforme y, cuando pensé que había acabado la tontería de ponernos a pelearnos como dos imbéciles, para supuestamente saber si era apta o no, me dijo:

—Otra vez.

Después de casi cuatro horas metidos en aquel gimnasio, salí cuando Jack me dijo que habíamos terminado y me encaminé hacia la puerta con el corazón que me salía por la boca desbocado gracias a varios motivos. Uno era el sobresfuerzo que llevaba encima, y el otro, el verle tan rudo, salvaje y titán.

—¿Os habéis matado ya?

La voz de Riley se escuchó antes de que llegara a la salida. Entré en el salón pegando un fuerte resoplido, y después lo hizo Jack. Necesitaba una ducha urgente.

—Como esta noche no rinda por tu culpa... —Miró a Jack con mala cara—. ¡Solo se te ocurre a ti echar un combatito ahora!

—Calla ya, Riley —espetó el aludido con pesadez.

—Vais sudados como guarros, ¿solo habéis estado peleando?

Me tuve que reír según llegaba al baño, menos mal que ninguno de los dos me vio. Riley y sus comentarios. Crucé la puerta cuando Jack entraba detrás de mí sin haberse dado cuenta de la dirección que tomaba.

—Eso, dúchate en tu baño de una puta vez, que me has gastado todo el termo en dos días que llevas en mi casa. ¡Pesado! —Oí a Riley.

Me giré, estampándome contra su pecho, y el pulso se me aceleró más cuando fui consciente de que ya iba sin camiseta.

—Oh, yo... Bueno, me espero —intenté evitar mirarle.

—No sabía que venías hacia aquí. Espero fuera.

—No, no. No te preocupes.

Fui a esquivarle cuando vi su mano alzarse sobre mi cabeza, cerrando la puerta con el pestillo.

—No creo que vayas a asustarte. La ducha es grande y entramos los dos —anunció en tono serio, cambiando visiblemente de opinión.

Temblé.

Se aproximó hacia la ducha mientras yo me quedaba como una imbécil contemplando. Se quitó los pantalones de deporte a la par que su bóxer se deslizaba por sus torneadas piernas. Observé su prieto trasero y me faltó el aire cuando entró y abrió el grifo, dejando que el agua helada cayera sobre su estrepitoso cuerpo. Me desnudé sabiendo que, aunque estaba con los ojos cerrados, de vez en cuando los abría con disimulo.

Pasé al interior y cogí un poco de jabón evitando rozarle siquiera. Me di la vuelta quedando

de espaldas a él, notando una presión en el pecho que no era normal. Me faltaba el aire, como si todo lo que tenía alrededor se hubiese paralizado, incluido mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando uno de sus dedos se deslizó por mi espalda, hasta llegar a mi cuello. Cerré los ojos saboreando su contacto, el mismo que había añorado durante tantos días.

Volvió a descender con él, hasta llegar al límite de mi espalda y, después, sentí su virilidad en mi trasero, cuando su pecho se pegó a mí. Noté sus labios tan cerca de mi oído que en cualquier movimiento podría rozarlo.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? —susurró con voz ronca.

Me giré presa de su tacto, quedando frente a frente. Elevé mi rostro, observando alternadamente sus labios y sus ojos, que brillaban con fuerza. No supe qué contestarle, y el tiempo se me hizo eterno mientras nos devorábamos con la mirada. Entreabrí mis labios, sintiendo el agua caer con más fuerza sobre nuestros cuerpos y, cuando pensé que me perdería en un beso que ansiaba con todas las fuerzas del mundo, salió de la ducha, dejándome confusa y solitaria. Enrolló una toalla en su cintura sin detenerse, abrió la puerta del baño y desapareció.

Apoyé mi cuerpo en el frío azulejo de la ducha sintiendo mi organismo a punto de explotar con su simple roce y esa voz tan sensual que me hacía perder la cabeza y la forma de ser que tanto tiempo me había costado forjar.

Unos minutos después, me recompuse como pude y avancé con pasos decididos hasta que llegué a las escaleras, envuelta en otra de las toallas. Él ya estaba vestido, sentando en la silla con Riley y, cuando aparecí, los dos dejaron de hablar para mirarme. Evité que nuestros ojos conectaran subiendo las escaleras a toda prisa, a la vez que escuché a Riley carraspear y darle un golpe a Jack, dado que este se quejó.

Coloqué unos pantalones elásticos sobre mis piernas y una camisa que se adaptaba a mi piel de la misma manera, de color negro, tal y como me habían indicado. Bajé las escaleras cuando Jack repasaba concentrado, de una manera que jamás le había visto, el plano que había extendido encima de la mesa.

—¿Lo tienes claro? —le preguntó Riley.

Asintió, pero no le contestó. Elevó sus ojos encontrándose conmigo, y yo desvié la vista a toda velocidad.

—Si os descubren —me señaló con un bolígrafo que llevaba en su mano derecha—, estoy seguro de que pueden enamorarse de ella y perdonaros la vida. —Sonrió—. Estás guapa hasta de negro. —Me guiñó un ojo y yo sonreí.

Jack se levantó molesto, me imaginé que por los comentarios de Riley, y encaminó sus pasos hasta llegar al «cuarto de juguetes», como yo le había bautizado. Cogió una mochila que se colgó en la espalda y, seguidamente, comenzó a cargar un par de armas, a la vez que se metía dos cuchillos entre la ropa. Avanzó hacia mí; no me moví.

Colocó el pinganillo con forma de botón dentro de mi oído, ajustó un cable hasta engancharlo en mi pantalón, por debajo de mi camiseta, y ese tacto produjo un escalofrío que él notó. Detuvo sus manos y me contempló de reojo, pero enseguida se le pasó y continuó. Me extendió un puñal de un tamaño considerable, lo sujeté dentro de su funda, y este me puso una especie de cinturón donde encajó el arma blanca y la pistola en el otro extremo.

—Pareces una matona. —Riley sonrió con entusiasmo.

Se puso en los dos ordenadores, a la vez que conectaba el suyo portátil que había traído. Jack cogió las llaves del coche y salimos a la oscuridad de la noche en Santorini. Una noche que daría un paso más hacia mi ansiada venganza, aunque con ello me reventara el pecho al saber que esta

sería la última vez que le viera.



## ADRENALINA

Aparcamos el coche en el puerto de Athinios y fuimos directos hacia el barco de Jack que nos esperaba. Subí en él cuando me extendió la mano para que lo hiciera, y su contacto me quemó. No abrimos la boca en todo el camino hasta llegar al puerto y, en ese instante, tampoco teníamos pinta de hacerlo. Era un silencio más que incómodo.

Casi una hora después, llegábamos a Anafí, donde las luces de la gran mansión resaltaban más que ninguna casa, ya que estaba iluminada en exceso por mil colorines, y más que una fiesta, parecía un puticlub. Jack se bajó para amarrar el barco cuando atracamos en la playa de arena que Riley nos dijo y, en ese momento, escuché a alguien hablar en mi pinganillo.

—¿Me oís bien?

—Sí —contestó Jack.

—Bien, Micaela, ¿has hecho los deberes? —preguntó con guasa.

—Tiene buena memoria fotográfica, no creo que lo haya olvidado —añadió Jack, refiriéndose claramente al lienzo que vio de él dibujado en mi local.

Le miré de reojo y contesté:

—Entrada trasera, enseñarles las tetas a los dos guardias y recorrer pasadizo hasta la primera puerta a la derecha. —Jack soltó un suspiro que nos resonó a los dos en nuestro oído, yo continué con tono gracioso—. Montacargas del servicio, segunda planta y tercera puerta a la izquierda en el pasillo. Ordenador y clave, ¿Correcto? —Sonreí con superioridad.

La verdad era que me había tirado toda la noche pensando en no olvidarme de ninguna parte, aunque llevara a Jack, si por lo que fuera nos separábamos, tendría un problema si no me acordaba de cómo hacerlo.

—Esa es mi chica —anunció con orgullo.

—Ah, y se me olvidaba. Si nos pillan, mostrar mis encantos sin ser recatada.

—Así me gusta.

Otro resoplido de Jack, esta vez más fuerte, nos dejó sordos. Le vi amarrar con maestría el barco sin mirarme, a la vez que yo me bajaba de él. Ajusté el cinturón que me había puesto a mis caderas y esperé.

—Dile al búfalo que se tranquilice, cómo siga resoplando de esa manera nos va a dejar sordos.

Reí por lo bajo.

—El búfalo dejaría de hacerlo si tu dejaras de decir gilipolleces —espetó enfadado.

—¡Anda ya! Lo que necesitas es echar un polvo para que ese carácter se te aplaque, que vaya cuatro semanas llevas.

—¡Riley! —le gritó.

Apreté mis labios con fuerza para no reírme.

—Sí, sí, Riley. —Se hizo un pequeño silencio, pero pude oírle reír—. Que no os maten.

Comenzamos a caminar hacia la montaña, bordeándola para llegar al pueblo que se encontraba a escasos pasos de allí. La arena de la playa salpicaba bajo mis pies según avanzábamos hasta que, antes de lo que esperaba, nos situamos frente a la mansión. Estaba casi metida en la montaña y, vista desde nuestra posición, parecía enorme. Vi que Jack sacó una pantalla diminuta que se colocó en la muñeca, donde los planos de la misma aparecían indicando cuál era la entrada trasera. Avanzó decidido hacia un lateral de la casa, sacó una cuerda con una garra en forma de araña y la lanzó con fuerza sobre la roca. Tiró de ella para comprobar que estaba bien sujeta y, a continuación, colocó con unos ganchos en su cintura y después en la mía.

—¿Preparada?

Sus ojos me traspasaron. Asentí sin más.

—Micaela, contéstame —ordenó.

—Sí.

Ahora el que asintió fue él, tiró de la cuerda para pegarme a su cuerpo, momento en el que nuestras bocas casi se juntaron, pero de nuevo, ilusa de mí, ya que no fue el caso.

—Solo son cuatro metros, la subida es lo más fácil, lo peor será bajar —musitó en mis labios, sin quitar sus ojos de ellos.

Esta vez fui yo la que se apartó, dejándolo asombrado por mi gesto. De reojo, vi cómo sonreía.

—Apoya tus pies de manera que sujeten tu cuerpo. —Se posicionó de la misma forma que tenía que hacerlo yo—. Y ve subiendo con cuidado, sujetando con fuerza la cuerda.

Bajó de su posición para colocarse los guantes y le imité haciendo lo mismo. Segundos después, ambos escalábamos la montaña en la oscuridad de la noche y, como única luz, teníamos las de la mansión, iluminando completamente la isla. Al llegar al borde, Jack me detuvo con su mano y sujetó mi cintura con firmeza. Miró por encima de la piedra lo que había en el interior y se agachó de nuevo.

—Riley, estoy esperando.

Estaba completamente pegada a él, observando sus labios hablar, perdiéndome en un embobamiento que en ese momento no me podía permitir. Él me contempló durante unos instantes, hasta que el resto de nuestro equipo, o sea, Riley, habló.

—Vía libre, cámaras desactivadas. Tenéis veinte minutos para salir de allí.

Jack sujetó mi cadera con fuerza a la misma vez que murmuro con tono firme:

—Impúlsate.

Lo hice, y de un salto entré en los jardines de la mansión. Me agazapé y Jack hizo lo mismo mientras recogía la cuerda y volvía a colgársela en el hombro. Estaba rematadamente *sexy*. Recorrimos tras unos grandes maceteros unos cuantos metros, hasta que llegamos a la entrada trasera donde, efectivamente, había dos hombres custodiando la entrada.

—Tú izquierda, yo derecha, ¿entendido? —añadió sin apartar su vista de ellos.

Se colocó el pasamontañas sobre su rostro, instándome para que hiciese lo mismo.

—Entendido.

Con sigilo fuimos hasta ellos, y cuando yo ya golpeaba al primer segurata con mi antebrazo dejándolo inconsciente, Jack salía de los matorrales en silencio abalanzándose sobre el otro, imitando mi gesto. En la puerta se oyó un leve clic y, automáticamente, esta se abrió dándonos paso al interior de un pasadizo de color gris con unas luces tenues. Jack iba detrás de mí, llegamos a la primera puerta a la derecha y escuchamos el sonido habitual como si le pasases la

tarjeta de seguridad.

Me adentré asegurándome de que no había nadie. Busqué el montacargas y lo encontré al final de la gran cocina, típica de un restaurante gigantesco. Bajé la palanca que había y este se abrió ante mis ojos. Me sorprendí por el reducido tamaño que tenía.

—Aquí no entramos los dos.

No pregunté, lo afirmé, porque era imposible que Jack con su altura y su cuerpo cupiese allí, pero de nuevo, me equivoqué. Sacó su pistola con silenciador, extendiéndomela para que la sujetase mientras él se metía. Colocó sus piernas entrelazadas entre sí y me extendió la mano para que entrase.

—Primero la cabeza —indicó.

Doblé mi espalda por completo y mi rostro quedó pegado a él.

—Ahora, gírate y siéntate sobre mí. Las piernas flexiónalas.

Hice lo que me dijo, y me sorprendí al descubrir que todavía seguíamos teniendo hueco para que otra persona, si quería hacerse un chicle, se metiese.

—Joder... —murmuré.

—Me encantaría poder ver el puzle que habéis hecho para entrar. Está todo pensado, nena —añadió Riley.

No había sido difícil siguiendo las instrucciones de él, pero nunca me hubiese atrevido a hacerlo, ni mucho menos a pensar que entraríamos de verdad. Cuando Jack tiraba de la palanca desde fuera para cerrar la puerta y subir a la segunda planta, escuchamos un sonido procedente de la cocina. Le miré de reojo, a la vez que este me indicaba silencio con su dedo. El montacargas comenzó a subir. Noté su pecho agitándose en mi espalda, y sentí que mi maldita cabeza se nublaba por tenerlo tan cerca.

—¿Y si se para antes de llegar? —susurré.

—Riley lo tiene controlado, no lo hará.

Le miré a los ojos girando mi rostro lo suficiente, y me prendé de ellos, que me contemplaban fijamente sin poder evitarlo.

El montacargas paró y salí de mi atontamiento cuando Jack abrió la pequeña puerta. Repetí el proceso y salí de allí, a la misma vez que él lo hacía con una agilidad asombrosa. Cargó su arma cuando oímos unos pasos al fondo del pasillo, y se pegó a la pared colocando una de sus manos sobre mi vientre. Giró el rostro lo justo para escuchar si se aproximaban o no, momento en el que oímos que bajaban las escaleras. Jack salió delante de mí, hasta que avanzamos a la tercera puerta. Lo poco que me dio tiempo a ver era extravagante. No faltaba lujo de detalles en cada rincón, incluso los jarrones que adornaban pequeños recibidores en el pasillo tenían oro incrustado en los filos. La puerta hizo su sonido particular y se abrió ante nosotros. Vi el gran escritorio de madera, el único mueble en toda la sala, excepto por cuatro armarios con rejillas diminutas que había en cada pared.

Ambos nos quitamos los pasamontañas una vez dentro. Me lancé hasta él y abrí la pantalla a la espera de que Riley accediera. Jack se quedó detrás de la puerta, con un filo de ella abierta para controlar si venía alguien mientras comenzábamos con la sustracción de la contraseña.

—Vamos, Riley —apremió Jack.

—Voy, voy, voy. Me está fallando la conexión de las cámaras, ¡joder!

Solté un suspiro con nerviosismo. Jack me miró, inspirándome la confianza que me faltaba en aquel momento al ver que las cosas se complicaban.

—Listo. Ábrelo.

El ordenador comenzó a funcionar cuando consiguió desbloquearlo desde la distancia, y yo me metí en la única carpeta que había con un nombre extraño. Un millón de códigos con números y letras saltaron en la pantalla, en el momento en el que escuché a Riley:

—Oh, oh, tenemos problemas.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack con un tono tan tranquilo que me asustó.

—Acaban de saltar las alarmas internas del programa.

Eso solo quería decir una cosa: nos habían pillado.

—Riley, ¿qué hago? —pregunté nerviosa.

—Espera, dale a aceptar cuando salga la ventana en el ordenador, cogeré la clave y estará listo.

—Riley... —murmuró Jack.

—¿Qué pasa? —Elevé mi rostro.

—Riley, ¡bloquea la puerta! —gritó.

Ahora sí que teníamos un problema.

Dos de los hombres que venían por el pasillo consiguieron pasar al interior. Jack se lanzó a por uno, mientras que el otro agarró mi pelo con fuerza desde atrás cuando la ventana emergente saltó en el ordenador. El tipo golpeó mi cabeza contra el escritorio, y creí haber perdido la nariz. Le di una patada en sus partes haciendo que un grito desgarrador saliera de su garganta y me soltara durante un segundo para poder darle a la dichosa tecla. De refilón vi a Jack forcejear con el otro.

—¡Os quedan dos minutos y perderé la conexión! —se desesperó Riley al otro lado—. ¡Micaela! ¡Acepta la puta pantalla!

Cuando fui a darle a la tecla, el hombre que me atacaba golpeó con fuerza mi costado, haciendo que la respiración dejase de entrar con facilidad durante unos segundos. Caí de rodillas al suelo e intenté recomponerme.

—¡¡Micaela!! —gritó.

Pude ver que el otro hombre lo tenía presionando su cuello contra su brazo, mientras este estaba inmovilizado en el suelo, seguramente, por mi culpa al preocuparse.

—¡¡Micaela!! —Esta vez, el chillido fue de Riley.

Con la respiración agitada, saqué el puñal del cinturón y se lo clavé en la barriga, haciendo que retrocediera. Me levanté como un vendaval, pulsé la puta tecla casi sin respiración y, en ese momento, los golpes sonoros de la puerta se hicieron eco en la estancia. El sonido de la pistola de Jack al disparar resonó en toda la habitación.

—¡Listo! ¡Lo tenemos! ¡Salid de ahí, os quedan treinta segundos! —apremió Riley.

Jack se dirigió hacia mí con rapidez, abrió la ventana, colocó la cuerda sobre su cintura con una agilidad asombrosa, la sujetó con fuerza a la barandilla y, en mi posición, pude ver la gran caída que teníamos desde donde estábamos. Saqué el puñal del hombre al que acababa de agredir y me puse en pie.

—¿Estás bien? —preguntó cogiendo mi cara con ambas manos.

Asentí.

—¡Micaela! —me regañó.

—Sí —contesté volviendo mis ojos hacia la puerta.

—¡Salid ya! —gritó Riley.

Jack asintió y cogió mi cintura con fuerza, colocando su misma cuerda alrededor de ella. Pasó su pierna por encima de la barandilla y después lo hizo con la otra. Extendió su mano para que le

imitase el gesto, en el momento en el que escuchaba el clic de la puerta, abriéndose.

—¡Cinco segundos! —Riley volvió a ponerme más nerviosa de lo que ya lo estaba.

Me miró a los ojos de una forma que me sobrecogió, mientras permanecía pegada a su pecho como una lapa, con mis brazos alrededor de su cuello. El aire atizaba mis mejillas con ferocidad, mientras que el agua de las olas impactaba de una manera bestial contra las rocas que, planas, se lucían bajo nuestros pies. No pude calcular ni por asomo los metros que podría haber, pero preferí no hacerlo. Jack sostuvo la cuerda que pegaba a la barandilla con fuerza y, cuando los hombres de Achilles se disponían a entrar, tragué saliva sin poder apartar mi mirada de la suya, al oír:

—¿Confías en mí?

Escuché a Riley como una segunda voz muy lejana, mientras me perdía en el hombre que tenía ante mí, parecía anularme por completo cuando estaba tan cerca de él.

—¡Ahora no es momento de ponerse subnormales! ¡Saltad de una puta vez! —vociferó histérico.

Y lo último que pude decir con voz firme fue:

—Sí.

Oí el ruido de la cuerda al soltarse y vi los ojos de Jack mantenerse firmes en los míos. La adrenalina recorrió mis venas cuando mis pies dejaron de tocar la barandilla de segundos antes, y descendimos a una velocidad de vértigo que no sabría especificar, era... adrenalina pura y dura.

Cuando nuestros pies tocaron el suelo de la arena, Jack cortó la cuerda con rapidez y después se deshizo de la mía a toda velocidad. Cogió mi mano con fuerza y tiró de ella hasta que llegamos al barco a la carrera, sin darme tiempo a procesar lo que acababa de pasar. Desató el nudo mientras yo contemplaba la altura por la que acabábamos de saltar, y la misma de la que no fui consciente cuando llegamos. Daba miedo mirar hacia arriba.

Desde nuestra posición era imposible que nos vieses, pero teniendo en cuenta quien era Achilles, era mejor darse prisa o seríamos descubiertos. Jack arrancó el barco y salimos disparados de allí, en el mismo instante en el que escuché a Riley decir:

—Anker Megalos, cero; equipo de zumbados, uno.

Acabábamos de dejar a mi mayor enemigo en la más ruin de las miserias. O eso creía yo.





## PLACER

Una hora y media después, llegábamos a la casa de Jack, donde un histérico pero sonriente Riley nos esperaba con ansias. Jack no se había pronunciado en todo el camino, y yo no dejaba de pensar en sus ojos, en sus labios al preguntarme sin confiaba en él y en la sensación que acababa de vivir minutos antes. Bajó del coche con prisa, se encaminó hacia mi puerta, algo que me extrañó, y tiró de mi brazo de forma ruda para que saliera.

—¡Eh! —renegué al ver sus modales.

Parecía haber perdido los pocos papeles que le quedaban últimamente. Riley nos observó a ambos y, antes de que pudiera hablar, el hombre que me llevaba casi arrastras, le dijo con tono serio:

—Mañana hablamos.

Abrió la puerta de la casa con urgencia y la cerró cuando entré, lanzándole una mirada a Riley de socorro, a lo que él solo movió sus hombros sin saber qué hacer. Cuando la puerta se cerró, iluminados por la simple luz de emergencia que se posicionaba sobre nuestras cabezas, dirigí mis ojos a Jack que permanecía paralizado contemplándome, mientras su pecho subía y bajaba a una velocidad desmesurada. Sujetó mi cara con ambas manos y, acercándose de manera peligrosa, me besó.

Un besó que se volvió temerario y salvaje en el mismo instante en el que sus labios impactaron con los míos. Bajó sus manos hasta el filo de mi camiseta y sin darme tiempo a reaccionar, escuché el cinturón que se sujetaba en mis caderas caer al suelo a plomo al igual que lo hacía el suyo. Subió mi camiseta, separándonos por un breve momento hasta que la sacó por mi cabeza, y volvió al ataque. La urgencia por hacer desaparecer toda la ropa de mi cuerpo la vi reflejada en sus manos, que me tocaban con una lujuria desorbitante. Noté mis labios hinchados por los rudos besos que su boca me daba, a la vez que mis manos se esmeraron con destreza para desnudarle. Toqué su firme pecho, paseando mis dedos con añoranza por aquellos abdominales que tanto había deseado volver a acariciar.

Mis pies comenzaron a andar de espaldas cuando la lengua de Jack me invadió, buscando la mía con esmero, con desesperación. Desabroché el botón de su pantalón y comencé a empujarlo como podía, intentando deshacerme de él. Llegamos hasta la mesa del comedor, donde vi su mano barrer con todo lo que había encima de ella, haciendo que el sonido estridente de los adornos al romperse inundara mis oídos, hasta que segundos después, lo único que oí fueron nuestras respiraciones agitadas a la par que nuestras bocas se fusionaban con anhelo.

Subió mi trasero a la mesa, tiró de mis pantalones con fuerza y los lanzó a la otra punta de la estancia. Cuando quise mirar, los suyos ya habían desaparecido, momento que aproveché para deslizar su bóxer hacia abajo sin quitarle los ojos de encima. Subí mis manos cuando se quedó paralizado contemplándome, mientras que me permití saborear cada roce de camino a su rostro.

Enredé mis largos dedos tras su cabeza, tirando de su cabello para pegarle a mí, él colocó sus manos a ambos lados de mi cintura y juntó mi cuerpo al suyo sin que el aire pudiera pasar entre nosotros. Bajé una de mis manos delineando su sien, su pómulo, sus labios... Volví a subir por su mentón, perdiéndome en los ojos que me miraban extasiados bajo la potente luz de la luna que entraba por el ventanal de la terraza. Entreabrí mis labios con dificultad para respirar y fijé mis ojos en los suyos de nuevo, cuando sentí que sus manos se colocaban en mi cintura y pegaban un fuerte tirón a ambos lados, destrozando mi ropa interior. Mi cuerpo se movió una milésima, pero él no permitió que la distancia volviera a crearse entre ambos. Tiró de mis piernas hacia abajo, sin romper nuestra conexión en ningún momento. Sus ojos se volvieron más salvajes, más peligrosos de lo que ya lo eran, y junté mis piernas alrededor de su cintura, esperando que se fundiera por completo junto a mí.

Agachó su cabeza lo suficiente como para comenzar a lamer mi vientre e ir ascendiendo hasta que llegó a mis pechos, donde se detuvo torturándolos con delirio. La cabeza me daba vueltas y los sentidos comenzaban a fallarme como mis piernas, que no sabía si conseguirían mantenerse durante mucho más tiempo así de firmes. Llegó a mi cuello, paseó su lengua por él y se posicionó a escasos milímetros de mi boca.

—No olvides este día jamás —susurró roncamente.

El corazón me dejó de latir cuando pensé en que en esas palabras se encerraba nuestra despedida.

Nuestro adiós.

Sentí mis ojos abrasarme, en el mismo instante en el que juntó sus labios con los míos, para después notar su miembro traspasar mis paredes con ímpetu hasta llegar al final. Percibí una lágrima resbalar por mi mejilla, mientras salía y, de nuevo, volvía a acometer con fuerza dentro de mí. Volqué toda la rabia que sentí, todos los sentimientos que no le dije, y me dejé arrastrar por el terrible placer que me daba cada vez que me poseía de aquella forma tan aniquiladora y desquiciante.

A la mañana siguiente, desperté cuando noté un dolor palpitante en cada parte de mi cuerpo. No tuve suficiente con la aventura en la casa de Achilles que, después, nos dejamos llevar por la pasión contenida hasta altas horas de la noche.

Giré mi rostro hacia la derecha, encontrándomelo tapado únicamente con una sábana sobre su virilidad. Su brazo me sujetaba por detrás de mi cuello y mi rostro permanecía pegado a su pecho que subía y bajaba con normalidad. Era la primera vez que dormía junto a él, y no quise desperdiciar aquel momento, ya que todo indicaba que volvería a mi vida, volvería sin él.

Escuché la puerta de la entrada como si alguien la estuviese trasteando y me envaré en la cama, cogiendo una camiseta de Jack del primer cajón y colocándola sobre mi cuerpo a toda prisa. Agarré el arma que se encontraba en la mesita de noche y bajé las escaleras de manera silenciosa hasta que llegué al salón y me escondí detrás de la pared que daba al pasillo.

En el momento en el que ya encañonaba a la persona que venía por el pasillo, de la cual vi la sombra, oí otros pasos silenciosos bajar por la escalera.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Riley volviéndose de espaldas—. ¡Tápate por lo menos, cabrón!

Giré mi cabeza y me encontré a Jack en todo su esplendor con otra pistola en la mano. Este soltó un suspiro de desespero y subió escaleras arriba en busca de algo para ponerse, mientras que Riley hacia otro de sus habituales comentarios.

—Pensaba que os habíais matado —añadió intentando explicarse—. Y luego y te encuentro con todo el colgajo dándome los buenos días, ¡Jesús! —dramatizó.

Bajé el arma que sostenía con firmeza en mi mano derecha, a la misma vez que Riley me miraba con pesar. Tiré de la camiseta de Jack hacia abajo, y eso que me quedaba bastante larga, momento en el que los ojos de su amigo se colocaron en ese punto.

—Prefiero no hacer preguntas —comentó negando con la cabeza—. Os espero en mi casa, porque esto lo tenéis hecho un desastre.

Jack bajó las escaleras de nuevo con el bóxer como única prenda, y mis ojos se clavaron en todo su cuerpo. Riley desapareció antes de que pudiéramos ni contestar, y Jack movió sus hombros de manera indiferente. Se acercó a mí, peligroso, hasta que llegó a mi altura. Recogió un mechón de mi cabello dejándolo detrás de mi oreja, para después bajar sus labios hacia los míos.

—Buenos días... —musitó depositando castos besos en ellos.

—Buenos... días —contesté de la misma forma.

El beso comenzó a intensificarse a medida que nuestras lenguas se buscaban desesperadas. Agarró mis manos con fuerza, elevándolas sobre mi cabeza hasta depositarlas en la pared. Mi cuerpo se restregó contra él sin poder evitarlo, en el instante que noté sus manos bajar hasta mis nalgas para apretarlas con firmeza. Bajé las mías entrelazándolas en su cuello, pegándole con más énfasis a mí. Mis piernas se cruzaron en su cintura cuando de un solo impulso, me elevó como una pluma.

—Jack... —murmuré en su boca.

—Mmm. —Ronroneó en mi cuello.

Sus mordiscos se hicieron más intensos, y yo seguía intentando articular una palabra o, por lo menos, dejar de gemir.

—Tenemos que hablar —anuncié por fin.

Paseó su lengua hasta llegar a mi clavícula, para después detenerse en mis labios de nuevo.

—Yo no quiero hablar.

Su tono sedoso me embriagó, pero no podíamos seguir aplazando lo inevitable, y necesitábamos tener una conversación respecto a nuestros sentimientos, los mismos que no hacíamos nada más que encubrirlos de alguna manera. Mi sitio estaba en España; el suyo en Grecia. Mi venganza seguía en pie, su lucha por la libertad que le pertenecía, y que yo le arrebaté aquel día, también. Estábamos destinados a tomar caminos distintos y, lo peor de todo, lo sabíamos.

Su mano se coló por el borde de mi camiseta, hasta que llegó a mis pechos, donde se entretuvo masajeándolos. Pegué la cabeza a la pared al salir un jadeo ahogado de mi garganta y, en el momento que bajé mis ojos hasta los suyos, alcé su barbilla con mi mano y le dije:

—No quiero demorarlo más.

Sus besos se detuvieron, sus ojos fijos en los míos también y su expresión cambió al desconsuelo. Suspiró una vez, bajando mi cuerpo con lentitud hasta que mis pies tocaron el suelo. Moje mis labios doloridos y permanecí expectante a que hablara. Para mi desgracia no lo hizo, sino que se giró, encaminando sus pasos hacia la terraza. Se apoyó en la barandilla y contemplé sus brazos tensarse cuando apretó sus manos contra esta. Conseguí salir de mi estado de paralización y me dirigí hacia él.

No se movió cuando me escuchó llegar, pero pude ver sus ojos fijos en el mar. Abracé su cuerpo por detrás, sintiendo la necesidad de besar su espalda con ternura, algo que jamás había hecho, pero en ese momento me dejé llevar. Se relajó visiblemente, hasta que hablé:

—Hoy me iré —susurré con un hilo de voz.

Noté su pecho subir y bajar, agitado entre mis manos.

—No quiero que te vayas.

No se movió. A mí se me paralizó el alma con esas palabras.

—Yo tampoco quiero hacerlo. —Suspiré—. Pero tengo que volver.

Mis manos descendieron hasta quedar a ambos lados de mis costados cuando se giró. Me traspasó con su mirada seductora, colocando su mano derecha en mi mejilla. Cerré los ojos saboreando ese momento, dispuesta a mostrar mis sentimientos, aunque aquello conllevarse un sufrimiento para el resto de mi vida. Entreabrí mis labios y, al disponerme a hablar, su boca tomó la mía sin permiso.

No fue un beso igual.

No fue un beso salvaje.

Sus labios recorrieron con delicadeza cada borde de los míos, impregnándose de aquel momento como si fuese el último y, en cierto modo, lo era de verdad.

Aquella mañana tendría que coger un avión y marcharme a España, no podía seguir alargando algo que sucedería tarde o temprano. Los sonoros golpes en la puerta de entrada hicieron que Jack se separara de mí a regañadientes. Permanecimos unos instantes sin romper nuestra habitual conexión, hasta que escuchamos a Riley:

—¡El desayuno se enfría!

Su amigo puso los ojos en blanco, y yo me tuve que reír. Entrelazó mi mano con fuerza y me guio hasta el interior de la casa, donde nos cambiamos a toda prisa entre miradas que decían más que hablaban.

Una hora después de desayunar, Riley comprobaba que el dinero de Anker había llegado correctamente a todas las asociaciones a las que se transfirió.

—¿Y no se dará cuenta de quién lo ha hecho?

Jack bufó mientras daba otro sorbo a su café.

—Sí —contestó Riley.

—¿Sabrá que has sido tú? —me asusté por él.

—No exactamente. Sabrá que le han jaqueado las cuentas, pero no sabrá a ciencia cierta quién ha sido, aunque se lo imaginará. —Me contempló.

—Estaré preparada para cuando llegue ese momento.

—Le acabamos de joder a base de bien, y no se lo va a tomar como una simple tontería —añadió Riley preocupado.

—Tengo los medios suficientes como para afrontarlo, no te preocupes.

—Tendrás que tener una buena artillería. —Miró a Jack, que permanecía en silencio, me imaginé que pensando en nuestra conversación.

Asentí queda en el momento en el que mi teléfono sonó. Lo miré de reojo extrañada al ver un número desconocido y, antes de cogerlo, pensé en quién podía ser.

—¿Sí?

—Tenemos que vernos.

Palidecí por segundos. Jack arrugó el entrecejo y, cuando fue a quitarme el teléfono, le paré con mi mano. Carraspeé y continué con la conversación:

—¿Dónde estás? —pregunté con curiosidad.

—Dónde estás tú, Micaela —respondió con tono serio.

Arrastré mi silla y me levanté ante los ojos de las dos personas que estaban conmigo. Me encaminé hasta la puerta y al abrir, el teléfono se deslizó por mi oreja hasta quedar en mi mano al

lado de mi costado. Me contempló con seriedad, incluso creí percibir cierto atisbo de enfado, hasta que, sin ser consciente de ello, me encontré detrás de un Jack sin camiseta, que apuntaba con una pistola al hombre que tenía delante. Sus hombres enfocaron a Jack, y me puse delante de él para que el revuelo terminase.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté atropelladamente.

—¡Aparta, Micaela! —espetó Jack con dureza.

—Imagina dónde estaba ayer —respondió, obviando que Jack le seguía apuntando con una pistola.

Toqué su brazo y le miré antes de seguir hablando.

—Baja la pistola —le pedí con suavidad.

—¿De qué lo conoces? —preguntó sin mirarme.

—Jack, hazme caso, por favor.

Suspiró echándole una mirada demoledora, mientras veía cómo Vadím sonreía. Este último hizo un gesto de cabeza y todos sus hombres que guardaron las armas haciendo un ruido excesivo.

—¿Estabas en la fiesta de Achilles? —pregunté pensativa.

Asintió. Lo que hizo que me pusiera en alerta.

—¿Y qué hacías allí? No tenéis buena relación —añadí dudosa.

—Achilles es un cerdo que va al sol que más le calienta, Micaela. Y ahora, tenemos que hablar. —Miró a Jack—. Los dos.

Di un paso al frente, cuando la mano de Jack me lo impidió, a la misma vez que negaba con la cabeza.

—Está más segura conmigo que contigo, Williams.

El duro tono de voz de Vadím me sacó de mis pensamientos y fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

La pregunta la hice mirando a Jack, aunque en realidad se lo preguntaba al hombre que tenía a mi lado, esperándome.

—Entra, Micaela —exigió Jack.

—He dicho que se viene conmigo —sentenció Vadím.

Ambos se lanzaron una mirada asesina que no auguraba nada bueno. Cuando Jack dio un paso hacia él de manera intimidante, coloqué mis manos sobre su pecho desnudo y le miré.

—No te preocupes, no me pasará nada.

—He dicho que no —sentenció.

Escuché la risa de Vadím tras de mí. No me giré, pero tuve ganas de ahogarlo en aquel momento.

—Jack, ahora vuelvo.

Giré mi cuerpo hacia el ruso imponente, Jack intentó coger mi mano para que no me marchase y, de nuevo, las armas de los hombres de Vadím se alzaron. Lo iban a coser a balas si daba un paso más.

—¡No! —grité—, Vadím, ¡diles que bajen las armas! —Contemplaba a Jack con desprecio—. ¡Vadím! —insistí ante su gesto impasible.

—No tengo por qué, es un asesino —escupió con desprecio.

—Es un asesino como tú —afirmé presa del pánico.

—No merece la compasión de nadie —aseguró sin quitarle los ojos de encima.

Jack dio un paso hacia delante sin temerle. Yo creí morir en aquel momento, cuando las

armas de sus hombres se movieron evidenciando lo que iba a ocurrir en breves instantes.

—¡Vadím! ¡Que bajen las putas armas! —Me crispé.

Le di un golpe en el pecho con rabia y este me miró furioso. No me importó y arrugué mi entrecejo de tal manera que mi cabreo se mostró más que evidente, a la misma vez que mi nerviosismo hacía acto de presencia. Estaba temblando como un flan, y no por mí, sino por él.

—Haced lo que dice —ordenó firme.

Sus hombres las bajaron y pude soltar todo el aire que tenía contenido en mi pecho.

—Vamos —ordenó.

Abrió la puerta del coche sin quitarle los ojos al hombre que respiraba con dificultad al ver que me alejaba de él. Le eché un rápido vistazo, infundiéndole la confianza que yo sentía respecto al ruso, pero no se quedó conforme. Vadím se subía al coche cuando escuché su amenaza:

—Como tenga un solo rasguño... —Vadím paró su entrada al vehículo y le miró expectante —, eres hombre muerto.

Vi cómo sus labios relucían una malvada sonrisa. El motor de su coche rugió y salió de allí sin detenerse, mientras veía por el cristal del espejo que Jack me observaba.



## SENTIMIENTOS QUE DUELEN

Vadím me sujetó la puerta de la cafetería en la que entrabamos, le miré de reojo cuando sostuvo la madera extendiendo su brazo, y este me contempló con gesto fraternal. Nos fuimos a la parte de Fira, a unos kilómetros de la casa del hombre que se había quedado con el alma en vilo. Cuando se cerraba, escuché un coche aproximarse y, antes de que la madera tapara mi visión, le vi. Estaba claro que no se fiaba de Vadím.

—Siéntate.

Pidió extendiendo la mano cordialmente hacia una de las sillas. Lo hice sin rechistar, y él me imitó el gesto, volviendo a su rostro serio y distante. Durante el camino hasta la cafetería no hablamos de nada, ya que parecía sumido en sus propios pensamientos.

—¿Y bien? —pregunté con desespero.

—¿Qué haces con ese hombre?

Apoyó sus manos sobre la mesa, tratando de adivinar mis pensamientos, a la misma vez que me escrutaba de forma intimidante. Alcé la barbilla lo suficiente para demostrarle que no le tenía miedo y que su tono huraño no me amilanaría.

—Mi vida personal es mía. No tengo por qué darte explicaciones de eso. ¿A qué has venido? —Cambié de tema, sabiendo que mi tono no había sido el adecuado quizá.

—No uses ese tono conmigo, Micaela.

—No eres mi padre, Vadím.

Me crucé de brazos mientras él me fulminaba con la mirada. No era mi padre, pero como si lo hubiese sido. Durante todos los años que viví con mi abuela, se encargó de hacerme visitas asiduamente, previniendo que no nos faltase de nada. Era el que me regañaba cuando llamaban a mi abuela del colegio, el que me decía qué podría estudiar y qué no, y el que me dio las alas que necesitaba para abrir el club cuando la idea se cruzó en mi cabeza. A fin de cuentas, la única persona que me había cuidado desde que mis padres faltaron.

—¿Qué hacías con Jack Williams? —preguntó de nuevo, esta vez recalcando cada palabra.

Le miré fijamente a los ojos sin titubear. Él continuó:

—¿Sabes siquiera quién es? —se desesperó al ver mi mutismo—. ¿Eres consciente para quién trabaja?

—¿A qué has venido? Última oportunidad o me largo —sentencié, estampando mi puño sobre la mesa.

Miró mi mano y después a mí, estaba claro que lo conocía, obviamente, en cada entorno siempre solíamos saber los rivales que nos acechaban, y el mundo de los asesinos no iba a ser de menos.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo se te ha ocurrido meterte dentro del ordenador de Achilles y robarle todos los datos de las cuentas de Anker? ¿Eres consciente de que has puesto tu vida en

peligro?

Efectivamente, era una reprimenda fraternal, que no me sentó nada bien.

—Soy consciente de que estaba en peligro desde hacía mucho tiempo y de que tú —le señalé con rencor—, no has querido ayudarme.

Me levanté de la mesa con genio, para marcharme de allí cuanto antes. Vadím agarró mi muñeca con fuerza, devolviéndome a mi asiento con un simple gesto que no obedecí. Me quedé de pie, aniquilándolo con la mirada, por lo que se levantó colándose frente a mí.

—Te ayudaré.

Fueron sus únicas palabras. Las palabras que esperaba desde hacía mucho tiempo. No pude decir nada, cuando él ya estaba hablando.

—Has destruido una base fundamental para Anker, y estoy seguro de que te buscará hasta en el infierno cuando descubra que has sido tú. Que lo hará. —Me clavó sus cristalinos ojos—. Debes permanecer escondida hasta mi próxima orden. Yo...

Le corté.

—No pienso esconderme de nadie.

—¡No seas inconsciente! Si lo que pretendes es enfrentarte a él en un cara a cara, estarás muerta antes de alzar una mano. Contra él no tienes nada que hacer, Micaela. ¡Es el mejor asesino que haya conocido la historia!

—Era.

Recalqué, recordando que ese puesto se lo había robado un hombre que se acostaba en mi misma cama. Bufó, pasándose una mano por su mentón.

—¿Qué se supone que tendré que darte a cambio de que me ayudes? —pregunté con desdén.

Pero su respuesta me dejó fuera de lugar, y después me regañé a mí misma por pensar así de la única persona que se preocupaba por mí. Por lo menos en lo que al tema de Anker se refería.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Mi comentario le dolió, y todo lo que imponía se reemplazó por un malestar visible—. Sabes lo importante que fue tu familia para mí, ¡tu madre! ¡Por Dios, Micaela! Te he criado como a una hija —susurró con un hilo de voz.

—Lo... —titubeé, cerrando mis ojos un instante—. Lo siento. No era mi intención —me disculpé con sinceridad.

No quería hacerle daño. No se lo merecía. Suspiró, continuando:

—Tengo a mi equipo localizando los puntos por donde trasladan las armas. Una vez consiga el mando de todo, te llamaré e iremos juntos a por él. Mientras tanto, tienes que mantenerte al margen. Le destruiremos, pero poco a poco.

Su tono de voz se fue dulcificando a medida que terminaba de explicarme su ingenioso plan, que no me pareció tan malo en aquel entonces. Vadím sabía perfectamente cómo trabajaba Anker, y sería capaz de destruirlo si juntos movíamos los hilos adecuados.

—Mi reina —musitó como solía hacer—, hazme caso por una vez en tu vida. No quiero que te pase nada, y deseo con toda mi alma que puedas vivir la vida que te mereces, pero no caves tu propia tumba.

Su tono suplicante me hizo pararme a pensar, sabiendo que tenía razón en el noventa por ciento de lo que me estaba proponiendo. Asentí dándome por vencida, y sus ojos mostraron el alivio que sintió con mi simple gesto. Encaminé mis pasos hacia la salida, sin pararme a preguntar qué demonios le había ofrecido Achilles o no, no me importaba mucho, ya que a quién quería llegar era a la pieza de ajedrez más grande que había en el tablero. Al rey.

No omití detalle alguno sobre el indeseable al que también mataría con mis propias manos en



el momento en el que tuviera la oportunidad, y me guardé ese comentario bajo mi manga, si no, también insistiría para que me olvidara.

—Lláname cuando sepas algo —concluí nuestra breve reunión.

Pero estaba equivocada, pues Vadím nunca se quedaba con la última palabra.

—El mayor asesino, según tú —pasó por mi lado y se posicionó cerca de mi oído—, ha vuelto a las andadas y... —hizo una breve pausa— a la red de Anker Megalos.

Sentí mi pulso acelerarse. Le miré con furia y siseé:

—Eso es mentira.

Negó con la cabeza, a la vez que una sonrisa malévola surgía de sus labios.

—Pregúntaselo tú misma. —Y llegando a la puerta, soltó—: Está ahí mismo.

No era tonto, no. Era demasiado listo y sagaz. Depositó un casto beso en mi cabello, mientras yo seguía observándole, atónita por lo que acababa de contar.

Con la respiración entrecortada, abrí la puerta que daba a la calle con lentitud, y pude ver a Jack lanzarle una mirada asesina a Vadím mientras se subía en el coche. Tragué saliva y me dirigí a él titubeante. Cuando se dio cuenta de que estaba allí, se acercó con premura.

—¿Estás bien?

Le miré sin mostrar ningún signo de emoción en mi rostro, mojé mis labios, gesto obvio del nerviosismo que sentía, y asentí. No podía estar trabajando para Anker, no podía. La duda asaltó mi mente con más fuerza cuando me pregunté: «¿Para qué iba a mentirme Vadím?».

Noté la mano de Jack en mi espalda acercándose hacia su coche, cuando a lo lejos vi que Vadím y sus hombres desaparecían haciéndose una gota de agua. Él también miraba en la misma dirección, y un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando el teléfono de Jack sonó y, justo cuando lo sacaba, lo volvió a guardar. ¿Quién sería? ¿Empezaba a volverme paranoica?

Recorrimos el camino de vuelta hacia Oía, solo que antes de seguir hacia la montaña, se desvió en dirección al puerto. Le observé de reajo, viendo su perfil tan hermoso como de costumbre, fijo en la carretera. Suspiré y temí como nunca antes lo había hecho, al pensar que si de verdad trabajaba para Anker, definitivamente todo lo que teníamos no era más que una cochina trampa en la que había caído como una imbécil. Y el corazón, ese tan dañado y tan inflexible que pensaba que tenía, se me volvería a romper en añicos, añicos irreparables.

Dejamos el coche en los aparcamientos y nos dirigimos a su barco, el mismo en el que llegué cuando estuve la segunda vez en Atenas. Jack extendió su mano cuando entró, para ayudarme a subir. La sujeté evitando sus ojos, y este me agarró por la cintura para depositar un casto pero largo beso en mis labios. Me contempló extrañado, como si supiera mis pensamientos o cuáles eran mis dudas en aquel instante.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Vamos a dar una vuelta.

Se separó de mí, haciendo que la duda que ya existía en mi mente se hiciera más grande. Mi teléfono sonó en el bolsillo de mi pantalón, momento en el que vi que me miraba de reajo. Lo saqué con rapidez y en la pantalla apareció el nombre de Aarón. Me alejé unos pasos mientras Jack ponía el barco en marcha y contesté:

—Dime —soné más escueta de lo que pretendía.

—¿Piensas volver algún día o voy a tener que ir a buscarte? —preguntó con picardía.

Suspiré, acordándome de las palabras de Eli. «Se está enamorando».

—Me sé el camino de vuelta, no es necesario.

Intenté que mi tono saliese normal.

—Quizá pueda ayudarte en lo que sea que estés haciendo.

—Estos asuntos puedo resolverlos yo sola.

Me giré para contemplar a Jack, que se mantenía rígido mientras dirigía el barco. Me estaba escuchando, de eso no me cabía la menor duda. El silencio se hizo al otro lado de la línea y, cuando me quise dar cuenta, estaba dejando que mis pensamientos volaran acerca del hombre que tenía conmigo.

—Te echo de menos.

Tragué saliva al escuchar esas palabras. ¿Qué se suponía que debía de contestarle a eso? ¿Que yo no?

—Creo que...

No me dejó terminar.

—Que te eche de menos no significa nada.

Su tono de voz sonó más rudo de lo que esperaba y suspiré.

—Volveré pronto —concluí.

—Te estaré esperando.

Colgué la llamada con un simple «adiós», guardando en silencio la sensación que ese «te estaré esperando», había creado en mí. Llegué al lado de Jack, quien no despegó los ojos del mar, hasta que, de pronto, soltó:

—¿El poli te busca?

Giré mi rostro para mirarle directamente; él no lo hizo.

—¿Cómo sabes con quién estaba hablando? —pregunté desconcertada.

—Sé muchas cosas, Micaela.

Permanecí en silencio unos minutos, hasta que las preguntas empezaron a amontonarse en mi cabeza.

—¿Por qué me salvaste?

«Así, sin filtros, sin vueltas».

—¿No puedes agradecérmelo y ya está? —preguntó molesto.

—¿No tienes una explicación para ello y ya está? —Usé su mismo tono.

Me observó de reojo y suspiró. Detuvo el barco en mitad del mar y se colocó frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Qué tienes con el poli?

Arrugué el entrecejo.

—¿Y eso que más te da?

—Contesta —exigió.

Negué con la cabeza, quitándole importancia.

—¿Por qué me salvaste? —Volví al ataque, bajo su gesto de enfado.

—¿Qué tienes con el poli? —preguntó, recalcando cada palabra como solía hacer cuando se cabreaba más de la cuenta.

Tomé su misma postura y le contemplé desafiante.

—¿Celoso? —añadí con una sonrisa maliciosa.

—Mucho. —Bufó.

Para mi sorpresa, no pude evitar hacer un gesto con mis ojos que me delató. ¿Acababa de decir lo que creía haber oído? El silencio se hizo entre nosotros, a la misma vez que nos retábamos con nuestros propios ojos para ver quién podía más.

—Estás trabajando para Anker.

Mi afirmación, esta vez, le asombró a él. Descruzó sus brazos para comenzar a caminar hacia el interior del barco, lo cual quería decir que me estaba ignorando.

—Contéstame, Jack.

Siguió su paso y entró en el pasillo donde estaba la misma cocina. Agarré su brazo y le giré para que me mirara, y respondió soltando un fuerte suspiro.

—¿Por qué no me lo dices? ¿Es todo una trampa? —Alcé una ceja—. ¿Es eso, verdad?

Retrocedí dos pasos atrás, empezando a hacer mis propias suposiciones.

—No. No es eso.

Le miré a través de mis pestañas.

—¿Entonces? —me desesperé.

Se pasó una mano por la barbilla, para después colocar sus brazos uno a cada lado de su cintura.

—Jack, dime la verdad. ¡No puedes seguir mintiéndome!

—¿Y qué más da? Esta noche te irás y no nos volveremos a ver más. No necesitas más explicaciones.

Pasó por mi lado como un vendaval, y yo le seguí dispuesta a que me diera una explicación. Se aproximaba al timón cuando detuvo sus pasos al escuchar mi elevado tono de voz.

—¡Me importa una mierda! Estoy hasta los cojones de que me ocultes cosas, cosas que son importantes para mí, cosas que necesito saber, ¡joder!

Se volvió con lentitud, apretó su mandíbula y lo que contestó, me dejó fuera de lugar.

—Le ofrecí a Anker un trato. Él te dejaba tranquila, sin volver a molestarte una sola vez más, y yo volvía con él, con su equipo. ¿Contenta? —esto último lo soltó con retintín.

Abrí la boca para decir algo, pero la volví a cerrar.

—Esto no ha sido una buena idea. Te llevaré a casa para que cojas tus cosas y te dejaré en el aeropuerto antes de mediodía.

Estupefacta, vi que dábamos la vuelta en dirección al puerto de nuevo. Me acerqué a él y puse mi mano sobre su brazo, gesto que le tensó.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté con un hilo de voz.

—Porque te estabas metiendo en la boca del lobo —afirmó.

—Jack...

—No hay nada más que hablar, Micaela —sentenció con rudeza.

Pero yo no estaba dispuesta a darme por vencida tan fácilmente.

—Jack... —Lo intenté de nuevo, y volvió a cortarme.

—¡He dicho que basta!

Sus ojos me aniquilaron, pero su rugido lo único que hizo fue que me pusiese a su altura.

—¡Pues dime la verdad!

Soltó las manos del timón y pude apreciar la histeria que comenzaba a causar en él mis preguntas y mis insistencias. Pero poco me importó. Le seguí cuando dio un paso hacia el otro lado en el que me encontraba yo y, finalmente, tuvo que detenerse cuando le dije:

—Solo tienes dos salidas. O te tiras al agua o me contestas.

Mi tono firme hizo que se volviese y fijara sus ojos en mí. Junto sus labios en una línea infranqueable, se aproximó un poco más a mi rostro y, cuando pensaba que chillaría o me diría cualquier barbaridad, escuché a media voz:

—Porque esto —se tocó el corazón—, me lo impidió.

Me negué en rotundo a que esas palabras hubieran salido de su boca y a que ese gesto fuese

real.

—¿Qué? —Entrecerré mis ojos.

Elevó sus ojos al cielo, pasándose una mano por ellos. Exhaló un fuerte suspiro y me contempló de nuevo.

—Micaela, ya me has oído.

Tragué el nudo de emociones que se amontonaban en mi garganta. No, no podía ser. Nadie podría querer a alguien como yo para más que un simple polvo, nadie en su sano juicio lo haría, y estaba claro que él podría tener a la mejor de las mujeres a su lado.

—No juegues conmigo, Jack. Las mentiras son mi fuerte y las capto al vuelo —añadí con seriedad.

Ascendió sus ojos y me observó.

—¿Por qué tendría que ser mentira? —inquirió.

Porque nadie me había dicho algo parecido desde hacía tiempo. Porque era un sentimiento prohibido en mi diccionario, porque... No podía ser. Escuché su resoplido, la forma de detener el barco de nuevo y el agarre con fuerza que le propinó a sus manos contra el timón.

Me apoyé en la barandilla, sujetándola como si fuera mi salvavidas a lo que acaba de escuchar y ver segundos antes, y a lo mismo a lo que le tenía un pánico atroz, aun sabiendo que yo también sentía lo mismo por él. Su presencia a mi lado se hizo evidente cuando un escalofrío recorrió mi cuerpo entero. Tomó la misma postura y giró su rostro para encontrarse con el mío, que contemplaba el mar sin verlo en realidad.

—¿Prefieres que te diga que te he estado usando para mi propio beneficio?

—Y ¿qué beneficio se supone que es ese? —pregunté absorta en el agua.

—No lo sé, dímelo tú.

Asentí con lentitud sin saber qué cojones contestarle. Noté un leve mareo que supe controlar, y las ganas de vomitar en cualquier parte se hicieron más evidentes según me daba cuenta de los pequeños detalles que me impedí ver en su momento. La valentía que siempre me había caracterizado se esfumó como el aire, hasta tal punto que era incapaz de mirarle. No pude controlar mi lengua, cuando ya estaba hablando más de la cuenta.

—Cuando te falta el aire, cuando tienes la necesidad de que te toque, de un beso o una simple mirada... —Hice una pausa que él no interrumpió—. Te das cuenta de que te vuelves más sensible cuando estás a su lado, de que consigue sacar esa parte, la mejor de ti —añadí firme—. ¿Eso es amar a alguien? —Le miré.

Le vi morderse el interior del labio, se giró lo suficiente como para poder estar frente a mí y apoyó su brazo derecho en la barandilla mientras me traspasaba con sus fascinantes ojos.

—Me imagino que eso es lo que sientes con el poli.

Su tono salió normal, pero para nada estaba tranquilo. Comenzaba a conocerle, y los gestos de su cara o sus mismos ojos me revelaban más de lo que quería demostrar. El silencio se hizo entre nosotros, y no conseguí despegar la mirada de él, que me tenía hipnotizada.

—Amar a alguien... —repetió mis mismas palabras, sin quitarme los ojos de encima—. Cuando recorres más de mil kilómetros en un día para despedirte, cuando la secuestras, te amenaza con un cuchillo en tu garganta, le salvas la vida y, después de todo eso, sigue sin importarte una mierda que te acribillen a balas, me imagino, que eso es amar.

No pude articular una palabra, sin embargo, noté mi pecho galopando a una velocidad frenética que me impedía controlar las pulsaciones. En vista de mi silencio, se acercó a mí sin romper la conexión y sujetó mi cintura con fuerza, para bajar sus labios y depositar un tierno

beso en ellos, que ni yo misma supe identificar, porque quedaba claro que estaba cargado de sentimiento. De nuestros sentimientos.

—Esto es imposible... —murmuré en su boca.

—Todo es posible si uno se lo propone.

Su mano se posó sobre mi nuca, juntándome más a él en el momento que el beso se intensificó. De espaldas, anduve hasta que llegamos a la entrada de la parte inferior del barco, chocando con todo lo que teníamos a nuestro alrededor.

Ese día, sentí en mis propias carnes lo que era capaz de hacer esa palabra que tanto odiábamos a veces, esa palabra que, por mucho que nos obligásemos a no decir nunca, el día menos pensando salía de nuestros labios sin ser conscientes, ese «te quiero». Un te quiero que el hombre por el que bebía los vientos me demostró en el mismo instante en el que puse un pie en aquel barco, hasta que la noche se cernió sobre nosotros, mientras nuestros cuerpos se fusionaban sin descanso, sin prisas, haciendo el amor.



## QUÉDATE

*Jack Williams*

Restregué mis ojos cuando los rayos del sol no entraban siquiera por el ojo de buey. Los moví hacia mi derecha, encontrándome con la imagen que tantos días había necesitado y por la que tantas horas había suspirado. Tenerla cerca estos días, aguantando el tipo sin flaquear para no tirarme sobre ella como un salvaje, había sido todo un suplicio y, después de la intrusión en la casa de Achilles, su destreza y sus ojos que me abrasaban sin poder evitarlo terminaron con la poca paciencia que me quedaba.

La confesión tan extraña pero tan sincera que habíamos tenido el día anterior, me hizo darme cuenta de la cantidad de tiempo que llevaba haciendo el gilipollas, intentando ocultar unos sentimientos que sabía que existían desde el primer momento en el que la vi. Amor a primera vista dicen que se llama, pues yo lo sentí en mis propias carnes, y era verdad que cuando llegaba el momento, no podías hacer nada para remediarlo.

Paseé mi mano sobre el contorno de su figura desnuda, únicamente cubierta por una fina sábana que se pegó a su piel tanto que creí que se fundiría con ella. El leve roce de mis dedos produjo que su figura se erizara de una manera deliciosa, y mi caricia se vio interrumpida cuando comenzó a hablar estando en sueños.

—No... no... —murmuró con tristeza—. Déjame, por favor, ¿por qué... por qué me haces esto? Papá... —Calló, y su garganta emitió un sonido al igual que un sollozo—. Mamá... despierta, mamá.

Silencio de nuevo. Pensé que había terminado y que tan solo se trataba de una pesadilla pero, de repente, un grito desgarrador me envaró de tal forma que me vi obligado a sujetar sus manos con fuerza cuando comenzó a moverlas dando manotazos al aire.

—¡Suéltameeeee! ¡No me toques! —chillaba, rota y presa del pánico.

Arrugué mi entrecejo, colocándome a horcajadas sobre ella, que se giró hasta permanecer boca arriba con los ojos cerrados, y las manos golpeando algo que no existía. Sus piernas imitaron los golpes, dándome en cada rincón de mi cuerpo sin ser consciente. La moví entre mis manos cuando los gritos resonaron con más fuerza de su boca, y contemplé que varias lágrimas llegaban a sus mejillas, empapándolas.

—No, no, no, no... —negaba sin parar.

—¡Micaela!

Apresé sus manos con más fuerza hasta dejarla completamente inmovilizada, a la misma vez que apretaba mis piernas juntando las suyas para evitar que se moviese. La sábana quedó arrojada a un lateral del colchón, quedando su cuerpo completamente desnudo ante mí, y volví a llamarla con más fuerza.

—¡¡Micaela, despierta!!

Abrió los ojos desmesuradamente, pero no me vio y siguió revolviéndose entre mis manos como pudo. Movié su cabeza en un intento desesperado por golpearme, hasta que hablé:

—¡Para, para! ¡Soy yo, soy yo! —Suavicé mi tono.

Focalizó mis ojos, más bien asustados porque no entendía qué demonios le pasaba, y pareció ida por completo. Como si no consiguiese saber dónde estaba. Miró a ambos lados presa del miedo, bajó sus ojos hacia su cuerpo comprobando que estaba desnuda y agarró la sábana con urgencia para taparse. Su mirada seguía perdida en otro sitio muy lejano al que estábamos, por lo que al ver su gesto agaché lo suficiente mi rostro para que me viera, y poco a poco tiré de su nuca atrayéndola a mí. La abracé sin que soltara el agarre efusivo que le propinaba a la tela que la cubría, y siguió sin reaccionar.

—Ya está. Tranquila. Solo ha sido una pesadilla.

Besé su cabello con mimo, para después bajar mis labios hasta su frente y repetir el gesto. Tragó saliva visiblemente, hasta que sus ojos ascendieron con terror hacía mí. Su respiración se agitó y temí porque volviese a darle un nuevo ataque de pánico como el que acababa de pasar. Me aparté de ella cuando contempló la posición en la que estaba, quedándome justo al lado de su cuerpo, esperando paciente a que consiguiera decir algo.

No lo hizo.

Se levantó sin soltar la sábana, de una forma en la que jamás la había visto. Movié su cuerpo contemplado un punto fijo en la pared sin ser capaz de volver en sí y, seguidamente, arrastró sus pies por el suelo en dirección a la salida. ¿Adónde iba? Eran las seis y media de la mañana, y en el exterior se congelaría, y más estando desnuda. Me levanté con premura, agarré el primer pantalón de chándal que encontré en el suelo y salí en su busca. Pensaba dejarle su espacio si lo necesitaba, pero no iba a permitir que enfermara por gusto. La observé desde mi posición, sentada en las escaleras que daban al pasillo, con la cajetilla de tabaco en la mano. Cerré los ojos y caminé hasta ella sin titubear.

—Fuma dentro si es lo que quieres. Aquí hace mucho frío, Micaela.

No se movió del sitio. Aprecié su labio inferior temblar, y me dieron ganas de tirarme sobre ella y besarla hasta que consiguiera calmar lo que fuese que le sucedería. Llevaba tantas emociones a cuestas y tantos planes fallidos por lo que había podido averiguar, que quizá todo eso se le hiciese un cúmulo de cosas hasta explotar, aunque, pensándolo bien, no parecía una pesadilla por algo como eso. Sin quitar sus ojos del calmado mar, trató de controlar la respiración agitada que no cesaba en su cuerpo, y escuché un largo y cansado suspiro cuando se llevó las manos al rostro para cobijarlo en ellas. Me impacienté y no pude aguantar ni un segundo más.

Avancé con pasos decididos, me acuclillé para mirarla y aparté sus manos con cautela de su rostro. Tenía los ojos hinchados pero no se permitió llorar, podía ver cómo retenía el mar de lágrimas que se negaba a soltar. Tiré de su mano con suavidad hasta que su cuerpo cayó sobre mí y la arropé con mis brazos. Se dejó. Para mi sorpresa se dejó. «Ya era hora de que hicieses algo sin cagarla...», pensé. Restregó su cara contra mi hombro, momento en el que la escuché.

—Hace unos meses dejé las pastillas que me mandaba la psicóloga para evitar esto que me ha pasado. Más o menos cuando... —paró de hablar, y temí porque no continuase—, cuando te volví a ver —terminó en un murmullo—. Pensé que ya no las necesitaba, ya que no me había vuelto a ocurrir. Tengo... —meditó sus palabras—, tengo pesadillas sobre lo que ocurrió cuando asesinaron a mi familia. Es como si lo viviese todo a cámara lenta, y no consigo que deje de reproducirse.

Traté de ponerme en su lugar, pese a que ello conllevarse que la rabia creciera en mí a pasos

agigantados. No concebía el simple pensamiento de que una persona pudiera acarrear esos actos con un menor de edad, pero tratándose de Anker, todo estaba más que sobre valorado. Él no era una persona, él era un monstruo que jamás querría a nadie y, aunque tuviese que haber de todo el mundo, ese pensamiento de sus sucias manos sobre el cuerpo de la mujer que ahora mismo tenía entre mis brazos me arrancaba la piel.

—Algún día sacarás esa rabia y acabará —murmuré pegado a su pelo.

—Eso sucederá el día que Anker esté muerto —sentenció.

Suspiré con debilidad para que no notase los pensamientos que por aquel momento paseaban por mi mente, y recordé con sumo detalle a Argus sobre la cama de mi antigua casa. La forma en la que terminó con su vida, sus ojos, la ira que destellaba de ellos, todo, a fin de cuentas, me sobrecogió. Había conocido a millones de personas a lo largo de mi vida, y muchas de ellas tenían motivos de peso para querer matar a la persona que tenían a su lado, pero el coraje y la sed de venganza todavía no había conseguido verla reflejada en los ojos de nadie de la misma manera que ella me lo mostró.

Desde el primer momento en el que decidí ayudarla a dar con el paradero de Achilles supe que lo haría con el resto, pero para eso debía de estar preparada si no quería morir nada más poner en un pie en el territorio de Anker, y todavía quedaba mucho. No se podía allanar una propiedad como aquella siendo unos inconscientes, por muchos hombres que llevases contigo o muy bueno que fuese el que estaba a tu lado.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Tiré de su mano para que se levantase y en silencio nos dirigimos a la habitación donde le indiqué con un rápido movimiento de mano que se cambiase de ropa. Lo hizo para después seguirme hasta la cocina, donde preparé un ligero desayuno antes de tomar el timón del barco en dirección a mi sitio particular en la cima de la montaña de Santorini. Al llegar subimos al coche y recorrimos la carretera.

—¿De qué conoces a Vadím? —la pregunta me pilló por sorpresa, dado el silencio que llevamos en todo el trayecto.

—Me imagino que sabrás que Anker tiene enemigos, pero algunos eran antes amigos. —La vi asentir—. En este mundo nos conocemos todos, por boca de otros o por habernos visto en alguna ocasión, pero a fin de cuentas sabemos quién es cada uno. Me imagino que como tú en el mundo de la prostitución.

Me costó decirlo, pero lo disimulé. Acordarme del motivo por el cual no tenía madre dolía aún más si lo expresaba en voz alta.

—Parece que a él no le agradas mucho —musitó mirando por la ventanilla.

—A nadie le agrada saber que tiene competencia difícil —puntalicé.

Asintió quedándose conforme, o eso me pareció. En realidad, poco más sabía de Vadím Ivanov, excepto la disputa que tuvo con Anker, a decir verdad, tampoco es que fuese un tema que me interesase en cuestión.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando llegábamos al final de la montaña, tras otro extenso silencio.

—Ahora lo verás.

Paré el coche en un estrecho camino que conducía a la parte más alta de la montaña, bajé y abrí el candado que separaba el acceso. Volví a mi asiento bajo su expectante mirada y arranqué hasta llegar a la cima de la gran roca. Una explanada amplia se abrió paso ante nosotros y aparqué casi en la entrada. Cogí la manivela de su puerta, para después extender mi mano en su



dirección, la misma que sujetó con seguridad.

—Soy una impaciente, no sé si te lo he dicho alguna vez.

—No —canturreé divertido.

Pulsé un código de seguridad en la entrada del diminuto almacén a simple vista que estaba a pocos pasos de nosotros, y de reojo pude ver las ganas que tenía de saber en qué lugar nos encontrábamos y para qué. Al abrir, otro cuarto de juguetes como el que ella había bautizado en mi casa se abrió, solo que en ese caso no había armas en estanterías ni nada por el estilo, sino que estaba vacío.

—¿Alguna vez has usado algo más que no sea una pistola? —pregunté llegando a la diana que tenía a pocos metros.

—No. —La oí en la lejanía.

Seguí avanzando hasta dejar el patio interior atrás, pulsé un botón del lateral y, cuando el gran ventanal se abrió, salté el murillo que lo separaba del almacén y comencé a caminar hacia el acantilado que tenía frente a mí, donde tres dianas más sobresalían del terreno. Giré mi rostro y, efectivamente, vi que estaba con los brazos cruzados a la altura de su pecho, esperando una contestación por mi parte. Todavía seguía reacia a entablar una conversación más larga de lo necesario, y yo estaba dispuesto a que supiera que en mí podía confiar. Terminé de activar los sensores de la primera diana para saber exactamente la fuerza con la que llegaba la bala y retrocedí sobre mis pasos hasta su posición cuando las demás se activaron automáticamente. Me contempló altiva, a lo que no tuve opción y sonreí como un idiota hipnotizado por una mujer que me hacía perder las pocas defensas que me quedaban. Ya me había declarado en todo mi esplendor, ¿qué más daba? Abrí la enorme mochila negra que cargué en el maletero y la deposité detrás del primer mostrador. La distancia era más que considerable hasta llegar a la última diana.

—¿Qué se supone que hacemos aquí? —cuestionó.

—Aquí —saqué el rifle de la bolsa—, es donde suelo venir en mis ratos libres. Para evitar fallar —ironicé con una sonrisa, mirándola.

Selló sus labios y me contempló fijamente. Apoyé el arma sobre el muro que teníamos delante y extendí mi mano en su dirección para que se colocara delante de mí. Esta achicó los ojos cuando lo cargué.

—¿Y si te escucha alguien?

—Estamos muy lejos de la ciudad para eso. Ven aquí —le pedí.

Lo hizo sin dudar, colocándose justo a mi lado.

—¿No iras a enseñarme a usar un rifle? —Alzó una ceja.

Sonreí como un idiota.

—Si vas a enfrentarte a asesinos, tendrás que saber cómo se usan otras armas.

Arrugó su entrecejo y miró al frente sin pensarlo. Me gustaba. Joder cómo me gustaba esa firmeza en sus expresiones y esa manera tan eficaz y rápida que tenía a la hora de tomar las decisiones.

—Para empezar, debes de saber que aquí le quitamos el seguro y aquí la cargamos. —Lo hice en un rápido movimiento, observándola—. ¿Entendido? —lo volví a repetir.

Asintió queda. Separé mis ojos de los suyos curiosos, sabiendo el efecto que me provocaban cada vez que me observaba de aquella forma tan especial y confusa para mí. Seguramente, la misma con la que yo la miraría a todas horas. Deseoso y hambriento de ella.

Me coloqué tras su espalda y posicioné el rifle sobre sus manos. Esta lo cogió para comprobar su peso e hizo una mueca de conformidad, alzándolo a la misma vez hasta colocarlo

en la posición ideal, gesto que me sorprendió, como siempre hacia. Me eché hacia atrás lo suficiente para que la culata no se estampara en mis narices.

—Si quieres matarme sin disparar, me lo puedes decir —intenté sonar divertido.

Se giró y sonrió.

—Perdona. Supongo que me ha podido la emoción —añadió con chulería.

—Muy bien, emoción —me burlé de ella—, vamos a ver cómo disparas uno de estos. Colócate —ordene. Lo hizo subiendo de nuevo el rifle hasta que la culata quedó en su hombro—. Sepárala un poco, el impacto no suele retumbar en exceso, está preparado para eso, pero por si acaso pondré mi mano en tu hombro.

—No me voy a romper, Jack.

—Evitemos, pues, que te desencajes un hombro.

Giró sus ojos y enfocó los míos.

—¿Por qué no cambias de trabajo? —preguntó con seriedad.

No me hizo falta mucho tiempo para meditar la pregunta, puesto que la respuesta la sabía de sobra.

—La primera vez que me pusieron un arma en las manos tenía cinco años. ¿Te vale la respuesta? —Hizo una mueca de resignación—. No sé hacer otra cosa, Micaela, y...

—... Te gusta —terminó por mí.

—Lo hace.

Un mohín salió de sus labios como si no le diese importancia a ese comentario, se volvió hacia mí y extendió el rifle sobre mis manos. La miré sin comprender.

—Dispara.

—Ya me has visto disparar —aseguré.

—No con un rifle. Dispara.

Chasqué la lengua con chulería, sujeté con fuerza el arma y, ante sus expectantes ojos, me coloqué en la posición justa y disparé sin titubear, viendo cómo la bala atravesaba todas las dianas hasta perderse en el acantilado. Esta sujetó con fuerza el rifle, rozando sus dedos con los míos, y se posicionó de la misma forma que lo había hecho yo segundos antes, volvió a elevarla con maestría y antes de que la bala saliese disparada, puse mi mano en su hombro tal y como le había dicho, vistas sus intenciones.

El impacto de la bala resonó en toda la montaña, momento en el que fui consciente de que el disparo había sido limpio y había quedado a escasos milímetros del mío.

—¿Quién te ha enseñado a disparar? —pregunté atónito.

—Mi padre lo hizo. Después, fue Vadím quien a veces me permitía practicar.

No me gustaba ese hombre, pero para ella era alguien importante y lo tenía que asumir.

—Voy a tener que empezar a temer por mi vida —musité en su oído.

Me estaba poniendo más duro que la propia montaña. Torció sus labios como una gata salvaje y, sin dejar de mirar los míos y mis ojos alternativamente, murmuró:

—¿Cuántas veces has fallado?

—Ninguna. —Imité los movimientos de sus ojos.

—Entonces me alegro de no estar en esa lista. Ya me dirás cuál es el precio —susurró, provocativa.

Pegué mi espada por completo a ella, sosteniendo sus caderas con ambas manos, y presioné el bulto que tenía entre en las piernas a punto de reventar contra su ropa. Me acerqué lo suficiente para dar un breve mordisco al lóbulo de su oreja, lo que hizo que un gemido saliera de

su garganta y musité sin pensarlo más:

—Quédate.

No quería que se marchase. Quería que se quedase conmigo para siempre, donde fuera, pero a mi lado, y era algo que estaba dispuesto a conseguir. Su respiración se descompasó al igual que la mía, mientras trataba de localizar sus ojos.

—Quédate y déjame que me lo cobre todos los días.

—Ese es un precio muy caro. —Sonrió con soltura.

Solté el arma sobre el muro y la giré para que estuviese de frente a mí. Entrelazó sus manos en mi cuello, pegando su cuerpo de tal manera que me quedaban segundos para encenderme como una jodida cerilla.

—¿Qué quieres pagar entonces? —Alcé una ceja.

Miró hacía mi miembro, que amenazaba con reventar el pantalón en cualquier momento.

—Me vale con una eternidad —musitó en mi cuello, y tuve que tragar saliva por esas simples palabras. Claro que la quería una puta eternidad—. Y ahora me parece que tienes un serio problema.

Bajó su mano hasta la cinturilla de mi pantalón y la coló por este sin previo aviso. Un gemido ronco salió de mi garganta y tuve que apretar mi mandíbula para no tirarla como un bestia sobre el muro que teníamos detrás.

—Ya sabes qué reacción tiene mi cuerpo cuando te ve con un arma. No lo provoques o... —chuleé—, tendrás que pagarlo muy caro —imité alguna de sus palabras.

Sonrió rozándose con mis labios, mientras su mano se movía provocativa deslizándose sobre mi miembro, emitiendo unas descargas a mi cuerpo que me impedían concentrarme. Creó un reguero de ardientes besos por mi cuello, a la misma vez que bajaba con su mano libre por el contorno de este. Poco a poco vi que desaparecía de mi campo de visión, sentándose en el pequeño muro que teníamos detrás. Tiró de mis nalgas hacía ella y, bajando la cremallera con lentitud, murmuró:

—Veamos si con todo tienes el mismo aguante, Jack Williams.



## CELOS QUE DAÑAN

*Micaela Bravo*

«Quédate».

Esa palabra, la misma que él me pidió, se convirtió en días, y después en semanas tras nuestra confesión tan extraña en aquel barco. Cuando quise darme cuenta, estaba dándole órdenes a Eli y a Ryan sobre las pautas a seguir en el local durante los días que estuviese fuera. Aarón me llamó más de una vez, y más de dos, puesto que ese día hacía la cuarta semana desde que me marché con Jack a Grecia.

No pensé en ningún momento la gravedad de la situación, ya que siempre tuvimos claro que solo era sexo. No sabía por qué, pero no me veía capaz de decirle que simplemente le usaba para cubrir la necesidad que el hombre que estaba en mi cama me había dejado después de marcharse y que, en parte, solo le usaba para tener un punto firme con la policía. Eli me comentó que estuvo un par de veces en el local, y que su humor era de perros, y peor.

La relación con Riley había mejorado más de la cuenta, y me atreví a pensar que ya no podía vivir sin mí. Esperé paciente la llamada de Vadím que nunca llegó durante ese tiempo, pero recibí más noticias alentadoras de las que podía esperar. Tiziano volvía a España durante unos días y, después de nuestra medio bronca antes de marcharme de Italia, me alegró saber que seguía de mi lado. Me dijo que en unos días se celebraría una fiesta en Madrid, sitio en el que Achilles acudiría, y a la que Tiziano estaba invitado, por lo tanto, otro de los cabos que me quedaban lo tenía casi solucionado.

Abrí mis ojos cuando un rayo de luz atravesó la ventana de la terraza. Los froté con cansancio sintiendo que me pesaban tras traspasar tanto. Nuestras charlas se habían vuelto más fluidas, empezamos a conocernos lo suficiente, nuestros gustos, nuestras manías, todo. Jack volvió a ser la misma persona que me robó el corazón la primera vez que le vi en aquel bar, e incluso me sorprendió la forma de ser que tenía cuando estaba conmigo.

—Buenos días...

El ronroneo de su voz recién levantada me hizo sonreír, algo que estaba acostumbrado a hacer más de la cuenta. Cogió mis caderas con fuerza, impulsándome hasta que acabé encima de él, notando el gran bulto que deseaba colarse en mi interior. Me retiré antes de que eso llegara a suceder y comencé a reír a carcajadas cuando vi su cara.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó levantándose veloz de la cama, en mi busca.

Bajé las escaleras a trompicones intentando que no me alcanzara, pero lo hizo, claro que llegó. Sus largas piernas eran más ágiles que las mías, de eso no había la menor duda. Me cogió en volandas al pisar el último escalón y tuve que soltar un grito seguido de una risa risueña, a la vez que me agarraba a su cuello para no caer, aunque ya sabía que eso no pasaría, y menos entre sus enormes brazos.

—¿Me acabas de hacer una cobra? —Alzó una ceja con gracia.

—¡Eso no es una cobra! —Me excusé.

—¡Parecido! —exclamó igualando mi tono.

Reí mientras le daba un largo beso. Una de sus manos descendió al interior de mis piernas, buscando el acceso que segundos antes le había privado.

—¡No! —Negué con la cabeza.

Abrió los ojos como platos, mientras yo intentaba soltarme de su agarre.

—Riley nos está esperando para ir a Akrotini, y tengo muchas ganas de ver esas playas. — Me hizo cosquillas, algo que me superaba porque no podía controlar la risa que se apoderaba de mí—. ¡Para, para!

Mi teléfono sonó y extendí mi mano para cogerlo ya que estábamos al lado de la mesa del salón. Jack pasó su lengua por mi vientre, lo que ocasionó que le diera un manotazo para que me dejase tranquila, a la vez que, entre risas, descolgué.

—¿Sí?

—Mica...

La voz de Eli sonó preocupada al otro lado de la línea y mi cuerpo se envaró sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? —pregunté con urgencia.

Jack me bajó al ver mi gesto y esperó paciente.

—Siento molestarte, pero...

—Eli, qué pasa —recalqué cada palabra.

—Necesito que vengas. —Silencio—. Es urgente.

—Pero qué...

Me cortó.

—Micaela, ven. Hoy mismo.

Y colgó.

Que Eli me llamara Micaela solo pudo acrecentar el malestar que se había implantado en mi cuerpo al descolgar la llamada. Miré a Jack que permanecía quieto a mi lado y, antes de que pudiera darle explicaciones que no tenía, me encontraba yendo al aeropuerto de Santorini.

Cogimos el primer avión que salía para Barcelona, gracias a Bill. Jack se negó en rotundo a dejarme sola, y no dudó ni por un instante en meter su ropa dentro de mi maleta. Durante el viaje, permanecí en silencio mirando por la ventanilla, pensando en qué demonios podía haber sucedido para que Eli me pidiese algo así. Y no me quedaba mucho para descubrirlo, no.

Cogimos un taxi en dirección al garaje de Jack y, seguidamente, nos dirigimos a gran velocidad al club. No había nadie, pero una extensa cinta de la policía se cruzaba por la entrada, y eso me alarmó. Me bajé a toda prisa, pude contemplar la puerta de entrada abollada y un gran socavón en el muro de al lado, cubierto de arriba abajo por la misma cinta policial. El pulso se me aceleró y recordé que no llevaba llaves. Me acerqué a la puerta trasera y toqué al portero varias veces, pero nadie contestaba. Sabía que Ryan estaba allí, puesto que me había enviado un mensaje minutos antes de que bajara del avión. Toqué con desespero, haciéndome un daño terrible en la mano.

—¡¡Ryan!!

—¿Estás segura de que están aquí? —preguntó Jack detrás de mí.

Le miré con el ansia instalada en mi rostro y asentí, hasta que, momentos después, la puerta se abrió. Ryan nos contempló a ambos con seriedad. Esta vez no hubo puntadillas ni palabras que

no venían a cuento. Se apartó a un lado y me dejó pasar, momento en el que me eché las manos a la cabeza.

—¿Quién ha sido? —murmuré.

El silencio de Ryan me sacó de mis casillas.

—¿¡Quién coño ha sido!? —exclamé furiosa.

—No lo sé, Mica. —Tragó saliva, observándome—. Anoche cerramos bien, y esta mañana...

Mis ojos parecían querer salir de las órbitas. Lo inspeccioné todo desde mi posición, viendo cómo habían destruido lo que me costó ocho años forjar. Recorrí cada rincón del local comprobando que, efectivamente, habían acabado con todo. Las barras estaban destrozadas, el suelo lleno de cristales de las botellas, vasos, espejos, todo. Subí a la segunda planta, comprobando que también habían destrozado mi despacho, las habitaciones de las chicas, absolutamente todo. No habían dejado ni una pizca de compasión en el lugar, ya que estaba arrasado.

Bajé de nuevo, observando de reojo a Jack registrar el lugar con más meticulosidad, y me imaginé que era por si habían dejado algún regalo que no pudiera esperar. Ryan llegó hasta mí e imitó mi gesto sentándose a mi lado. Miré al frente, sin llegar a ver nada en concreto, e imaginé que la culpa de todo aquello la tendría Anker, y que ya habría descubierto quién era el responsable de sus cantidades desorbitadas de dinero perdido.

—Ha sido él —afirmé.

—Lo dudo.

La voz de Jack resonó en toda la sala. Se agachó para estar a mi altura, cogiendo mis manos con las suyas, gesto que no pasó desapercibido para Ryan, quién no hizo ningún comentario.

—Anker no pierde tiempo con estas cosas, Micaela. —Le contemplé titubeante—. Le conozco y sé lo que te digo.

—Pero, entonces, ¿quién querría destrozar el local? —cuestionó Ryan, sin llegarlo a entender.

Jack negó con la cabeza y sus labios se juntaron en una mueca.

—¿Has comprobado las cámaras de seguridad? —pregunté esperanzada.

—Sí. Es lo primero que he hecho, pero cortaron toda la electricidad antes de entrar y desactivaron las cámaras también.

Resoplé.

—Echaré otro vistazo, a ver si encuentro algo, ¿te parece?

Asentí, cuando Jack se levantó y guió sus pasos hasta llegar a la parte de arriba, donde se perdió durante un buen rato.

—¿Para qué ha venido la policía? ¿Ahora piensan solucionarnos la vida?

Ryan fue a contestar cuando el portero sonó en el interior con un gran zumbido. Se levantó, encaminando sus pasos hacia la entrada, y en ese momento, Aarón entró igual que un vendaval.

—¡Micaela!

Casi corrió. Yo no me moví.

—Pensé que te había pasado algo, te he estado llamando no sé cuántos días. —Hizo un gesto con las manos—. ¿Estás bien?

Se agachó a mi altura, poniendo una mano sobre mi mejilla de manera cariñosa. Le miré a la vez que asentí, y no me dio tiempo a obviar su caricia, cuando la voz de Jack resonó tras mi espalda.

—He encontrado una cosa —rugió.

Aarón elevó sus ojos, contemplándolo con firmeza. Se levantó lentamente y quedó de pie frente al imponente hombre que tenía detrás. Posó sus ojos sobre mí, en el momento en el que dejaba mi asiento, pero no dijo nada.

Con la tensión flotando en el ambiente, nos dirigimos hacia el despacho donde Jack había encontrado algo que nadie sabía qué era. Fue hasta mi sillón y, al girarlo, lo que vi produjo que mis pies tropezaran al retroceder. Si no llega a ser por Ryan, hubiese caído de espaldas.

—¿Te suena esto de algo? —preguntó Jack cogiendo el objeto.

Al ver mi gesto, se acercó con rapidez a mí.

—Micaela, ¿estás bien?

Apartó las manos de Ryan para sostenerme entre sus brazos y, sin poder evitarlo, aprecié los ojos de Aarón clavarse en mí, dolidos. Puse mis manos en el pecho de Jack para apartarme de él, en el mismo instante en el que ordenaba a mis pies para que comenzaran a caminar. No dejé que mi punto de vista se fijase en otro lugar.

Cuando llegué, agarré el viejo y pequeño elefante azul, el mismo que un día perteneció a Arcadiy, a mi hermano. Lo miré ida, sin conseguir apartar la vista de él, notando la presencia de Jack en mi espalda.

—Eso no había estado nunca aquí.

La voz profunda de Aarón resonó en el despacho, y pude atisbar de reojo la mirada que Jack le lanzó. Ryan nos observaba a todos sin descruzar los brazos de su intimidante pecho, hasta que se fijó en mis dedos al tocar el peluche.

—Micaela —me llamó.

Alcé mis ojos, notando que comenzaban a quemarme terriblemente. Sentí mi cuerpo tambalearse y, aunque nadie se dio cuenta de ese gesto, necesité respirar un par de veces mientras colocaba una de mis manos sobre el escritorio de madera. El silencio era sepulcral en la estancia y ninguno se atrevió a romperlo.

Agarré el peluche con fuerza, cuando la nostalgia y la ira se hicieron con todos mis sentidos. Elevé mi rostro fijando mis ojos en la pared y, con toda la tranquilidad que fui capaz de tener, ordené:

—Dejadme sola.

Aarón fue el primero en irse. De reojo vi la mano de Jack acercarse a mí, gesto que evité con solo una mirada, este asintió con lentitud y salió de la sala. Ryan me contempló a través de sus pestañas y sin convicción, se marchó cerrando la puerta.

Mi pecho subía y bajaba a grandes escalas, mi corazón latía desbocado con ganas de salirse de mi pecho y la rabia hizo que apretara el pequeño peluche entre mis manos, aplastándolo. Mis ojos volvieron a quemarme, al igual que mis entrañas se retorcieron sin poder evitarlo. Solté un grito lleno de dolor, mezclado con una ira desmesurada que me llevó a perder los papeles. Pasé la mano por la mesa con furia, tirando al suelo lo poco que quedaba sobre ella.

Comencé a darle patadas a las sillas, al sofá y a todo lo que se interponía en mi camino, dejando lo que había sobrevivido hecho añicos. Cuando desfogué lo que pude y más, apreté mi mandíbula con fuerza y caí de rodillas en el suelo. No solté una simple lágrima, la confusión que tenía y los instintos asesinos hacia Anker ocupaban todas mis neuronas hasta tal punto de querer abrasarlas.

Paseé mis manos por el rostro que, seguramente, tenía enrojecido, y me levanté encaminándome con paso firme hacia la salida. Desde la barandilla de arriba, pude ver a los tres apoyados en lo que quedaba de la barra central. Ryan movía su navaja de un lado a otro,

contemplando un punto fijo en el cristal, posicionándose en medio de los hombres que desprendían el desprecio que se sentían a leguas. Alzaron sus rostros a la vez al oír mis pisadas bajar las escaleras. Llegué al interior de la barra y cogí un vaso al que le faltaba medio cristal por una cara. Me agaché, agarré una de las botellas que habían sobrevivido al incidente y la abrí mientras me observaban. Vertí un poco del contenido de la misma y me llevé el vaso a los labios por el lado que estaba intacto, en esos momentos, me importaba una mierda si tenía algún cristal en el interior.

—¿Qué haces aquí, Aarón? —pregunté en tono normal.

—Eli me ha dicho que venias —paró de hablar—. No sabía nada de ti —murmuró sin apartarme los ojos.

Bajé la vista, apoyé las manos en la barra y le observé. Pude apreciar cómo Jack se tensaba.

—¿Has avisado tú para que viniesen?

Negó varias veces con la cabeza.

—Han llamado los vecinos cuando han escuchado el escándalo.

—No hay mucha gente viviendo alrededor —espeté.

—La suficiente como para oír el gran revuelo que se montó.

Asentí, pasando mis ojos a Ryan.

—Busca debajo de las piedras. Quiero nombres, y los quiero ya.

—Micaela, no puedes tomarte la justicia por tu propia mano —añadió Aarón.

Jack hizo un breve sonido, dando a entender una risa irónica. El inspector giró su rostro hacia él, fulminándolo.

—Me importa una puta mierda, si vas a detenerme, más te vale hacerlo antes de que salga por esa puerta. —Le miré desafiante; él no contestó.

Avancé hasta que llegué a la entrada de la barra y me dirigí hacia la salida en el momento en el que Ryan se ponía tras de mí.

—Mañana te espero a primera hora —sentencié.

Abrí la puerta que daba a la calle y el aire fresco golpeó mis mejillas con rabia. Como la que yo sentía. Moví mis pies en dirección a la otra acera, cuando Aarón me agarró del codo.

—Micaela, tenemos que hablar.

Me giré, apretando mi mandíbula.

—Ahora no, Aarón.

—Micaela...

Le corté, cuando intentaba alejarnos de los oídos de Jack. Se pegó de tal manera a mi oreja, que un escalofrío recorrió mi cuerpo. Vi a Jack entornar los ojos, hasta que se giró para darnos la espalda. Ryan permanecía serio, observando la escena.

—Mañana hablaremos. Me imagino que no ves el momento de encerrarme, y mira —ironicé—, ya no tengo mucho que perder, lo mismo hasta me reducen la condena.

Pude observar sus ojos dolidos.

—Deja de decir tonterías —espetó arrugando el entrecejo de manera arrebatadora—. Te he echado de menos —susurró.

Escuché el resoplido que Jack soltó, y no pude evitar guiar mis ojos hasta él. Estaba tenso, tanto que parecía una vara de hierro.

—Creo que deberías descansar. Después del viaje debes estar agotada —añadió Ryan—. Mañana pensaremos de otra manera.

Asentí, viendo los ojos de Aarón clavados en mí. Jack se giró, aniquilando a su oponente con



la mirada, parándose justo a mi lado. Analizó el agarre de Aarón, le lanzó una nueva advertencia y este me soltó sin apartar su intimidante mirada del hombre que lo fulminaba.

—El concurso de meadas ha terminado, andando.

Elevé mis ojos a través de mis pestañas y miré a Ryan que bufaba molesto después de soltar el comentario. Aarón pareció desconcertado, hasta que nos observó a ambos y se dio media vuelta para desaparecer sin decir ni una sola palabra más. Lo contemplé mientras se alejaba y pude escuchar el portazo que le propinó a la puerta de su coche. Ryan silbó con chulería y pasó sus ojos a mí.

—El soplapollas uno se ha enfadado.

—Ryan... —siseé.

Hizo una mueca con sus labios y dijo antes de marcharse:

—Tienes a Skype en el apartamento. Lo he traído esta mañana, imagino que tendrás ganas de verlo.

No me dio tiempo a decir nada más cuando desapareció en su coche. Me aproximé a mi hogar, soltando un fuerte suspiro. Al abrir la puerta, me fijé en la pared donde solo descansaba el cuadro que había pintado de Arcadiy con el peluche entre sus manos. Lo agarré con fuerza, y ese gesto no pasó desapercibido para Jack. Me contempló titubeante, y no le di tiempo para que preguntase.

—Es mi hermano.

Pude ver que asentía.

—E imagino que el peluche le perteneció.

Asentí, notando la rabia brotar de nuevo. Conduje mis pasos escaleras arriba, hasta que llegué a la puerta de seguridad. La abrí bajo los expectantes ojos de Jack, y escuché el ladrido feroz de Spyke. Era un American Stanford gigante, con el pelaje corto en color gris oscuro, noble y cariñoso, pero tan feroz como lo era su dueña. Se acercó con decisión hacia mí, a la vez que yo extendía una mano en dirección a Jack.

—No entres.

Obedeció, quedándose en la puerta, mientras me acercaba al animal que desde la distancia comenzaba a gruñir amenazante hacia la persona que había en la entrada, y a la cual no conocía. Llegó hasta mí y subió sus enormes patas sobre mi cuerpo hasta que sus zarpas se posicionaron en mis hombros. Era casi igual de alto que yo cuando se erguía.

—Es hermoso.

—Sí —contesté, besando su cabeza a la vez que pasaba mis manos con cariño por su gran lomo—. Acércate.

Extendí mi mano y Jack la aceptó sin miedo. Spyke gruñó, solo que esta vez de manera más intensa, y pude apreciar sus colmillos asomando por su gran boca. Acaricié su lomo con más rapidez, intentando que se enfundara de confianza hacia Jack.

—Tranquilo, chico. No pasa nada —le dije.

Me dio un lametón que me lavo la cara, como habitualmente solía pasar. Sujeté la mano de Jack con la mía y, poco a poco, la fui acercando por debajo de su boca, tocando con suavidad su cuello. Vi que se relajaba y me cercioré de que no había peligro cuando se sentó mirando a Jack.

—Ya está, ¿eh? Ya está, chico. —Le mimé.

—Veo que no sueles presentarle a tus conquistas —añadió guasón.

Sabía que aquel comentario iba por Aarón.

—No suelo tener conquistas —respondí sin dejar de mirarle—. Algunas no tenemos la vida

social tan activa, o por lo menos de esa manera —puntualicé cuando vi sus cejas alzarse sin creerse mi comentario.

Dejé las cosas sobre la mesa de cristal del salón y le miré.

—Necesito descansar un poco —murmuré, sumida en mis pensamientos de nuevo—. El apartamento no es muy grande y Spyke ya es tu amigo, por lo tanto, no te comerá.

Asintió sin decir nada. Me giré para encaminarme hacia mi dormitorio, me desnudé con rapidez y coloqué una vieja camiseta sobre mi cuerpo. Poco me importaba no estar lo suficientemente *sexy* en aquel momento. Necesitaba centrar mis pensamientos, y me urgía demasiado.

Me posicioné de cara a la ventana, en el mismo instante en el que la puerta de la habitación se oyó y, después, la cama se movió por el peso de Jack. Depositó un beso en mi pelo, a la vez que cobijaba mi cuerpo en sus enormes brazos que rodearon mi cintura por completo. Permanecí en silencio, sin hacer ningún gesto, dejando que la mente me llevase a mi enemigo, a mis pesadillas, por mucho que quisiera evitarlas.



## PESADILLAS

Un sudor frío me recorrió el cuerpo cuando sin conseguirlo, intenté despertar. Abrí los ojos fijándome en el techo de la habitación y de repente volví a cerrarlos sin conseguir espabilarme del todo. Los gritos, las voces, las lágrimas, el dolor... Todo resurgió con fuerza, recordando aquel día en el que perdí parte de mi vida. Sentí las manos de aquellos bastardos sobre mi fina piel, resquebrajándose a medida que manoseaban mi cuerpo a su antojo. Me revolví inquieta y, de nuevo, traté de despertar por todos los medios.

Mi pecho subía y bajaba debido al pánico cuando se acercaba a mí firme y con una decisión clara sobre su rostro. Mis hombros se movieron y los miré, comprobando que volvía a ser aquella niña asustada de doce años. Abrí los ojos de golpe, viendo la mirada preocupada y confusa de Jack sobre mí como la noche anterior, solo que esta vez lo había controlado mejor. Tomé una gran bocanada de aire que se resistió a pasar por mis pulmones, vi que su mano se elevaba para tocarme y me separé veloz sin pretenderlo. Su confusión se volvió más aguda, mientras yo agarraba las sábanas contra mi pecho, como si fuesen a protegerme de la peor de las desgracias.

—Micaela, soy yo. —Se señaló.

Notaba que el aire no llenaba mis pulmones, me sentí asqueada por las sucias manos que me tocaron y, aun siendo en sueños, pude sentir el tacto de sus dedos al recorrerme. Me abracé a mí misma, mirando a Jack desubicada. Se acercó lo suficiente como para que saliera disparada de la cama, en dirección al baño, pudiendo ver antes de marcharme sus ojos confusos.

Abrí la ducha sin quitarme la camiseta y entré, dejando que el agua calara mis huesos, e intenté por todos los medios que mis pensamientos se fueran por el desagüe, cosa que no conseguí. En aquel momento, me planteé algo que no me había parado a pensar; había sido lo suficientemente fuerte como para acabar con Carter y Argus, no menos importantes en toda la historia, al igual que también sabía que, cuando tuviese a Achilles cara a cara, no me temblaría el pulso.

Pero con Anker... Con Anker no lo tenía tan claro.

Era un hombre que irradiaba maldad por todos los poros de su piel, era temible y, lo que más me preocupaba, estaba dispuesta a enfrentarme a él en un cara a cara, cuando sabía de sobra que las posibilidades de salir victoriosa de ese enfrentamiento eran nulas. ¿Y si llegado el momento me acobardaba? ¿Y si no era capaz de mostrarle la ira que tantos años había contenido solo para él? ¿Y si me bloqueaba?

Paseé mis manos con desespero por mi rostro, alcé la cabeza y dejé que el agua cayese directamente en él, escuchando la puerta del baño abrirse. Observé a Jack de soslayo, quien entraba en el plato de ducha con unos calzoncillos como única prenda, para después cerrar la mampara, la cual me había dejado abierta, haciendo que el suelo del baño se encharcara ligeramente.

Me contempló a pocos metros con un gesto que no supe interpretar. Lo miré aun cayéndome el agua encima, y respiré de manera entrecortada. Noté mis fuerzas flaquear, y me costó demasiado recomponerme para no venirme abajo. No entendía el motivo, pero cuando estaba con él me comportaba como otra persona, como la que realmente escondía bajo toda esa capa de maldad y frialdad que me definía.

—¿Pero qué te han hecho...? —murmuró con pesadez sin apartar sus brillosos ojos de mí. Palabras que no salieron de su boca el día anterior, imaginé que dándome el espacio que necesitaba.

Cogí una bocanada de aire, sin romper la conexión que tanto manteníamos y solté un suspiro que inundó la estancia. Di un paso hacia él, que permanecía quieto sin saber cómo reaccionar, y coloqué mi mano derecha en su pecho.

—Necesito olvidarlo... —susurré con un hilo de voz estrangulado, tan desgarrador que me encogió el alma.

Elevó una de sus manos y la posicionó en mi mejilla, pasándola con una delicadeza que me hizo cerrar los ojos. El Jack que conocí hacía poco, el Jack tierno y delicado apareció, y sentí el mundo abrirse bajo mis pies. Me había enamorado de él como una auténtica gilipollas y no podía hacer nada para remediarlo.

Acercó su rostro al mío sin dejar de contemplarme, sus labios me rozaron con lentitud, creando un reguero de besos tan estremecedor que creí morir. Cerré los ojos cuando su boca se cernió sobre mi cuello, momento en el que sus manos buscaron el bajo de mi camiseta empapada. La sacó por mi cabeza con una maestría innata, lanzándola al suelo sin ningún miramiento y volvió a poner sus manos sobre mis caderas, tirando de ellas hasta que quedé completamente pegada a su cuerpo.

Lamió con lentitud cada centímetro de mi cuello, junto a los hombros y la clavícula. Agarré su pelo con fuerza, tirando de él hacia arriba para que me mirase, y lo hizo. Clavó sus esmeraldas en mí con tanta intensidad que una presión en el pecho me hizo tambalearme.

«Esto es una puta locura...», pensé, sabiendo que ni él ni yo estábamos destinados a estar juntos, por mucho que quisiéramos.

Ataqué su boca con urgencia, él, por su parte, agarró mis glúteos con ímpetu, elevándome hasta que mi espalda tocó los fríos azulejos de la pared. Pude notar su miembro clamar atenciones a la entrada de mi sexo, le oí gruñir cuando me restregué como pude contra él y, sin dilación, se quitó la única prenda que cubría su cuerpo y me penetró de una sola embestida. Me separé para coger una bocanada de aire en el instante en el que llegó hasta el fondo.

—Joder... —gruñó entre dientes, lo que me encendió más, si es que podía.

Sus movimientos rítmicos me hacían perder la cabeza por segundos. No encontré lugar en su cuerpo donde sostenerme con fuerza, hasta que terminé clavando mis uñas en su espalda con una necesidad inhumana por llegar al éxtasis. Movía su miembro dentro de mí con una agilidad que incluso me llegó a asustar, hasta que escuché:

—Es perfecto.

Sus dedos se clavaron en mi trasero con fiereza, sus movimientos se volvieron más intensos, de manera que comencé a rozar la línea del dolor que tanto me gustaba. Cogí aire e intenté que las palabras salieran de mí boca, pero se perdieron en un gemido tras otro impidiéndome hablar con claridad.

—¿El qué es perfecto? —murmuré entrecortada, de manera sensual.

Elevó sus ojos, deteniéndose en seco. Me revolví, urgiéndole que continuase, y no lo hizo.

Besó mi boca con furia, haciéndose notar la exigencia por devorarme, lo que me alteró de nuevo sin poder evitarlo.

—Jack... —conseguí separarme, susurrando en sus labios.

—Tú —contestó dejándome confusa—, y yo —terminó de puntualizar.

Esas simples palabras me arrebataron el corazón, otra vez. Un breve pensamiento pasó por mi mente de manera fugaz, ¿y si me dejaba llevar hasta que el destino quisiese? ¿Y si volvía a ser la persona que antaño? Aunque solo fuese con él, merecía la pena.

—Entonces haz lo posible porque esa perfección no se marche nunca.

Tragué saliva después de pronunciar aquellas palabras que, a mi parecer, desataron a una bestia. Reactivó su marcha, dando acometidas salvajes en mi interior, haciendo inevitables mis jadeos que se oyeron en todo el apartamento durante lo que pareció una eternidad. Me agarré a su cuerpo de tal manera que pensé que nada ni nadie nos separaría jamás, había encontrado mi ancla, mi medio limón, como yo le llamaba, aquel que jamás creí que se cruzara en mi camino. Pero, claro, el destino, las personas, no estaban tan dispuestas a permitirlo.

Un rato después, me vestí y salí hacia el salón, donde me senté en una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor. Jack se movía con soltura en la cocina, preparando algo de comida digna de admirar, cuando su teléfono sonó. Miré la pantalla de refilón y vi que un número oculto se iluminaba. Giró su rostro, le echó una mirada por encima y continuó a lo suyo. Poco después, colocó los platos sobre la mesa, cuando yo dirigía mis pasos hacia el mueble alto para sacar unas copas y rellenarlas de vino.

Las dejé sobre la mesa y comenzamos a almorzar mientras hablábamos de temas distintos, como si el mundo en el que vivíamos no existiese, como una pareja normal que se interesaba el uno por el otro. Al terminar, le observé.

—¿Cuántos días vas a quedarte? —pregunté con un nudo en la garganta.

Dejó la servilleta sobre la mesa y extendió su mano para que me sentase sobre él. Lo hice a horcajadas para poder pasear mis manos por aquel torso desnudo y tan firme como una roca.

—¿Cuántos días quieres que me quede?

—Tienes una habilidad innata para preguntar sin contestar. —Sonreí.

Me imitó el gesto y sentí cómo me ablandaba un poquito más.

—No lo sé. No me espera nadie allí.

—Eso quiere decir que... —murmuré dudosa, bajando mis ojos a sus abdominales.

—Que si no me echas a patadas, no me iré de momento —puntualizó.

Agarro mi mano con fuerza, haciendo que elevase mi rostro para mirarle.

—Pero —siempre había un «pero». Le miré con curiosidad, viendo su gesto endurecerse—, como el poli te ponga una mano encima —resopló como un búfalo—, lo mato.

Ahora la que soltó un gran suspiro fui yo. No podía tomarme sus amenazas a la ligera, ya sabía de sobra quién era Jack Williams.

—Entre Aarón y yo no hay nada —añadí.

—Pero lo hubo. —Su voz fue firme.

Negué con la cabeza, sintiendo sus ojos abrasarme.

—Pues él no piensa lo mismo —murmuró acercándose a mi boca.

Rozó sus labios con los míos y contesté:

—Él solo quiere encerrarme hasta que me pudra en la cárcel.

Sonrí con ironía.

—No lo hará, Micaela, no lo hará. Y si se le pasa por la cabeza...

Sus esmeraldas mostraron una determinación que pocas veces había visto. Era un tipo implacable, pero ya tenía más que claro que no le temblaba el pulso ante nada, ni ante nadie.

—Dejará de respirar antes de que te haya puesto una esposa.

Puse los ojos en blanco y respiré aliviada cuando su gesto cambió y volví a ver aquella sonrisa que me arrastraba al abismo sin fin. Enredé mis manos en su pelo tirando de él hacia atrás cuando nuestro beso se intensificó y comencé a notar su enorme bulto resurgir en la única prenda que llevaba. El teléfono sonó rompiendo aquel momento, viendo que era Ryan. Le pedí un minuto con la mano, mientras este se dedicaba a mordisquear mi cuello.

—Al club. No tardes. Tenemos visita.

Colgué y, con todo el pesar del mundo, el mismo que no había sentido jamás al separarme de alguien, me aparté de Jack indicándole que teníamos que irnos.

Diez minutos bastaron para arreglarnos en condiciones y cruzar la calle. Abrí la puerta con la llave y lo primero que vi fue el gesto tenso de Ryan, seguido de una Eli que miraba a otra persona que no alcanza a ver, mientras permanecía con los brazos cruzados y gesto de enfado.

—¿Qué es tan...?

Las palabras se quedaron en el aire al fijarme en un Tiziano apoyado en la pared frente a la barra. Volvió sus ojos hacia Jack y, antes de que pudiera decir una sola palabra, un cuchillo rozó mi pelo en dirección al hombre que se encontraba a mi lado. Me giré sobresaltada, y vi que Jack lo sostenía en su mano, lo había cogido al vuelo.

—¿Qué cojones hace este mamón aquí? —espetó el italiano malhumorado.

—Tiziano...

Intenté poner calma, cosa que no conseguí, cuando volví a ver el cuchillo volar por el aire hasta que se incrustó en la camisa de Tiziano, dejándolo enganchado a la pared. El italiano abrió los ojos desorbitadamente, pegó un fuerte tirón de ella, rajándosela, y avanzó con decisión hasta donde estábamos.

—Espera, espera. —Traté de mediar de nuevo.

Pero mis intentos se fueron al garete cuando el puño de Jack se estampó contra la cara de Tiziano, quien dio un traspié y cayó al suelo. Jack se colocó sobre él, pegándole puñetazos en el rostro como un poseído, a la vez que Tiziano golpeaba contra su costado, hasta que consiguió quitárselo de encima.

—¡Parad ya! —vociferé.

—Esto se pone interesante —murmuró Ryan, mientras que Eli se reía.

Jack se levantó de un salto, a la misma vez que lo hizo su oponente, comenzando a pegarse como dos bestias inmundas, destrozando todo lo que había sobrevivido a su paso. Me acerqué a ellos, lanzándole una mirada de odio a Ryan, quién movió sus manos en señal de «¿qué hago yo?». Tiré del hombro de Jack, en el mismo instante que el puño del italiano impactaba de lleno en su costado izquierdo. No me sirvió de nada ya que, si no me retiraba, la que saldría con la cara morada sería yo. Era imposible mediar entre dos titanes como ellos. Volví mis ojos a Ryan poniéndole mala cara, y este alzó los ojos al cielo, acercándose a ellos.

—Te dije que te mataría, ¡oh, *mamma*, sí te voy a matar! —dramatizó Tiziano.

Jack aprovechó ese momento para bloquearlo, de manera que la cara de Tiziano quedó enterrada en sus brazos a la altura de su costado mientras que este apretaba con fuerza su cuello, dejándolo sin respiración.

—Jack, para, ¡que le vas a matar! —me desesperé.

Pude ver los instintos asesinos emanar por cada poro de la piel de Jack. Sus ojos estaban

perdidos en una oscuridad infinita, en el momento en el que Ryan llegó a mi lado.

—Soplapollas dos, suéltalo —pidió con su habitual tono de «me la pela».

Tiziano empezó a tener otro color en el rostro, pataleaba intentado soltarse del agarre, pero era imposible, no lo conseguiría en esas circunstancias. En los brazos de Jack se marcaban unas venas que jamás había visto, debido a la presión que estaba ejerciendo contra su cuello. Si seguía así, lo asfixiaría.

—Jack, por favor, suéltale. —Toqué su brazo para que me mirase.

Sus ojos se posaron sobre los míos, fieros e intimidantes, mostrándome que verdaderamente era un hombre temible. No aflojó la presión sobre el cuello del italiano, pero sí vi cómo presionaba con más fuerza.

—Jack... —volví a llamarle.

Bajó sus ojos hacia él y espetó con una tranquilidad aplastante:

—Ya sabes quién soy. Podría haberte matado con ese simple cuchillo, así que no tienes de nuevo a la suerte.

La tensión se palpó en el ambiente, hasta que Jack aflojó el cuello del italiano, quien cogió una gran bocanada de aire que hizo eco en toda la sala, ya que estaba a punto de asfixiarse. Tosió varias veces, me acerqué a él mirando de reojo a Jack a la misma vez que negaba con la cabeza, y agarré el hombro del poderoso Tiziano que a punto estuvo de morir.

—Me cago en...

—Tiziano, cállate —espeté con mala cara.

—Tanto narcotraficante y te aplastan como a una hormiga.

—¡¡Ryan!! —Bufé girándome para encararle.

Este levantó las manos en señal de paz y lo escuché alejarse mientras reía. Eli, por su parte, estaba a lo suyo sirviéndose una copa, desde luego que no sabía quién estaba peor de todos los que habíamos en el club. Tiziano se recompuso, carraspeó y le lanzó una última mirada de odio a Jack.

—El día que menos te lo esperes te meterá una bala en el pecho cuando estés durmiendo. ¡¡No sé qué haces tan tranquila!! —murmuró exaltado.

—Tiziano... —advertí.

Escuché el gruñido que salió de la garganta de Jack cuando sus pasos se dirigieron de nuevo a nosotros, y tuve que poner una mano entre ambos para que no se volvieran a liar a golpes, o peor.

—Ya está bien de tonterías, vamos a centrarnos. —Les miré—. ¿Qué haces aquí?

—Venir a tomarme una copa precisamente, no —añadió el italiano, recuperando la postura de chulo que siempre ponía.

—Ya veo...

—Si quieres te doy una con un cristalito, lo mismo te atragantas —soltó Eli.

Me giré para mirarla, fulminándola.

—Nena, sé que estás deseando que te meta...

—¡¡Tiziano!! Parecéis un puto patio de colegio —me enervé—. ¿A qué cojones has venido? Arrugó el entrecejo, haciéndose el dolido.

—¿No querías verme?

Resoplé a punto de perder los papeles y matarlo yo misma.

—Está bien, está bien. —Puso las palmas de sus manos de cara a mí—. Tengo todo lo que necesitas para entrar en la fiesta que Achilles dará en Madrid.

—Y ¿por qué estas invitado? —pregunté.

—Soy traficante, *bella*, ¿lo has olvidado?

Su tono meloso desquició a Jack, quien se cruzó de brazos apretando los puños.

—Tranquilo, asesino. —Le lanzó una mirada con desdén—. Por desgracia yo no soy tan especial como tú. —Sonrió de medio lado—. ¿Has traído al friki?

—¿A Riley? —pregunté arrugando el entrecejo.

—Sí. Necesitamos que alguien os cubra las espaldas cuando estéis dentro. Ya tengo el piso donde iremos a trazar el plan, y también por si fuera necesario llevar a Achilles, eso sí —me miró impaciente, con una mueca que determinó la locura que había en él—, si le vas a torturar, por favor —juntó sus manos—, déjame participar.

—Demente... —añadí sin poder evitarlo.

Sonrió de forma lobuna y alegre al saber que mi comentario había sido porque sabía que le dejaría entrar. Tenía claro que acabaría con la vida de Achilles, pero antes, le torturaría lo suficiente para que se arrepintiese del pasado.

—¿Cuándo es la fiesta? —preguntó Jack.

—Mañana —contestó el italiano.

—Llamaré a Riley.

Dio medio vuelta, yendo con paso firme hasta otra parte de la sala donde pude ver que toqueteaba su teléfono.

—¿De verdad estás con él? —preguntó Tiziano sin dejar de mirarle de reojo.

—Tiziano, déjate de tonterías, ¡joder!

—¡Es un asesino! —murmuró tan bajo que apenas pude oírle.

—Y tú un narcotraficante.

—¡No es lo mismo! —se desesperó.

—Tiziano, ¿adónde coño quieres llegar? —Bufé.

Movió los hombros en contestación a mi pregunta, dándome a entender que ni él mismo lo sabía.

—Yo te hubiese bajado la luna, te lo aseguro —añadió con una sonrisa pícaro.

Negué con la cabeza, dando por concluida nuestra conversación sin sentido, en el momento en el que Jack volvía.

—En unas horas estará aquí.

Tiziano aplaudió, de tal manera que parecía a ver perdido el juicio. Vi que Eli negaba con la cabeza, a la vez que pude leer en sus labios: «jodido desquiciado». Y, lo que ella no sabía, era que esos impulsos asesinos que tenía hacia él no significaban nada más y nada menos que una terrible tensión sexual no resuelta. Si no lo era algo más.

—Tengo otro regalito para ti, porque como te quiero tanto, mi *bella*. —Sonrió.

Le contemplé confusa, hasta que una sombra salió del bajo de las escaleras, cuando Tiziano dijo:

—Acércate, pequeña.





## ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?

Mis ojos se clavaron en la persona que, con miedo, salía de la sombra. Miré a Tiziano sin entender nada y alcé una ceja antes de preguntarle, cosa que no me dio tiempo, ya que él habló antes:

—Ella misma ha vuelto a ti.

Entrecerré los ojos, desconfiada. Di varios pasos hasta que llegué a su altura, intimidándola desde mi posición. Pude ver el temor en sus ojos y la duda sobre si había hecho bien o no.

—¿Cómo ha venido? —le pregunté a Tiziano, sin apartar mis ojos de ella.

—Pues —arrastró la última letra—, papaíto la ha dejado esta vez en un internado de España y, mira por donde, la niñata es más lista de lo que nos pensamos y se ha puesto en contacto conmigo. No me preguntes cómo.

Achiqué mis ojos tanto que pude ver cómo temblaba sin poder evitarlo. Repasé la ropa que llevaba, verificando que no había podido escapar, pues estaba intacta. Los ojos de la muchacha se fueron en dirección a Jack, gesto que me molestó otra vez, ¿por qué demonios le miraba de esa manera? Cogí su mentón con fuerza y lo giré hacia mí.

—¿Cómo ha llegado aquí? —pregunté al italiano otra vez.

El labio inferior le tembló, e intuí que se pondría a llorar en cualquier momento.

—Fácil solución. Soborné a la directora del centro con una buena cantidad de dinero y mis encantos, claro está —chuleó.

—Tú no tienes encantos —añadió Eli.

—Algún día te lo demostraré, gata salvaje.

Giré mi rostro encontrándome con Tiziano guiñándole un ojo y Eli resoplando a la vez que le lanzaba una mirada asesina. Volví mis ojos a la chica y siseé:

—¿Qué haces aquí, Adara?

Tragó saliva visiblemente y abrió sus labios para intentar llenar sus pulmones de aire. Estaba a punto de morir del pánico que la recorría.

—Tengo que hablar contigo —musitó.

—Dudo mucho que puedas entablar una conversación conmigo. Estás muerta de miedo —aseguré.

—¿No debería tenerlo? —dudó con voz quebrada.

Suspiré.

—Deberías.

Sus mejillas temblaron, esta vez con más fuerza, y pude ver sus ojos encharcarse en un mar de lágrimas. Guio su mirada hacia el hombre que nublaba mis pensamientos, el cual se mantenía con la vista fija en nosotros.

—¿Prefieres hablar con él? —añadí con sarcasmo—. Quizá sea capaz de enseñarte más cosas

de las que sabes.

Negó con la cabeza, cuando una lágrima se deslizó por su blanquecino rostro. Me contempló con terror antes de hablar.

—Quiero hablar contigo.

Asentí lentamente.

—Súbela a mi despacho, o lo que queda de él —le dije a Ryan con tono amargo.

Hizo lo que le pedí, desapareciendo por las escaleras. Miré a Tiziano, quien meneaba uno de sus habituales cuchillos entre sus dedos con rapidez, y quedamos en vernos al día siguiente en Madrid. Justamente en la dirección que, minutos después, me entregaba. Salió echándole una última mirada a Jack y cerró.

—Eli, encárgate de todo lo que necesitemos con Ryan cuando vuelva.

Miré a Jack.

—Toma. —Le entregué las llaves de mi casa con una numeración escrita—. Con esta clave podrás acceder, ahora iré.

—¿Estás segura?

—No creo que sea una trampa, ¿has visto cómo temblaba?

Asintió.

—Iré a por Riley en un rato. Nos vemos a la vuelta.

Le imité el gesto anterior y este, antes de salir, sujetó mi cara con ambas manos y me besó de manera fugaz, dejando un cosquilleo extraño en mi vientre. Se giró lanzándome una última mirada, llena de promesas indecentes, y no pude evitar escuchar el resoplido de Eli cuando este salió por la puerta. La contemplé confusa.

—¿A qué estás jugando, Mica?

Alcé la ceja izquierda, interrogante.

—¿Perdón?

—Es un asesino.

—No estoy jugando a nada —espeté molesta.

Se dirigió hacia mí y cogió mis manos con las suyas de manera cariñosa.

—Sabes que es algo imposible —afirmó.

Apreté mi mandíbula en un gesto dolido por sus palabras, pero no contesté. Noté mi pecho subir y bajar, a la vez que mis pensamientos comenzaban a funcionar a mil por hora.

—No dejes que llegue a tu corazón, o estarás perdida, amiga.

«Consejo a destiempo», pensé.

—¿Y tú? ¿Has levantado la barrera? —pregunté refiriéndome al juego que tenía con el italiano.

Suspiró y pude ver dolor en sus ojos, pero se recompuso de inmediato.

—Mi muro es infranqueable, Mica. No lo derribará nadie. Nosotras no podemos amar, no podemos —asintió firme en su decisión.

Me dolió que pensase de esa manera, y no supe qué contestar cuando, en realidad, sabía que tenía razón. El mundo en el que nos rodeábamos no estaba destinado a un amor, a una familia, ni a un futuro siquiera. Nuestra decisión fue ir por el camino que ambas quisimos y ya no había vuelta atrás.

Salió del club con la cabeza gacha, y supuse que había dado por hecho que mi silencio decía muchas más cosas de las que le contaba. Ryan bajó las escaleras, contemplándome altivo a la vez que hacía un gesto con sus ojos mirando hacia arriba.

—No seas muy dura. Ha venido porque ha querido, y está a punto de sufrir un infarto. La espero fuera, dependiendo de lo que ordenes, así haré.

Asentí, momento en el que desapareció también tras la puerta. Encaminé mis pasos hacia el despacho y, al abrir, me la encontré de pie con las manos entrelazadas. Vi su cuerpo moverse de manera involuntaria y supe que le había recorrido un escalofrío por todo el cuerpo. Arrastré una de las sillas que quedaban vivas y la coloqué tras ella, haciéndole un gesto con los ojos para que se sentara. No rechistó y lo hizo. Apoyé mi cuerpo en la mesa, moviendo mis manos por el filo de la madera.

—Bien, Adara, ¿qué quieres hablar conmigo?

Carraspeó, mirando al suelo.

—Yo... —Tragó saliva. El nerviosismo era aparente, hiciera lo que hiciese.

—Adara —la llamé con tono rudo—, no tengo todo el día, si no me lo dices, entonces sí que vas a temblar con motivo.

Asintió temerosa.

—Sé lo que te hizo mi padre.

Clavé mis ojos en ella de forma intimidante. No pregunté, y ella prosiguió:

—Nunca pensé que mi padre hubiese podido hacer semejante aberración. No podía creerlo, hasta que le pregunté a él por ti cuando salí de Sicilia.

Torcí mi gesto, a la vez que mis ojos se achicaban, instándola para que hablase. Me contempló nerviosa y continuó.

—Le pregunté si sabía quién eras, y lo que vi, sus gestos, me asquearon. —Junté mis labios en una fina línea—. Sacó una fotografía tuya de uno de los bolsillos de su pantalón, siempre la lleva con él, ya que ese trozo de papel lo he visto antes, pero nunca supe qué era. —Respiró con dificultad—. Me hablaba de ti con delirio, con admiración y... —hizo una mueca de asco— con una especie de deseo extraño en sus ojos. Lleva siguiendo tus pasos desde que te mudaste a Huelva, creo recordar.

Me tensé.

—¿Eso te lo dijo él?

Negó.

—Poco después de hablar con mi padre, lo hice con mi madre, presa de la rabia, ya que a mí nunca me trató siquiera como a una hija. No podía creer que mi propio padre te quisiese más a ti que a mí. Pero tampoco pude creerme lo que me encontré.

—Y ¿qué fue?

Un nerviosismo junto con un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—En su misma habitación, en una de las salas contiguas, hay un espacio pequeño, en el que solo hay fotografías tuyas, desde que eras pequeña hasta ahora. Vi... —titubeó—. Vi... mechones de pelo, objetos e incluso ropa interior tuya...

Tragué saliva.

—¿Por qué te contó todo eso tu madre, Adara? —pregunté extrañada, dándole vueltas a lo que acaba de decir.

Agachó su rostro, para después murmurar:

—Porque ella tampoco le quiere.

Me incorporé de mi asiento, agachándome para estar a su altura.

—¿No están juntos? —Calló—. Adara, si no me cuentas la verdad es imposible que te entienda —añadí en tono neutral.

Se hizo el silencio entre ambas, y solo lo interrumpió un suspiro enorme que dejé escapar en el vacío.

—Mi madre me contó la verdad. Y no, no están juntos. En realidad, nunca lo han estado. Pero mi padre la tiene secuestrada, encerrada en su torre de cristal.

Arrugué el entrecejo.

—Sigo sin entenderte.

—Mi padre le arrebató la felicidad que podría haber tenido, y quiere lo mismo que tú, destruirle.

Dudé un segundo.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú, Adara?

—Quiero que mi madre sea feliz, y nosotros también —afirmó con decisión, volviendo sus ojos a mí.

—¿Nosotros?

La confusión era palpable, no estaba entendiendo la mitad de lo que quería decirme.

—Mi madre, mi hermano y yo.

Noté una quemazón extraña subir por mi garganta, como si algo me estuviera avisando de lo que después vendría y, con temor a su respuesta, pregunté a sabiendas de lo que temía.

—¿Quién es tu hermano?

Juntó sus labios en una fina línea, a la vez que temblaron entre ellos, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas sin poder contenerlas.

—El hombre que ha cavado su propia tumba por ti.

Me tambaleé hacia atrás, ¿qué demonios estaba diciendo aquella insensata? Me acerqué a ella furiosa y la sujeté del cuello con rabia.

—¡No me vengas con tonterías, Adara! O te sacaré la piel a tiras.

—¡No lo hago! —Lloró—. Mi madre me lo contó. Jack es mi hermano, ¡te lo juro!

Apreté mis labios, soltando su agarre. Giré mi cuerpo y me apoyé en la mesa, respirando con dificultad. Si eso era verdad...

—Sois hermanos de madre —cuestioné.

No contestó. Golpeé con fuerza el escritorio, dándome la vuelta como una desquiciada. Se suponía que la madre de Jack estaba muerta...

—¡¡Contéstame, joder!! —grité.

Adara lloraba desconsolada e intentó respirar un par de veces antes de proseguir:

—Mi madre era prostituta. Se quedó embarazada de un cliente cuando tenía una relación con Braylon Williams, el hombre que Jack piensa que es su padre. Pero todo eso no es más que una farsa para que él nunca se enterase, pues su verdadero padre...

Alcé una mano en el aire para que no continuase. Sentí unas terribles ganas de vomitar, comencé a marearme y mis pulmones dejaron de funcionar. No podía ser, el destino no podía ser tan cruel y jugármela de esa manera. No, no podía.

No...

Me negué a escuchar los miles de pensamientos que rondaban mi cabeza, momento en el que la puerta del despacho se abrió y Ryan entró acompañado de un Aarón con cara de pocos amigos.

—Llevo llamándote toda la mañana —espetó furioso.

Este miró a Adara, y ella volvió la vista hacia mí. Traté de calmar mi agitada respiración y pasé una mano por mi cara con desesperación.

—Ryan, llévatela.

Se levantó sin necesidad de que la obligase y, antes de que descendiera escaleras abajo, salió en su busca.

—Adara —la agarré del brazo—, ni una sola palabra. —Me miró fijamente—. A nadie —recalqué—. O te arrancaré la lengua.

Asintió con miedo, a la misma vez que Ryan me observaba confuso.

—Mantenla a salvo —ordené.

Volvió a hacer el mismo gesto, solo que esta vez con más lentitud. Me echó un último vistazo y se fue. Cerré la puerta del despacho con la mente funcionándome a toda marcha, mientras Aarón me repasaba de arriba abajo sin dejarse ni un solo hueco. Crucé mis brazos a la altura de mi pecho y le contemplé.

—Si vas a detenerme ya, espera dos días más —vacilé, cambiando mi gesto. No iba a permitir que viese lo afectada que estaba en ese momento.

Bufó, mostrando un gesto fiero e implacable. Dio dos zancadas hacia mí, parándose a escasos milímetros de mi cuerpo, el mismo que, sin poder evitarlo, se encendió.

—Desapareces sin decir nada, no contestas a mis llamadas y encima apareces con ese gilipollas. ¿Es por eso por lo que te fuiste? ¿Por él?

—¿Celoso? —Alcé una ceja con picardía.

—Contéstame —exigió con rudeza.

Descrucé mis brazos, acercándome un poco más a él y, cuando estaba muy cerca de su boca, susurré sensual:

—Hasta lo que yo sé, solo follábamos, Aarón. Y, después de eso, tú ibas a detenerme por mil motivos. No lo olvides.

Pasé por su lado para marcharme, pero agarró mi codo con fuerza, a la vez que con la otra mano, sujetaba mis dos muñecas con un gesto rápido. Intenté zafarme de él sin éxito y, cuando fui a golpearle con mi rodilla, metió una de sus piernas entre las mías haciendo que el movimiento no llegase a sus pelotas.

—Exacto... —murmuró ido—. Y eso es lo que quiero ahora mismo, follarte hasta que te desmayes.

Soltó mi codo, dio un par de empujones a mi cuerpo hasta dejarme encajada entre la pared y él, para después sostener mi nuca con fuerza y besarme. Me resistí tratando de parar lo que ansiaba, notando pequeñas descargas en mi vientre. Hice fuerza con mis manos, siendo imposible soltarme, hasta que, poco a poco, pude comprobar cómo mi cuerpo tomaba el control de mí, a la misma vez que devoraba los labios que tanto placer me dieron.

Una de sus manos desató el botón de mi pantalón, colándose por mi ropa interior, llegando a mi húmedo sexo. Gemí sin poderlo evitar cuando su dedo se deslizó por mi abertura de manera provocativa, y el agarré de su mano en mis muñecas disminuyó. Juntó su cuerpo al mío, haciendo que notara su gran bulto escondido en sus pantalones y, en ese momento, unos ojos verdes como prados asomaron en mi mente.

Coloqué mis manos, ya sueltas, sobre su pecho, y le paré. Elevó sus lujuriosos ojos hacia mí con confusión. Un cúmulo de emociones se creó en mi cabeza y no me vi capaz de continuar, aun sabiendo que únicamente era un simple polvo.

—Lo siento, Aarón.

Pasé por su lado, viendo su pecho subir y bajar con la respiración agitada, y salí del despacho con decisión. Cuando llegué a la calle, pude ver que, tras la ventana de la planta de arriba, una sombra se dibujaba entre los tablones, y supe que era él. La puerta del club se abrió tras de mí y

un Aarón enfadado con gesto fiero salió dando un gran portazo. Se montó en su coche y desapareció.

Agarré mi teléfono y decidí dar una vuelta por la zona antes de subir a mi apartamento. Tenía que dejar unas cuantas cosas claras antes de que acabara el día.



## EL RATÓN CAZÓ AL GATO

A las ocho de la tarde, nos encontrábamos en la dirección que Tiziano había indicado al piloto. Eli se había quedado en Barcelona con Adara, quien no volvió a pronunciarse en ningún momento y a la que no vi después de nuestra conversación. El día anterior, la tensión entre Jack y yo se palpaba en el ambiente. Pues yo sabía algo que él no, y él tenía sus propios pensamientos, imaginé que el motivo era Aarón y su salida del club. Durante el trayecto en el avión, ninguno dijimos nada hasta que llegamos a Madrid, excepto Riley y Tiziano, quienes iban enfrascados en una conversación llena de puntadillas sin sentido entre ambos. Ryan estaba pensativo y de vez en cuando le pude pillar mirándome, analizándome más bien.

Entramos por un portal aparentemente abandonado y subimos cuatro plantas hasta llegar a la puerta que Tiziano indicó. Mientras ascendía, pude ver las miles de jeringuillas y demás objetos que había tirados en el suelo.

—Has bajado la categoría considerablemente —añadió con sorna Ryan cuando entramos.

El aludido sonrió, alzando la mano para que pasáramos al interior. La vivienda era normal, con muebles antiguos y, en el salón, había cuatro grandes ordenadores, lo que hizo que Riley silbara con descaro. Se aproximó a ellos y tardó menos de lo esperado en sentarse delante del primero.

—Acaban de llegar los reyes —canturreó.

Reí negando con la cabeza, y mis ojos se fueron a la enorme mesa del salón, donde todo tipo de armas se extendían sobre su largura. Minutos después, me sorprendí viendo a Tiziano con ropa deportiva, paseando de un lado a otro sin importarle estar sin camiseta, luciendo su esplendoroso y tonificado pecho. Movié sus ojos hacia mí, en el momento que prácticamente lo analizaba de arriba abajo, y sonrió gañán. Dirigió sus pasos hasta donde me encontraba para depositar un beso en mi mejilla derecha sin venir a cuento.

—Mmm..., *bella*. Cada día estás más radiante. —Guiñó uno de sus ojos—. Lástima que no sea gracias a mí.

Escuché el resoplido de Jack a mi lado, y pasó por el lado de Tiziano propinándole un golpe en el hombro. Este rio, haciendo una mueca graciosa con los labios.

—¡Bueno! —exclamó dando una palmada en el aire—. Aquí tenemos los planos de la casa donde van a dar la fiesta. Riley, ya puedes empezar para ver las vías de escape si las necesitamos.

Muchas veces me preguntaba qué sacaba Tiziano con ayudarme, pero después desaparecían esos mismos pensamientos, cuando sabía que todo lo que hacía era por mí, aunque siempre terminara enterándome de alguno de sus trapicheos y conquistas varias sobre otros territorios del país, algo que no me importaba. Él me ayudaba, si podía sacar beneficio, mejor para su negocio.

Ryan y Jack comenzaron a preparar las armas con un manejo increíble por parte de ambos. A Ryan no le hacía gracia la presencia de Jack, pero intentaba disimularlo sin éxito, ya que sus

comentarios de «broma» saltaban a la vista cada dos por tres.

—Y, dime, soplapollas dos, ¿cuál ha sido el tiro que has dado a más distancia?

Jack rio por primera vez desde el día anterior.

—Te sorprendería. Pero si quieres te dejo en medio de un campo, sales corriendo y lo compruebas por ti mismo. —Le miró desafiante, con una sonrisa ladina.

Ryan chasqueó la lengua.

—Me echarían de menos en casa, creo que mejor lo dejamos para otro día.

Una carcajada emergió de la garganta de ambos, volviendo a sus tareas, mientras que Riley hablaba con Tiziano sobre los planos, las entradas y las salidas. Por un momento me sentí inútil y no supe qué hacer. Los observé a los cuatro, hasta que Tiziano extendió su mano para que me acercase a él y lo hice sin titubear.

—¿Pasa algo? —preguntó con el cariño que siempre le caracterizaba, por lo menos conmigo. Ya que yo sabía de sobra que el italiano no era delicado con nadie.

Tiziano se las gastaba a base de bien, y pocas personas conocían su lado bueno, si es que se lo podía llamar de esa forma.

—No sé exactamente qué quieres que haga yo.

Y aunque la venganza y todo aquello era por mí, volví a sentir que no valía para nada. Tiziano sonrió de medio lado, y me costó averiguar el motivo por el cual esa sonrisa no surtía efecto conmigo, ya que cualquier persona del mundo caería rendida a sus pies.

—Tú tienes la parte más importante esta noche, preciosa.

—Pues dime cuál es, porque todavía no lo tengo claro —inquirí.

Me crucé de brazos, él me cogió por la cintura, pegándome a su escandaloso cuerpo.

—Esta noche te pondrás ese vestido —señaló la puerta de uno de los dormitorios, haciendo que las diversas pulseras de oro que llevaba en la mano izquierda sonaran—, te colocarás una peluca, por hoy serás rubia, y no menos atractiva —chasqueó la lengua con picardía— y, después, te llevarás a tu enemigo a una habitación donde yo estaré esperándote.

—Me reconocerá —aseguré.

Negó con la cabeza, pegándose más a mi oído.

—Te puedo asegurar que no sabrá que eres tú. Ni lo imaginará.

Su aliento rozó mi oreja, pero no ocasionó el temblor que mi cuerpo emitía cuando Jack hacia lo mismo.

—No sé cómo pueden acudir a una fiesta así sabiendo quién es Achilles.

Negó con una sonrisa deslumbrante en los labios.

—Aquí nadie sabe ni se imagina quién es Achilles —añadió.

—¿Y si no funciona? ¿Y si no consigo llamar su atención? —Las alarmas resonaron con fuerza en mi mente.

Esta vez, su sonrisa fue más grande que las anteriores. De reojo vi a Jack girar medio cuerpo, en el mismo instante en el que Tiziano juntaba mi cuerpo al suyo, de manera que él quedó frente a mi hombro. Noté su dureza y no pude evitar alzar una ceja que captó de inmediato, y a la que no le dio importancia. Paseó sus dedos por mis mejillas, después por mis labios y, seguidamente, fue descendiendo por el lateral de mi cuerpo hasta llegar a la cara externa de mi muslo derecho. Jack soltó la escopeta que tenía en la mano y se giró por completo.

—Si no consigues llamar su atención, que lo harás —murmuró como un depredador—, tu italiano —recalcó—, se encargará de que aquí —volvió a tocar la cara externa de mi muslo—, lleves un pequeño regalito.



—¿Pretendes que le mate sin más? —Arqueé una ceja.

—Si estás en peligro, por supuesto —añadió seguro de sí mismo—. Sacas tu daguita —el tono sensual volvió, tanto se notó que hasta Riley se giró en su asiento para mirarnos—, se la pones en el cuello —hizo el gesto con la mano que subía de nuevo por el mismo recorrido, hasta colocarla en mi garganta—, y se clavas hasta el fondo.

Mi gesto era serio, pero Tiziano era un jodido demente que estaba más loco que cuerdo, y rio como un tirano al imaginarse la escena.

—Te llenaras un poco de sangre, pero eso lo puede arreglar un buen baño después. —Me guiñó el ojo otra vez, en el instante en el que se separaba de mí.

Solté un fuerte suspiro llenando la estancia por completo, dándome cuenta de que Riley nos observaba a los dos con la boca abierta. Arrugué el entrecejo sin saber qué le sucedía, hasta que dijo:

—Mira que no me gustan los hombres, pero ahora mismo no sé quién me la ha puesto más dura.

—¡Riley! —Le di un golpe en el hombro y escuché a Tiziano reír.

Me encaminé hacia el hermoso vestido que descansaba colgado en el filo superior de la puerta, y toqué su tela. Era de color negro, con una impresionante abertura en el lateral derecho. El cuello en forma de pico no dejaba lugar a la imaginación, y la espalda la tenía completamente descubierta. Pude apreciar que los zapatos, las lentillas, la peluca y todo lo que iba a necesitar estaba en la misma habitación. No había dejado ni un detalle en el aire y, conociendo a Tiziano, estaba segura de que no me reconocería ni él, ni nadie.

Poco después, comimos un par de bocadillos escuchando las constantes bromas que se lanzaban el italiano, Riley y Ryan, mientras Jack permanecía en silencio, pensativo. Yo por mi parte me reí con los otros tres, intentado obviar el carácter enfurruñado del hombre que estaba al otro extremo de mí sin ningún motivo. Entré en el cuarto de baño, cuando todos se dirigieron a sus habitaciones para cambiarse de ropa. Cerré la puerta y me fui directa hacia el lavabo, donde apoyé mis manos para contemplarme en el espejo.

Mojé mi cara un poco, tratando que el agua se llevase los nervios que comenzaba a sentir. Me duché con rapidez, a la misma vez que pensaba de qué manera llamaría la atención, pero tenía claro que esa noche, Achilles no saldría de allí y sería la última vez que respiraría. Volví a mi posición inicial, con una toalla rodeando mi cuerpo, y apreté con fuerza el filo del mármol cuando terminé de ducharme. A través del espejo pude apreciar la silueta de Jack colándose en el mismo espacio. Dio dos zancadas y se posicionó detrás de mí.

Tiró de mi toalla haciendo que cayera al suelo sin hacer ruido. Le traspasé con la mirada desde mi posición, a la vez que él pegaba su cuerpo a mi espalda. Noté sus dedos recorriendo mi fina piel, hasta que se pararon en la entrada de mi sexo. Con una pierna, y sin romper nuestra conexión, abrió las mías para que pudiera darle acceso y coló uno de sus dedos en mi interior, haciendo que un gemido ahogado saliera de mi garganta.

Comenzó el vaivén de movimientos dentro de mí, apretando con furia mi clítoris, cuando escuché cómo dijo pegado a mi oído:

—No sé qué haces conmigo...

Su aliento me rozó el rostro, a la vez que sentí que un calambre me recorría todo el cuerpo. Entreabrí mis labios para respirar mejor, notando que mis piernas comenzaban a flaquear. Este posicionó una de sus manos de manera firme sobre mi cadera, impidiendo así que me moviera. Enfoqué mis ojos en los suyos a través del espejo, sin ser capaz de despegar mi mirada de él.

—Pero no me gusta la sensación que me produce verte cerca de otros hombres.

Su tono era serio y firme, pero a la misma vez, erótico y sensual.

—Tiziano... —otro gemido escapó de mis labios—. Él... siempre es así.

Fijó sus ojos con más intensidad en los míos, apretando su mandíbula con tanta fuerza que pensé que todos los dientes le saltarían por los aires de un momento a otro.

—No me refiero a Tiziano, Micaela.

Tragué saliva al saber que hablaba a Aarón y que, efectivamente, le había visto salir del club el día anterior.

—No ha pasado nada... —No supe por qué motivo intenté defenderme.

Sus dedos martirizaron mi sexo con más rabia, hasta tal punto que creí desfallecer de placer. Los movimientos constantes en mi botón aumentaron y unas ganas terribles por correrme se apoderaron de todos mis sentidos. Estaba al borde.

—Lo sé. Y confió en que me dices la verdad. —Hizo una pausa, sin dejar de embestir mi sexo—. Y sé que no se atreverá a acercarse a ti. —Su lengua rozó el lóbulo de mi oreja, gesto que me desarmó—. Porque, si no, le arrancaré la polla con mis propias manos.

Su última frase fue dura e implacable, cosa que me hizo estremecer. Sentí que sus dedos abandonaban mi interior cuando mi cuerpo comenzó a temblar y vi que se los llevaba a la boca para chuparlos. Con la respiración agitada, observé cómo se giraba, desapareciendo por la puerta del baño sin decir nada más.

¿Qué había sido eso? Con las mejillas enrojecidas por la rabia y la tensión del momento, me dispuse a vestirme o no llegaríamos, e intenté por todos los medios dejar de pensar en lo que acababa de suceder.

Unos minutos después, terminé de retocar mis ojos, que ahora eran marrones. Repasé mis labios con el pintalabios carmín y ajusté el vestido que se ceñía a mi cuerpo como si fuese una segunda piel, guardando un pequeño cuchillo en mi muslo, donde llevaba una cinta para sostenerlo. Me calcé los zapatos de tacón, re Coloqué mi peluca rubia y abrí la puerta con cautela. Antes de que me viesan pude inspeccionarlos a todos. Riley seguía con ropa de deporte, puesto que él se quedaría en el piso controlando todos los movimientos desde su ordenador, Ryan y Jack llevaban un traje negro de camuflaje que también se amoldaba a su cuerpo para pasar desapercibidos en la oscuridad de la noche, y pude deleitarme con la ancha espalda que el hombre que robaba mis suspiros lucía. Parecía más salvaje de lo que ya lo era y la garganta se me secó. Su simple apariencia hizo que mi cuerpo reaccionara de una forma que sabía que no apagaría, dadas las circunstancias minutos antes en el baño. Recuerdo que me cabreó. Tiziano apareció segundos después con un cigarro en sus labios y una gran nube de humo se instaló en el salón. Llevaba un traje negro con una pajarita del mismo color, y una camisa de un blanco roto que le hacía rematadamente *sexy* y tentador. Cerré la puerta a mi espalda y todas las miradas recayeron en mí. Me sentí extraña, y eso que estaba acostumbrada a vestir de la misma manera o incluso más provocativa, pero sus ojos destellaban más cosas de las que eran capaces de decir.

—¿Qué tal? —pregunté con un hilo de voz.

Tiziano dio otra calada a su cigarro, a la misma vez que me contemplaba lujurioso. Jack fijó sus ojos de tal manera en mí que sentí que me derretía por dentro, ya que estos mostraban una pasión arrolladora. Ryan y Riley carraspearon embobados y soltaron un fuerte resoplido.

—Creo que es la primera vez en mi vida que voy a llevar una pareja en condiciones a una fiesta, aunque lleve peluca —añadió el italiano con picardía y tono bromista.

Sonreí con chulería pasando por el lado de Jack, quien no separó sus ojos de mí hasta que me

perdí en su campo de visión. No dijo nada, pero no eran necesarias las palabras para saber qué pasaba por su cabeza.

Dejamos claras las instrucciones y salimos con todo lo necesario en dirección a la mansión de Achilles. Sentí mis nervios apaciguarse según llegábamos al lugar, y no dejé de ver los ojos de Jack clavarse en mí desde el espejo retrovisor, ya que él conducía, Ryan iba a su lado y Tiziano ocupaba el asiento trasero junto a mí, como si fuésemos una pareja normal que asistía a una fiesta.

Un rato después, traspasábamos unas enormes rejas negras que nos conducían por un camino privado a las afueras de Madrid. A lo lejos, pude divisar las distintas luces que había encendidas y un aparcamiento gigantesco a escasos metros de la vivienda donde un aparcacoches esperaba. Jack negó con la cabeza cuando llegamos a su altura, dándole a entender que ellos eran los chóferes. Estacionaron en la puerta y, antes de bajar, pude ver a cuatro hombres franqueando la entrada de la mansión.

—En cuanto tengamos al gato, os avisamos. ¿Tenemos activados los dispositivos de sonido? —preguntó Tiziano.

No mostré ningún gesto, pero el plan no iba a ser ese.

—Activados y listos —anunció Riley por el pinganillo que todos llevábamos en la oreja, esta vez con forma de pendiente.

Asentí convencida, a la misma vez que esperaba a que el italiano diese la vuelta para abrirme la puerta. Antes de poder bajarme, el cuerpo de Jack se giró, contemplándome con la mandíbula tensa.

—Ten cuidado.

Asentí de nuevo, clavando mis ojos en los suyos, y él me imitó el gesto sin convencimiento. Me puse en pie, metiendo mi brazo entre el de Tiziano que, con porte chulesco y decidido como él era, se encaminó hacia la entrada.

—¿Estás lista, Yaiza?

—Sí —contesté con una sonrisa traviesa por mi nuevo nombre.

Los hombres de seguridad le sonrieron, sin ser necesario que se identificara, porque, aunque no hiciese falta invitación, a él le habían llamado para que asistiera. Vi a un par de tipos de Tiziano rondar por la zona, con ellos Carlo Rizzo, su hombre de máxima confianza, y supe que habían llegado para repartir el material.

—Ahí están tus minas de oro —musite cerca de su oído.

—Claro, *bella*, ¿no pensarías que no iba a sacar nada de provecho?

Sonreí con ironía, claro que lo sabía.

Paseamos por el enorme salón, donde un montón de personas con aire de grandeza entablaban conversación con otras de su misma categoría. La música se escuchaba lo suficiente como para que los que no querían hablar se restregaran en la sala contigua con sus parejas.

Tiziano se paró a saludar a varias personas, a la misma vez que me presentaba como su acompañante, pero yo seguía sin ver a Achilles por ninguna parte.

Las horas iban pasando, los camareros y camareras con escasa ropa deambulaban de un lado a otro con bandejas cargadas de champán y todo tipo de bebidas alcohólicas. La noche pasó más rápida de lo que me hubiese gustado, y aún no había ni rastro del hombre que estaba buscando.

—Ahí está tu objetivo —anunció.

Mis ojos brillaron buscándole por todo el salón, hasta que los suyos, de manera casual, se cruzaron con los míos. Nos mantuvimos las miradas, y un leve toque en mi espalda por parte de

Tiziano me hizo volver a la Tierra.

—No olvides que no eres Micaela —susurró en mi oído.

Carraspeé un poco y cambié mi gesto, coqueteando desde la distancia con uno de los hombres que más me repugnaban. Dio un trago a su copa, momento en el que el italiano levantaba la mano para saludarle. Me agarró con posesión de la cintura y guio mis pasos hasta que llegamos a Achilles. Los años habían pasado, eso estaba claro, aunque su gesto fiero e imponente seguía siendo el mismo. Unas simples arrugas se marcaban bajo sus ojos, pero su cuerpo mantenía la firmeza de uno joven, se cuidaba, de eso no me cabía la menor duda.

—¡Tiziano Sabello!

Elevó sus brazos para palmeear su espalda en varias ocasiones y después fijó la vista en mí. Moje mis labios en un gesto desconcertante para él, y este no pudo evitar repasarme de pies a cabeza.

—¿Quién es esta preciosidad que viene contigo?

Agarré las puntas de mi pelo tocándolo de manera insinuante. De reojo pude contemplar la seguridad que había en la casa, ya que varios de los hombres de Achilles aparecieron de la nada mostrándose sin ningún pudor ante los invitados con grandes armas sobre sus manos. Pude darme cuenta de que Tiziano también se había percatado de ello, pero no dejó la conversación en el aire y la siguió con total normalidad.

—Una fiera indomable que me he encontrado. —Sonrió lobuno—. Yaiza, te presento a Achilles Fleros, el dueño de esta casa.

Moví mi cabeza en un gesto cortés y vi sus ojos destellar de deseo. Seguidamente, me acerqué y deposité dos besos en sus mejillas, uno de ellos muy cerca de sus labios.

—Un placer, señor Fleros.

—El placer es... mío, sin duda —añadió embobado.

«Que simple has sido siempre, cabrón...», pensé con asco.

—Me alegra ver que has venido, hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti.

—Ya sabes, negocios —se excusó el otro, como si la cosa no fuese con él.

Miré a Tiziano que permanecía en el mismo sitio, intentando entablar una conversación que Achilles no escuchaba, ya que me inspeccionaba de manera minuciosa. Por un momento temí que no estuviera quedándose prendado de mis encantos, sino que hubiese descubierto quién era en realidad.

—Si me disculpas, voy al servicio. —Me restregué contra Tiziano como una gata en celo.

Le hice un gesto a Achilles con la cabeza, y me separé en busca de uno de los pasillos que conducían a las habitaciones. Escuché las últimas palabras de Tiziano, antes de doblar la esquina:

—Es toda tuya, amigo.

Una carcajada salió de la garganta del italiano y sonreí victoriosa.

—Ryan —le llamé.

—¿Sí?

—¿Todo bien? —pregunté con interés.

—Como la seda.

Agarré el pendiente que llevaba en mi oreja y me lo quité mientras oía a Riley:

—Micaela, te pierdo la señal, ¿Micaela? ¿Me oyes?

Lo guardé dentro de mi bolso, girando la pequeña pletina que tenía para desconectarlo. Si Jack se inmiscuía en lo que iba a hacerle a Achilles, tendría problemas y de los gordos, ya no solo era el hecho de que estuviera trabajando para Anker, sino que era su hijo.

Su hijo.

No podía creérmelo todavía, y lo peor de todo era que no sabía de qué manera tendría esa conversación con él, ni en qué lugar. Por otra parte, no quise involucrar a Ryan, ya que aquello era un asesinato en toda regla. Era «mi» asesinato, mi venganza, y nadie más tendría que estar dentro. Ryan tenía órdenes estrictas, y la primera era dejar inconsciente a Jack en cuanto tuviese la oportunidad. Tiziano se encargaría de hablar con Riley para que siguiera controlando la situación y, a fin de cuentas, estaría sola con una de mis pesadillas, por lo menos hasta que el italiano macabro llegase a la habitación que había encargado adecentar para la ocasión con sus hombres.

La reina se vería en un cara a cara con el último alfil de Anker.

Empezaba el juego.



## ¿DUELE?

Con paso firme escuché mis tacones repiquetear en la moqueta amarillenta del suelo, a la vez que otros pasos se aproximan hacia mí. Mi sonrisa diabólica apareció de la nada, y doblé la esquina haciendo tiempo hasta que volví a dirigirme a otro pasillo y llegué a la puerta indicada. Coloqué la mano sobre el pomo y, cuando abrí, oí la profunda voz de Achilles detrás de mí. Estaba pegado a mi espalda. Me giré para contemplarle con picardía y sonreí lasciva.

—¿También buscas el servicio?

Una terrorífica carcajada salió de su garganta, a la vez que empujaba su cuerpo contra el mío, haciendo que notara su dureza entre los pantalones, clavándomela en la espalda. Entré con sensualidad y avancé lo suficiente como para quedar a una distancia prudencial de él. El silencio de la habitación era sepulcral, excepto por la respiración de Achilles que resonaba en el ambiente.

—Quiero bailar... —musité con voz ronca.

Dio un paso hacia mí.

—Y ¿dónde se supone que quieres bailar?

Alcé una ceja, provocándole, lo que hizo que llegara a mi altura posicionándose a escasos centímetros de mí. Me giré de espaldas a él y miré hacia un lateral oscuro de la habitación desde el espejo que tenía a mi derecha.

—¿Me desatas el vestido?... Me molesta —murmuré.

Estaba tan centrado en su tarea, que no se dio cuenta del destello que la pulsera de Tiziano hizo a través del cristal. Sonreí cuando mi vestido cayó arremolinado a mis pies y dejó a la vista de la tenue habitación un conjunto de encaje rojo pasión, con un ligero que se ajustaba a la perfección a mis largas piernas. Mis pechos se mostraban exuberantes, momento en el que me giré para contemplarle. Me repasó, devorándome con los ojos, y pude apreciar el destello que estos tenían.

Le di un empujón hasta que conseguí sentarlo en un sillón enorme con orejeras, que se encontraba a los pies de la cama, de espaldas a la posición donde estaba Tiziano. Agarró mi trasero con fuerza y masajeó mis glúteos con ímpetu, mientras yo me entretenía en quitarle los botones de la camisa. Su boca se colocó entre mis pechos, lamiéndolos con ansias, mientras soltaba pequeños ruidos por su garganta.

Me asqueé, pero sabía que era algo necesario para llevar a cabo mi plan. Arrastré mis piernas hasta quedar de rodillas frente a él y desabroché su pantalón con rapidez haciendo que levantara un poco el trasero. Me llevé la prenda junto con la ropa interior, dejándolo desnudo, cuando una imponente erección se irguió ante mí, a la vez que una carcajada salía de su boca.

Me relamí como una perra en celo, colocando mis manos en sus piernas mientras las ascendía. Gateé en mi posición, poniéndome a horcajadas encima de él, y sujeté su rostro entre

mis manos con fuerza. Notaba que su erección pedía a gritos penetrarme y me restregué sobre ella, haciéndole perder los papeles. Sujetó mis caderas con fijación, en el momento en el que espetó con rudeza:

—Ya está bien de jueguecitos.

Asentí con una sonrisa malévola en mis labios.

—Sí... —musité—. Ya está bien.

Una sogá se cernió sobre su cuello y Tiziano, detrás de él, tiró con fuerza creando una marca considerable en su piel. Sus ojos se abrieron por la sorpresa, mientras yo agarraba el borde mi peluca y la quitaba, para después pasar mis dedos por el interior de mis ojos y tirar las lentillas al suelo. Su expresión se agrandó más de la cuenta, evidenciando que me había reconocido.

—Micaela... —susurró sin voz.

—Hola, Achilles —contesté en un susurro provocador—. ¿Quieres follarme de verdad?

Sonreí, viendo que los enormes brazos de Tiziano se tensaban al sujetar la sogá.

—Putá —escupió.

Sus manos fueron a golpearme, pero me aparté lo suficientemente rápido como para que no pudiera hacerlo. Sonreí victoriosa dirigiéndome hacia una esquina de la habitación, donde estaban las cuerdas. Até sus manos y sus pies a las patas del gran sillón, de manera que no podía moverse aunque quisiera.

—Podrías ponerte algo encima —gruñó el italiano—. Estoy a punto de soltar la sogá y follarte yo mismo.

Puse los ojos en blanco, viendo los de Achilles agrandarse al ver que era él quien estaba detrás. Una vez sujeto, le soltó y tomó una gran bocanada de aire.

—Me las vais a pagar, juro que...

Me acerqué a él como una loca desquiciada antes de que continuara y puse un dedo en mis labios, mostrando mis pechos con descaro.

—Shhhh... No uses todas tus fuerzas ahora.

Cogí un maletín que había bajo la cama y lo abrí ante la mirada de Achilles, que no se podía creer lo que estaba pasando. Tiziano me lanzó un vestido corto, y lo ajusté a mi figura con rapidez.

—¿Alguna vez te han explicado qué se siente cuando violas a una niña?

Mi tono fue tan normal, que incluso pude ver los ojos de Tiziano perdidos. Achilles no dijo nada, permaneció en silencio.

—¿Te arrepientes?

Detuve mis movimientos y dejé de rebuscar en el maletín para mirarle. Este negó con la cabeza, pero no contestó.

—Ya me imaginaba. Los hijos de puta como tú no pueden arrepentirse de algo así.

Me puse en pie, le miré altiva y metí mis manos por debajo del vestido que había colocado sobre mi piel segundos antes, sacando mis braguitas hasta que cayeron al suelo. Tiziano pegó un resoplido digno de admirar. Las recogí haciéndolas una bola y se las metí en la boca a Achilles.

—Las vas a necesitar... —murmuré cerca de su oído.

Me puse de rodillas, cogí un pequeño machete y lo coloqué justo en el inicio de su dedo pulgar del pie. Sin pensarlo, lo elevé y de un golpe seco, quedó partido en dos. Su grito rasgado retumbó en toda la habitación.

—Eso solo es cuando intentas entrar, Achilles. —Arrastré la última letra.

Poco a poco, continúe con todos los dedos de sus pies, hasta que no le quedó ni uno pegado a

la carne. Escuché los miles de lamentos que de su boca salían, pero en ningún momento oí un simple «detente». Cuando terminé mi tarea, me levanté, apoyando mis manos en los reposabrazos del asiento para mirar esos ojos que tanto sufrimiento albergaban, instante en el que escupía con rabia mis braguitas.

—No eres más fuerte ni más valiente por torturarme —murmuró ido por el dolor.

—No lo pretendo —respondí como si nada.

Su cabeza cayó hacia delante, pero la levantó con rapidez para observarme de manera intimidante.

—Entonces ¿qué cojones quieres?

Chasquéé la lengua sin llegar a contestar, ya que Tiziano me hizo un gesto, momento en el que asentí. Este me entregó un largo cuchillo digno de un carnicero. Achilles abrió sus ojos, impresionado por el tamaño.

—¿Qué vas a hacer? ¿¿Qué quieres!? —terminó chillando, a sabiendas de que nadie podría oírle. Estábamos demasiado lejos, y las cámaras de las habitaciones se encontraban desconectadas.

Di dos pasos de un lado a otro, poniéndome el cuchillo de manera interesante sobre mi mejilla, y dejé que este descendiera con lentitud, hasta quedar en el aire sobre mi mano derecha.

—¿Sabes que se siente, Achilles? —volví a repetir mi pregunta.

Negó con la cabeza, sin atreverse a contestar. Me acerqué a él y en un susurro aterrador, le dije:

—¿Te digo lo que quiero? —No esperé contestación—. Quiero que te desangres, quiero que chilles, que llores hasta que te mueras de asco, solo y sin nadie que pueda ayudarte. Quiero... —Moje mis labios de manera sensual y seguí—, quiero ver tu corazón.

Me separé lo justo para que el cuchillo quedara entre él y yo. Me observó con pánico, a la vez que comenzaba a removerse como podía, intentando soltarse de alguna forma.

—¡Micaela! ¡No! ¡No! ¡No fue culpa mía, me obligaron!

Esta vez sí pude ver la desesperación que sentía, y eso me gustó, me gustó demasiado. Porque esa misma sensación fue la que sentí yo con tan solo doce años, cuando él fue el primero en introducirse en mí de manera violenta, desgarrándome hasta el alma. Fijé mis ojos en su pecho descubierto y posicioné el cuchillo en mitad de este. Fui bajándolo con lentitud, viendo cómo un hilo de sangre comenzaba a brotar. Los movimientos de Achilles se hicieron más fuertes, y Tiziano tuvo que agarrar sus brazos para que dejara de moverse. Ascendí sin apartar la punta del cuchillo y profundicé en su piel como si fuese papel de fumar, mientras él se dejaba la garganta, y los ojos de Tiziano brillaban con devoción.

—¿Duele? —pregunté con la vista clavada en la sangre que no paraba de salir a borbotones, manchándonos a los tres.

Solté el arma y esta hizo un gran estruendo al caer en la moqueta del suelo, en el mismo instante en el que las fuerzas de Achilles comenzaron a disminuir. Recogí las bragas y me acerqué lo suficiente para que, allá donde fuese después de morir, recordara mi rostro.

—La peor muerte no es desangrarse.

No conseguía mantenerme la vista por lo que agarré su mentón con fuerza y un escalofrío recorrió mi cuerpo entero. Lo ignoré, y seguí con mi cometido, viendo cómo Tiziano soltaba sus brazos y vertía un líquido sobre él. Metí la mano en mi sujetador y saqué el último elemento que necesitaba. El italiano se hizo a un lado cuando terminó de recoger nuestras pertenencias para no dejar rastro de lo que había sucedido, y pude apreciar que sus ojos se dirigían a la puerta. No



quise mirar.

—La peor muerte que uno pueda tener —hice una pausa, retrocediendo dos pasos—, es abrasarse.

La llama del mechero se alzó con fuerza de un solo movimiento de mis dedos, y este cayó encima del cuerpo de Achilles que apenas se movía, hasta que tomaron el control de su piel debido a la gasolina. Prendió como una hoguera, momento en el que me giré, encontrándome con un Jack desubicado y fuera de lugar por lo que estaba viendo. Él disparaba y fin del asunto. Yo no. Yo hacía sufrir a quienes se lo merecían, y le proporcionaba la mayor de las torturas.

Llegué hasta el gran ventanal de la habitación, seguida de Tiziano y Ryan que se aproximaron a mí. Le lancé una mirada desafiante a este último, y respondió haciendo un gesto con los ojos en señal de que no había salido finalmente como esperaba. Me quedé apoyada en la ventana, mirando a un Jack que, pasmado, veía el cuerpo de Achilles consumirse por las llamas. Segundos después, escuchamos las voces de sus hombres y Jack reaccionó acercándose hasta mi posición. De un salto llegamos al suelo, y antes de que pudiera dar un paso más, este me agarró con fuerza del codo llevándome casi arrastras.

—Creo que cogeré un taxi de vuelta —soltó Ryan.

—Yo te acompaño, pero voy un poquito manchado.

El tono de Tiziano, tan italiano, me hizo gracia, pero contuve mi risa al ver el gesto fiero que Jack llevaba en su rostro, mientras tiraba de mí hacia el coche. El italiano me guiñó un ojo y yo le correspondí con el mismo gesto.

Abrió la puerta del copiloto y me empujó para que entrase. Me senté de la misma forma que lo hace alguien que no ha roto un plato en su vida, y por el espejo pude apreciar el horrible aspecto que tenía, ya que varias manchas de sangre me cubrían la cara y parte del cuello. Jack cerró de un portazo y arrancó el coche con furia. Escuché las ruedas chirriar cuando salimos del aparcamiento, en el mismo instante en el que la gente de la fiesta salía despavorida de allí.

Durante lo que me pareció una eternidad, Jack condujo por la autovía a una velocidad temeraria, sin apartar sus ojos de la carretera, hasta que, al llegar a un camino de tierra a las afueras de la ciudad, lo vi contemplarme de reojo.

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —rugió sin elevar la voz.

—Eso es asunto mío —respondí impertinente.

—Asunto tuyo —repitió mis mismas palabras, tajante.

—Ajá. —Volví al ataque, esta vez con chulería.

Dio un fuerte volantazo, deteniéndose con un frenazo que hizo que casi me comiese el cristal. Se giró lo suficiente para poder contemplarme mejor y pude ver sus ojos echar fuego.

—Has puesto tu vida en peligro.

Su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo y creí que de un momento a otro, le saldría espuma por la boca.

—Ha sido decisión mía.

—¡¡Una mala decisión, como todas las que tomas!! —chilló.

Elevó tanto la voz que pude apreciar cómo su mandíbula se desencajaba. Apretó sus labios en una fila línea y después escuché sus dientes rechinar.

—No eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

Desvié mis ojos hacia el cristal, sintiendo que me lanzaba miradas asesinas.

—¡¡No seas insolente, Micaela!! ¡¡Joder!!

Su puño se estampó contra el volante del coche, haciendo inevitable que mis hombros se

movieran debido al golpe. No me lo esperaba. Abrió como un caballo desbocado y cerró dando un portazo que casi acaba con la puerta del vehículo en su mano. Se movió en la oscuridad de la madrugada de un lado a otro sin saber qué hacer o cómo reaccionar. Se llevó uno de los puños a la boca y contemplé que lo apretaba con fuerza entre sus dientes. Cogí una gran bocanada de aire, abriendo la puerta.

Me bajé sin titubear, quedando a escasos metros de él. Crucé mis brazos sobre mi pecho cuando una ráfaga de aire me heló la piel haciendo que notase el frío caer sobre mí. Él seguía a lo suyo, soltando improperios en susurros que no conseguía entender, mientras le observaba con descaro, de forma altanera.

—Podría haberte descubierto —gruñó.

—Tiziano estaba conmigo. No me habría pasado nada.

Se paró de golpe, aniquilándome con sus ojos.

—Tiziano, Tiziano, Tiziano —repitió con retintín—. Era mejor que te protegiera él, a que lo hiciera yo —escupió dolido, retomando su marcha—. Y para eso le dices a Ryan que me deje inconsciente.

Tragué saliva al ver que negaba con la cabeza varias veces, desquiciado.

—Estoy de acuerdo con tu venganza —bufó—, pero no de la manera en la que estás haciendo las cosas, ¡no así! —gritó de nuevo, desesperado.

—Mis normas las marco yo. Al igual que mis actos —le reté.

Sonrió irónico.

—¿Crees que vas a sentirte mejor después de lo que has hecho? —Me miró. No contesté—. ¿De verdad piensas que no recordarás nada? ¿Que lo olvidarás todo? —preguntó con desdén.

—Será suficiente para poder seguir viviendo —respondí en tono normal.

—¿Qué harás cuando tengas a Anker delante? —Me traspasó con sus ojos—. ¿También te desnudarás para engatusarlo? —esto último lo soltó con rabia.

—Haré lo que tenga que hacer, Jack —sentencié con saña.

—Te matará antes de que puedas abrir la boca —aseguró lleno de ira.

No quise decirle los motivos por los cuales suponía que Anker no me mataría tan rápido y permanecí en silencio, hasta que oí un resoplido por su parte.

—Y ¿cómo se supone que debería de hacerlo, Jack?

Detuvo su paso, otra vez.

—No vuelvas a hablarme en eso tono —amenazó—. Yo no soy tu enemigo.

—¿En qué tono te hablo? —Usé la misma impertinencia en mis palabras.

De dos zancadas llegó hasta mí y colocó ambas manos a cada lado de mi cabeza, sujetando con fuerza el techo del coche. Me miró desafiante e ignoró mi pregunta.

—No viste tus ojos cuando le clavaste el cuchillo en la garganta a Argus. —Negó con la cabeza, ido—. No has visto tu mirada cuando has encendido ese mechero —siseó—. No sabes el significado de la palabra «asesino», no sabes una mierda —aseguró entre dientes.

—Yo no soy ninguna asesina.

Rio de forma macabra.

—Eres peor que eso, Micaela. Eres una puta bomba de relojería que ansía venganza, y que no parará hasta que la consiga y ¿sabes lo peor?

Negué sin desviar mis ojos de los suyos.

—Que cuando lo consigas te sentirás igual de vacía porque nada ni nadie podrá hacer que recuperes a tu familia, y la única diferencia es que tus pesadillas se volverán más fuertes,

recordaras cada paso que has dado hasta convertirte en la sombra de tu verdugo, y te consumiré, Micaela. —Me observó, pero ningún gesto de emoción salió de mi rostro, no me asustaban sus palabras. No le temía a la muerte, ni al mañana—. Todo eso podrás comprobarlo si es que aún sigues con vida.

—¿Tú ya tienes esa sombra? —pregunté altiva.

Sus ojos parecieron apaciguarse y vi que se tranquilizaba. No entendí el motivo.

—Mis demonios se van junto a mis balas.

—Eso quiere decir que no tienes corazón, supongo.

Esbozó una pequeña sonrisa forzada que no llegó a iluminar sus ojos.

—Sí que tengo. —Su gesto se volvió serio—. Y es el mismo que te llevaras si consigues que te maten.

Mi pulso se aceleró. ¿Cómo era capaz de decirme aquellas palabras tan significativas en ese momento? De sus labios no saldría un te quiero, pero con aquello era más que suficiente para demostrarme lo que de verdad sentía. Tragué saliva sin saber qué contestar y noté mis ojos abrasándose cuando dijo:

—Por una vez en mi vida tengo miedo. Miedo de verdad, Micaela. —Su tono de voz se dulcificó—. Miedo a que me despierte mañana y hayas cometido una locura que te arranque de mis brazos.

Coloqué la palma de mi mano sobre su mejilla y él giró su rostro para pasar sus labios sobre esta. Su boca se quedó durante unos segundos quieta y pude apreciar cómo cerraba sus ojos ante ese contacto. Con la mano que me quedaba libre, sujeté con firmeza la suya y le conduje al interior de la parte trasera del vehículo, instándole con un movimiento para que entrara. Lo hizo sin rechistar, sin decir ni una sola palabra.

Me coloqué a horcajadas sobre él y me perdí en sus labios con dulzura, sin prisas. Sujeté su rostro con ambas manos, haciendo que ese simple contacto erizara todo el vello de mi cuerpo, cuando sentí que sus manos volaban al borde de mi vestido hasta conseguir quitármelo por completo. Paseó su mano por mi trasero, gruñendo al ver que no llevaba la parte interior de abajo, sonreí pegada a sus labios cuando hizo una mueca extraña y continuó deleitándose con el manjar de sus labios.

Paseé mis manos bajo su camiseta ajustada, delineando cada resquicio de su pecho, y la despojé de su cuerpo interrumpiendo las caricias que me otorgaba. El resto de nuestras prendas desaparecieron antes de lo previsto, dando paso al contacto de nuestros cuerpos desnudos en aquella carretera perdida de la mano de Dios, sin nadie que pudiera juzgarnos, sin nadie que nos señalase con el dedo indicando que éramos los villanos. Porque, aunque había gente peor que nosotros, peor que un asesino o una proxeneta, el mundo se regía por unas normas, y una de ellas era que los malos nunca podían tener un final feliz o, en este caso, nunca podían amar de verdad.

En aquel instante me sentí débil, volví a ser la persona que antaño, con sus miedos y sus incertidumbres, las cuales no me dejaban dormir por las noches. Entre sus brazos noté que era frágil, que desmoronaba aquella muralla que tanto me costó construir. No obtuve la explicación necesaria para saber qué era lo que me ocurría, lo único que sabía era que le amaba.

Que le amaba de tal manera que dolía en el pecho.



## LA VERDAD

Desperté entre los brazos de Jack que me acurrucaban como buenamente podían, cuando los rayos del sol comenzaron a traspasar los cristales del coche inundados de vahó de nuestras propias respiraciones. Lo único que nos cubría era mi vestido y la camiseta de él que se encontraba más bien arremolinada en su pelvis. Le contemplé mientras dormía tan plácidamente que quise grabar a fuego lento su imagen en mi retina. Puse una de mis manos sobre su pecho paseándola de arriba abajo con delicadeza. Abrió un poco los ojos fijándolos en mí, y no pude evitar que mis labios esbozaran una sonrisa deslumbrante. Posicionó su mano en mi nuca y tiró de ella con suavidad, envolviéndome en sus brazos para después depositar un casto beso en mi cabello.

—Buenos días —musitó.

Alcé la vista buscando sus labios con anhelo. Se incorporó lo suficiente como para profundizar ese beso y noté mis sentidos alterarse.

—No recuerdo la última vez que dormí en un coche —añadió pegado a mi boca.

Sonreí.

—Yo tampoco.

—Deberíamos irnos.

Renegué en su cuello cuando escuché esas palabras. No quería, no deseaba separarme de él. El silencio se hizo entre nosotros, mientras mi rostro permanecía enterrado en el mismo sitio.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté con temor.

—¿Qué quieres hacer?

Reí. Siempre le daba la vuelta a la pregunta sin contestar.

—No quiero que me dejes sola.

Me sorprendí al pronunciar aquellas palabras que salieron directas de mi corazón. Elevé mis ojos viendo que los suyos me traspasaban. Sabía que cada uno tenía su vida en un país distinto y que era una locura, pero necesitaba estar junto a él.

—Bueno, de momento creo que puedes tomarte unas vacaciones.

Alzó las cejas con gracia y le propiné un pequeño golpe en el pecho, a lo que él contestó con una sonrisa aplastante.

—¿Me estas pidiendo que me vaya contigo?

—Sí —contestó sin dudar.

—¿A Santorini? —Arqueé ambas cejas.

—¿No te gusta? —Se extrañó.

—Me encanta.

Aprisionó mis labios con fuerza, para después colocarme de tal manera que quedó encima de mi cuerpo, mientras mis piernas le rodeaban la cintura. Sentí su miembro entrar con urgencia en

mi interior, lo que hizo que alzara las caderas de manera instintiva sin poder ni querer remediarlo.

—Creo que nos da tiempo a entretenernos un poco más —musitó en mi boca.

Asentí cegada por el deseo y por la oleada de placer que me producían cada una de sus embestidas. Sujeté sus hombros con fuerza, viendo sus labios entreabiertos pegados a los míos sin llegar a rozarse. La imagen que me dio era tan sensual que no fui capaz de desviar la mirada a otro punto que no fuese él. Su miembro resbaló con más brusquedad en mi interior para que, sin ningún esfuerzo, volviese a entrar como un torbellino. Rudo, tajante y necesitado. Arquee mi espalda cuando el placer corrió por mis venas, en el mismo momento en el que un teléfono comenzó a sonar. Jack me miró y, antes de que pudiera alargar la mano, se lo impedí.

—No, ahora no —supliqué.

Hundió su rostro en mi cuello mordisqueándolo con esmero, a la misma vez que su lengua rastreaba mi barbilla hasta llegar a mis labios. Mis gemidos se volcaron dentro de su boca, haciendo que mi respiración se agitara más de la cuenta. Sentí sus dedos clavarse en mi cadera, lo que me indicó que él tampoco podía retrasarlo por mucho más tiempo. Separé mis labios con un movimiento firme y, a continuación, me dejé llevar por la oleada de placer que recorrió mis entrañas mientras notaba que se derramaba en mi interior.

Unas horas más tarde, llegábamos al aeropuerto donde dejábamos el coche en el aparcamiento para dirigirnos a coger el avión. Un mensaje de Riley informándonos que el vuelo saldría en unas horas bastó para que nos diese tiempo. Ellos ya habían salido y nos encontramos varias llamadas perdidas de Ryan, pero pensamos que, como nos veríamos en unas horas, no sería tan importante para devolvérselas.

Y que equivocados estábamos.

El avión despegó y pude apreciar que una de las azafatas nos miraba con cierto interés, ya que en esa ocasión no pudimos contar con Bill. Giré mi rostro hacia Jack y este hizo un gesto para que no le diese importancia. Paseé mis ojos por el cuerpo de ambos, temiendo que tuviésemos algún rastro de algo que no se pudiera vez, pero no, antes de llegar al aeropuerto habíamos pasado por el piso de Tiziano para adecentarnos. La azafata se metió en el interior de la cabina con el rostro tenso, cosa que no entendí, hasta que aterrizamos en el aeropuerto de Barcelona.

Esperábamos para salir, cuando la azafata pidió que todos los pasajeros permanecieran en sus asientos, ya que no abrirían las puertas hasta que se inspeccionara algo que no comunicaron. Todo pasó a una velocidad de vértigo y no fui consciente de la situación hasta que la policía entró en el avión. Miré a Jack, que permanecía relajado en el asiento viendo lo que sucedía.

—Levántese del asiento —dijo el policía al mando, señalando al hombre que tenía a mi lado.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó con chulería.

Las manos comenzaron a sudarme.

—He dicho que se levante del asiento, ¡ya!

El policía sacó la pistola, cuando otro de sus compañeros le informó de algo en el oído. Jack hizo lo que le pidió con una parsimonia aplastante, mientras yo le miraba con los ojos abiertos de par en par. Antes de que me diera cuenta, me agarró de la muñeca, pegándome a su espalda a la vez que colocaba su brazo alrededor de mi cuello. Levanté las manos haciéndome la víctima cuando sacó una pistola e hizo como que presionaba en mi sien.

—Apártate —exigió.

—¡Suéltela ahora mismo!

—Señor agente, si dispara, la mato. —Volvió a utilizar su tono chulesco.

De reojo vi que un coche del aeropuerto estaba estacionado a los pies del avión y la silueta de Tiziano bajándose de él. Mi mente comenzó a funcionar a mil sin saber qué cojones estaba pasando, mientras Jack tiraba de mí hacia la salida, haciéndose paso entre quince hombres que llegaban armados hasta los dientes y apuntaban al hombre que me «retenía».

—Dígale a sus hombres que bajen las armas, ¡ahora!

El tono rudo de Jack ocasionó que el policía al mando diera la orden mientras todo el avión nos contemplaba sin poder creérselo, cuando este presionó la pistola con más fuerza en mi sien, aunque en realidad, no me hacía daño. Cerré los ojos haciendo un auténtico teatro y miré al policía suplicante.

—Tranquila, no te pasará nada —me alentó.

Asentí fingiendo miedo para convencer al policía y coló, claro que lo hizo. Traspasamos la entrada hasta que bajamos las escaleras con rapidez. Jack no dejaba de cubrir sus espaldas mirando de un lado a otro viendo que, en la pista, varios coches se encontraban encañonándolo desde su posición. ¿Qué demonios había ocurrido? Tiziano nos miró de reojo, y Jack abrió la puerta.

—Si me seguís, la mataré.

Los ojos del policía al mando brillaban de rabia, entró antes que yo, y después tiró de mi mano haciendo que cayera sobre él. Tiziano hizo que el motor del coche rugiera y salimos disparados de allí.

—¿¡Qué ha pasado!? —grité sin pretenderlo.

Jack permanecía en silencio sumido en sus pensamientos, y Tiziano se desesperó al volante haciendo aspavientos con las manos sin parar.

—¡Si hubieras cogido el puto *cellulare*<sup>10</sup> te lo habría dicho!

—Pero qué...

Dejé de escuchar las voces que Tiziano nos daba, al observar de reojo la mirada perdida de Jack en la pista del aeropuerto. El italiano pegó un frenazo en seco y salimos disparados del coche en dirección al otro donde se encontraba Eli al volante.

—¡*Andiamo cazzo*<sup>11</sup>! —se alteró.

Subimos al coche sin preguntar nada, y Eli pisó el acelerador perdiéndose por Barcelona, en dirección hacia el club. El teléfono de Tiziano sonó y este puso el manos libres. Era Riley.

—Estáis a salvo, podéis dejar de dar vueltas. La policía os ha perdido el rastro.

Tiziano hizo un gesto con los dedos en el aire para que Eli se dirigiera al club, me imaginé. Toqué la pierna de Jack en un intento porque sus ojos se cruzarán conmigo, y lo que vi no me gustó. Había un desconcierto en él demasiado grande como para averiguar qué estaba pasando por su cabeza.

Al llegar al club, entramos como un vendaval viendo a Ryan en la barra central con la televisión puesta, y a su lado se encontraba Adara, con mejor cara que la última vez, aunque su gesto cambió al verme.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté exaltada.

Ryan hizo un gesto con la cabeza, señalando las noticias donde una periodista hablaba. Jack se quedó detrás de mí, y de reojo pude apreciar que Riley se colocaba a su lado.

—Tras una extensa investigación, las noticias de última hora que tenemos, es que el asesino a sueldo más peligroso del mundo entero, Jack Williams, se encuentra en la ciudad de Barcelona, donde varios dispositivos policiales han intervenido en su búsqueda y captura, dándose por

fallida cuando, al llegar al aeropuerto, ha retenido a una rehén, Micaela Bravo, la dueña de uno de los clubs más prestigiosos de la ciudad, que casualmente viaja en el mismo avión...

Me giré con el corazón en un puño, a la misma vez que todos los demás lo hicieron. El silencio reinó en la estancia y ninguno de los allí presentes se atrevió a decir nada. La calma de Jack comenzó a asustarme de verdad, dado que no conseguía descifrar qué demonios pasaba por su mente.

—Tengo un helicóptero listo en la azotea de un edificio a pocos metros de aquí.

La voz de Tiziano resonó, pero Jack no se movió del sitio. Riley le dio un pequeño toque en el hombro y este le pidió un segundo con la mano. Desapareció de la sala, dejándonos confusos.

—¿Cómo ha podido pasar? —pregunté mirando a Riley.

—Lo poco que he podido averiguar es que alguien ha dado un soplo con información esta misma mañana.

—¿Y no sabemos quién ha sido?

Negó con la cabeza. Solté un gran suspiro. Encaminé mis pasos en busca del hombre que se había perdido en el despacho de la planta baja, en el momento en el que Ryan me detenía poniéndose delante de mí.

—Mica, déjalo.

—¡Aparta, hombre! —Le di un manotazo; él no se inmutó.

—He dicho que no.

—¡Ryan! No va a hacerme nada, ¡por el amor de Dios, quítate!

—Ahora mismo está desconcertado, conozco esa mirada y no me gusta. ¿Acaso has olvidado quién es? —siseó, enfadado.

Apreté mi mandíbula con fuerza.

—Ryan, o te quitas, o te quito —le amenacé.

—Inténtalo.

Su reto me cabreo. Giré mi rostro achicando mis ojos, pero no se inmutó. Eli llegó a mi lado, tocando mi brazo con delicadeza.

—Dejaos de tonterías, si no sale del país ya llegaran tarde o temprano aquí. Ya saben quién eres tú también.

—Me iré con él —sentencié.

Escuché un gruñido de Ryan, a la vez que su asombro se mostró en sus ojos. Negué con la cabeza cuando fue a decir algo, pero poco le importó que intentase cortarle de nuevo.

—¿Te has vuelto loca!? ¡No pienso dejar que te vayas!

—Ryan, no eres mi padre. ¡Que te apartes, joder! —chillé.

—He dicho que no. ¿Has pensado en la de mierda que podría caerte como te involucren con él?

No quería seguir la conversación, puesto que sabía que Jack estaba al lado y la puerta se encontraba abierta, por lo tanto, estaba oyendo toda nuestra disputa. Nos pusimos a discutir como unos energúmenos, tanto que, al final, Tiziano tuvo que intervenir y ya no éramos tres gallinas, sino cuatro porque no consiguió nada más que calentar el ambiente.

—¡No estás pensando con la cabeza! ¿Desde cuando se te han frito las neuronas!? —Los ojos de Ryan casi se le salían de las órbitas.

—¡¡Me vas a decir tú lo que debo o no hacer!! ¡¡¿Eh?!!

Le di un golpe con rabia en el pecho, gesto que este fulminó con una mirada.

—¡Ya está bien! —gritó Eli sin que nadie le prestara atención.



—Parecéis unos críos, deja que haga lo que quiera —añadió Tiziano.

—Tú cállate la boca si no quieres que te deje sin un diente —Ryan le amenazó.

—¿Qué has dicho?

El gesto fiero de Tiziano apareció y se envalentonó encarando a Ryan que casi rozaba la frente del italiano, a punto de darle un golpe. Los dos subieron el tono provocándose, mientras de fondo oía cómo Eli me echaba una bronca que no le pertenecía sobre las decisiones que tenía pensadas, a la vez que también se metía con Tiziano intentando que se callase y no apoyase mi decisión. Oí el carraspeo de Riley que se mantenía al margen, y le miré cuando levantó un dedo como si estuviéramos en el colegio.

—No me gustaría que volcarais toda la rabia en mí, pero... —chascó la lengua— Jack acaba de salir por la puerta.

Abrí mis ojos todo lo que pude y más, encaminándome con paso firme hacia la salida, notando mi corazón desbocado queriendo salir de mi pecho. Ryan tiró de mi hacia atrás, en el mismo instante que Tiziano le propinaba un golpe en las costillas para que me soltara, cuando yo intentaba zafarme de su agarre. Eli hizo el amago de detenerme y la fulminé con la mirada de tal forma que no tuvo más remedio que apartarse. Cuando abrí la puerta que daba al callejón por la que había salido, la respiración se me cortó.



<sup>10</sup> Teléfono

<sup>11</sup> Vamos, joder

—Baja la pistola —le pedí.

No hizo amago alguno por obedecerme, cuando el grupo que tenía conmigo en el club, intentaba separar a Ryan y Tiziano que, finalmente, se liaron a golpes como dos bestias. Jack permanecía quieto, contemplando al hombre que tenía delante de él. Me posicioné a su lado y levanté las palmas de mis manos para que bajara el arma.

—Aarón... —musité.

—¿Cómo puedes estar con este? —espetó con asco—. Es el mismo que mató a Manel, a Anabel y a Óscar. ¡Es un asesino! —Bufó con rabia.

Jack no se movía y más me preocupaba la reacción que podía tener, hasta que le escuché hablar.

—Poco te importa a qué me dedique. No busques excusas que no vienen a cuento.

Aarón sujetó su pistola con más fuerza y, en el momento en el que dio un paso hacia nosotros, Jack sacó su arma y lo encañonó. Miré a ambos en repetidas ocasiones sin saber qué hacer.

—Bajad las armas, por favor —supliqué como último recurso.

—Estas escocido porque no has podido llevártela a tu terreno —añadió con sarcasmo.

—Jack... para —le pedí.

—Has caído muy bajo, Micaela. —Hizo otra mueca, demostrando el asco que sentía.

—Aarón, lo que yo haga o no...

No me dejaron continuar cuando escuché a Jack:

—Deja la pistola como un hombre y ven a por mí con las manos vacías. Estas deseándolo.

Se contemplaron desafiantes, hasta que vi que Aarón tiraba su pistola al suelo para después incitar a Jack con sus manos, vacilándole con un simple gesto. Fui a coger el hombro de Jack cuando su arma cayó de la misma forma, pero se me escapó de las manos en el instante en el que se abalanzaba sobre él.

El puño de Jack se alzó amenazante, a la misma vez que su espalda se quedaba rígida antes de dar el golpe. Aarón no se lo pensó dos veces y, soltando un grito, se tiró encima de su contrincante, golpeándolo con bestialidad.

—¡¡No!! —Intenté ponerme en medio de los dos, pero la mano de Jack me empujó haciendo que cayese al suelo—. ¡Parad, los dos!

Nada.

Se golpeaban como animales salvajes, sin darse una tregua entre puñetazo y puñetazo. El puño de Aarón impactó sobre el costado de Jack y vi que se doblaba considerablemente, en el mismo instante en el que volvía a su postura y le daba una patada en el estómago para que retrocediera. De fondo oí las voces de Eli, y también las de la Adara, que me sorprendió

intentando separar a los titanes que seguían enzarzados en el interior del club.

—¡Te voy a matar! —siseó entre dientes Aarón.

—No creo que puedas —le retó Jack, propinándole un golpe en seco en su labio, el cual empezó a sangrar.

El inspector lo empujó, consiguiendo hacerle una llave de la que Jack escapó con rapidez, dándole un fuerte golpe en la espalda. Se colocó a horcajadas sobre él, comenzando a masacrar su rostro sin piedad, mientras Aarón trataba de detenerle por todos los medios, aguantando el dolor y moviendo sus manos a diestro y siniestro, hasta que la nariz de Jack comenzó a sangrar también. Me abalancé sobre la espalda de este último, enganchando mis manos en su cuello, tirando de él hacia atrás, pero no conseguí moverle ni un ápice.

—¡¡Suéltame, Micaela!! —Bufó como un tirano.

—¡No! ¡Le vas a matar!

Unas grandes manos me apartaron del cuerpo de Jack y me retorcí igual que una lagartija entre ellas. Miré de reojo y vi el rostro con varios cardenales de Tiziano, mientras tiraba de mí y los dos caímos al suelo.

—¡Déjame! —Pataleé.

—Micaela, ¡para!

Apretó sus brazos contra mi pecho, pegándose por completo a su espalda, notando la respiración alterada que tenía. Ryan se acercó con su porte de roca hacía Jack y consiguió, con esfuerzo, quitarle de encima de Aarón, a la misma vez que este se levantaba como un vendaval. Se tiró sobre Jack, y Ryan lo paralizó con su mano agarrando su camiseta. Oí las sirenas de la policía, las mismas que hicieron que mi cuerpo se envarara de inmediato.

—¡Jack, tenemos que irnos! —añadió Tiziano con urgencia.

Pero él estaba completamente ido, mirando a Aarón, quien no bajó la vista en ningún momento. Ryan lo soltó, no sin antes advertirle apuntándole con uno de sus dedos. Se agachó y cogió la pistola, lo que hizo que mi corazón latiera desbocado. Giró su rostro ensangrentado a medias, para lanzarle una fugaz mirada a Tiziano y a Riley. Este primero se levantó, extendiendo su mano para que lo hiciese a la par que él, y vi que giraban la esquina sin esperarme.

A prisa, me puse en pie y salí detrás de ellos cuando Ryan sujetó mi brazo con fuerza, mirándome con descaro. Negué con la cabeza, soltándome de su agarre.

—Cuida de Spyke, te llamaré.

—Micaela... —Su tono sonó temerario.

—No, Ryan. Ya está bien.

Bufó con pesar y pasé mis ojos a Aarón, el cual me miraba con una mezcla de dolor y odio. Sí, se había enamorado de verdad y, aunque nunca me importaron los sentimientos de un hombre, quizá porque nunca los había tenido de esta manera, su gesto me molestó o dolió, no lo supe con certeza. Me acerqué a él con cuidado, sin perder detalle de los hombres que, con rapidez, aligeraban su paso hacia el coche. Me puse frente a él, mirándole a los ojos y susurré:

—Espero que puedas perdonarme, Aarón.

Sus labios se juntaron en una fina línea y su rostro solo mostraba el dolor que sentía en aquel momento. Ordené a mis pies para que se pusieran en marcha y corrí, literalmente, hacia el coche que ya estaba arrancado. Escuché cómo Jack le decía a Tiziano:

—Vámonos.

Negué con la cabeza en el momento en el que abría la puerta trasera y me tiraba en el asiento. Tiziano pisó el acelerador, miré por la luna trasera y vi los gestos de las personas que se

quedaban allí, pero el que más penetró en mi retina fue el de Aarón. La voz de Jack sonó como el estruendo de un gigante en el vehículo.

—No vas a venir.

Y no le contesté. Por supuesto que iría.

Pocos minutos después, Tiziano tiraba del freno de mano en la puerta de uno de los edificios más altos de Barcelona, y desde nuestra posición pude ver que un helicóptero en marcha nos esperaba. Subimos en el ascensor con una tensión papable en el ambiente, y miré de reojo a Riley, quien se encontraba con las manos entrelazadas entre sí, silencioso. Me hizo un gesto con los ojos y tuve que esbozar una triste sonrisa, siempre conseguía que la situación no pareciese tan grave como lo era.

Cuando salimos a la azotea, este fue el primero en subirse al helicóptero, mientras que el italiano se colocaba al lado del copiloto. Jack detuvo su paso antes de dar un salto hacia el interior y agarró mis manos con firmeza. Las aspas del helicóptero hicieron que la ropa se ciñera a mi cuerpo a la vez que mi cabello volaba desbocado por mi rostro, golpeándome con fuerza.

—Micaela... —hizo una pausa—, volveré.

Se giraba para entrar cuando, esa vez, la que agarró su mano fui yo. Me miró con una tristeza extraña que no supe descifrar y negué con la cabeza varias veces.

No se iría sin mí.

—Me iré contigo —sentencié.

—He dicho que no. —Su tono de voz se volvió más rudo, pero a mí me importó una mierda.

De nuevo, dejé que mis sentimientos salieran a flote sin importarme que las personas que estaban esperándonos nos contemplaran.

—No puedes alejarme de ti. —Lo miré con los ojos brillantes—. No quiero alejarme de ti —rectifiqué en un susurro.

Pareció luchar una batalla interna y, antes de que contestara, continué:

—He esperado toda mi vida para encontrarte, Jack.

De fondo la voz de Tiziano salió desesperada, y oí un «*¡Andiamo!*», que hizo que los ojos de Jack se clavaran con más intensidad en mí. El mundo dejó de girar y la respiración se me paralizó cuando pensé que se subiría sin darme la oportunidad de ir con él. Pero me equivoqué.

Sujetó mi mano con fuerza y asintió a la misma vez que pude ver un brillo especial en sus ojos. Tiró de mí, ayudándome a subir al helicóptero y, seguidamente, entró. Colocó el cinturón sobre mi cuerpo con rapidez cuando Tiziano ya salía a prisa de la azotea del edificio. Me observó paralizado durante unos segundos y me besó con una urgencia desmedida.

—Dame las coordenadas.

La voz de Tiziano se escuchó a través de los cascos que llevábamos puestos. Contemplé las vistas desde las alturas y después me fijé en Riley que iba a mi lado, abriendo un portátil que Jack acababa de darle. Este le pasó las coordenadas de donde debía dejarnos, y Tiziano tomó otra dirección distinta a la que nos encontrábamos. Riley me observó de reojo, cuando se dio cuenta de que le estaba mirando y arrugó el entrecejo.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Asintió y miró a Jack. Le hizo un gesto para que hablara y este gritó por encima el estridente ruido.

—Estas en busca y captura en varios países, pero en Grecia no.

Jack arrugó el entrecejo sin comprenderlo, y ese dato me dejó más confusa todavía. Estaba metido en la base de datos de la policía y vi mil pantallas abrirse en el ordenador. No entendí

cómo era capaz de saber qué quería decir cada una y enlazarlo todo de manera tan rápida. Jack sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón, pulsó unos cuantos botones, abrió un poco la puerta del helicóptero y lo lanzó por ella. Volvió sus ojos a mí y apretó mi pierna con delicadeza.

—Intenta descansar un poco. Nos queda un rato para llegar.

Asentí despacio, girando mi rostro hacia la ventanilla. Me permití cerrar los ojos un momento, intentando que la tensión que tomaba mi cuerpo se disipara de alguna forma, y, cuando menos me lo esperé, me encontré sumida en un profundo sueño.

Noté que alguien me zarandeaba con delicadeza y abrí mis ojos despacio.

—Eh, eh, despierta. Micaela.

La suave voz de Jack hizo que me revolviera en mi asiento, sin querer abrir los ojos. Noté sus manos colándose por debajo de mis piernas y, antes de que dejara de oír todo ese ruido por parte del helicóptero, escuché a Tiziano:

—Dile que me llame.

Jack no contestó, pero noté su rostro moverse en señal afirmativa. Se llevaban como el perro y el gato y, aun así, Tiziano, el temible italiano, le ayudó. El ruido paró y oí una puerta cerrarse en el momento en el que el olor de su casa inundó mis fosas nasales. Respiré aliviada, sintiendo que todos mis músculos se destensaban entre sus brazos. Alcé mi rostro con la necesidad de impregnarme de sus ojos, cuando escuché el retintineo de las llaves al dejarlas en el recibidor de donde todavía no habíamos pasado. Bajó sus ojos hasta posarlos sobre mí, mientras le contemplaba con adoración. Paseé una de mis manos, que se mantenían agarradas a su cuello, por su mejilla, a la misma vez que mis labios se acercaban a él con rapidez.

Sus manos movieron mi cuerpo con agilidad hasta que me encontré entrelazada a su cuerpo, con el trasero apoyado en el pequeño recibidor de la entrada. No dimos pie a pasar de ese extremo, cuando el salvaje y enloquecedor hombre que tenía delante de mí, me llevó muy cerca de las estrellas durante un buen rato. Desnudos y exhaustos nos dirigimos a la ducha donde nuestra particular conexión, en todos los sentidos, continuó.

Pasamos el resto de la tarde haciendo varias compras, entre ellas la de mi ropa, ya que me había ido con una mano delante y otra detrás, sin tiempo para recoger parte de mis pertenencias o por lo menos, las más necesarias. Tendría que llamar a Ryan para que las enviara de alguna manera, aunque eso lo haría al día siguiente. Con todo lo que habíamos cargado, tenía para unos cuantos días.

Cuando la noche empezó a caer me senté en una de las tumbonas de la terraza, admirando las vistas de un Santorini que se cerraba con un manto de estrellas sobre él. Aferré mis rodillas con ambas manos, pensando en todos los acontecimientos que me habían pasado hasta el momento y lo feliz que me encontraba. Porque, a pesar de que solo me quedaba un objetivo que cumplir, el sitio y la persona que estaba a mi lado hacían que una paz que nunca supe identificar se apoderara de todos y cada uno de mis sentidos.

Jack llegó a mi altura, dejando una bandeja con alimentos distintos sobre la mesita de pie que había entre los dos asientos. Se colocó detrás de mí, y quedé entre sus piernas. Besó mi coronilla y posó sus manos alrededor de mi cintura, apoyando su barbilla en mi hombro.

—¿En qué piensas?

Su aliento azotó mi rostro, haciendo que la piel se me erizara.

—En la sensación tan extraña que tengo cuando estoy contigo —me sinceré.

—Y ¿qué sensación es esa?

Noté sus labios curvarse.

—La de no preocuparte sobre lo que pasará mañana, la de sentir que vuelves a ser la persona que una vez enterraste y la de ser capaz de mostrar mis sentimientos a corazón abierto.

Le miré de reojo, comprobando que hacía una mueca graciosa con los labios. Tuve que sonreír.

—¿Eso es una segunda declaración de amor rara? —Alzó una ceja, risueño.

—Puede ser. —Reí.

—Es extraño. —Le miré sin entenderle—. A mí también me pasa lo mismo.

—¿Desde cuándo? —me atreví a preguntar.

Soltó una pequeña carcajada que sonó como la más delicada melodía en mis oídos.

—Desde que me preguntaste si llevaba una banda de *miss* subnormal.

Reí, atisbando una sonrisa amplia que iluminó sus ojos y mostró su perfecta dentadura.

—Has tardado un poco en ser más claro.

—Me imagino que por el mismo motivo que tú.

—Que facilidad tienes para darle la vuelta a la tortilla —aseguré.

Hundió su rostro en mi cuello paseando su nariz, y mi piel se erizó con su contacto.

—¿Tienes hambre? —preguntó sin salir de su escondite.

—Sí —respondí sensual.

Elevó sus ojos hacia mí, dado mi tono de voz, y pude ver que brillaban.

—Vas a terminar conmigo... —murmuró roncamente.

—Quedaría un poco mal en tu curriculum si murieses por eso —añadí con gracia.

Hizo otra mueca con los labios, dándome la razón. Mi mente se fue a la conversación que tuve con Adara, y no pude evitar tensarme, gesto que él notó.

—¿Pasa algo?

Negué con la cabeza sin apartar mi mirada de la suya o se daría cuenta. No estaba preparada para soltarle una bomba como aquella. No ahora.

—¿Riley ha averiguado algo?

Negó y, seguidamente, hizo un gesto amargo con sus labios.

—Tengo una ligera idea —puntualizó.

Achiqué mis ojos esperando la respuesta, que no tardó en llegar.

—Anker me llamó varias veces.

—Y no le respondiste —terminé por él.

Negó con la cabeza, dándome la razón.

—Sé de sobra que ya tiene claro quién desvió todos sus fondos a otro sitio, y también sabrá que no pudiste hacerlo sola. Por lo tanto...

—Ahora su objetivo eres tú.

Asintió, en el momento que me daba cuenta de verdad del gran problema que tenía a sus espaldas. Ya no era el hecho de tener que acabar con el que de nuevo volvía a ser su jefe, sino que tendría que hacerlo con su padre, si llegaba el caso, que lo haría.

—Tranquila —murmuró al ver mi rictus—. Encontraremos la oportunidad y todo terminará.

Una sonrisa triste se esbozó en mis labios, creyendo que, ojalá, consiguiéramos eso. Me permití divagar sobre un futuro juntos, sin problemas y sin complicaciones que nos persiguieran. Ya no solo estaba mi venganza en juego, sino su salvación.

Se acomodó de manera que pudo llegar a coger el plato que había preparado y, hablando sobre cosas que no venían a cuento, conseguí evadirme de lo que se aproximaba a pasos agigantados. Al terminar, Jack propuso darnos una vuelta en el barco para despejar las ideas,

según él. Llegamos al puerto a altas horas de la noche y, en pocos minutos, nos encontramos en medio del mar, solos.

—¿Alguna vez has llevado un barco?

Negué con una sonrisa en los labios, intentando agarrar el bajo de mi cómodo vestido que se balanceaba sin parar de un lado a otro con la leve brisa. Extendió su mano para que me acercara a él y, al sujetarla, tiró de mí con fuerza haciendo que me pegara a su pecho. Coloqué la palma de mi mano sobre él y le miré encandilada. Besó mi mejilla con suavidad, para después depositar un fugaz beso en mis labios que me supo a poco.

—Lo primero que tienes que hacer es separarte de mí —explicó con una sonrisa pícaro cuando noté su entrepierna abultada—. Lo segundo —me giró de cara al timón—, colocar las manos así.

Puso una cada lado y lo sujeté con fuerza cuando el motor del barco sonó de nuevo.

—Ahora, poco a poco, cogemos esta palanca —posicionó una de mis manos sobre ella—, y aceleras despacio, ya que no queremos estrellarnos.

Reí, viendo que me soltaba a la vez que me preocupaba el hecho de que me dejara sola ante tal cosa. Le miré de reojo, esperanzada, pero no le vi hasta que llegó de nuevo tras mi espalda y me sujetó por la cintura.

—No te fíes de dejarme sola, o no sé dónde acabaremos.

Una de sus piernas se coló entre las mías, haciendo que las abriera. El particular escalofrío me recorrió las entrañas en el momento que una de sus manos bajó por la tela de mi vestido hasta colocarse por mi sexo.

—Mientras vayamos juntos, podemos llegar al fin del mundo —murmuró en mi oído.

Tragué saliva al sentir que su mano rasgaba la tela de ropa interior, que segundos después desaparecía dejándome desnuda esa parte. Entreabrí los labios tratando de recobrar el aliento, cuando uno de sus dedos paseó con soltura por mi abertura.

—Y ahora... —musitó con voz ronca—, concéntrate en conducirlo.

—Jack...

Intenté advertirle de que esa no era la mejor opción para una primera clase, pero un gemido salió en su lugar al notar que colaba uno de sus dedos en mi interior.

—Concéntrate —repitió—. Mientras, yo tengo que arreglar otra cosa.

El frío tomó mi espalda al percatarme de su lengua paseando sobre mis glúteos, después mis piernas y, finalmente, entre los pliegues de mi sexo. Sentí otro escalofrío cuando rozó mi clítoris, y miré un segundo hacia abajo encontrándome con su cabeza en él. Di un pequeño volantazo cuando mis manos fallaron, y su aliento me acarició la zona más sensible de mi cuerpo.

—No pierdas la vista del frente, Micaela.

Mi nombre en sus labios salió de una forma tan especial, que no sabría describirla. Comenzó su ataque hacia mí sexo y sujetó mis piernas cuando comencé a temblar. Sus dedos se movían con descaro dentro de mí, a la vez que su lengua paseaba con una maestría innata sobre mi botón, alternando sus movimientos hacia mis pliegues y la cara interna de mis muslos. Solté un jadeo ahogado al sentir sus manos agarrar con fuerza mi trasero, pegándome por completo a él.

—Jack... —Jadeé.

Se separó una milésima de mí y escuché su deseo:

—Vamos, córrete.

Agarré el timón con fuerza, notando que un temible y delicioso orgasmo se apoderaba de todos mis sentidos, a la vez que mi boca no dejaba de pronunciar su nombre, seguido de los

pequeños espasmos que tomaban el control de la situación.

De reojo, vi sus movimientos cuando desapareció de entre mis piernas, colocándose detrás de mí. Escuché el clic de su cinturón y, a continuación, su miembro me penetró con una bestialidad increíble que hizo que mi espalda se arqueara por completo.

—Veamos si apruebas la primera clase —añadió lujurioso, comenzando a bombear mi sexo.





## ¿BAILAS?

Habían pasado tres semanas desde que llegamos a Santorini. Riley estaba pendiente de los acontecimientos sobre la búsqueda de Jack, que masacraban en todos los medios sin descanso, hasta que la noticia llegó a Grecia, aunque gracias a las artes de Riley, consiguieron crear pistas falsas sobre su paradero y, de esa manera, la policía estaba entretenida buscándole en otro país. Ryan mandó mis cosas a los dos días de haber llegado, y a regañadientes pude intentar que el cabreo descomunal que tenía disminuyese. Eli nos visitó junto a Tiziano en una ocasión, y entre todos quedamos en reconstruir el destrozado club para continuar como si nada hubiese pasado. Tuve que ir a Barcelona pocos días después de estar en Santorini, para verificar con la policía mi ubicación y que no me había ocurrido nada. Ese día, me encontré con Aarón en la comisaria, quien al verme, se metió en su despacho pegando un fuerte portazo, no sin antes echarme una mirada acusatoria. No entendí el motivo por el cual no me detuvo, y llegué a pensar que sus sentimientos eran más profundos de lo que daba a entender.

Jack se movió por la colchoneta mientras yo volvía a resoplar. Estaba agotada, empezaba a notar un cansancio descomunal en todo mi cuerpo. La música tronaba con fuerza en el pequeño gimnasio, perforando en mis oídos, cuando escuché su rudo tono de voz al echarme hacia atrás soplando.

—¡Micaela! Tienes que estar pendiente de lo que haces. —Bufó.

Desde que llegué se empecinó en que tenía que saber defenderme mejor de lo que lo hacía, según él, si quería seguir a su lado. No podía olvidarme de quién era en realidad, y tampoco de la gran cantidad de enemigos que tendría a sus espaldas, muchos de ellos, los que quizá ni nos llegaríamos a imaginar.

—¡Ya lo estoy! —contesté ofuscada—. ¡No puedo más!

Mis brazos cayeron laxos a ambos lados, mientras trataba de respirar con dificultad. Este dio un paso hacia mí y golpeó mi rostro sin piedad, haciendo que cayera de espaldas. Le miré con mala cara entrecerrando mis ojos, a lo que él me contestó haciendo una mueca con los suyos sin dejar de moverse por la colchoneta.

—¡Levanta! —ordenó cada vez más enfadado.

Me crucé de brazos como si no tuviera más de cinco años, y vi que apretaba su mandíbula. Agarró mi tobillo tirando de él con brusquedad y comenzó a arrastrarme por toda la colchoneta sin detenerse, lo que provocó que me fuera dando golpes con las cosas que teníamos repartidas en ella.

—¡Jack! ¡Suéltame, que me estás haciendo daño!

Tiró más fuerte de mí.

—¡Jack! —grité con rabia.

—Suéltate tú —añadió como si nada.

Apoyé las palmas de mis manos en el suelo, cabreada, y conseguí impulsarme hacia arriba lo suficiente como para que mis piernas dieran la vuelta junto a mi cuerpo, de manera que quedé de cara a la colchoneta, y Jack cayó al suelo del golpe. De reojo me percaté de su sonrisa victoriosa y me lancé hacia él con saña. Este paró todos mis golpes cuando me coloqué a horcajadas sobre él, impactando mis puños contra su rostro. Se reía y más coraje me daba.

—¡La rabia, la rabia! —espetó como siempre, haciéndome entender que, si no pensaba con la mente fría, no daría ni una.

Dejó que uno de mis puños impactara en su mejilla, en el momento en el que se levantaba conmigo en sus brazos para tirarme al suelo doblando una de mis rodillas, de forma que quedé inmovilizada.

—Ya estarías muerta otra vez —renegó.

Bufé como un toro, clavándole mis ojos entrecerrados. Me imitó el gesto, y poco le importó la incómoda posición en la que estaba, cuando presionó mi pierna sobre mi estómago. Me revolví incomoda y, como si fuese un elástico, doblé la pierna que tenía libre proporcionándole una patada en sus partes más íntimas. Cayó de rodillas cuando un fuerte gruñido salió de su garganta.

—Joder. —Su mano llegó a la zona afectada.

Pegué un bote y alcancé un cuchillo de los tantos que había repartidos por el suelo, me coloqué encima de él como pude mientras permanecía de rodillas, y lo posicioné en su cuello agarrando su pelo con fuerza.

—Ahora, ¿quién habría muerto?

Alcé una ceja con picardía, este arrugó su entrecejo y dijo entre dientes:

—Tampoco pretendía que me quitaras el carnet de padre.

Clavé mis ojos en él con confusión.

—¿Quieres tener hijos?

Movió los hombros.

—Algún día me imagino que sí, ¿tú no?

Ahora la que hizo la mueca de no saberlo con los labios, fui yo.

—No es algo que entre dentro de mis planes de futuro.

Sujetó mi cuerpo con fuerza, aprisionándome contra él.

—Tendrás que pagarme de alguna manera la patada en los huevos que me acabas de dar —murmuró con voz ronca, mientras se pegaba a mi cuello.

—Mmm... Pensaré de qué manera.

Sonrió lobuno, negando con la cabeza, a la vez que alargaba la mano al mando que tenía esturreado en la colchoneta para apagar el equipo de música. Se levantó, extendiendo su mano para que la aceptase.

—Ven, tengo un regalo para ti.

Le miré interrogante y este hizo un gesto con los ojos para que le siguiera con una sonrisa permanente en sus labios. Salimos por el pasillo lleno de armas y llegamos al salón. Me dejó de pie al lado de la mesa del comedor, mientras se dirigía a la parte donde estaba el ordenador y rebuscaba debajo del escritorio. Sacó una caja con un tamaño importante, lo que me hizo alzar una ceja.

—¿No me habrás comprado un rifle para ir practicando?

Una carcajada emergió de su garganta, mientras negaba con la cabeza. La dejó sobre la mesa y se colocó detrás de mí.

—No precisamente, pero si quieres... —Movi6 sus hombros dándome a entender que no le importaría.

Quit6 el papel que la envolvía con cuidado y cuando terminé de abrirlo mis ojos brillaron con entusiasmo. Me giré para mirarle con sorpresa, mientras seguía quitando los restos que habían quedado en las esquinas.

—¿Es...? —Le miré de nuevo—. ¿Es...?

—Venga, ábrelo —apremió.

Quit6 la tapa de la gran caja y en ella me encontré un par de lienzos de tamaño normal, pinturas y una paleta con pinceles nuevos y todo lo necesario para poder sentarme a hacer lo que más me gustaba, incluso pude apreciar una bata blanca, perfectamente doblada en una de las esquinas. Me giré hacia él y pegué un salto de alegría, a la misma vez que un pequeño gritó salió de mi garganta. Me tiré sobre sus brazos y comencé a darle besos en la cara como una poseída, viendo su deslumbrante sonrisa por mi euforia.

—Gracias, gracias, gracias —le dije entre beso y beso.

—Ya veo que te ha gustado.

Le observé loca de contenta y bajé de su agarre, sosteniendo su mano con fuerza a la vez que cogía mi móvil de la mesa y me dirigía con él a la terraza. Me observó confuso, hasta que me coloqué en una esquina de manera estratégica, y puse la cámara en la parte de delante.

—Sonríe.

Y ninguno de los dos lo hicimos, puesto que, cuando contemplé la foto, ambos nos mirábamos con un sentimiento tan profundo que cortaba la respiración. Un rato después, tras haberle dado las gracias en condiciones, le dejé en la cama y me encaminé a la casa de Riley que estaba puerta con puerta. Toqué con urgencia el timbre. Este abrió restregándose los ojos y puse los míos en el techo al verle así.

—¡Vamos, Riley! Que no son horas de dormir.

Avancé por el pasillo dando saltitos hasta que llegué a su salón, este me miró con cara de no entender mi comportamiento y yo sonreí.

—¿A qué no sabes que me ha regalado Jack? —pregunté con la misma euforia.

—Ehmmm... ¿no?

—¡Cosas para pintar! —Di dos palmadas en el aire.

—Andaaaa, ¡qué ilusión!

Puse cara de agría por su tono sarcástico y este soltó una carcajada.

—Pues a mí sí me la ha hecho. —Hice una mueca.

—Y ¿se puede saber en qué puedo ayudarte? Porque yo de pintura, nada de nada.

—Yaaa. —Alargué la última vocal—. Necesito que me imprimas una foto para dibujarla.

Con su mano me indicó que entrase en su minidespacho, como él lo llamaba, y me senté en una silla dándole mi teléfono. Lo conectó al ordenador y la foto apareció en pantalla, este resopló.

—Desprendéis tantos algodones rosas que estoy a punto de sufrir una urticaria.

—¡Riley! —Le di un golpe en el hombro, y él rio.

—Venga, venga, que te saco la foto.

Pocos minutos después, tenía la fotografía lista y me marché de su casa dándole un casto beso en el moflete que, como todos los días, le encendía las mejillas. Entré en la casa de Jack y vi que se había quedado dormido, por lo que me senté en la terraza preparando todos los materiales y comencé con mi tarea. Adoraba pintar.

La noche empezaba a formar parte del cielo de Santorini cuando sentí unos labios posarse con rudeza en mi cuello, para después mordisquearlo.

—¿Cómo vas? —preguntó en mi oído sin dejar de besarme.

Le enseñé la muestra, donde ya había dibujado con el carboncillo la fotografía por completo, y comenzaba a darle los toques de color que necesitaba. Sonrió con ilusión y depositó un casto beso en mi mejilla.

—Tendrás que decidir dónde ponerlo —añadió.

—Eso lo harás tú —me contempló sin entenderme—, será un regalo.

Asintió conforme, colocándose en la misma tumbona que yo estaba.

—Tienes que vestirme, quiero llevarte a un sitio.

Le miré confundida. No debía de salir demasiado o cualquiera podría reconocerle. Me hizo un gesto con la mirada indicándome tranquilidad, por lo que de un salto me puse en pie y salí disparada hacia el cuarto de baño para darme una ducha, bajo la sonrisa de Jack.

Una hora más tarde, llegábamos a un *pub* típico irlandés, donde Jack cogió una mesa apartada de los demás y nos sentamos. Pedimos nuestras bebidas y, al instante, la camarera que le devoraba con la mirada las dejó sobre la mesa. Agarró mis manos encima de esta y me observó.

—Cuéntame eso de que tu padre te enseñó a defenderte —me pidió.

—¿Esto es una cita para conocernos? —Alcé una ceja con gracia.

—¿Más? —Sonrió pícaro.

Negué con la cabeza, a la vez que dejaba que mis recuerdos llegaran al pasado. Eran pocas cosas las que me quedaban por contarle sobre mí, y una de ellas era la relación que tenía con mi familia. Me daba miedo recordar y que después, las pesadillas volvieran de nuevo para llevarme con ellas, ya que durante unas semanas había estado muy tranquila respecto a ese tema.

—En realidad, nos enseñó a mí y a mi hermano. Solo que él era muy pequeño y de poco se enteraba. —Reí al recordarle enfurruñado porque quería jugar—. Mi padre nos enseñó a defendernos y a usar las armas, aunque lo primero lo perfeccioné un poco más con el tiempo, eso ya lo sabes.

—¿Alguna vez supiste por qué perteneció a la red de Anker? —preguntó con tacto.

Negué con la cabeza.

—Sé que mi abuela sabe más de lo que me contó, pero no supe el motivo por el cual llegó hasta él. —Le miré a los ojos—. ¿Y tú? ¿Por qué seguiste con él?

Hizo una mueca con los labios y después posó su mano en el vaso de *whisky*.

—Supongo que no lo sé. O, mejor dicho, que no sé hacer otra cosa.

—Sabes cocinar —le corté intentando que la tensión menguara, y lo conseguí cuando mostró una reluciente sonrisa.

—No lo sé, Micaela. Solo tenía cinco años cuando me escapé del orfanato, y me topé con ellos.

—¿Cómo se escapa un niño de cinco años de un orfanato? —pregunté con interés.

Movió los hombros, dándome a entender que no lo sabía.

—Si te digo la verdad, recuerdo que estaba en el jardín, la puerta de entrada se abrió y yo salí. Segundos después me encontré con Anker.

—¿Y nadie reclamó tu ausencia? —me extrañé, con la conciencia matándome.

—No. Y antes de que me preguntes, sí, fue algo poco común que a día de hoy no me explico. Creo que ya estaba todo más que preparado.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, hasta que me atreví a seguir con mi

interrogatorio. Esa vez, estaba dispuesta a desvelarle el secreto que Adara me contó, aunque con ello conllevarse su furia por habérselo ocultado tantos días, pero la conciencia me estaba matando al no saber cómo encauzar esa conversación.

—¿Desde ese momento...? —no sabía cómo preguntarle.

—Sí. Desde ese momento me instruyeron sin ningún tipo de mano izquierda para ser un asesino. —Me observó fijamente—. Me imagino que, por ese motivo, debo de ser el mejor —ironizó.

Me callé de nuevo, y se dio cuenta de mi gesto.

—No te preocupes, no pasa nada. Cada uno tenemos una función en la vida, y si lo miras de otra forma, o por lo menos como yo, lo único que hago es limpiar las calles de gentuza que se aprovecha de los demás.

Tragué saliva, ya que ese tema no me preocupaba, pero el que habitaba en mi mente me mataba con descaro.

—¿Estás bien? —preguntó achicando los ojos.

Asentí al notar que mi estómago se agitaba debido a los nervios.

—Sí, no te preocupes, es el estómago otra vez.

—Tendrás que ir al médico si sigues así, no es normal que te duela tanto.

—No es nada, Jack. —Le quité hierro al asunto—. Ya se me pasará. Será el cambio de tiempo. —Le guiñé un ojo.

—Pues como el tiempo siga cambiando —hizo un gesto de burla—, vas a caer enferma de tanto vomitar por las mañanas.

Dejó el vaso encima de la mesa y suspiré para comenzar con la temible conversación.

—Jack...

Me cortó antes de que pudiera continuar.

—¿Bailas? —dijo ofreciéndome su mano, después de hacerle un gesto a un camarero esta vez —, ya está bien de tanto hablar. —Hizo una mueca graciosa con sus labios.

Sonreí y la agarré al ver su gesto tan risueño que tanto me gustaba. Me levanté de la mesa, a la vez que me giraba quedando pegada a él, y comencé a bailar junto a su cuerpo sin seguir el ritmo de la música realmente. El tiempo se detuvo cuando contemplé sus hermosos ojos. La música cambió y la canción de «Gangsta», de Kehlani, sonó en los altavoces. Le observé con una sonrisa en los labios.

—¿Te imaginabas que sería tan significativa nuestra primera canción?

Negué con la cabeza, mientras escondía mi rostro en su cuello sin dejar de mirarle a través de mis pestañas y murmuré en inglés:

—Necesito un *gangster*, para que me ame mejor, más que los otros. Que siempre me perdone, viaje o muera conmigo. Eso es lo que los *gansters* hacen.

Apresó mis labios con urgencia, devorándolos sin miramiento hacia las otras personas que se encontraban en la pista de baile. Nuestros cuerpos se juntaron, rozándose sin descanso, hasta que noté un bulto que me presionaba el vientre. Sonreí coqueta sobre su boca, mientras él descendía hacía el lóbulo de mi oreja.

—Esto no puede ser sano... —musitó sensual.

—Mmm... Yo diría que es lo más sano y delicioso del mundo entero.

Me miró con una amenaza clara en sus ojos cuando una de sus manos se colocó sobre mi sexo, masajeándolo por encima de la tela. Nadie nos podía ver y, en realidad, poco me importaba que lo hicieran, pero un escándalo podría traer peores consecuencias para él.

—Estás loco —susurré.

—Por ti.

Mordió mi barbilla con un erotismo descomunal que encendió mi bajo vientre como una mecha. Agarré su labio con mis dientes, tirando de él con lentitud hasta que lo saboreé para después dejarlo escapar, contemplándole como una felina.

—Esto no hay quién lo soporte —aseguró con rudeza.

Sonreí en su boca y volví a pasar mis manos por su espalda, provocándole. Detuvo sus pies durante un segundo, y me percaté del peligro reflejado en su rostro. Achiqué mis ojos tratando de descifrar lo que quería decirme, hasta que sujetó la mano con fuerza y comenzó a dar enormes zancadas en dirección a los aseos.

—Jack, ¿adónde vas? —pregunté intentado que mi voz se oyese por encima de la música.

Tiraba de mí con urgencia, hasta que llegamos a uno de los pequeños habitáculos del servicio, donde di las gracias porque no hubiese nadie. Cerró la puerta de una patada, aprisionándome entre su cuerpo y el mío.

—Jack, no tenemos veinte años —añadí riéndome.

—Eres tú la que me provocas. —Parecía enfadado, cuando lo único que le pasaba era que tenía ansiedad por poseerme.

Coló sus manos por el bajo de mi vestido, dejándolo remangando hasta la cintura. Escuché que entraba gente en el aseo de mujeres y aprisioné su boca a la misma vez que levantaba mi trasero con una sola mano, para que pudiera entrelazar las piernas a su cintura. Me moví deseosa cuando bajó por mi cuello y llegó a mi escote, donde no titubeó a la hora de sacar mis pezones y torturarlos de esa manera tan drástica que solo él sabía. Un gemido ahogado salió de mi garganta y levantó la cabeza para mirarme.

—¿Quieres dar un espectáculo?

—Tu culpa será —asegué en el mismo tono rudo.

—Mentira. Tú —me señaló con sus ojos—, me has provocado.

Negué con la cabeza, tiré de su pelo hacia atrás separándolo lo suficiente de mí, y pasé mi lengua con picardía sobre su garganta donde repartí pequeños mordiscos, a la vez que mi mano libre bajaba por su pecho hasta llegar a la cinturilla de su pantalón. Mordí su mandíbula y un jadeo salió de su boca. Desaté el botón de su prenda y metí la mano para agarrar con fuerza su erección que clamaba a voces una atención urgente.

—Micaela... —murmuró salvaje.

Sentí en mi mano la delicada y suave piel de su miembro al deslizarse hacia atrás, para luego repetir ese mismo movimiento al contrario. Gruñó tratando de acercar su boca, pero no se lo permití. Negué con la cabeza varias veces, torturándolo con una agilidad aplastante que pronto lo llevaría al borde la locura. Me acerqué a su rostro, pegándolo completamente al mío, sin apartar mis ojos de los suyos y sin detener mi ataque. Moví mis labios sobre los suyos de manera tentadora y, finalmente, cuando no pude reprimir el deseo que me embriagaba, susurré:

—Fóllame, Jack.



## HOLA, PEQUEÑA

Después de aquel intenso encuentro en los aseos del *pub* llegamos a la casa de Jack, donde dejamos que la pasión se desatara de manera brutal durante parte de la noche. Cuando apenas había cerrado los ojos, un dolor punzante en mi estómago me envaró en la cama. Me levanté con cuidado para no despertarle y me puse el vestido de deporte que encontré a tuestas encima de la cómoda. Bajé las escaleras con urgencia, hasta que llegué al baño donde caí de rodillas frente al váter, vaciando todo el contenido de mi estómago.

—Joder... —murmuré cuando las náuseas volvieron a tomar el control de mi cuerpo.

Al terminar, me puse delante del espejo y mojé mi rostro varias veces, después de cepillarme los dientes a toda velocidad. Coloqué las manos sobre el lavabo y me contemplé en el cristal. Mi aspecto daba pena. Un pensamiento que me dejó sin respiración pasó por mi mente de manera fugaz. ¿Cuándo había sido la última vez que me había tomado mis pastillas? Cómo iba a saberlo, si en realidad no recordaba ni cuándo fue la última vez que me había venido la regla...

Escuché unos pasos en el pasillo y supuse que Jack me estaba buscando. Tenía la costumbre de despertarse cada vez que no estaba a su lado y se notaba que mi estado le empezaba a preocupar, y en ese momento, más me preocupó a mí. Salí intentando que no se notara lo que acababa de pasar, y mi sangre se heló cuando vi el rostro de otra persona delante de mí.

—Hola, pequeña.

Retrocedí un paso, topándome con la puerta. Mis ojos se abrieron en su máxima expansión y el terror inundó todo mi cuerpo al pensar que podía haberle pasado algo a Jack. Sostenía su bastón con una fuerza desbordante, mientras me contemplaba con los ojos tan brillantes que el deseo por atraparme se hizo aparente. Corrí como pude hasta el salón, dándome de bruces con el pecho de otro de sus hombres que me agarró con fuerza, elevándome del suelo en un nanosegundo.

—¡¡¡Jack!!! —grité desgarrada, en el mismo instante que miré hacia mi derecha y vi que bajaba las escaleras con unos calzoncillos como única prenda en su cuerpo.

Elevó su pistola hacia la cabeza de uno de los hombres de Anker, que ya le apuntaba, y vi que su gesto se endureció de manera considerable.

—¡Suéltame! —voceé pataleando.

El gorila que me sostenía me miró con cara de pocos amigos, a lo que yo moví mi rostro para darle un fuerte cabezazo. Lo conseguí, viendo la sangre salir de su nariz, mientras me insultaba con rabia. Cuando fui a dar un paso, el sonido de un arma al quitarle el seguro sonó, y comprobé que otro hombre apuntaba a Jack delante de él.

—Pequeña..., no lo pongas más difícil. —La voz de Anker me erizó la piel.

—Anker, déjala marcharse, esto es asunto tuyo y mío.

Jack rugió con fuerza, pero la risa malévola de Anker llenó el salón. No sería capaz, no podía

matar a su propio hijo, ¿se había vuelto loco o qué?! Me giré para enfrentarle directamente, y este esbozó una amplia sonrisa que me asqueó.

—¿Crees que soy imbécil, Jack? —Su tono duro no me transmitió nada bueno—. ¿De verdad piensas que no sé que la has ayudado desde que se cruzó en tu camino? —Volvió sus ojos hacia él.

—Déjala en paz, Megalos. No voy a repetírtelo ni una vez más.

La amenaza de Jack no hizo más que incrementar mi miedo al pensar que podría pasarle algo a él. Anker negó con la cabeza, para después hacerle un gesto a uno de sus hombres, que sujetarme a cogerme por detrás.

—¡No, no! —grité.

Jack dio un paso adelante, y los hombres de Anker le encañonaron con una intención clara: matarle si era necesario.

—Como des un paso más, eres hombre muerto —aseguró mi peor pesadilla—. No has cumplido con la parte de tu trato, Jack, y eso no se puede perdonar.

Le miré horrorizada, sin saber cómo reaccionar, revolviéndome en los brazos del tipo que me sujetaba con fuerza. El rostro de Anker se tensó cuando oí a Jack, quien no hizo amago por responder al tema del pacto.

—Última oportunidad, Anker. O la sueltas, o no saldrás con vida de aquí.

El aludido soltó una fuerte carcajada que me tensó de pies a cabeza. Vi las intenciones claras en Jack después de eso, y negué con la cabeza varias veces, cuando antes de que volviera a dar un paso más, uno de los hombres que le apuntaban le dio un golpe en la cabeza y Jack cayó al suelo desplomado.

—¡¡No!! ¡¡No!! —Mi garganta se desgarró y mis lágrimas ya comenzaban a derramarse libres mi rostro. Miré a Anker, que permanecía serio y pensativo—. Haré lo que quieras, lo que quieras —repetí desesperada—, pero no le hagas nada, ¡no puedes hacerle nada! —chillé sintiendo mi corazón resquebrajarse de la misma rabia.

¡Joder, era su hijo!

—No te das cuenta —añadió sin despegar los ojos de mí—. Si hubieses venido a mí desde el primer momento, desde que empezaste a tocar las narices con Adara, nada de esto hubiese pasado, y habrías evitado la muerte de la persona por la que estás llorando.

Sentí mis pulsaciones a mil por hora, no sabía de qué manera barajar la situación ni cómo reaccionar para que no le hiciera daño, y mucho menos cumpliera sus palabras. Me revolví igual que una serpiente en los brazos del tipo que me sostenía y di una fuerte patada a su entrepierna hasta que me soltó. Pude contemplar a uno de sus hombres cuando presionaba su pistola sobre la frente de Jack, y quise morir en aquel instante. Me giré todo lo rápido que pude, clavando mis rodillas en el suelo frente al hombre que me observaba con delirio.

—Por favor, no le hagas daño. Déjale vivir y te juro que no opondré resistencia alguna. Por favor... —murmuré desgarrada, cuando los sollozos comenzaron a ahogarme como no lo habían hecho en la vida.

Escuché el sonido de la pistola al quitarle el seguro, y mi corazón galopó a una velocidad vertiginosa en mi pecho. Elevé los ojos fijándolos en Anker, y este deslizó una de sus ásperas manos por mi mejilla, recogiendo las lágrimas que bañaban mi rostro.

—Mírate. Tan poderosa, tan valiente, y estás arrodillada ante mí, pidiendo clemencia para un hombre que es igual que tu padre.

La rabia enrojeció mis mejillas al instante y noté el calor subir por ellas, pero no pude decir ni



una sola palabra por temor a que le ocurriese algo. Anker levantó sus ojos hacia su hombre, haciéndole un gesto con la cabeza para que se apartara de él, pero mi desconfianza me impedía fiarme de sus actos, pues era alguien que no cumplía su palabra. El tipo pasó por mi lado, seguido de los tres hombres que estaban en el interior de la casa, y solté la mitad del aire contenido que comenzaba a asfixiarme. Anker extendió su mano hacia mí, indicando que debía de cogerla, y acepté.

Me levanté cabizbaja, echándole un último vistazo a la persona a la que más había querido en el mundo, viéndole inconsciente sobre las escaleras, y salí seguida de Anker, quién cerró la puerta de la vivienda con una delicadeza inhumana. Miré hacia atrás y pude ver la silueta de Riley tras la ventana. Sabía que no podía hacer nada por ayudarme, y lo único que pedí interiormente era que le salvara a él.

Que salvara a Jack.

Porque en el momento en el que volviera en sí, tenía claro que vendría a buscarme a pecho descubierto si era necesario, aunque con ello se llevase su vida por delante.

Anker abrió la puerta del vehículo y esperó paciente a que entrase en él. Lo hice sin rechistar y sin mirar atrás, pero antes de que pudiera acceder, su fuerte mano atrapó mi boca con un pañuelo y lo último que vi fue la oscuridad de la noche caer sobre mí, hasta que cerré los ojos por completo.

Noté que mi cara se empapaba y abrí los ojos de golpe para encontrarme frente a Anker. Tenía la camisa ligeramente remangada y me observaba con admiración.

—Buenos días, pequeña.

—No me llames así. —Bufé.

Chascó su lengua por mi tono de voz. Se acercó a mí con parsimonia y cuando llegó a mi altura, me soltó semejante bofetón que giró mi cara. Noté mi mejilla arder y le miré con los ojos cargados de ira.

—Si vas a vivir bajo mi mismo techo, tendrás que aprender modales.

¿Qué estaba diciendo aquel demente?

—¿No vas a matarme? —escupí con desdén.

—No ahora. Estoy deseando saber cuánto ha madurado lo que escondes entre esas esbeltas piernas.

Sentí náuseas de nuevo.

—No pusiste mucho de tu parte la primera vez, pequeña.

Las tripas se me retorcieron de tal manera que deseé con todas mis fuerzas poder desatarme de aquella maldita cuerda que apresaba mis manos y mis pies. El frío caló mis huesos, puesto que solo llevaba la ropa de la noche anterior y estaba completamente empapada.

—Lamentablemente, tengo que salir esta misma noche, ya que otros asuntos de vital importancia me esperan. Así que, hasta el momento, serás mi invitada de honor.

Una sonrisa lasciva se dibujó en su rostro y tuve ganas de escupirle pero, por el contrario, callé. Ya no sabía que me daba más rabia, si acatar sus órdenes como una miserable cobarde o tener que quedarme bajo su mismo techo sin poder degollarle. Los instintos asesinos empezaban a hacer estragos en mí, y debía detenerlos hasta que supiese cómo estaba Jack, aunque para eso tenía que pensar la forma de hacerlo.

—¿Tu invitada de honor atada a una silla? —ironicé.

—Te desataré en breve, pequeña. No seas impaciente.

Se acercó a mí lo suficiente como para comenzar a manosear mi cuerpo por encima de la

ropa. Agarró mi labio inferior, tiró de él con una lujuria asquerosa en sus ojos y pude apreciar su bulto entre las piernas cuando acercó su erección a mi rostro.

—Tengo tantas ganas de follarte, que no sé si seré capaz de aguantar un solo día más ahora que estás en mis manos.

La puerta se oyó para mi salvación, y uno de sus hombres abrió agachando la cabeza.

—Señor, siento interrumpirle, pero el coche le está esperando.

Gruñó, echándome un último vistazo, pasó sus largos dedos de nuevo por mi rostro y encaminó sus pasos hacia la salida.

—Ordenaré que te suelten ahora mismo. Pórtate bien y no hagas ninguna tontería, si no quieres que cuando vuelva tengas un escarmiento.

Cerró, y de nuevo pude soltar todo el aire que me aplastaba los pulmones. Contemplé la habitación. Era ostentosa, todos los rincones estaban decorados sin dejarse ni un detalle, y pude girar mi rostro a uno de los cuatro ventanales que tenía. Parecía un recinto cerrado enorme, y desde mi posición pude ver un amplio jardín donde varios hombres daban vueltas de un lado a otro. En el centro del dormitorio se encontraba una gran cama, con dos mesitas a cada lado. Las largas alfombras de pelo se lucían por el suelo tapando toda la moqueta que lo recubría, y varios espejos estaban colgados desde distintas posiciones de la estancia. Pude verificar que tenía una cámara sobre mi cabeza, y la miré con desprecio, mientras no paraba de darle vueltas a todas las cosas que rondaban mi mente.

Un buen rato después, cuando la noche caía, la puerta volvió a abrirse, esta vez con un jaleo poco inusual que no había escuchado durante todo el día. Una mujer de cabellos rubios con destellos casi blanquecinos la traspasó con la vista fija en mí, mientras que una chica del servicio, por lo que pude intuir, la seguía.

—Señora, señora —la llamó desesperada—. El señor ha dado órdenes estrictas de que nadie entrara en esta habitación.

—El señor puede decir lo que le dé la gana, Aldora. Márchate de aquí, ya me encargo yo.

La miré con desconfianza según se acercaba a mí, y vi que llevaba un teléfono en la mano. Me observó, lo alzó y lo puso delante de mi cara, lo siguiente que escuché fue el sonido al hacerte una foto. Pulsó varios botones y se lo colocó en la oreja.

—¿Y bien? —Esperó—. Sí. De acuerdo. Te llamo mañana, cielo. Sí. No te preocupes.

Y colgó.

Me traspasó con su mirada y pude ver un parecido en sus ojos que no supe identificar. No pronunció ni una sola palabra, hasta que se posicionó detrás de mí y oí una navaja abrirse. Me tensé de pies a cabeza, hasta que habló:

—No voy a hacerte nada. Ni siquiera sé por qué llevo algo así en el bolsillo, pero, mira, me va a servir por una vez en mi vida.

Su tono era normal, sin rencor, sin dureza, sin nada. Me extrañé y más confusa me quedé a la espera de su siguiente movimiento. Noté mis cuerdas destensarse y mis muñecas se aliviaron inmediatamente, después, sentí lo mismo en mis tobillos.

—No luches conmigo. No podrás salir de aquí, esto es una fortaleza llena de hombres apuntándote con una pistola —aseguró—, y yo no sé defenderme, por lo que me matarás antes de que pueda pedirte clemencia.

La miré desconcertada sin saber qué cojones estaba sucediendo. Alcé una ceja, a la misma vez que me ponía en pie y esta me hacía un gesto con la mano para que la siguiera.

—Te daré ropa para que te cambies y te des una ducha caliente. Tienes que estar helada.

Repasó mi cuerpo de pies a cabeza, y yo seguí sin poder pronunciar una sola palabra. Se encaminó hacia la puerta y moví mis pies detrás de ella hasta que cruzamos un largo pasillo que nos llevó a otro de los dormitorios, imaginé que el suyo.

—¿Tienes hambre? —Abrió la puerta del baño—. Seguro que sí, qué pregunta más absurda —se regañó a sí misma.

—¿Quién eres? —pregunté con un hilo de voz, ya que casi me encontraba en estado de *shock*.

Me contempló durante unos segundos, sin separar sus finos labios. Me fijé en esos ojos, tan brillantes y tan familiares que me erizaron la piel.

—Una persona que va a buscarse un buen problema.

—¿Y por qué me ayudas? —cuestioné confundida.

—Dúchate, cambiante de ropa y, cuando comas, hablaremos tranquilamente. Anker no volverá hasta mañana a mediodía. Date prisa. —Urgió.

Me di la vuelta, haciendo caso a lo que me decía y, por un segundo, respiré aliviada al no presenciar un mal presentimiento acerca de ella. No supe por qué, pero me dejé guiar dadas sus palabras y obedecí, aunque, realmente, no me quedaba de otra.

Abrí el grifo de la ducha y este cayó encima de mí con fuerza. Dejé que me empapara el cuerpo y mis pensamientos se fueron hacia Jack. ¿Cómo estaría? Y, lo más importante, ¿dónde? Noté mis ojos cargados de nuevo y sentí un enorme vacío al ver dónde estaba, y no saber si volvería a verle alguna vez más. Un leve mareo se apoderó de mí y salí con urgencia cuando terminé de quitarme el jabón, para sentarme en la taza del váter. Recordé que ni siquiera me había dado tiempo a ver la caja de pastillas, ¿y sí...? No. No podía ser.

Me terminé de secar cuando el mareo se pasó, y me vestí con un pantalón negro y una camisa roja que, casualmente, me sentaba como anillo al dedo. Dejé mi largo pelo suelto y salí del baño, encontrándome con aquella mujer sentada en la cama, con algo de papel entre las manos. Seguí observándola con desconfianza, en el momento en el que se levantó.

—Vamos, sígueme.

Sobrecogida por el misterio que estaba creando en mí, avancé junto a ella, quedándome con todos los detalles de la gran casa. Visualicé a varios hombres pasar por otro de los pasillos, y en especial me llamó la atención uno de ellos. Miré por encima del hombro de la mujer a la que seguía y pude comprobar que eran bastante jóvenes, pero no aprecié sus rostros.

Llegamos a una especie de salita, donde ella tomó asiento en uno de los butacones y me indicó con la mano dónde debía hacerlo yo. Obedecí sin rechistar, dándole vueltas a la habitación y a su extraño comportamiento. Me instó con la mano para que comiera de la bandeja que tenía delante, en una mesita puesta a caso hecho allí, y me negué.

—No está envenenada —dijo con tono serio.

—No tengo hambre —afirmé sin más.

—Pues deberías comer, estas muy blanca, y necesitas coger fuerzas para salir de aquí.

Achiqué mis ojos, dándole a entender mi confusión.

—¿Quién cojones eres?

Esta vez, mi tono salió más duro de lo que pretendía, y ella sonrió.

—Me llamo Agneta. Tú debes de ser Micaela, ¿verdad?

Asentí echando mi cuerpo hacia delante, mostrándole que no le tenía ningún miedo, pero que tampoco entendía su actitud hacia mí.

—Bien, Agneta, y ¿por qué me estas ayudando?

La mujer mojó sus labios, hizo una mueca y volvió a fijar la vista en mí.

—Porque sé lo que se siente cuando alguien te arrebató lo que más quieres —mi asombro cada vez era mayor, no entendía una mierda, hasta que continuó—: Y no quiero que mi hijo pase por lo mismo que yo viví.

Mi pulso se detuvo y paralicé cualquier gesto que pretendiera escapar de mi rostro, reparando en sus ojos y comprobando que, efectivamente, eran los mismos prados que los de Jack.

Eran... idénticos.



## DESESPERACIÓN

*Jack Williams*

—Busca la parte trasera —dije señalándole con el dedo—. Ahí tiene que estar.

—Jack —suspiró agotado—, lo he comprobado mil y una veces. No hay manera de acceder.

—¡¡Que lo busques de nuevo!! ¡¡Joder!! —grité, dando un manotazo a la mesa donde estaban los vasos de cristal, haciendo que estos cayeran al suelo y se hicieran añicos.

El estruendo inundó el salón de la casa de Riley, y Eli se dirigió veloz a por la escoba para barrerlos, mientras yo andaba descalzo encima de ellos sin importarme una mierda si me cortaba o no.

—Si no te tranquilizas no vas a conseguir nada. Tienes que despejar la mente para poder pensar con claridad, Jack. Detente un momento y cálmate.

Miré a Ryan amenazante, y este me ignoró por completo. Habían llegado hacía una hora, pero yo ya llevaba varias con Riley, intentando sacar a Micaela de la fortaleza de Anker, porque estaba seguro de que se encontraba allí. Negué con la cabeza sin dejar de pensar en la posibilidad llevarlo a cabo. Eli me miró, haciéndome un gesto para que me quitase de los punzantes y finos cristales. Noté que la rabia me desbordaba y salí a la terraza encendiéndome un cigarro a la vez que daba un buen trago a la botella de *whisky* que descansaba sobre la encimera de la cocina.

Contemplé las vistas sin quitarme su imagen de la cabeza y sentí mi cuerpo temblar de una manera descontrolada. La ira me estaba consumiendo y, si no la encontraba cuanto antes, sufriría un infarto que me mataría en el acto. Apreté mis puños con fuerza y me encontré estampando mi mano derecha contra el muro. Sentí que mis huesos se estremecían del impacto y poco me importó cuando comencé a golpearlo sin descanso, viendo la sangre salir de ellos.

—¡Jack!

La voz de Eli no me detuvo.

—¡Jack, para!

Su mano se colocó sobre mi hombro, la miré de reojo y resoplé igual que un toro. Estaba empezando a desesperarme.

—Todo esto ha sido por tu culpa.

Escuché la voz de Ryan desde el salón. Contemplé su gesto temerario, mientras me escrutaba con los ojos formando un rictus serio y desgarrador. Él también lo estaba pasando mal.

—Y ¿se puede saber por qué? —le reté con la mirada.

Eli colocó una de sus manos en mi pecho cuando di un paso hacia él, pero este no se intimidó ante mi mirada y mucho menos mi gesto.

—Porque si no hubiese venido contigo, no la habrían secuestrado —respondió en tono normal—, porque si no hubieses aparecido en su vida, no habría venido hasta aquí como una

gilipollas para seguirte —su tono se fue intensificando, al igual que su gesto—, y, por esos motivos, y porque no fuiste capaz de decir que no y alejarte de ella, ahora no sabemos ni siquiera ¡si sigue con vida!

Su voz se elevó a medida que hablaba hasta que terminó rugiendo como un león, y no pude contestarle nada, puesto que sabía que, en parte, tenía mucha razón. Evité el gesto de Eli, quien seguía manteniendo su mano firme para que no avanzara. Llegué a la altura de Ryan y me quedé mirándolo frente a frente. No se achantó, sino que me plantó cara e inclinó su rostro hacia delante para mirarme con más fiereza. Atesté un golpe en su hombro derecho, gesto que le movió una milésima, y continuó observándome de reojo.

—¿¡Dónde cojones está Tiziano!? —pregunté haciendo aspavientos cuando pasé por al lado de Riley.

Este me miró serio, sin entender, seguramente, por qué motivo se estaba comiendo mi humor de perros a cada comentario que hacía. Alzó sus hombros en señal de no saberlo, observó la hora en su reloj y habló:

—Debería de estar relativamente a punto de llegar, pero no ha llamado.

Asentí alterado.

—Ahora vuelvo, voy a cambiarme de ropa —espeté furioso.

—Jack —me llamó con desespero—, ¿adónde vas?

—A Atenas.

—¿Estás loco? —gritó levantándose de la silla—. Tú has estado allí, no puedes ir a pecho descubierto, ¡te mataran en cuanto te vean! —no le contesté—. ¡¡Jack!! ¡Te van a coser a balas en cuanto te acerques a esa puerta!

Escuchaba sus gritos según avanzaba hacia la puerta, y me detuve en seco, girándome con un cabreo monumental, aunque sabía que tenía razón. Había roto un trato con Anker, y eso únicamente se pagaba con la muerte. Me desgarré la garganta cuando le contesté:

—¡Me importa una mierda, Riley! ¡Me importa una puta mierda! —Me acerqué a él de manera intimidante, y su gesto menguó de inmediato—. Voy a sacarla de ahí me cueste lo que me cueste —siseé.

Abrí la puerta cuando esa vez, fue Ryan quien habló:

—Yo iré contigo.

Asentí y pegué un portazo que hizo retumbar toda la vivienda. Me dirigí con paso ligero al dormitorio, abrí el armario y me cambié la ropa, colocando un chaleco antibalas debajo de mi camiseta. Cuando terminé de vestirme, me acerqué a la cómoda, donde la ropa interior y una camisa de Micaela reposaba descolocada, dada la intensa noche anterior. La cogí entre mis dedos y sentí mi corazón resquebrajarse. Si algo le ocurría por mi culpa...

Noté que los ojos me escocían al acercar la prenda para aspirar su olor. Mi pecho se movía con fuerza, y temí. Temí por no volver a verla, temí porque el desgraciado de Anker la hubiese tocado, temí por no disfrutar más de esa sonrisa que tanto me costó arrancarle, pero, sobre todo, temí por no poder despertar con ella nunca más. La puerta de mi casa se abrió, y vi que Eli me buscaba en el salón, cuando se percató del cuadro que descansaba sobre la mesa. Pasó sus dedos por encima del lienzo y pude atisbar una triste sonrisa en ellos.

Miró hacia arriba, encontrándome en la misma posición, observándola. Subió sin titubear, sentándose a mi lado. Entrelazó sus manos entre sí, manteniendo la vista hacia la cómoda que tenía delante, pero yo no despegaba mis ojos de ella.

—Lo que ha dicho Ryan no es verdad. —Suspiró—. Si no la hubieses dejado venir contigo,

ella misma abría cogido un avión minutos después. —Sonrió con cariño—. Es terca como una mula y eso nunca va a cambiar en ella.

Torció sus ojos hacia mí.

—Al principio no aprobé la tontería que teníais, hasta que me di cuenta de una cosa. —Calló, tomando una gran bocanada de aire que llenó sus pulmones—. Estaba enamorada. Sus ojos brillaban cuando aparecías, y jamás la había visto así con nadie. Se merece ser feliz, Jack —aseguró—. Se merece ser feliz, contigo.

Se puso en pie, echándome un último vistazo antes de bajar las escaleras. Se paró en el inicio, reparando en la camisa que sostenía en mis manos.

—Encuétrala, sácala de ese infierno y llévatela lejos. —Me miró—. Dale lo que se merece hasta el último de sus días, y nunca la abandones.

Mis labios se juntaron en una fina línea, viendo que descendía sin mirar atrás. Cuando escuché la puerta principal cerrarse, me levanté con todas las fuerzas que fui capaz de juntar y me dirigí hacia mi sala de juegos, como ella la llamaba.

Una hora después, Ryan y yo llegábamos a Atenas, gracias a Tiziano que dejó a un piloto junto a su helicóptero en Santorini, para que atendiera a las ordenes necesarias que le diera. Subimos al coche del que el mismo hombre nos entregó las llaves, y salimos disparados hacia las afueras de la ciudad.

A lo lejos, pude apreciar los altos muros de la fortaleza que Anker tenía construida y a varios de sus hombres dar vueltas por la parte alta del gigantesco muro. Ryan se quitó las gafas de sol, mientras dejaba su metralleta sujeta entre sus piernas. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal al recordar la cantidad de momentos que viví dentro.

—¿Hemos traído el equipo de escalada? —preguntó con ironía.

—No.

Hizo una mueca con los labios, sarcástica, queriendo decir «que bien».

—¿Tú has visto los muros de ese sitio? —Lo señaló con su gran mano.

—He vivido allí muchos años, créeme, algo sé.

—Pues, a no ser que te transformes como Hulk, ¿me puedes explicar cómo cojones piensas entrar?

—Por la puerta.

Di un fuerte volantazo, metiéndome en uno de los callejones que había antes de llegar y desde donde veía la entrada principal, cerrada por una enorme verja negra digna de los antiguos castillos. La fachada de piedra color camel de la fortaleza se seguía alzando presuntuosa y temeraria ante los ojos de cualquiera.

—¿Hemos venido en plan suicida? —Arqueó una ceja.

—He venido a llevarme a Micaela, de la forma que sea —sentencié.

Bajé del coche, cargando sobre mi espalda el rifle, mientras que Ryan se colocaba a mi lado sin dejar de mirar lo que tenía delante.

—¿Has hablado con Tiziano?

Negué. Fui a contestarle, en el momento en el que el teléfono sonó. Era él.

—*Bambino*<sup>12</sup>, tengo a la *ragazza*.

—¿Y bien?

—Dame una hora y estaré ahí contigo. No te desesperes —añadió con gracia, pero también con tristeza—. La sacaremos de allí como sea.

Esto último lo dijo con una determinación temible. Colgué el teléfono y le mandé la

ubicación de nuestro punto. Ryan cogió los prismáticos y comenzó a contar los hombres que Anker tenía sobre la muralla, hasta que entró en un portal que había detrás de nosotros, y subimos a la azotea. El plan estaba claro que era una puerta al suicidio, pero nada ni nadie podrían detenerme, no ahora que la había encontrado.

Tiziano localizó a Adara, quien días después de marcharnos de España, volvió al internado donde estaba para que nadie sospechase de su ausencia. Nunca supe qué tipo de conversación tuvo con Micaela, pero sabía que era un punto clave para poder sacarla de allí. La muchacha no dudó ni un instante en ayudarnos, aunque eso provocó en mí una desconfianza más grande de la que habitualmente tenía, ¿por qué estaba tan dispuesta a terminar con la vida de su padre?

Una hora después, tal y como dijo Tiziano, el italiano llegaba enfundado en un traje negro como el nuestro y, junto a él, Eli se presentó igual de intimidante que Micaela.

—No sé para qué *merda* has venido —espetó molesto, Tiziano.

—He venido para ayudaros, ¡cállate la boca!

Intuí que su trayecto hasta allí había sido de lo más movido, ya empezaba a conocerles, y no se soportaban.

—¿Ah, sí? ¿Sabes usar un arma, lista? —la desafió.

Esta se acercó a su rostro y con gesto temible y chulesco a rabiarse, sacó su pistola y la cargó delante de él, elevándola en su mano derecha para que de reojo pudiera verla bien, puesto que no se apartaban la mirada el uno del otro. Tiziano sonrió vacilón, mientras que ella permaneció seria e implacable.

—¿Cuántos hombres tenemos ahora? —pregunté por el pinganillo.

Riley había conseguido meterse dentro de las cámaras de seguridad, y sería él quien nos diese el pistoletazo de salida para entrar a bocajarro dentro del recinto. La hora de comer se acercaba, momento en el que los turnos cambiaban, quedando apenas veinte hombres vigilando.

—Ahora mismo hay treinta, son muchos —contestó—. Tenemos que esperar unos minutos, Jack.

—¿Adara está contigo? —pregunté.

—Sí.

Fue ella la que contestó, y recordé mentalmente la mansión por dentro. Esperaba que la cosa no hubiese cambiado mucho, ya que hacía demasiado tiempo que no entraba en ella, quedando Adara como único recurso para no equivocarnos. No había que olvidar que Anker era un tipo listo, y no dejaba de ser el jefe de la red de asesinos más grande que había en el mundo. Y eso solo quería decir una cosa: los mismos planos que encontramos podrían ser incluso distintos.

—Bien, ¿seguimos teniendo como única salida la puerta delantera?

—No. Hay un pasadizo que lleva a los alcantarillados de Atenas, como casi todo. Ella tiene que salir por allí, mientras vosotros los distraéis.

Ryan alzó las cejas y suspiró.

—¿Quieres decir que entramos a matar?

Asentí y escuché unas cuantas palmadas de Tiziano en el aire, ese hombre estaba como una puta regadera, literalmente. Sin duda, se había equivocado de oficio, y en vez de traficante de droga, tendría que haber sido de armas, o incluso asesino.

—¿Cómo sabrá Micaela por donde tiene que salir? —pregunté de nuevo, notando los nervios tensarme la piel.

Cuando localizamos a Adara el plan era sencillo: un intercambio. Pero estaba claro que, si la primera vez que fue a Sicilia a por ella no le mostró el aprecio que creíamos que le tendría, usarla



de moneda de cambio esta vez tampoco sería factible. Lo mejor era saber si ella misma estaba dispuesta a colaborar.

—No te preocupes —intuí una leve sonrisa por parte de Adara—. Tengo a alguien dentro que la ayudará.

Asentí viendo que todos me observaban. Riley habló:

—El turno está apuntó de cambiar, cuando escuchéis la alarma tendréis vía libre para acceder, ya que abriré la entrada provocando que todos los hombres de Anker vayan hacia allí.

Sujeté mi arma y les miré con la decisión y firmeza en mis ojos.

—En cuanto entremos, yo iré en busca del pasadizo para encontrarme con Micaela, vosotros separaos de mí y entretened al resto mientras salimos de la alcantarilla.

Asintieron, y escuché el terrible ruido de las aspas del helicóptero en el que se montaba Adara y Riley, en dirección al centro de la ciudad, por donde se suponía que teníamos que salir. Ellos nos esperarían hasta entonces en una explanada cercana.

—Despegando —anunció Riley.

Tomé una gran bocanada de aire, armando mi rifle con gesto fiero.

—Nos vemos en Atenas.



<sup>12</sup> Niño, bebé

## UN HILO DE LUZ

*Micaela Bravo*

—Pero... —intenté hablar—, la madre de Jack está muerta... —musité.

En ese instante recordé las palabras de Adara. Obviamente si eran hermanos su madre tenía que estar viva.

—Eso es lo que te han contado, y lo que cree mi hijo.

Pude apreciar el dolor en sus ojos y no me atreví a preguntar, ya que ella habló antes de que llegara a hacerlo.

—Me quedé embarazada de uno de mis clientes en un prostíbulo en el que trabajaba hace años. —Movi6 su mano, quitándole importancia a ese tema—. Poco después, supe a ciencia cierta que el hombre que me había dejado embarazada había sido Anker Megalos. —El corazón se me encogió. Era cierto. Era su padre—. Por aquel entonces yo estaba con otro hombre y no le dije nada a Anker, hasta que un día, una de las chicas que estaban conmigo se lo contó. Imaginarás la envidia que se respiraba en aquel ambiente, y más sabiendo quién era Anker.

No entendía a santo de qué venía que me lo contase a mí, pero no la interrumpí.

—Mi embarazo siguió y el padre de la criatura de cara a la galería seguía siendo Braylon Williams cuando Jack nació. El día que Braylon se enteró de la verdad, justo cuando mi hijo cumplió los cinco años, quiso matarme con sus propias manos, y Anker lo impidió, con una única condición. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Él me salvaba la vida, me la resolvía sacándome de aquel antro, pero, a cambio, yo le entregaba al niño para que él lo instruyera en su red de asesinos.

Hizo una pausa, bajó sus ojos hacia sus manos que permanecían entrelazadas en su regazo y continuó con la cabeza gacha:

—Yo no tenía nada que ofrecerle a mi hijo, era una muerte de hambre y la desesperación me pudo. Quizá no fue la mejor decisión que tomé, y aunque mis sentimientos por Anker eran verdaderos, sabía que, si lo hacía de esa manera, podría tener al menos una vida y un techo donde dormir y comer. Aunque aquello le convirtiera en un monstruo como su padre.

—Jack no es ningún monstruo, y jamás será como Anker —espeté con rabia por su comentario.

—Le quieres... —susurró—. Le quieres de verdad. —Elevo sus ojos hacia mí.

—¿Ha estado toda la vida aquí, con él, y nunca le ha contado la verdad? —Me referí a Jack.

Negó con la cabeza.

—De hecho, durante todos estos años, he estado escondida y jamás me ha visto. Era una de las primeras reglas que Anker me impuso. Yo podría ser la dueña y señora de esta casa, dado que él sentía un «aprecio especial» por mí, o así lo decía. Pero él nunca debía de cruzar una palabra conmigo, y mucho menos saber quién era en realidad. Los asesinos, cuanto menos sentimientos

tengan, más letales son. —Negó entristecida—. Esa fue su única explicación.

—Como tampoco sabe quién es su verdadero padre —deduje.

—Exacto. —Chascó la lengua—. Lo dejé en la puerta de un orfanato cuando tenía cinco años y, ese día, Anker lo apañó todo para poder llevarse al niño con él. Le contó una patraña como hace con todos los que llegan aquí, y con el tiempo se olvidó incluso de mi rostro. Aunque eso nunca lo supe con certeza, ya que, como te he dicho, jamás nos hemos cruzado.

—¿Cómo ha podido dar lugar a eso? —pregunté, notando que la rabia me recorría.

—No me hables de usted, Micaela, por favor.

Negué con la cabeza, pero me puse en su lugar, y pensé que quizá era verdad que la última solución que tenía era acatar las normas de Anker sin rechistar, agarrándose a un pomo ardiendo.

—¿Y Adara? —cuestioné.

—Adara... —Suspiró—. Esa niña llegó sin esperármelo, y me odio por ello, ya que Anker deseaba otro varón y, al no serlo, la mandó a un internado distinto cada x meses, para que de esa forma nadie supiese de su existencia. Hasta que tú la secuestraste.

—¿Nadie sabía que ella existía? —pregunté desconcertada.

Ese detalle me confirmaba más mi teoría sobre mi gran equivocación respecto a Adara, y ya comenzaba a darme cuenta de que la única intención de Anker cuando la secuestramos era volver a verme a mí, que supiera de primera mano que él ya sabía que andaba buscándolo. «Menuda estúpida...», pensé.

—No. Muy poca gente sabe que es su hija. Incluso los de esta fortaleza, sus hombres, piensan que tiene alguna relación conmigo, pero nadie se atreve a preguntar.

Mi cabeza seguía funcionando a mil por hora sin ser capaz de encajar todas las piezas. Estaba claro que tenía un topo, y de los grandes. Lo cual me indicó que Desi no tenía los suficientes contactos como para desbaratar todos mis planes de un plumazo, ¿o sí y yo me había equivocado respecto a ella? Ya no podía dar nada por hecho.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque no pienso permitir que mi hijo sufra más de lo que ya lo ha hecho —sentenció—. Y si con eso mi vida se marcha, estaré dispuesta a pagar el precio. Solo te pido una cosa, un favor, no quiero que lo tomes como una moneda de cambio.

Asentí, a la espera de su petición.

—Quiero que raptés de nuevo a mi hija y que jamás la encuentre. No puedo llegar a imaginarme lo que hará con ella cuando le sea un estorbo en unos años, y quiero que acabes con él, sea de la forma que sea.

Su tono se endureció al terminar la última frase.

—Si no quisiera a Adara, ¿por qué fue a buscarla a Sicilia?

Rio con amargura, y pensé en la respuesta.

—No seas necia, Micaela. Te tomaba por una persona muy inteligente. —Achiqué mis ojos sin entenderla—. Anker está obsesionado contigo. Ha vivido con tu recuerdo en su retina durante muchos años y solo ansiaba volver a verte de nuevo para aprisionarte en su torre de cristal. Pero no olvides, muchacha, que él también tiene enemigos, y si eres lista, podrás acabar con su miserable vida de un plumazo. De hecho, sé de primera mano que ya lo estás haciendo.

Tragué saliva, intentando ordenar todos los pensamientos que se agolpaban en mi mente, encajando una pieza detrás de otra. Pensé en Jack, en lo feliz que podría hacerle el hecho de saber que por lo menos, su madre estaba viva, en que, quizá, viera un hilo de luz al descubrir que tenía una hermana, pero recordé que su padre era el ser más miserable y ruin que existía sobre la

faz de la Tierra, y eso, no tenía muy claro cómo se lo tomaría si es que le volvía a ver.

—Come un poco. Después te mostraré la salida, y cuando todos estén fuera de sus puestos tendrás una oportunidad única para escapar de aquí antes de que llegue.

Se marchó dejándome sola en la sala y comencé a comer lo justo y lo necesario, ya que mi estómago se agitaba de manera considerable, seguramente, debido a los nervios. Mis pensamientos encajaban piezas a toda marcha, y no sabía con exactitud cómo cojones creía que iba a poder salir de allí si estaba todo rodeado de hombres que, seguramente, estarían informados sobre mí. Minutos después, la puerta se abrió de nuevo y Agneta apareció indicándome que la siguiera.

Vi que observaba el pasillo de izquierda a derecha comprobando que no había nadie en él. Agarró mi mano y tiró de ella con fuerza, para conducirme por unas escaleras que llegaban a la segunda planta. Allí, avanzó con paso firme hasta una puerta que permanecía cerrada con un código de seguridad que tecleó al instante para que se abriera.

Cuando entré, pasamos por una puerta que accedía a otra sala más reducida y mis ojos se abrieron tanto que recordé las palabras de Adara: «Hay un espacio pequeño, en el que solo hay fotografías de ti, desde que eras pequeña hasta ahora». Recorrí con la mirada toda la estancia y sus palabras volvieron a golpearme: «Vi... mechones de pelo tuyos, objetos e incluso ropa interior...».

Era verdad.

Todo lo que me había contado era verdad.

Me giré para contemplar a Agneta que, asqueada y dolida, seguía el rastro de mis pasos detenidamente.

—¿Comprendes ahora el motivo por el que Anker te persigue?

—Y ¿por qué ha esperado tanto tiempo? —pregunté pensativa.

—No lo sé, tesoro, no lo sé —respondió, abatida.

Me acerqué al tablón donde una foto de mis padres junto a mi hermano y yo se sostenía con una chincheta. La arranqué haciendo un pequeño agujero en la parte superior izquierda y la guardé en mi bolsillo sintiendo que un nudo se creaba en mi garganta.

—Tenemos que salir.

Asentí con la visa fija en todos los puntos de la habitación, y encaminé mis pasos delante de ella hacia la salida. Cruzábamos el largo pasillo y, de repente, me topé de bruces con un fuerte pecho. La tensión se apoderó del ambiente cuando Agneta se puso delante de mí de forma inmediata. Nos habían pillado.

—¿Qué hace ella aquí? —espeto con tono rudo el hombre.

Levanté la cabeza para mirarle y una sensación extraña recorrió mi cuerpo. Sus ojos impactaron de lleno con los míos y sentí que un leve mareo se apoderaba de todos mis sentidos. Me fijé en cada gesto, en cada detalle, en los movimientos de sus labios al hablar.

—La llevaba a comer, está desnutrida —añadió Agneta.

A quien escuchaba de lejos, pues mis ojos no conseguían despegarse de aquel imponente hombre con un aspecto atractivo a rabiar, que conseguía que mi corazón latiese desbocado sin ningún motivo aparente.

—Anker ha dado órdenes estrictas de...

Le cortó.

—Pero Anker no está. Así que si se lo quieres decir cuando vuelva, tú mismo —sentenció.

Observé su cabello rubio platino con algunos reflejos más claros aún, su mandíbula cuadrada,

sus manos, sus brazos, todo. Y, finalmente, volví a terminar en unos cristalinos ojos, tan azules como los míos.

Tan azules como los de Álvaro Bravo.

Mis ojos se empañaron en lágrimas al ser consciente de la certeza que mis pensamientos tomaban. Sus ojos volvieron a cruzarse con los míos, contemplándome de una manera confusa que no supe descifrar, pero su gesto se endureció tras las palabras de Agneta, quien intentaba por todos los medios pasar por su lado. La escuché renegar de fondo intentando que nos dejara marcharnos, y el hombre que tenía analizándome no prestó atención a lo que le decía, ni siquiera contestó, ya que estaba sumido en el mismo abismo que yo. Entreabrí mis labios para coger un poco de aire al notar que las fuerzas me fallaban y el mundo se me veía encima.

Agneta volvió a tirar de mi mano, esta vez con más fuerza y, sin despegar los ojos de él, pasé por su lado dándole un pequeño golpe en el hombro derecho. Siguió mi recorrido y, al girar la esquina, pude ver que me seguía con la mirada desconcertada, al igual que mi cuello se retorció para no perderle del campo de visión. Al doblar escuché un revuelo por uno de los ventanales que daban a lo que supuse que era el patio principal de la fortaleza, viendo que varios de los hombres de Anker se metían en el interior. Agneta los observó de reojo y apresuró su marcha escaleras abajo, a la vez que sentí que mi corazón quería escapar de mi pecho a toda costa. Sujeté su brazo con fuerza, momento en el que paralizaba sus pies de sopetón.

—Micaela, no tenemos tiempo. Es ahora o nunca.

—¿Quién era ese hombre? —pregunté alterada.

—¡Eso da igual, como no salgas ya, no podrás hacerlo!

Trató de seguir con su marcha, pero la detuve de nuevo, y ella tiró con fuerza de mi brazo en un gesto hosco y sin tacto. Avanzamos por el recibidor hasta que llegamos a la entrada, y un gran patio de cemento se presentó ante mis ojos, aunque poco me dio tiempo a ver, ya que Agneta me casi arrastraba con una fuerza desmedida. Oí una alarma chirriante comenzar a sonar, a la vez que una sirena roja se encendía en lo alto de una torreta.

—¡¡Corre, Micaela!!

Apresuré mis pasos hasta que llegamos a la entrada de lo que parecía un túnel donde en la pantalla inicial tecleaba otro código a toda prisa sin dejar de mirar hacia atrás. Sacó de su bolsillo la navaja que usó para desatarme las cuerdas y cogió mis manos con fuerza.

—No puedo ofrecerte nada más, porque yo no tengo acceso a las armas. —Me apretó con fuerza—. Corre sin mirar atrás, avanza hacia el norte sin extraviarte por ningún pasillo. Llegarás a una pared donde tendrás que mover un pequeño mueble para acceder por el suelo al alcantarillado de la ciudad, una vez allí, irán a buscarte.

—Pero... ¿por qué no vienes conmigo? —me desesperé.

—Yo ya estoy muerta, Micaela. No te preocupes por mí y lucha. Protégeme —pidió desgarrada.

Me instó con la mirada para que entrase, en el momento en que visualicé que dos hombres de Anker nos voceaban aproximándose a nosotras. Sujataron sus armas con fuerza, apuntando en nuestra dirección, cuando me giré entrando en el túnel con aspecto de pasadizo.

—Contéstame a una sola cosa —le pedí dándome la vuelta.

Alzó su rostro instándome para que me diera prisa, o me capturarían.

—Dime su nombre. Dime el nombre del hombre que nos ha visto en el pasillo.

Me empujó para que terminase de entrar y me alteré al pensar que no contestaría, pero cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, escuché su voz:

—Arcadiy. La mano derecha de Anker desde que Jack se marchó.

Mi pulso dejó de latir. «Era él, era él», me repetí como un mantra.

Oí los forcejeos de Agneta con los hombres de Anker, en el momento que su voz se rompía a pleno pulmón:

—¡¡Corre, Micaela!!

También pude apreciar disparos en el recinto, y eso me alteró más, incluso. ¿Y si era Jack? Di media vuelta y salí despavorida de allí, pisando sobre el suelo firme de los pasadizos, hasta que al final del pasillo comencé a notar que mis piernas flaqueaban. Llegué al mueble que minutos antes me había dicho y lo moví con sobreesfuerzo, dejándolo a un lado del pequeño espacio. Abrí la pesada tapa de la alcantarilla y me di cuenta de que tenía que saltar para introducirme en su interior.

No sabía los metros que podía haber, pero el rugido de uno de los hombres llegó a mis oídos y no lo pensé, cuando del arma que llevaba una bala salió disparada hacia mí. El golpe que me propiné al saltar me provocó estragos, pensando que me acababa de partir un brazo por el inmenso dolor que comenzó a generarse en mi parte izquierda. Corrí sin mirar atrás por la alcantarilla, notando el agua sucia colarse entre mi ropa, en el momento que las pisadas de aquel tipo se acercaban más y más. Un líquido comenzó a recorrerme el brazo derecho, y me giré para comprobar que la bala me había rozado y estaba sangrando.

Volví mi vista al frente, atisbando un pequeño hilo de luz que, deduje, era el acceso a la calle. Lo confirmé cuando unas escaleras de hierro se mostraron ante mis ojos, en el mismo instante en el que mis pies se cruzaron debido a la carrera y caí de bruces contra el agua. Noté las manos del tipo alzarme por el pelo, haciendo que mis pies dejaran de tocar el suelo.

Solté un grito desgarrador, revolviéndome para que me soltara y recordé las palabras de Jack: «La rabia es un sentimiento que no compagina con la lucha». Respiré profundamente, tratando de calmar mis instintos, hasta que conseguí elevar una de mis piernas propinándole una fuerte patada junto a un puñetazo que ocasionó que se tambaleara hacia atrás y me soltara.

Me encaré ante él, con los brazos abiertos esperando su ataque, que no tardó en llegar. Se abalanzó sobre mí igual que un toro envistiendo, y mi cuerpo se elevó hacia su hombro. Comencé a dar codazos en su espalda tratando de infringirle dolor, y este hizo lo mismo conmigo, dando fuertes puñetazos en mi vientre que me doblaron por la mitad. Recordé la navaja que llevaba en el bolsillo y, cuando conseguí respirar, incorporé mi cuerpo que permanecía doblado en dos y la alcé como Jack me había enseñado, clavándosela de lleno en el pecho.

Cayó de espaldas hacia atrás, provocando un gran estruendo en el charco de agua sucia, y me dirigí hacia él sin respiración para sacar la navaja de su pecho y recoger las armas que llevaba. Oí más pasos aproximarse por la alcantarilla, así que me agarré a las escaleras, veloz, para llegar a la superficie cuanto antes, pero un horrible dolor se instaló en mi vientre, haciendo que me resultara imposible subir una pierna. Un grito desgarrador salió de mi garganta al intentar alzarla para subir.

Noté un fuerte mareo y algo que mojaba mis piernas. Algo que salía directamente de mi sexo. Otro pinchazo igual de fuerte me atravesó cuando solo me quedaban dos escalones y abrir la tapa de la alcantarilla, momento en el que escuché disparos muy cerca.

Apoyé mi cabeza en el escalón, sintiendo que caería de espaldas a mi suerte en cualquier instante, e intenté recordar la palabra que salió de los labios de mi padre.

«Lucha».

Tomé una gran bocanada de aire, pero eso no era suficiente para poder seguir avanzando. No

lo conseguiría.

—¡Está aquí! —chilló uno de ellos cuando me identificó.

Le miré ida, justo cuando la alcantarilla se abría y unos enormes brazos me sacaban de allí sin ningún esfuerzo.



## ADIÓS

Elevé mis ojos hacia la persona que hacía fuerza para subirme, y vi que era él. Una sonrisa inundó mi rostro y noté varias lágrimas resbalar con mis mejillas, las mismas que quité con rapidez de mi cara. Apuntó con su pistola hacia el agujero de la alcantarilla y disparó varias veces sin soltarme de su agarre, acabando con uno de los hombres que se aproximaban, se dirigió con ligereza detrás del cartel de una cafetería, esperando que el resto asomara.

Las personas que estaban en la terraza comenzaron a gritar y salieron corriendo como caballos desbocados. Miré a mi alrededor cuando Jack me dejó en el suelo, a la vez que cargaba su arma con una rapidez inhumana, sin soltar mi cintura. Volvió sus ojos a mí, acercando su boca a la mía, la misma que atrapó con ansias.

—¿Estás bien? —preguntó con voz estrangulada, sujetando con la mano que tenía el arma, mi coronilla.

—Sí... —Un hilo de voz consiguió salir de mi garganta.

—¿Te ha hecho algo?

Comprobé que el terror se instalaba en sus bonitos ojos que brillaban más de la cuenta, más que nunca. Negué con la cabeza y me abracé a él, escuchando que la alcantarilla volvía a abrirse.

—No me mientas, Micaela. —Su voz sonó más dura que nunca.

Elevé mi rostro, fijando esa conexión tan especial que ambos teníamos.

—No lo hago.

Asintió, en el preciso momento que cuatro hombres salían por las escaleras que yo había subido, y Jack escondió mi cuerpo detrás de él para dispararles a bocajarro. La gente chillaba con más fuerza, y escuché las sirenas de la policía y un grupo de agentes correr hacia nosotros por medio de la calle. La puntería y la frialdad por parte de él me dejaron de piedra, y pude comprobar con mis propios ojos que, realmente, se había ganado el nombre.

—Vámonos.

Sujetó mi mano con fuerza y comenzamos a correr sorteando a la gente, hasta que acabamos en una plaza gigantesca donde miles de personas se agolpaban en lo que parecía una manifestación. Sentí mi cuerpo resquebrajarse de manera brutal, y un pequeño grito de agonía salió de mi garganta al detenernos delante de la masa de gente.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —se alertó.

Colocó su mano sobre mi brazo derecho y vio que este sangraba. Me observó, comprobando la gravedad de la herida y, sin decir nada, pegó un fuerte tirón del bajo de la tela de su camiseta e hizo un torniquete a toda velocidad.

—Es un simple rasguño de bala, con esto cortaremos la hemorragia y cuando estemos a salvo lo curaremos, ¿vale?

Sostuvo mi mentón con fuerza y solo fui capaz de asentir cuando otro pinchazo terrible me



invadió el vientre. Un grupo de los hombres de Anker se aproximaban a nosotros por detrás, mientras que varios policías rondaban por la zona, poniéndolos en alerta de lo que estaba sucediendo. Jack vio mis ojos de un lado a otro.

—Hemos armado un buen revuelo donde estabas, la policía debe de haberse enterado de lo sucedido y ahora tenemos enemigos por partida doble. —Me traspasó con sus ojos—. ¿Preparada?

Asentí sin darle tiempo, agarrándome a su pecho viendo que nos pisaban los talones. Este lanzó cuatro disparos al aire haciendo que la gente comenzara a correr sin punto fijo, apartándose de nuestro camino para que pudiéramos continuar. Tiró de mi mano con más exigencia y avanzamos mediante ellos hasta que llegamos a un callejón despejado, donde corrimos camino abajo. Al final de este, encontré a Tiziano, Ryan y Eli, que me esperaban armados hasta los dientes sin ningún pudor.

—¡Micaela!

Eli se abalanzó sobre mí, y tuve que contener la respiración cuando su cuerpo impactó contra el mío. Otro grito de dolor salió de mi garganta y se separó con rapidez para mirarme.

—¿Estás bien? —musitó presa del pánico.

Negué con la cabeza, a sabiendas de que mis ojos volvían a abrazarme.

—Rápido, ¡tenemos que irnos!

La voz de Tiziano sonó con claridad ante el murmullo de los hombres que ya bajaban la calle donde estábamos. Corrimos en otra dirección, y sentí que mi cuerpo comenzaba a fallar de manera considerable. No lo conseguiría.

—¿Dónde cojones está Riley? —Alzó la voz, Jack.

—Ha tenido que cambiar el punto de recogida. Los hombres de Anker están por toda Atenas, por no contar que la policía nos pisa los talones —contestó Ryan.

Este último me miró de reojo, haciéndome un gesto con los ojos en señal de consuelo al haberme encontrado. Seguimos a toda prisa por otra calle y, al llegar al final, cuatro hombres armados comenzaron a dispararnos sin piedad. Jack me escondió en una de las esquinas, mientras los otros se colocaban estratégicamente detrás de objetos que había en la calle para que no les llegasen las balas hasta que, a lo lejos, vi cómo Ryan era alcanzado por una de ellas.

Crucé al lado en el que estaba Ryan escuchando el grito enfurecido de Jack, pero no me importó. Me agaché a su altura mientras este intentaba reincorporarse, y me observó haciendo una mueca a la vez que se echaba la mano al hombro.

—¿Podrás con ello? —pregunté esperanzada.

—Me imagino que sí —soltó como si nada—. Espero que, después de esto, me pagues como mínimo un viaje.

Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios a la vez que asentía. Agarré mi vientre con fuerza cuando el dolor volvió y el mareo lo acompañó.

—Micaela —tocó mi brazo, intentando esconderme—, ¿estás bien?

No me dio tiempo a contestar cuando unos brazos cogieron mi cuello por detrás y tiraron de él. Ryan se enzarzó en una pelea con otro tipo que apareció por una de las cafeterías, mientras los otros estaban ocupados intentando dejar vía libre. Jack se giró, momento en el que vio que me presionaban la garganta. Tuve miedo, ya que, por esa simple distracción, una bala podía haberle alcanzado.

Mis pies se arrastraban por el suelo, a la vez que mis fuerzas desaparecían. Saqué la navaja del bolsillo clavándosela en el brazo que me intentaba ahogar, y este me soltó lanzado un grito

desgarrador. Caí al suelo y deslicé mi cuerpo como una lagartija, pues ya no me quedaban casi fuerzas ni para respirar. El tipo sujetó con fuerza mi pierna derecha, y las manos se le resbalaron de esta en el momento en el que hincaba con rabia un cuchillo en ella. Di gracias por llevar un cómodo pantalón ancho, ya que lo que clavó fue la tela contra el suelo. Pegué un gran tirón de él, desgarrándolo. Mi pierna quedó prácticamente al aire, con un palmo de tela sobre mi muslo, y lo que vi me asustó.

Un disparo hizo que el hombre cayese y me aparté lo suficiente como para que no lo hiciese sobre mí. Me toqué la pierna, impregnándome de un líquido rojizo con una textura extraña. La sangre, efectivamente, salía de mi sexo resbalando por mis piernas, dejándome paralizada. Jack llegó a mi altura y se agachó, contemplando con sus ojos lo mismo que estaba mirando yo.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? —preguntó desesperado.

Otro mareo, más fuerte que todos los anteriores, se apoderó de mis sentidos. Eli llegó a nuestra altura y lo único que pude escuchar fue:

—Dios mío, Mica...

Su tono roto y lleno de tristeza me envaró, y oí después a Jack.

—¿Qué cojones le pasa?

Estaba aterrado, y solo necesitaba escucharle para saberlo. Atisé a lo lejos a la policía, en el momento en el que Jack me cogía por debajo de mis rodillas llevándome en peso calle abajo como si no fuese más que una pluma. Mis ojos perdían el enfoque, y noté que se me cerraban ligeramente.

—¡¡Riley!! —gritó el hombre que me llevaba a cuestas.

Un frenazo se oyó en mitad de la calle, a la vez que la voz de Jack llena de agonía me sobresaltó.

«Lucha...». Volvió a mi mente.

—Micaela, por favor, eh, eh. —Tocó mi mejilla varias veces—. Tienes que aguantar. —Su voz se quebró—. Micaela, por favor...

Su sonido se perdió al enterrar su cabeza en mi vientre y creí escullar un leve sollozo. El alma se me rompió en dos y, sin saber por qué, noté que no conseguía articular una palabra sin venirme abajo.

—Los coches están listos, ¡vamos! Yo me iré con ellos.

Riley llegó a nuestro lado, pero los demás estaban ajenos a lo que estaba sucediendo entre nosotros dos. Un líquido frío me atravesó el rostro, y abrí los ojos desmesuradamente, enfocando a Riley.

—Ahora no es hora de dormirse, nena. Tienes que conseguir andar, tenemos que marcharnos ya. —Me extendió una botella—. Bebe, vamos.

Su tono exigente me hizo gracia, no acostumbraba a verlo así, pero en aquel momento ni siquiera pude esbozar una sonrisa. De reojo, observé que la mirada de Jack se perdía en mi vientre de manera fija y noté que me rompía un poco más. Sin mediar palabra, elevó su rostro hacia mí y pude apreciar unas pequeñas lágrimas agolpadas en sus hermosos prados verdes que brillaban. Imaginé que estaba pensando lo mismo que yo, pero no era el momento de sacar conclusiones precipitadas. Era el momento de huir sin mirar atrás. Moví mis piernas para que me bajase al suelo, y este intensificó el agarre en ellas.

—Jack, tenemos que marcharnos —musité.

El silencio se tornó y solo se escuchaban las sirenas de la policía acercándose a prisa.

—Micaela... —Su voz volvió a quebrarse.

Sujeté su rostro con ambas manos y fijé mis ojos en él, a la vez que otro hilo de voz, más doloroso que el anterior, salía de mi garganta.

—Ahora no, Jack, ahora no.

No pude descifrar el sufrimiento que albergaba su rostro, ni tampoco pude abrazarme a él con la fuerza que deseaba, instante en el que escuché una voz que me paralizó el corazón, delante de nosotros.

—Hola, Jack.

Moví mi rostro e, instintivamente, me coloqué delante del hombre al que amaba, poniendo mis pies en el suelo con dificultad, observando al otro con firmeza, pensando que, quizá, había algo de lo que recordaba en él.

—Arcadiy, baja esa pistola —sentenció Jack.

Me giré para mirarle con los ojos abiertos por la sorpresa, e intenté mantenerme en pie sin llegar a caer al suelo. Las emociones y el dolor estaban acabando conmigo.

—Dame a la chica.

«A la chica...», repetí mentalmente.

Le miré ida, sin despegarme de Jack, que trataba por todos los medios moverme detrás de él. Di un paso hacia delante y este me sujetó con miedo.

—¿Qué haces? ¡Quítate! —Miró a su enemigo—. ¡Baja la puta pistola!

—Tengo órdenes directas.

Su voz era firme, y yo no podía dejar de contemplarle, deseando ver un ápice de luz en sus ojos que me recordara. Pero no lo vi. No.

—¡Me importa una mierda! ¡Baja la pistola!

—Lo siento, Jack.

El tiempo se detuvo en el instante en el que apretó el gatillo y la bala salió disparada hacia Jack. Me moví lo suficiente, girándome de cara a él, y mi cuerpo impactó de lleno con el suyo cuando junté mis brazos sobre su pecho, recibiendo el impacto de la bala en mi espalda. No escuché nada, pero vi que su boca se habría gritando mi nombre mientras me sostenía con firmeza. Mi cuerpo cayó de rodillas, con los ojos abiertos, sin poder creer lo que acababa de pasar.

—Micaela, Micaela, ¿por qué lo has hecho?, ¿por qué? —Lloraba, acunando entre sus brazos mi cuerpo falto de vida.

—Jack, tienes que marcharte, la policía está bajando —Riley se alteró.

Pero él no se movió del sitio, si no que continuó balanceándose, tocando mi pelo con fuerza y besando un rostro en el que yo ya no sentía nada. Noté que el frío me invadía sin poder remediarlo, y mis ojos siguieron perdidos en el cielo azul que, ese día, brillaba más de la cuenta.

—Micaela, por favor, mírame...

No pude responder.

—¡¡Jack, márchate o te cogerán!! Yo cuidaré de ella, te lo juro —soltó Riley con urgencia.

—No puedo dejarla... —musitó ido—. No puedo...

—¡¡Jack!!

El grito de Riley hizo eco en toda la calle, en el momento en el que la silueta de Tiziano aparecía sobre mí, agarrando a Jack de los hombros, llevándoselo a rastras. Oí voces incoherentes, bramidos e insultos por parte de ambos, hasta que dejé de escucharles y supuse que había conseguido llevárselo de allí de la manera que fuese.

Riley sujetó mi cabeza entre sus piernas y tocó mi pelo con delicadeza, mientras que una

triste sonrisa resurgía de sus labios.

—Te pondrás bien —susurró.

Vi que la policía llegaba detrás de él y un enorme revuelo se creaba ante nosotros. Conseguí girar mi rostro hacia donde Arcadiy estuvo minutos antes, y comprobé que había desaparecido de inmediato. Volví la vista hacia Riley, y en un susurró apenas audible, le dije:

—Cuida de él.

Los brazos me fallaron, las piernas también. El cuerpo me pesó como jamás lo había hecho, y el último pensamiento que pasó por mi mente antes de cerrar los ojos fue que lo había encontrado, lo había encontrado de verdad.

A él.

A mi hermano.

A Arcadiy.

CONTINUARÁ...



# SOBRE LA AUTORA

Me llamo Angy Skay, soy vallisoletana de nacimiento, pero andaluza de pura cepa, concretamente de Almería. Hace un tiempo, decidí expulsar de mi mente la cantidad de historias que nacían en mi cabeza, y de esa manera comencé a pulsar las teclas con brío. Me encanta leer, el riesgo y las locuras, y es por ello, que en mis novelas siempre encontrarás alguno de estos detalles. He de decir, que tengo debilidad por los personajes malos, y que, a pesar de ser una loca enamorada de la romántica, la acción, el humor y el erotismo, siempre persisten en mis novelas. Ahora, sin extenderme mucho, quiero mostrarte lo que podrás encontrar de mí, cuando desees abrir alguno de mis libros.

Entre el año 2014 y 2015, publiqué la Serie Solo por ti completa, con los volúmenes: Provócame, Y quíereme, Eternamente e Incítame, donde podrás sumergirte en una historia llena de acción y pasión, con una intensidad desbordante. Después, me sumergí en alocado proyecto para hacerte reír, llamado: Te robé un beso (2015), Y de pronto apareciste tú (2016), Rompiendo mis esquemas (2016) y Adueñándote de mi corazón (2017), cuatro volúmenes independientes de la Saga ¿Te atreves a quererme? ¡Porque es para pensárselo con estos personajes! Un nuevo proyecto se abrió paso junto con Belén Cuadros, y decidimos sumergirnos en un mundo celta, lleno de aventuras y acción con los volúmenes: Ádh mór, Maureen (2016), Banníon Avenging, Taragh (2017), de la Saga Anam Celtic. Sin ti no sé vivir (2017), un libro autoconclusivo y, ahora, os presento mi última creación llena de balas, acción y villanos: Matar a la Reina, la primera parte de la Serie Diamante Rojo.

Colaboré en la Asociación Todos con Cristian con el relato: Nunca es tarde (2016), y participé en la Antología Piel de Mariposa con el relato: Un destino caprichoso (2016). Ganadora de los premios CoraSon con Provócame, al mejor encuentro romántico, organizado por el JAR. Max Collins, protagonista de Incítame se llevó varios premios como mejor protagonista masculino en el II petit Sant Jordi (2015) y los premios Big Bang Novel (2016).



